



Todas mis razones

Y OTROS DESASTRES



ANA CARDONA PATAU

TODAS MIS RAZONES...
y otros desastres

Ana Cardona Patau

Madrid 2018

Copyright © by Ana Cardona Patau

Reservados todos los derechos. Este libro o cualquier parte del mismo no pueden ser reproducidos o utilizarse en cualquier forma sin la autorización expresa y por escrito del editor, excepto para el uso de citas breves en una reseña de un libro o revista académica.

Año de publicación 2018

Contacto:

ana_cardona@hotmail.com

www.anacardonapatau.com

www.elcoachingdeana.com

A esas personas que aún no saben lo mucho que valen.
A esas personas que buscan desesperadamente el amor,
o a quienes simplemente esperan que algún día,
despierte.

Para ti, Andrés
Para Santi

INDICE

1. [Yo misma](#)
2. [Juan](#)
3. [Nadie](#)
4. [Leo](#)
5. [Lola](#)
6. [Jimmy](#)
7. [Rita](#)
8. [Martín](#)
9. [María](#)
10. [Bruno](#)
11. [Pura](#)
12. [Damián](#)
13. [Severiano](#)
14. [Hugo](#)
15. [Rodolfo](#)
16. [Yo misma 2](#)
17. [Antonio](#)
18. [Tomás](#)
19. [Tú](#)
20. [Despedida](#)
21. [Agradecimientos](#)
22. [Ana Cardona Patau](#)

1. Yo misma.

Voy a contar una historia, no es una gran historia, pero es mi historia.

Es posible que en algunos momentos quieras llorar, porque será para llorar; en otros reír, porque será para reír; y muchos otros querrás abofetearme, porque sencillamente, será para abofetearme. No te culpo por ello, a mí también me pasa.

Hay personas que nacen sabiendo quiénes son, de dónde vienen y a dónde se dirigen. Diligentes, sí, pero aburridas al máximo. Con todo organizadito a su alrededor, y la vida resuelta desde el principio.

Hay quienes son todo lo contrario, y se mueren sin saber si prefieren pollo o pasta, y puede que aun así, las cosas les salgan bien si han caído de pie.

Y hay quienes, como yo, necesitan unos cuantos años, en mi caso veinte, para dejar de tomar las decisiones de su vida por las más peregrinas razones.

Tampoco quiero decir que yo sea la persona más inmadura que haya conocido en mi vida. No, por favor, no me lo tengo tan creído, en realidad soy mediocre hasta para eso.

Puedo afirmar tranquilamente que, a pesar de que la inmadurez ha sido el motor de mi vida durante gran parte de la misma, he conocido a otros muchos que me sacaban bastante ventaja, y a los que, por supuesto, siempre he culpado de todos mis errores. Bien sabido es que uno de los lemas de un buen inmaduro que se precie es: “Yo no he sido. Ha sido él”.

Tengo que reconocer que pese a la forma errática y sinsentido con la que he ido dirigiendo mi vida, no estoy del todo descontenta en cuanto al resultado obtenido en algunos aspectos. Uno de ellos es el profesional, sobre todo si tenemos en cuenta que decidí estudiar periodismo porque me encantaba leer el periódico los domingos por la mañana.

Sin embargo, en otras facetas el desastre ha salido a la luz arrastrado por sus inevitables consecuencias.

En cualquier caso, y ya que te voy a abrir mi cabeza sin tapujos y en

algunos momentos mi corazón, sólo te pido que seas benigno con mi persona, aunque pedir que se me juzgue magnánimamente es tener mucha cara dura por mi parte, ya que no se puede decir que yo haya sido compasiva en mis juicios y prejuicios con todo el que se ha cruzado conmigo, pero como casi todos los que pasan por una situación realmente difícil en su vida, espero quedar perdonada.

Eso sí, cuando lo leas no me vengas con preguntas, que lo que quiera dejar claro, lo dejaré claro, pero lo que no: ancha es Castilla.

Creo que es hora de empezar, y lo voy a hacer por lo más triste, porque ante la duda, que yo también tengo, espero poder ir a mejor que todo lo contrario. La esperanza es lo último que se pierde.

Madrid. 12 de abril de 2010.

El comienzo de la pesadilla.

Supongo que a todos nos llega ese momento en que escuchamos algo que creíamos que no íbamos a escuchar en la vida. Algo tipo: “¡Te ha tocado la lotería!”. O: “Lo siento, yo no soy tu padre”.

En mi caso no era la primera vez que recibía un mensaje de esas características. Eso que siempre le pasa a los demás y nunca a uno mismo, ya sea bueno o malo; pero sí era la primera vez que la noticia en cuestión realmente cambiaría mi vida, y lo haría por desgracia. No se trataba de algo bueno.

El día que me dieron la terrible noticia, me quedé en un estado de estupor tal que no podía ver ni oír nada de lo que ocurría a mi alrededor. En seguida supe que la vida se me acababa de escapar de entre los dedos, como el agua por los pequeños agujeros de un sumidero. Sabía lo que todo aquello significaba, pero necesitaba tiempo.

Estuve largo rato sin que mi cara reflejase nada, aún así, era consciente del revés que acababa de sufrir mi vida, del mazazo que la había hecho añicos. Como cuando una frágil copa de cristal, llena del mejor vino, se estampa sobre un suelo frío y despiadado.

“¿Y ahora yo qué hago?, ¡qué hago!”, pensaba una y otra vez. “¿Y él?, ¿qué será de él?, ¿estará sufriendo?”.

De vez en cuando me quedaba en blanco, con la mirada perdida, y una sensación de extraña quietud envolvía el horrible momento. Desde fuera no se podía vislumbrar el volcán que había explotado en mi estómago, ni cuánto podía llegar a quemar.

“Voy a vomitar”, pensé. “Voy a vomitar. ¿He apagado la luz de la cocina al salir? Sí, creo que sí. Qué más da. Mírale ahí tumbado, parece tan sereno...”.

Todo esto es lo que pasó mi cabeza el tiempo que tardé en sentarme, plegarme sobre mi propio cuerpo hasta hacerme un pequeño ovillo, y romper a llorar.

Creo que para mi madre y el médico que estaba presente, todo esto había ocurrido en unos breves instantes, pero para mí, el golpe de la noticia se estaba alargando una eternidad.

Esa misma mañana me había levantado, me había acicalado con optimismo, incluso me había maquillado, cosa que no hacía desde que ingresó en el hospital, tres semanas atrás. No sabía por qué, pero me había despertado con la certeza de que saldría adelante, y soy mujer de intuiciones, o eso creía. Era un luchador nato, amaba la vida.

Nos habían dicho que el coma en el que se encontraba era bastante superficial, y que la probabilidad de que saliera de forma espontánea era alta. Quizá por eso no había llorado en ningún momento, no había tenido la sensación de estar perdiendo nada, sólo esperaba que un día de esos, él despertara.

Mientras tanto, había ido a trabajar con optimismo, por las tardes me había sentado a los pies de su cama y le había contado qué tal me había ido el día, o le había leído un párrafo de algún libro. Estaba segura de que podía oírme, y de que cualquier día de esos yo llegaría, y él estaría esperándome con los ojos bien abiertos y esa sonrisa que le iluminaba la cara al verme.

Pero contrariamente a lo que había estado fantaseando esa misma mañana antes de llegar al hospital, al entrar en la habitación 442, me había encontrado con el médico que me esperaba con gesto consternado.

— ¿Podemos hablar un momento?

Tardé en contestar. No, no quería hablar un momento con él, no quería escuchar lo que me tenía que decir.

Finalmente asentí, qué podía hacer.

—Sus constantes se han debilitado esta noche.

—Pero... —dije, incrédula—, pero dijisteis que saldría. Dijeron eso, ¿verdad mamá?, que era un coma muy superficial, que la salida más lógica era el despertar... Eso es lo que dijeron, ¿verdad?

La ansiedad se apoderó de mí en cuestión de milésimas de segundo, como la niebla que se expande por un verde paisaje dejándolo todo apagado.

El médico sólo asentía con cara de impotencia. Sí, eso le habían dicho, y los médicos se curan bastante en salud, no dicen esas cosas si no están muy seguros, sentía enormemente el error.

Y tras varias explicaciones médicas que soy incapaz de repetir, llegó a la temida conclusión. Esa conclusión que crees que no vas a escuchar jamás en tu vida:

—Ha entrado en un coma muy profundo, del que es muy difícil que salga. No sabemos cuánto tiempo aguantará así, puede que semanas, meses —calló—. Años. Pero es importante que nos vayamos preparando para lo peor. Lo más posible... lo más posible es que no lo supere.

Se notaba que le costaba dar la noticia. Siempre que recuerdo ese momento, intentando cambiarlo en mi cabeza, me asalta la duda de si es cierta la tan extendida idea de que los médicos se acaban acostumbrando a eso. Puede que sí, y que sólo estuviese haciendo un poco de teatro piadoso por respeto, no lo sé.

—Lo único que nos queda es esperar a ver si sale de este estado, cosa que es altamente improbable. Si de algo puedes estar segura es de que vamos a hacer todo lo que esté en nuestras manos... aunque llegados a este punto, ya podemos hacer poco, sólo esperar a ver cómo reacciona por sí mismo... —Hizo una pausa, miró a suelo, y continuó—. Si se produjese algún cambio para bien... —titubeó—, o para mal, te avisaremos de inmediato.

Ahí nos quedamos, plantadas, observando cómo la bata blanca se iba alejando, desapareciendo por completo de nuestra vista al doblar una esquina del aséptico pasillo, y llevándose consigo las esperanzas de tres semanas. De toda una vida.

Me dirigí a una fría silla de hospital, dejándome caer, y recuerdo que tras el estupor y la falsa calma del shock, fui incapaz de contener el torrente de lágrimas que, al brotar, sacudía todo mi cuerpo.

Acababa de cumplir treinta y nueve años hacía apenas un mes, los últimos cuatro los había compartido él. En realidad nos habíamos casado hacía relativamente poco. Ya sé que para mucha gente encontrar pareja es tan fácil como respirar, pero para mí había sido casi como aprender a volar, porque mi cabeza no funciona como la de la mayor parte de la gente. Tengo un don: el don de buscar siempre el camino más largo para llegar a cualquier sitio. Y si llego pronto, sea donde sea, normalmente es por equivocación.

Por eso, encontrarle había sido lo mejor que me había pasado en la vida, no sólo por que en algún momento había llegado a creer que sería imposible

dar con alguien con quien compartirla, sino porque un hombre como él, bien se hubiese merecido una espera de tantos años como el destino hubiese querido.

Cuando cumplí treinta y cinco, me di cuenta de que llevaba buscando el amor desde la adolescencia, pero que en el fondo había algo que me impedía dar con él una y otra vez. Así que aquel año me planté, enterré mis armas de guerra y decidí encontrar a alguien con quien compartir mi vida.

El caso es que nunca me quedó claro del todo si fue por esa firme decisión, cosa que dudo ya que eso me otorgaría el título de “la mejor profesional en auto-terapia exprés” del mundo, o si en realidad fue por el mismo mecanismo por el que a uno le toca la lotería; llegó él.

2. Juan.

Madrid. Septiembre de 1985.

14 años

El bocinazo que marcaba el inicio de las clases resonó por todo el colegio. Era la primera vez que lo oía y, a decir verdad, me pareció muy ordinario. Hizo que me sintiera como una oveja que tiene que entrar en el redil.

Septiembre había irrumpido en mis vacaciones del ochenta y cinco con días aún claros, y siguiendo su mala costumbre de todos los años, truncándome el verano. Ese curso estrenaba colegio.

Había sido tan mala estudiante de pequeña, que tras un EGB penoso para todos, mis padres decidieron cambiarme al típico colegio al que iban los zoquetes del barrio y no sé por qué extraña razón aprobaban. Es decir, era de pago y tenía bastante peor fama que mi coqueto colegio de monjas, pero mis padres sólo querían que yo pudiera llegar a la Universidad a toda costa.

Para ser sincera, yo hubiese preferido que me cambiaran al instituto, creía que por ser un centro público vigilaban menos a los alumnos, y que por lo tanto eran más libres y mundanos. A mí eso de ser mundana me parecía lo máximo por aquel entonces, pero cuando se lo expuse a mis padres, no les pareció en absoluto razonable. Se me olvidó preguntarles si el hecho de que su hija fuese a un cole cuya mala fama precedía sí les parecía razonable, pero me explicaron que en el instituto iba a ser peor todavía, que me dejarían a mi suerte y que yo no estaba para tonterías. Así que tuve que callar y acatar, es lo malo de ser joven e inexperta, que en seguida te quedas sin argumentos.

De esta manera, llegué en septiembre junto con otros nuevos alumnos cuyos padres habían decidido tirar por la calle de en medio y ahorrarse disgustos.

Todo lo que voy a narrar a continuación quedó grabado en mi cerebro de adolescente, no en el de ahora, ni en el de dentro de varios años, si no en aquel que sólo contaba con catorce, por lo que me resulta imposible contarlo desde la perspectiva de la mujer de treinta y nueve años que soy. Eso es lo bueno (y lo malo) de la memoria: que con sólo cerrar los ojos puedes volver a

ser lo que fuiste, por eso si los cierro puedo estar de nuevo ahí, a las nueve menos diez, entrando sola a mi nueva escuela en el mismo instante en que el bocinazo hizo su aparición. La entrada principal me llevó a un vestíbulo del que salían tres pasillos. Los chavales entraban rápidamente y se dirigían sin titubear a sus clases. El centro me pareció muy pequeño en comparación de mi gran colegio de antaño, aún así, en un momento dado me perdí, supongo que porque me confié y pensé que mi clase estaría a la vuelta del primer pasillo. Finalmente me encontré en la puerta de mi aula, “1º BUP — B”, especificaba el cartel pegado a la puerta.

—Madre mía —le susurré al oído a una chica morena y no muy alta que se encontraba parada en la puerta de la clase. Estaba observando la amplia habitación atiborrada de chicos agarrada a su carpeta como a una tabla de salvación. Al sentirme tan cerca de ella dio un brinco.

—Ah, hola, ¿vienes a esta clase? —contestó con voz asustada pero claramente agradecida de ver a otra nueva. Nos presentamos con un par de besos, y sintiéndonos más arropadas, entramos y nos sentamos juntas en un pupitre vacío de primera fila. Las últimas estaban todas ocupadas por chiquillos con acné y muchachas de tupés repeinados que nos miraban detenidamente al entrar, y cuchicheaban entre ellos.

Pretendimos no verles intentando parecer dignas. Lo que no sé es si lo conseguimos.

Una vez acomodadas, localizamos a otras dos chicas que obviamente también debían ser nuevas. Una de ellas, callada y retraída, hacía como que leía un libro, para no ser importunada con presentaciones y comentarios. Y la otra, mucho más vistosa y divertida, se encontraba en medio de un corrillo de chicos a los que animaba con su conversación. No parecía importarle mucho ser el centro de atención.

Aquel fue el año que más pretendientes he tenido en toda mi vida, y supongo que ésa fue la razón por la que empecé a tener una visión algo distorsionada del amor y de mi propia capacidad (hacia el alza) para encontrar pareja. No se le puede pedir a una adolescente de catorce años que se dé cuenta de que si hay un par de chicos detrás de ella, no es porque sea la mismísima Mata Hari, sino porque es nueva en un cole atiborrado de hormonas adolescentes.

Recuerdo vagamente a mis pretendientes. “Estoy por ti”, atinaron a decirme algunos, pero yo los fui rechazando uno a uno. Creo que en general eran chicos simpáticos, todo lo guapos que pueden ser los adolescentes, con

sus espinillas y su nuez en incipiente crecimiento, bien educados y más o menos cuerdos. Pero yo sólo tenía ojos para Juan.

Para mí fue un flechazo: lo vi y me enamoré. Del grupo de chicos que entraron de sopetón en mi vida aquel septiembre, quedé prendada de él. El único que era incapaz de fijar sus ojos en los míos para mirarme. El más raro, el excéntrico. Cómo no, eso fue precisamente lo que me encantó: Esa rareza inabarcable, inalcanzable. Y esa mirada, tan perdida, tan lejos de mí.

Mis amigas le llamaban “el rarito”, pero a mí me daba igual. El sentimiento caló en mi alma sin cruzar una sola palabra con él, desde mi pupitre y mirando al suyo, convirtiéndose en mi primer amor platónico de adolescencia. El primero que me llevó a permanecer interminables horas tumbada en mi cama, o más bien en el limbo, elevando mis pensamientos a un mundo imaginario donde el extravagante chaval que se sentaba al otro lado de la clase se me aparecía como lo más maravilloso del mundo.

Tuvieron que pasar dos semanas enteras hasta que, en una situación que no dio para mucho, conseguí cruzar mis primeras palabras con él.

Me había olvidado la carpeta encima de mi pupitre con un trabajo que teníamos que entregar al día siguiente. Él se dio cuenta, la cogió y me la dio en las escaleras.

—¡Que te dejas esto! —me dijo soltándomela al vuelo y bajando a toda mecha hasta desaparecer de mi vista. Me tiré otras dos semanas dándole vueltas al tema y sacándole más punta de la que se podía sacar.

—Yo creo que cuando me dio la carpeta pasó mirándome como queriendo decir algo más, no sé... algo tipo “me gustas”.

—¿Sí? —me contestaba la buena de Rita—. No sé Raquel, yo no lo veo...

Las cuatro nuevas nos llevábamos más bien que mal, e íbamos juntas a todas partes. Los grupos estaban muy formados cuando llegamos y no nos quedó más remedio que hacer pandilla.

Amparo era muy callada, tanto, que a veces su sola presencia me llegaba a incomodar bastante. Observaba, escuchaba y no decía nada, ejerciendo un efecto extrañísimo en mí: cuanto más hablaba yo, ella más callaba, y por lo tanto más sabía de mí, lo que me ponía muy nerviosa; y cuanto más nerviosa estaba yo, más hablaba de mí, convirtiéndose la situación en un círculo vicioso que parecía no tener fin. El caso es que nunca llegué a saber de ella nada más que su cantante preferido y su número de pie, cosa que, sinceramente, creo que podría calificarse como situación de desigualdad,

aunque supongo que no lo hacía por motivos ocultos sino por pura timidez.

Patricia, por el contrario, me parecía un poco soberbia, además de extremadamente guapa. Todos los chicos de clase suspiraban por ella, aunque sólo tenía ojos para los de cursos superiores. Había algo en esta nueva compañera que me tenía impresionada: su descaro y su facilidad para la diversión fácil y superficial. Cuando alzaba los ojos parecía que posaba para una foto, y cuando andaba, movía el trasero más de la cuenta. Miraba por encima de las gafas de sol, y lanzaba besitos al aire como si fuese muy sensual. Yo sinceramente la admiraba, porque siempre he pensado que para hacer este tipo de cosas hace falta tener muy poco desarrollado el sentido del ridículo, y yo, por desgracia, lo tenía.

Sin embargo, escondía un lado oscuro. El primer día que me crucé con ella en clase, me sostuvo aquella mirada aguamarina con una mezcla de frescura y desfachatez más tiempo de la cuenta, y tuve la clara intuición de que era mejor no hacerla enfadar.

Así que tras realizar una simple tarea de descarte que duró tan sólo unos días, decidí que con la que mejor me llevaba era con Rita. Esta elección no estuvo mal, pero reconozco que tampoco fue muy difícil atinar. Quizá no la hubiese elegido como mi amiga más íntima en otra situación, pero era buena, sociable y divertida. Aceptable. Algo apocada quizá, y un poco “santurrón”, según Patricia, pero simpática. De esta manera, casi por casualidad y a la fuerza, se acabó convirtiendo en mi amiga de adolescencia más íntima.

Todas éramos muy diferentes, tanto, que nuestra unión resultaba algo extraña, casi forzada, pero no le di mucha importancia, supongo que a los catorce años cualquiera que haga bulto te parece bien. Sin embargo, hay veces que lo que en un principio uno piensa que no tiene trascendencia, en un futuro se acaba convirtiendo en algo que, sin quererlo, influye de tal forma en nuestras vidas y los de alrededor, que nos gustaría haber podido cambiarlo. Y que hay señales en el camino a las que no damos la importancia que, de hecho, finalmente tienen.

Una tarde, cuando los días empezaban a hacerse más cortos y las primeras hojas amarillentas a caer de los árboles dando así paso al otoño, Rita, con la mejor de sus intenciones, le comentó a Patricia que el vestido que llevaba era muy bonito pero algo ajustado, y que a ella le daría reparo ponérselo.

—¿Qué has querido decir con eso? —dijo Patricia impulsiva y desproporcionadamente molesta.

—Nada, te queda muy bien, pero yo sería incapaz de ponérmelo, ¡seguro que todo el mundo te mira al pasar! —intentó arreglar Rita.

—Ya, así que la “santurróna” de Rita no se pondría un vestido como este porque es un vestido para chicas ligeritas, ¿o qué? —gritó en un tono burlón.

—No, no, yo no he querido decir eso.

—Así que te parece que voy llamando la atención, ¿no?

—Sí, sólo era eso.

—¿Como las mujerzuelas?

Y como no hay nada peor que escuchar, o creer haber escuchado, una verdad como un templo que posiblemente oculte un secreto inconfesable, se desató en ella la ira del que para ocultar sus defectos maltrata a los demás, como si éstos le hubiesen difamado sin ningún pudor.

La furia de Patricia resultó ser de las peores: cruel y silenciosa, como la peste, siendo su consecuencia la retirada por completo de la palabra, la mirada y la mismísima existencia durante una semana a quien tanto la había agraviado. Rita lloraba por las esquinas suplicando perdón, y queriendo entender qué es lo que había pasado. No sabía cuál había sido el terrible ultraje que había conllevado un castigo tan severo.

Una mañana, de buenas a primeras, Patricia llegó, la saludó como si no llevara cinco días ignorándola, y todo volvió a ser como antes. Nadie se atrevió a preguntar nada y Rita volvió a sonreír, como un perrillo al que abren la puerta de casa un día de lluvia, devolviendo la paz a todos los de su alrededor.

De esta manera, en mitad de un universo adolescente e historias enmarañadas vividas con más intensidad de la que realmente se merecían, el primer trimestre entre las paredes del nuevo centro voló, y a esas alturas ya teníamos nuestras nuevas costumbres bien arraigadas.

Al acabar las clases de la tarde solíamos sentarnos con varios compañeros sobre el capó de los coches a la puerta del colegio a fumar, decir palabrotas sin sentido y reírnos de tonterías. Fue una de esas tardes cuando recibí mi primer consejo en tema de amores de una total desconocida.

Apareció de repente y se dirigió directamente a mí, apartando con los codos a los compañeros que me rodeaban.

—Tú sabes lo que me pasa, ¿verdad? —me dijo sin ningún preámbulo.

—No —contesté muy desconcertada, mientras los demás se miraban unos a otros sin entender nada.

—Mírame bien, tú sabes lo que me pasa, porque seguro que tú has

estado así alguna vez. —Yo la miré, pero de verdad que no sabía cuál era la respuesta. “¿Que estás como una cabra?” hubiese dicho, pero volví a negar con la cabeza.

—Estoy borracha —dijo la mujer que ahora se tambaleaba.

—Ah. —“¿Y?”, pensé.

—¿Tú podrías hacerme un favor? —No contesté.

—¿Podrías ir a recoger a mis hijas al colegio de monjas de ahí arriba?

—Pero...

—Como comprenderás, en este estado yo no puedo ir a recogerlas, no te preocupes, te las darán si dices sus nombres, están acostumbradas. —Sonrió amargamente.

No sabía qué decir. Tampoco vi por qué no iba a hacer lo que la mujer me pedía. Me dio pena, no pude negarme.

—Bueno...—dije finalmente. Me bajé del capó del coche. Los demás muchachos, ahora completamente en silencio, observaron cómo nos dirigíamos calle abajo, preguntándose cómo podía haber accedido a hacer algo tan extraño.

Recorrí con ella la calle, sin saber qué decir. En realidad iba tan borracha que cualquier intento de conversación iba a resultar grotesco. Entré en el colegio que se encontraba dos calles más abajo del mío, y pregunté por las dos niñas. La portera me miró de arriba abajo.

—Pobres niñas, su madre siempre hace lo mismo—musitó—. Ahora las llamo, son las únicas que quedan en el patio.

Al entrar las pequeñas del jardín y verme en el frío hall de entrada, se acercaron a mí, y casi sin mirarme me cogieron tiernamente de la mano esperando salir por la puerta sin hacer ninguna pregunta. Me pareció realmente sorprendente lo rápido que se confiaban a mí, dispuestas a abandonar su escuela con una auténtica desconocida.

Fuera, su madre esperaba fumando en un constante tambaleo.

—Ahora nos iremos todas a emborrachar, ¿verdad que sí? Yo les digo a ellas que se emborrachan con coca-cola...

Antes de marcharse, me agarró del brazo.

—Escúchame bien —me dijo—: nunca, nunca, ¿me oyes? Nunca te cases joven porque no tienes otra salida. Ni aunque te quedes preñada. —Mostró una sonrisa ebria y torcida—. No cometas esa estupidez. Ni mucho menos dejes de lado tus estudios por un hombre. Tienes que ser capaz de valerte por ti misma. Acuérdate de esto que te estoy diciendo. Prométemelo.

Asentí, sin ser muy consciente de lo que acababa de prometer, y me alejé de ahí consternada, tomando directamente el camino hacia mi casa. Ya no tenía ganas de seguir de charla.

Depositó el recuerdo de esa pobre mujer en un rincón de mi memoria, hasta conseguir dejarlo muy lejos, para poder volver a mi mundo adolescente en el que todos mis problemas se resumían en aprobar, colocarme bien el tupé, disimular el acné, manejar bien las discusiones en mi casa, y conseguir a Juan. Sin embargo, antes de quedar adormecido del todo en mi conciencia, estuve soñando algunas noches con ella.

En mis sueños aparecía con esos ojos enrojecidos por el alcohol que me miraban fijamente, mientras me clavaba las uñas en el brazo a la vez que me obligaba a prometer algo que no tenía sentido. Entonces aparecían las dos niñas gritando con furia a mi alrededor, momento en el que me despertaba sobresaltada. En la oscuridad de la noche, el verdadero recuerdo de aquella mujer y sus dos hijas me suscitaba una compasión con la que no podía hacer nada.

Más allá de los días en los que esos sueños se sucedieron, las clases y las historias siguieron sin tregua.

Me gustaba pasar las tardes en casa de Rita, donde el ambiente era distendido y alegre. En los meses de invierno, hacíamos los trabajos de clase sentadas en una mesa camilla que su madre tenía en el salón con una estufa bajo los pies.

A pesar de no habernos elegido realmente como amigas, llegó un momento en el que tuvimos la certeza de que éramos muy afortunadas por habernos encontrado en aquella clase, y hubiésemos asegurado que aunque no hubiésemos sido “las nuevas”, también nos hubiésemos escogido para la posteridad.

—Nunca vamos a tu casa —me dijo un día Rita de refilón— Tampoco me cuentas mucho sobre tu familia...

—Ah, nada remarcable. Si quieres vamos hoy, pero seguro que en la mía no nos lo pasamos tan bien como en la tuya. Ya lo verás.

Nos dirigimos hacia la casa de mis padres, en la calle San Bernardo, y entramos en el antiguo edificio de fachada blanca y grandes ventanales. Subimos al sexto, el último piso del edificio, y abrí con mis llaves.

—¡Qué piso más luminoso!

Unas enormes ventanas se abrían en el pasillo que daba a la entrada de techo muy alto, casi señorial, transmitiendo una sensación de limpieza y

pulcritud. Enseguida se dio cuenta de que a esa claridad la acompañaba un profundo silencio, una quietud desconocida que, estoy convencida, aturdiría a todo el que entraba.

—¿No hay nadie? ¿No están tus padres? —dijo mirándome extrañada.

—Sí, mi madre debe estar en el salón, y mi hermana Sara seguramente estará en su habitación haciendo los deberes. ¡Hola! —grité, y en seguida mi madre hizo su aparición entre las cortinas de terciopelo que separaban el salón del pasillo.

—Hola Raquel, ¿vienes con una amiga? —Mostró su bonita sonrisa—. Me alegro de que por fin traigas a alguien a casa, hija, parece que siempre nos andas huyendo —bromeó—. Tenéis embutido en la nevera si queréis merendar.

—¿Qué maja es tu madre! Y muy guapa para ser madre. ¿Ves? Ella también se extrañaba de que nunca vengamos. Qué alivio, pensé que había metido la pata pidiéndote venir. ¡Me gusta tu casa!

Pasamos a mi habitación, amplia y luminosa como el resto de la casa.

—Qué silencio —dijo de nuevo Rita. Creo que en ese momento empezó a darse cuenta de que a veces tanto silencio llega a resultar extraño. En su casa cuatro niños más pequeños solían berrear, pelearse y molestar con la televisión de fondo —. ¿Vosotros nunca hacéis ruido?

—Sí, claro, cuando Sara y yo nos peleamos. Y cuando a mi padre le da por poner a la orquesta sinfónica en su tocadiscos.

—Ah. ¿Y tu madre?

— ¿Mi madre qué?

— Que si a ella también le gusta el silencio.

—Ah, bueno, yo creo que ella se amolda bien a cualquier cosa. Dice que mi padre es un genio loco, y que hay que dejarle actuar en un ambiente tranquilo para que no se le fuguen las ideas, o algo así. Ven, vamos a buscar folios para hacer los problemas.

Entramos en el despacho de mi padre, que era la estancia más grande, y que lucía dos grandes ventanales a la calle. En el medio tenía una mesa blanca enorme, llena de papeles revueltos. Parecía un sitio algo caótico, y todas las paredes estaban forradas de estanterías de cristal abarrotadas de piedras de distintos tamaños y colores.

—¡Uauh! — Exclamó Rita ¿Qué es esto?

—Son las piedras de mi padre, son su mayor afición.

— ¿Trabaja con ellas?

—¿Con las piedras? No, vive con ellas. — Me reí —. Es matemático, y es profesor en la Uni. Yo le llamo el profesor chiflado, porque lleva los mismos pelos que el de *Regreso al futuro*...

—Pero y entonces, ¿las piedras? —Me interrumpió. Estaba realmente impresionada con semejante colección.

—Es que también es geólogo, pero él dice que sólo por afición.

—Ah, ¿y es aquí donde trabaja?

—Sí, él lo llama su laboratorio, pero yo lo llamo su almacén—. Me volví a reír. —En realidad nunca nos lo ha dicho así, pero está prohibido entrar. Creo que es para que no le rompamos ninguna. Mira, ésa es una de sus preferidas. A mí me parece una cagarruta...

Rita se sobresaltó.

—Pues vámonos, que como tu madre nos pille...

—¿Pero no te acabo de decir que nunca se nos ha dicho expresamente? Además, no es para tanto, no nos van a comer. Anda, coge esos folios.

De vuelta a mi habitación pasamos por el salón, donde mi madre permanecía, como siempre, sentada en un sofá leyendo.

—¿Y la tele?

—No tenemos. Mi padre es un tipo extraño. Piensa que un exceso de estimulación visual, o auditiva, así como las ondas extrañas, pueden colapsar nuestro cerebro, por eso tampoco tenemos microondas. Mi tía se parte de risa, siempre le dice a mi madre que no pudo encontrar a uno más “extravagante”, pero vamos, que es gracioso desde fuera, porque...

— Pero tú que vives, ¿en Marte?

— Y ahora querrás que te aplauda con la orejas por darte cuenta... De todas formas, el que vive en Marte es mi padre. A veces es hasta divertido.

— La verdad es que tu casa da un poco de “yuyu”.

— Si ya te lo decía yo...

— Perdona, ¡pero tú no me has dicho nada! Bueno, da igual, ¡aquí se tiene que estudiar de maravilla!

Desde aquel día Rita decidió que si teníamos un examen lo mejor era ir a mi casa, que según ella era mejor que cualquier biblioteca de Madrid para concentrarse. Eso sí, se sentaba en mi habitación y no salía ni para ir al baño. Creo que le daba apuro.

Sin embargo, cuando sólo teníamos que hacer unos cuantos deberes sin importancia, íbamos a la de Rita. Allí podíamos escuchar música a un volumen nada despreciable, hacer rabiar a sus hermanos, y fumar en el baño

sin que nadie se diera cuenta, ya que su madre, bastante más dicharachera y menos discreta que la mía, fumaba por toda la casa. Por eso mismo, era la casa de las fiestas.

Cada vez que sus padres se iban al pueblo con sus hermanos, montábamos unas buenas juergas.

Un buen día, en una de esas fiestas que organizaron conseguí mantener una conversación con Juan durante algo más de una hora, mientras bebíamos un vaso detrás de otro de una sangría que habíamos hecho en un enorme barreño. No recuerdo bien de qué hablamos, pero sí recuerdo la sensación que me generó la charla. Tras un cuarto de hora de parloteo, en el que él solo decía cosas raras e inconexas, llegué a la conclusión de que debía de ser un auténtico incomprendido, porque yo no entendía nada de lo que me decía. Se iba por las ramas sin sentido, y creí que me estaba abriendo del todo su corazón, porque en un momento dado me pareció que hizo alusión a los problemas que tenía con sus padres, una motocicleta y unos amigos suyos del pueblo, o algo así. No sé si todos estos factores iban juntos tipo: “Mis padres no me dejan ir en motocicleta por el pueblo con mis amigos”. O separados: “Mis padres me odian. Stop. Por cierto, me he comprado una motocicleta. Stop. Tengo un amigo en el pueblo que ya no me habla. Stop“. Así que después de realizar un esfuerzo titánico por captar algo de su perorata, me acabé autoconvenciendo de que el día que lograra entenderle, descubriría al ser más interesante, profundo, y por supuesto sensible de toda mi vida, y en ese momento mi enamoramiento sin sentido se hinchó, y creció como un suflé en el horno.

El caso es que por fin había conseguido que se fijara en mí, y sin saber cómo ni por qué, acabamos en la desordenada habitación donde solía estudiar cada tarde con mi compañera de pupitre.

Allí, al fin, nos besamos.

Era la primera vez que besaba a un chico, y puedo decir que me pareció insulso. Al unir los labios y moverlos, tal y como habíamos visto hacer en las películas, el resultado se me antojó más parecido a dos peces que boquean bajo el agua que a dos amantes que se besan. Y sobre este beso no tuve mucho más que contar cuando Rita, emocionada, me preguntó por él. “No sé. Salado. Raro”, le dije. “¿Salado?... Habrá sido por los cacahuetes”, se quedó perpleja pensando Rita, sin entender muy bien mi respuesta.

Aquel beso se alargó, y seguimos con unos cuantos más igual de raros, sin dar con la tecla. Poco a poco nos dejamos llevar, hasta dar con la forma de

acoplarnos. Nos olvidamos de las películas, y de cómo los actores parecen besar, y nos dedicamos al otro, intentando encontrar la clave. Cuando por fin la situación empezó a ser más placentera, algún gracioso llamó a la puerta, y aunque nadie contestó, dimos por finalizado el encuentro. Salimos despeinados con cara de no haber roto un plato, y nos dirigimos al salón repleto de chicos bailando.

Rita me empezó a contar que la engreída de Patricia le había quitado al chico, siempre hacía lo mismo, pero recuerdo que después de mi primer encuentro con un chico, yo no estaba para historias.

El lunes siguiente por la mañana, me levanté emocionada un cuarto de hora más temprano de lo habitual. Quería elegir cuidadosamente lo que me iba a poner y, sobre todo, colocarme las diez horquillas con las que sujetaba mi tupé a la perfección.

Cuando entré en clase, le busqué con la mirada y me percaté de que él ya estaba dentro, sentado, dando a entender que estudiaba. Ni me miró. Yo hice amago de acercarme con el corazón saltando a trompicones en el preciso instante en el que el profesor realizó su entrada cerrando la puerta con un estruendo autoritario. Frené en seco, me di la vuelta y me senté en mi pupitre, con el corazón esta vez en un puño. En aquel momento justifiqué la extraña situación pensando que no me había visto, y que ya lo haría en el descanso. Sin embargo el primer descanso llegó, y llegaron muchos otros después, en los que no conseguí una sola mirada durante toda la semana.

Se volvió distante y frío conmigo, y sin mediar una sola palabra, dio por zanjado nuestro pequeño encuentro de aquella noche en la habitación de Rita, aún plagada de peluches. Yo pasaba por delante de él una y otra vez, a ver si me decía algo, pero nada, no arranqué de su boca ni una sola palabra en semanas. Aunque en mi pequeño mundo me pareció que no podía existir un sufrimiento mayor que aquel por el que yo estaba pasando, y que literalmente me había roto el corazón, aún no sabía que algún día realmente entendería lo que es que me lo arrancaran de cuajo con las dos manos.

Aquella evaluación estuve a punto de suspender todas las signaturas, pero al final logré salvar Educación Física, Inglés y Religión, con lo que sólo me quedaron seis.

Aunque tengo que reconocer que el desastre educativo no sólo tuvo que ver con él. También tuvieron la culpa a partes iguales: mis ganas de fiesta; el desinterés generalizado hacia cualquier cosa que no fuese la vida fuera del aula; y las hormonas. Las hormonas eran siempre una buena excusa para todo.

Finalmente, y antes de que me diera un síncope de tanto pensar en él y en qué podría haber hecho tan mal como para haber sido olvidada sin merecerme siquiera media palabra, el ansiado saludo llegó. Aquella mañana el patio bullía con chavales jugando al fútbol y al baloncesto. Otros tantos habían salido a comprarse algo para desayunar. Yo me encontraba sentada en un banco del patio con Rita, Amparo y Patricia.

Juan, a lo lejos, empezó a acercarse a nosotras.

Mi corazón dio un vuelco, creí que se me iba a salir del pecho. Patricia, sentada a mi lado, me dio una patadita.

—Que viene.

Las cuatro le miramos expectantes mientras él se iba acercando lentamente desde la puerta de entrada del patio, que se encontraba a una distancia importante. Tardó unos minutos en estar a un tiro de piedra de nosotras, que seguíamos observándole por el rabillo del ojo con expectación.

Ahí estaba. ¿Qué diría? ¿Pediría perdón por su cobardía? Antes de perdonarle se lo tendría que hacer pagar. ¡Buena era yo!

Contuve la respiración para que no se notara el estado de excitación y nerviosismo en que me encontraba. Y entonces, cuando por fin Juan había llegado a la altura de nuestro banco, pasó de largo, mirando al frente y dejándonos a un lado.

Llevaba una suculenta palmera de chocolate en una mano, y en el preciso instante en el que se cruzaba por delante de nosotras, sacó la otra mano del bolsillo sin girar la cabeza para mirarnos, y la movió a modo de saludo, como si del Rey de España o el mismísimo Papa se tratara.

No paró de caminar hasta llegar a la otra punta del patio, mientras le seguíamos con la mirada moviendo la cabeza de un lado a otro recordando a un saque no devuelto en un partido de tenis.

Tras observar el paseillo de Juan por delante de nuestras narices sin dignarse si quiera a mirarnos, y habiendo sido víctimas de un saludo que no tardamos en calificar de “denigrante”, nos quedamos absolutamente boquiabiertas, sin poder pronunciar palabra.

Yo no pestañeaba, y cualquier mosca podría haberme entrado en la boca en ese preciso momento.

—¡Pero será gilipollas! —exclamó al fin Patricia.

—Ya verás, ya. Este algún día tendrá su merecido —añadió Rita.

Amparo no dijo nada, pero en su mirada se podía observar una total perplejidad.

Al final no nos quedó otra que soltar una sonora carcajada de incredulidad, y aunque a mí no me hizo ninguna gracia, ya podía reírme, ya, porque eso era lo único que iba a sacar de él en mi paso por el colegio, y por este planeta. Así que ahí me quedé, con mis sándwiches, comentando la valiente jugada.

Desconocía que ese no era más que el prelude de la larga sucesión de hombres que iban a pasar por mi vida, a modo de casting de patético reality show televisivo: unos rechazados, muriendo en el olvido; y otros elegidos, pasando por mi vida de soslayo, dejándola patas arriba sin dignarse siquiera a mirarme, mientras se comen a bocados cualquier otro pastel que tengan al alcance de su mano.

3. Nadie.

Madrid. 12 de abril de 2010.

3 semanas hospitalizado.

Mi madre siempre ha dicho que soy una raspa, porque ni siquiera de pequeña me he dejado abrazar mucho. En ese momento intentaba consolarme, pero yo estuve un largo rato impenetrable en mi shock inicial. Finalmente, en mi desesperación, logré pensar que lo “más posible” no siempre es “lo más seguro”, así que era posible que no despertase, pero todavía no era seguro. Es curioso, cuanto más desesperado está uno, es cuando más echa mano de la esperanza. Finalmente me levanté, me sequé las lágrimas, y me abracé a ella. Tendría que sobreponerme y esperar, no quedaba otra.

Las dos noches siguientes me quedé a dormir en el hospital. Estaba tan agotada que por raro que parezca conseguí conciliar el sueño antes de lo que hubiese esperado, cayendo en un trance pesado pero nada tranquilo, ya que fueron noches llenas de pesadillas. La tercera noche decidí ir a mi casa a descansar.

Fuera el tiempo era cálido, y la luz alegre. La ilusión que desprendían los rostros cada vez más dorados de la gente por la llegada del verano, hacía que se volviese aún más extraño el dolor que me agujoneaba por dentro.

Casi arrastrándome por la pesadez que sentía, logré llegar a casa, y me dispuse a esperar resignada y sin otra cosa que hacer, a que el ascensor terminara de bajar los seis pisos del edificio.

—¡Uff! Qué esfuerzos más horribles tengo que hacer cada vez que me voy de compras, hija mía —resopló Doña Pura al entrar en el portal.

Mi vecina tendría más de setenta y cinco años. Era bajita y rechoncha, y habría jurado que llevaba peluca, ya que lucía una cabellera demasiado abundante, y de un color sospechosamente uniforme para su edad.

—Hace mucho que no te veía por aquí —continuó con curiosidad.

—Pues sólo llevo dos días fuera.

No tenía ninguna gana de entablar conversación. Estaba recién llegada del hospital, tenía hambre, sueño, y me dolía la cabeza, pero ella se había parado en mitad del rellano para soltar las dos bolsas repletas de cosas que

traía.

—Hija, yo ya no puedo con tanto peso, de verdad.

—¿Quiere que la ayude?

—Te lo agradecería mucho, si no te importa.

Bajé los tres escalones de mármol que separaban el habitáculo del ascensor de la entrada donde se encontraba Doña Pura.

El portal de mi casa es grande, oscuro y fresco, como el de cualquier casa antigua de Madrid (Asegurada de incendios, 1892, reza un cartel que hay sobre él). Al abrir sus puertas, la luz de la Calle Segovia entra de pleno en el descansillo. Una vez fuera, la fachada blanca y amarilla del edificio llama la atención, salpicada con unos balcones de hierro forjado desde los que se otea el parque Atenas, e incluso los frondosos Campos del Moro si el piso es superior, como es mi caso.

Se accede a él por dos enormes portones de madera antigua cuidadosamente tallados, que lucen sendos tiradores, pero si alguien intenta golpear con ellos las puertas, se daría cuenta de que hace ya mucho tiempo que han sido soldados a las mismas.

Agarré las dos bolsas de compra de Doña Pura, y subiendo de nuevo los escalones las introduje en el ascensor de madera y cristal que ya esperaba con la puerta abierta.

—Ay, muchas gracias hija.

Doña Pura, agarrada al pasamanos con una mano subía los escalones resoplando, mientras apoyaba la otra en su espalda. Finalmente conseguimos hacernos hueco mutuamente en el escaso habitáculo del ascensor, y pulsamos el número tres.

—Qué, ¿has estado de vacaciones?

Al preguntar me escudriñaba, creo que intentaba averiguar lo que escondía tras las gafas de sol que llevaba puestas en semejante oscuridad.

—No... no.

—Ah, como no te veía ni te escuchaba...

Estoy segura de que sabía perfectamente que mi marido hacía ya unas semanas que no estaba por ahí, y me juego el cuello que se moría de ganas de saber qué había pasado, pero, contrariamente a lo que yo hubiese apostado, su educación, por primera vez en mucho tiempo, le ganó la batalla a la curiosidad. Yo desde luego no pensaba decir ni “mu”, así que se hizo el típico silencio incómodo de ascensor.

—Bueno, aquí es — Respiró liberada Doña Pura.

—Deje, que ya le saco yo las bolsas.

—Gracias, hasta luego hija, y dale recuerdos a tu marido, que con él sí que hace mucho que no coincido.

“¡Lo sabía! ¿Pero es que esta mujer no lo puede evitar?”

—Hasta luego —decidí ignorar la última frase de mi vecina. Acto seguido pulsé el número cuatro.

Al abrir la puerta del piso, sentí que estaba más frío y solo que nunca. Aquella noche apenas pude conciliar el sueño, no como las dos noches anteriores, que de lo agotada que me había dejado el disgusto había podido dormir algo en el hospital. Tras una pequeña cabezada, me desperté abruptamente. Serían las cuatro de la madrugada. En el mismo instante en el que lo hice, no tuve conciencia de mi realidad, y de primeras me pareció un alto normal en una noche cualquiera, como cuando me desvelaba antes de entregar a mi jefe un trabajo acabado, o cuando aún de niña, pasaba noches en blanco antes de ir de excursión con el colegio.

Pero la sensación cotidiana y frugal en seguida se esfumó, y dio paso al cruel aguijón que volvió a azuzarme, y el volcán del estómago se impuso a la calma del sueño. Me levanté, y expelida por una fuerza superior a mí, me fui al baño a vomitar. Cuando salí, no sé porqué de repente me entró un ataque de responsabilidad, y empecé a pensar en mi trabajo.

Soy redactora en una revista de decoración de exteriores y jardines. Para cuando entré a trabajar aquí, aún no había conseguido mantener viva ni una sola de las plantas que hubiesen caído en mis manos. Ahora, tras dos años en esta revista, por fin puedo presumir de cinco hermosísimas plantas que lucen en la sala de estar, y otras tantas que se levantan exhibiéndose en los dos balcones que dan a la calle Segovia.

Mi jefe es un hombre bonachón, ya entrado en años, que aunque es de naturaleza tranquila, hay momentos en los que le mataría, o por lo menos le encadenaría a la pata de una mesa y me tragaría la llave. Debe ser que no existe el jefe que no se deje arrastrar por la furia cuando las cosas no se realizan como ellos quieren. Es decir, da igual si el resultado es bueno, eso también les cabrea si no está hecho “exactamente” como ellos consideran. El caso es que cuando eso ocurre, abre la puerta del despacho, y sin ningún tipo de compasión por nada ni nadie, empieza a repartir gritos a diestro y siniestro como si de la revista dependiera la salvación de la raza humana. Entonces, todos, incluida yo, sabemos que lo único que podemos hacer es callar y asentir, generando un movimiento excesivo de papeles y llamadas para que él

vea lo mucho que estamos poniendo en el asunto.

Pero tengo que reconocer que por suerte en este caso, la sangre no suele llegar al río, ya que normalmente tras el arrebató nos invita a todos a un café, en señal de disculpa silenciosa. Nosotros accedemos en lugar de mandarle a freír espárragos porque en realidad le tenemos cariño, y sobre todo, porque es el jefe.

A las dos horas de conocer la noticia, le llamé, y se mostró muy comprensivo. Me dijo que me tomara el tiempo necesario.

Un ruido procedente de la calle me sacó de estos pensamientos. Me levanté y me preparé una tila, no podía casi ni respirar. “Qué cerrada es esta cocina”, pensé a pesar de tener una ventana que daba a un patio interior. “A ver si cuando vuelva hacemos obra y abrimos una ventana al salón. Sí, eso estaría bien”. Inspirando con fuerza intenté llenar mis pulmones de aire, pero siempre llegaba a un extraño tope, que me hacía sentir que no había conseguido expandirlos. Esa sensación me asfixiaba.

El melancólico sonido del vacío me llegó desde el balcón. No había nadie por la calle que pudiera hacerme compañía con el eco de sus pisadas, sólo el ladrido de un perro a lo lejos, que vagaba perdido por las calles de la ciudad dormida. Su ladrido roto, desamparado, se fue acercando rítmicamente a mi balcón, y se unió al humo del cigarro, inundando las sombras del salón hasta fundirse en un sueño oscuro y angustioso que me guió hipnóticamente al mundo inabarcable del inconsciente, donde la realidad, que deseaba perder de vista, flotaba entre un vaivén de imágenes inciertas que hacían imposible el olvido. Con los primeros rayos del sol volví a quedarme profundamente dormida.

Cuando abrí los ojos de nuevo estaba tumbada en el sofá y sentí frío, ya que me había quedado ahí sin nada que me arropara. Pero tras conseguir abrir los ojos del todo, deslumbrados por la luminosidad del día, encontré mi salón bañado de una preciosa luz dorada que parecía, por fin, querer recordarme que la vida podía ser bonita.

4. Leo.

Madrid. Marzo de 1986.

16 años

Para cuando cumplí dieciséis años, ya me creía muy mayor, y muy dueña de mis actos. Cursaba segundo de BUP, aún me quedaban dos años para la mayoría de edad, y consideraba que el horario de mi casa era propio de un niño de parvulario. Pero mi frágil felicidad de adolescente no se veía empañada por las rígidas normas de mi casa, que al fin y al cabo compartía con otros compañeros. Tampoco me podía quejar, ya que con dieciséis años ya me dejaban ir a las fiestas del colegio que los chicos de COU organizaban para costearse su viaje de fin de curso.

Es curioso cómo somos, porque cuando tocaban la bocina del colegio me sentía como una oveja que tiene que entrar en el redil, pero cuando entraba en una discoteca llena de adolescentes igual vestidos, no.

Solíamos ir a los locales de moda: Pachá, Aire, RKO, Mini, Jácara... donde nos reuníamos a beber, fumar, e intentar ligar a toda costa. Las parejas de chicos besándose por las esquinas y en los asientos de las oscuras salas de baile, atiborraban cualquier espacio donde sentarse a descansar.

Nosotras, además de hacernos unas permanentes imposibles, nos cardábamos el pelo después de estar una hora colocándonos las horquillas que sujetaban el tupé, y lucíamos unos enormes pendientes de aro que movíamos al ritmo de los ochenta. Las minifaldas de pana rosa y vaqueras habían arrasado, junto con enormes blusas que marcaban unas hombreras agarradas por las tiras del sostén. Ciertamente la moda de entonces, le hizo mucho daño a nuestra (ya de por sí) terrible adolescencia.

Cuando no teníamos fiesta del colegio, salíamos a los bares del barrio. En estos casos, las situaciones que Patricia generaba a veces me superaban. Mi despampanante compañera siempre conseguía que un bar entero se girara para mirarnos nada más entrar, y por supuesto, que acabaran invitándonos a todo.

Un sábado por la noche, ya rozando el final del curso, estábamos las

cuatro en uno de los locales del barrio que nos gustaba frecuentar. Al cabo del rato de hablar de lo aburrida que se presentaba la velada (no habíamos quedado con nadie más), hicieron su entrada en el bar un grupo de seis chicos que se aposentaron al otro lado de la barra.

Pidieron una ronda.

—¡Vuestras cañas! —gritó Mariano, el camarero y propietario—. ¡Una racioncita de paella para los chicos! —Se alejó con su griterío.

Ellos con parsimonia fueron cogiendo sus cañas para disfrutar de su primer trago, dejando escapar un sonido fanfarrón al finalizar el primer sorbo. Estaban muy orgullosos de beber cerveza, y su actitud era de clara superioridad frente a cualquiera que se interpusiera en su camino.

Estuvieron un buen rato mirando al tendido, estudiando la posición de los demás jóvenes en el bar, y buscando a alguien frente a quien exhibirse. Finalmente encontraron lo que buscaban. Patricia, recostada al otro lado de la barra, les miraba con cara de tener mucho que ofrecer.

—¡Por Dios Patricia! —le decía Rita en voz baja de vez en cuando tapándose la cara con una mano—. Sé un poquito más discreta, ¿no?

—¡Shhh! —chistó Patricia—. Mira, ya se acercan. A ver si aprendes, que no sabes ligar...—susurró al cabo del rato. Le dio un orgulloso trago a su cerveza al ver cómo los chicos se ponían en movimiento.

Hicieron una ronda de presentaciones. Entre ellos se encontraba Leo, que por lo visto era un chico muy popular en el barrio. Estudiaba en el instituto más cercano a nuestro colegio. De él, más Patricia y Rita que yo, la verdad (Amparo no decía nunca nada), habían hecho comentarios tipo “quien lo pillara” cada vez que pasaba con sus amigos por delante de la puerta del colegio a la hora de la salida. Nunca supimos si pasaban por ahí para que les admirásemos, cosa que es muy probable, o porque nuestro colegio, en realidad, les quedaba de camino a su casa.

Yo no lo recordaba muy bien, pero él insistía en que hacía unos meses habíamos cruzado unas pocas palabras sentados en un banco en la puerta de RKO. Pero él sí se acordaba a la perfección de esa indiferencia no simulada hacia su comentario y hacia su persona en general, con la que yo, por lo visto, le había azotado sin pretenderlo al levantarme del banco y volver a entrar en la discoteca sin más. Supongo que tenía frío. Después me contó que cada vez que me veía a las puertas del colegio se preguntaba si yo le reconocería, pero que le resultaba evidente que no era así porque nunca le saludaba, cosa que corroboré en ese momento, hiriéndole de nuevo en su orgullo masculino.

Cuando se lo conté a mis amigas, me dijeron escandalizadas qué cómo era posible que no me acordara, ya que ellas en mi lugar hubiesen fingido no estar congeladas aquella fría noche de sábado, solo por alargar el encuentro.

Fue por esa tontería por lo que cuando nos encontramos en el bar no tuve que hacer absolutamente nada para conseguir su atención. De hecho, tengo la extraña sensación de que salir con él no me costó tiempo, esfuerzo, ni desgaste emocional alguno. Algo que, aunque parezca lo mejor del mundo, a mí me resultó tremendamente aburrido.

Fue todo muy predecible. Él se acercó, dejando de lado a sus amigos y al resto de chicas que acababa de conocer, y me ofreció otra caña que acepté. Yo me paré a observarle por primera vez, y llegué a la conclusión de que aquel chico no estaba nada mal con su camisa de cuadros y unos vaqueros desgastados, que probablemente lucían esa estudiada dejadez desde antes de ser comprados. Tenía pinta de ser bastante más creído de lo que finalmente resultó cuando empezamos a entablar la intrascendente conversación que mantuvimos durante casi una hora. A las once menos cuarto anuncié que tenía que volver a casa y se prestó a acompañarme.

—Vivo muy cerca—, no quería que un chico al que casi no conocía supiese dónde vivía.

—Bueno, pero si quieres puedo acompañarte unas manzanas. Prometo portarme bien.

Lo dijo poniendo tal cara de bueno que logró que me echara a reír.

—Venga, vamos, que si no mis padres se van a mosquear. ¡Adiós chicas!
—grité dirigiéndome a mis amigas que hablaban muy animadas con los otros.

Caminamos bajo la luz de las farolas y las ventanas aún prendidas. La noche era agradable y clara, ya estábamos entrando en el final de curso y la primavera se había acercado con sigilo ese año, después de un invierno realmente crudo.

—Bueno, hasta aquí yo creo que está bien —le dije a dos manzanas de mi casa—. Muchas gracias, de verdad, que ya estoy cerca y no me va a pasar nada. Hago este camino sola todas las noches y está todo siempre muy tranquilo.

—A mí no me importa acompañarte un poco más.

—No, en serio. Aquí está bien.

—Raquel —dijo Leo—, me gustaría volver a verte.

Lo dijo mirándome fijamente, como queriendo sorber mi pensamiento. Supongo que era su manera de parecer seductor. El intento no era malo, pero

no dije nada, en realidad no sabía qué se hacía en estos casos. Leo, que evidentemente en el arte de ligar tenía bastantes más tablas que yo, se fue acercando a mí lentamente para intentar besarme. Estaba seguro de no fallar, me dio la sensación de que creía que esa forma de acercarse a las chicas era infalible.

Pero yo de repente me vi besando a un auténtico desconocido, que por muy bueno que estuviese, acababa de zamparse una ración de paella, y todavía tenía medio pimiento entre diente y diente. Es sorprendente la importancia que puede llegar a tener un trocito de pimiento en nuestras vidas, porque en el momento en el que le rechacé, echándome hacia atrás según él avanzaba, cayó rendido a mis pies.

Con una extraña mueca, que en realidad no quería decir nada, intentó disimular el golpe. Después me confesó que era la primera vez que una chica le rechazaba. Ahora que lo pienso, él tenía dieciocho años, no le habría dado tiempo a mucho más, pero entonces nos creíamos ya muy mayores y con mucha experiencia.

—Si quieres —dije para cortar el momento de tensión que acababa de generarse—, puedes venir a la puerta de mi colegio el lunes que viene, así podríamos hablar más tranquilamente. Es que... es que ahora tengo prisa, y bueno, así tendremos más tiempo para hablar.

Así que decidió sacar su artillería pesada: la declaración en toda regla. Supongo que fue su manera de echar un órdago, la verdad es que era un tipo con agallas.

—Verás, Raquel, si te soy sincero ya me había fijado en ti antes, pero no sabía cómo empezar a hablar contigo. Siempre que coincidimos en algún sitio estás con todos tus amigos, y bueno... lo de hoy ha sido fantástico, que nos hayamos encontrado por casualidad y eso.

—Ah, ¿sí? ¿Y cuándo me habías visto tú a mí?

—Pues... sueles sentarte en el banco de mi calle a comer pipas con dos de las amigas que estaban hoy contigo. Ésa que nos miraba tanto para que nos acercáramos a ella, y que habla tan alto para que todo el mundo la mire...

—Patricia. Se llama Patricia —le corté con cara de “no te metas con mis amigas y apréndete sus nombres”.

—Y esa otra que va de buenecita pero que ya me gustaría a mí verla enfadada...

Se frenó. Yo le miraba con las cejas muy levantadas, vetándole claramente ese tipo de comentarios sobre mis amigas. Aunque en el fondo

coincidía con él en esa actitud de beata que tenía Rita.

—Rita. Ésa es Rita, es mi mejor amiga, y es muy maja —. Decidí cambiar de tema—. ¿Así que vives ahí?

—Sí, mi portal será el segundo o tercero después de pasar ese banco.

—Ya, pero ¿hacia San Bernardo o hacia Princesa?

—Hacia San Bernardo.

Sonreí con malicia. Ahora ya sabía que si pasaban todas las tardes por delante de nuestro colegio, no era precisamente porque les pillara de camino a su casa. Leo, sin darse cuenta de la sonrisa torcida, continuó:

—¡Qué lista! Ahora tú a mí sí que me tienes localizado, y yo sigo sin saber dónde vives.

—Bueno, a lo mejor algún día lo sabrás.

—Se hizo un silencio.

—Entonces, ¿qué? ¿Te gustaría que nos siguiésemos viendo?

—Necesito pensarlo. Si quieres quedamos el lunes a las cinco en mi cole, y ya veremos.

—Allí nos vemos entonces —dijo envalentonándose.

Nos dimos dos besos, uno en cada mejilla.

La verdad es que decidí darle una respuesta otro día por la sencilla razón de que en ese instante no sabía que decir. En ningún momento me había planteado que aquello me podía ocurrir esa tarde, y menos con un chico con el que prácticamente no había hablado anteriormente. En realidad, ni siquiera me había dado tiempo a saber si me gustaba.

Ciertamente lo veía por el barrio, y sabía que todas las chicas lo miraban al pasar, y que hacían comentarios. Yo solía unirme a las bromas, pero sólo por seguir la gracia.

Acabé aceptando la propuesta por un motivo que cualquier adolescente de diecisiete años podría entender a la primera (y cualquier mujer de cuarenta, también): Leo estaba buenísimo. Y punto. Además, era uno de los chicos más populares del barrio, y todas las chicas, incluida la estupenda de Patricia, suspiraban por lo bajini y en secreto por ese chico inalcanzable del instituto.

Por eso mismo, empezar a salir con él hizo que mi propio nivel de popularidad subiera más de lo que yo misma hubiese podido imaginar. Ahora no tenía nada que envidiarle a las despampanantes chicas que otros se paraban a mirar: yo, y sólo yo, era la novia del “tío más bueno del barrio”.

Me encantaba pasear con él de la mano, porque me daba cuenta de que la gente nos miraba, y estaba convencida de que pensaban algo así como:

“Pero qué habrá visto semejante chico en esa chiquilla. Tiene que ser una chica muy especial, porque si no, no me lo explico”. Y cuando tenía estos pensamientos caminaba más erguida, y me pavoneaba muy orgullosa de mi conquista. Nunca me ha gustado tanto no dar la talla.

Otra cosa muy distinta era lo que sentía por él. Al inicio de mi relación, Leo me gustaba. En realidad lo que me atraía de él era todo lo que le rodeaba: era algo mayor que yo, del instituto, tenía muchos amigos, y una moto en la que mis padres me prohibieron terminantemente montarme, norma que por supuesto me salté a la torera una media de cinco veces al día el tiempo que duró nuestra relación. Pero no estaba enamorada. Había sido demasiado fácil, y para ser un chico con fama de “tipo duro” y muy popular, siempre tuve la sensación de poder desarmarle sin mover un dedo.

Yo creía que el amor de verdad te hacía perder la cabeza, vivir al borde de la locura, morirte de la pasión, como ocurría en las películas de cine americano que veía con mis amigas, y como a mí eso no me pasó en absoluto con él, y aún estaba muy lejos de ser capaz de distinguir entre un amor real y uno platónico, no acabó de calarme.

Estuvimos un año y medio juntos. Fue el primer chico al que oí decir un sincero “te quiero”. Tardó unos cuantos meses en susurrármelo al oído. Y yo, por mi parte, tardé aún otros tantos más en contestarle con la misma declaración, por no ser menos.

El hecho de que yo fuese siempre por detrás en mis sentimientos, hacía que se sintiera inseguro en nuestra relación, y eso, lejos de alejarle de mí, le amarraba todavía más a mi lado, aunque le doliera. Siempre, para todo el mundo: lo inalcanzable.

Él me buscaba, me seguía, me admiraba, vaciaba sus ansias en mis oídos, me abrazaba como si en ello le fuese la vida, me miraba intentando entrar en mi cerebro, captar hasta mi último pensamiento. Yo a mi vez cuando llegaba a mi casa y me miraba en el espejo, era incapaz de entender porqué me había elegido a mí. Por qué yo, una chica tan vulgar y tan corriente había conseguido obnubilar de tal manera la conciencia de alguien tan solicitado. Cuando me encontraba así, observando mi propia imagen, me preguntaba qué vería él en mí, porque yo a mí misma ahora que había conseguido que alguien me idolatrara, no me parecía para tanto, y eso me chirriaba por dentro, como una puerta a la que le han quitado una bisagra.

El caso es que Leo me adoraba, pero odiaba a mis amigos. A todos ellos en general, y en particular a Patricia a muerte. Y quitando que se negó a

ver y a hablar a esta última por resultarle “altamente insoportable, frívola y creída” (una menudencia que yo por aquel entonces no entendía, pero que más tarde comprendí), se puede decir que "se portaba" con todos los demás cuando le invitaban a alguna fiesta.

Él era alto, guapo y más mayor. Mis amigos eran bajitos, feos y más pequeños, o al menos eso es lo que debía de pensar él. Era un líder nato, muy inteligente, con unas habilidades sociales envidiables, carisma, y una dosis de autenticidad y otra de hipocresía suficientes como para ganarse el respeto de todo el mundo. El caso es que solía llegar a la fiesta a la que nos hubiesen invitado conmigo de un brazo, y una botella de tequila bajo el otro, y haciendo una entrada estelar, como el cantante de rock que va a un concierto y al que sus fans esperan impacientemente, saludaba excesivamente jovial.

—¡Hola chicos! ¿Qué tal todos? —y soltaba una sonora carcajada.
—¡Traigo tequila para los más valientes! ¿Quién se apunta? ¡Eh, tú, sube la música! ¿Pero qué cojones estáis escuchando? No será Hombres G, ¿no, *nenazas*? —y soltaba otra carcajada aún más escandalosa—. Dejadme a mí, ya veréis lo que es animar una fiesta.

Acto seguido ponía a los Toreros Muertos o a Siniestro Total a todo trapo, y con la poesía de sus canciones de fondo, les emborrachaba a todos con el conocidísimo truco del "brindis del hidalgo". Después les hacía cantar, bailar, contar chistes y reírse a mandíbula batiente.

A mis amigos les encantaba porque el más popular del instituto iba a sus fiestas, y les hacía sentirse importantes, y muy mayores. Además, subía el caché de sus fiestas.

Se había aprendido los nombres de todos de memoria, y para saludarles iba uno a uno dándoles la mano y abrazándoles con la otra, mientras decía:

—¡Hombre, Fulanito, ven aquí vamos a hacer un brindis! ¡Por el hijo puta que dijo que la belleza está en el interior!

Sólo hacía falta una hora de fiesta para que los buenos de mis amigos, con la lengua de trapo se me acercaran y me dijeran: "Jo, cómo mola tu novio, nos hace reír mucho", pero los pobres no sabían que cuando cerrábamos la puerta, el maravilloso de mi novio decía a carcajadas: "Jo, qué tontos son tus amigos, hacen todo lo que yo les digo".

—En el fondo Leo —le solía decir yo con sorna y meneando el índice a la altura de su cara—, en el fondo, te lo has pasado bien porque son muy simpáticos. Pero eres incapaz de reconocerlo.

Era entonces cuando Leo, ya desternillado de la risa, me cogía por la

cintura para alejarse del lugar, orgulloso de su actuación.

Era un chico con una gran capacidad para hacer el bien. Pero no había que desestimar su capacidad para todo lo contrario, que muy pocas veces sacaba a relucir. Y si había algo que no soportaba, era lo pretencioso. Por eso mismo no podía ni ver a Patricia y “su vulgaridad de mujer fatal”, según decía. Era duro con todo el mundo, menos conmigo. A mí me lo pasaba todo, cosa que me hacía sentir muy importante, aunque a veces me incomodaba.

Una tarde en la que estábamos tomándonos un granizado de limón en una terraza, insistí tanto, que consiguió que me contase porqué le tenía tanta manía a Patricia, mi despampanante compañera de clase.

—¿No será que antes de salir conmigo te dio calabazas en algún momento, y por eso no la soportas?

—¿Calabazas a mí esa tía? ¡Por favor! Si la conocí a la vez que a ti. Mira —se rió con sorna—, ésa será muy “amiguita” tuya, pero como te descuides... es capaz de darte una puñalada traperera por la espalda y quedarse tan ancha. Desde que empezamos a salir, no ha parado de perseguirme, ¿entiendes? Ella se acerca y me pone las tetas en la cara como diciendo “mira la mercancía”. Lo que pasa que tú no te enteras porque te tienes que ir a casa antes.

—¡Anda ya! Lo que pasa es que tú te lo tienes un poquito subido, me parece a mí —me reí—. ¡Ella es así! Le gusta tontear con todos, pero no creo que pase de ahí.

—Ya, ya... tú fíate. Esa tía es el mismísimo demonio.

Tuvieron que pasar muchos años para que empezara a recordarlo como un chico que me dio amor auténtico, adolescente. Entregado. Ahora creo que hubiese podido ser más que eso, si no hubiese tenido esa extraña manía de no enamorarme de los que me querían. Quizá, si no me hubiese idolatrado, me habría tenido pegada a él de por vida. Pero yo en ese momento no lo veía así, y me agarraba a las más absurdas razones para poder dejarle: que si me llamaba demasiado; que si en el fondo, bien mirado, no era tan guapo; que si le gustaba mucho el fútbol; que si hacía un ruidito al comer que me ponía de los nervios, sobre todo cuando comía manzanas...

Lo que sí tuve claro en un momento dado es que el hecho de que él me quisiera, no me hacía sentirme mejor, ni por dentro ni por fuera, porque a pesar de lo mucho que valía, yo no le admiraba. Puede que fuese porque sólo le damos valor a lo que nos cuesta adquirir, o porque sencillamente no me llegaba al alma, y eso es lo único que a uno le atrapa.

Es posible que nos separara el hecho de que yo no entendiera tal solicitud hacia mi persona. El vestido de mujer soñada me quedaba grande, me sobraba por todas partes. Tenía que recogermelo incómodamente con las dos manos, como las novias de verdad, para no darme de bruces.

Tampoco le di muchas más vueltas el día que decidí poner fin a aquella farsa.

No me gusta recordar cómo lo hice, porque fue demasiado rápido, y quizá también algo cruel. En realidad sabía que le iba a herir, y por lo tanto, como se suele hacer ante una herida, creí que lo mejor que se podía hacer era limpiarla cuanto antes, aunque escociera. También pensé que el trance podía asemejarse a quitar una tirita: cuanto más rápido fuese el movimiento, menos dolor se experimentaba. Ahora dudo de que la “norma de la tirita” pueda generalizarse de esa manera a las cosas del corazón, sobre todo si se trata de un corazón que ha echado raíces.

Habíamos quedado para tomar algo, también estaban sus amigos cuando llegué al bar.

—Leo, ¿te importaría salir un momento?

—Sí, claro —contestó él tan ufano como siempre. Una vez fuera le miré de frente, y sin pensárselo mucho le dije:

—Verás, es que lo quiero dejar.

Se hizo un silencio.

—¿Así?, ¿sin más?

—Sí, lo siento. Es que no sé qué más podría decirte...

Se quedó callado un rato, y me pareció que sus ojos empezaban a ponerse vidriosos mientras sostenía el silencio como podía. “No, no, por favor, no te pongas a llorar”. Menos mal que era orgulloso, y se tragó las lágrimas. Yo se lo agradecí, no hubiese sabido qué hacer con un sufrimiento ajeno causado por mi total incapacidad para amar, o por lo menos para haber sido sincera desde el principio y no haber llegado a eso. Aún era demasiado joven como para saber qué hacer con semejante sentimiento de culpa. Al cabo de un rato levantó la mirada de nuevo, y habló con una voz que sonaba más a rencor que a tristeza, cosa que me alivió bastante. El enfado podría encararlo; la desolación, ni de broma.

—¿Sabes lo que más me duele?

Permanecí callada. Cualquier cosa que dijera podría volverse en contra mía. “Hay que pasar por esto”, pensé.

—Lo que más me duele es que en realidad tú nunca me has querido.

—No, Leo, eso no es cierto...

—No soy gilipollas Raquel —me interrumpió—. ¿Te crees que no sé distinguir cuándo una tía se muere por mis huesos? Yo siempre te he querido mucho más de lo que tú me has podido llegar a querer a mí.

—Bueno... eso no te lo puedo negar —dije finalmente—. Pero no es cierto que nunca te haya querido, eso no.

Lo decía para no hacerle más daño del que ya le estaba haciendo, y porque necesitaba justificar el año y los meses de relación que había mantenido con él. Claro que le había querido, pero de otra manera. Y siempre le querría. Eso yo aún no lo sabía, pero llegaría el momento en el que su amor por mí, pasados los años y durante un largo periodo de tiempo, sería el único recuerdo bonito que tendría de una relación con un hombre. También, con el tiempo, llegaría a echarle más de menos de lo que me hubiese gustado admitir.

Pero en ese momento estaba tan segura de poder encontrar en cualquier momento y a la vuelta de la esquina a otro chico que me quisiera y del que pudiera enamorarme, que solo vislumbraba ante mí un futuro lleno de posibilidades.

Cruzamos unas pocas palabras más, nos abrazamos, nos dimos un beso, y me fui. Cuando hube caminado lo suficiente como para estar despejada, llamé a Rita para quedar.

—He dejado a Leo —dije, tras dar un largo sorbo a una cerveza y preguntarle por sus cosas.

—¿Pero por qué? —exclamo asombrada y algo decepcionada.

—No sé.

—¿Cómo no lo vas a saber? No se deja a alguien así, sin más. ¡Ala! Te dejo. —Hizo un movimiento con las manos con el que simulaba tirar algo.

—Ya, pero es que tampoco sé por qué empecé a salir con él.

—Hombre, pues yo lo tengo bien claro —dijo con voz de pilla.

—Ya. Sí, está muy bueno. Lo que pasa es que es muy alto, y no me gusta nada cuando me habla desde arriba, ¿sabes? Parece que lo hace a posta, para que me sienta bajita...

—Estás de coña.

—No, no, de verdad. Además, hay más peces en el mar.

La respuesta de Leo no se hizo esperar. Una tarde, a la salida de clase, me encontré con un grupo de chicos que se amontonaban y se reían mientras observaban y comentaban un cartel que alguien había colocado en los muros del colegio.

Rita y yo nos acercaron a cotillear, y cuál fue mi sorpresa cuando vi que lo que había ahí colgado no era otra cosa que la enorme foto de un cerdo, con mi cara, que mostraba una tonta sonrisa de fotografía, mal recortada y pegada sobre su cabeza.

5. Lola

Madrid. 15 de abril de 2010.

3 semanas y tres días hospitalizado.

Los días después de la noticia se deslizaban huidizos entre las cuatro paredes de la habitación de hospital y el piso de la calle Segovia sin que fuese muy consciente de ellos.

No había vuelto a soltar una lágrima, me movía como un autómata por la vida, y sólo cuando era realmente necesario realizar un movimiento. Mientras tanto, los mensajes de quienes se preocupaban por mi situación se acumulaban en el buzón de voz de un móvil, que la mayoría de las veces quedaba olvidado sobre la mesilla de mi dormitorio. Finalmente, una mañana de camino al hospital, decidí llamar a los tres amigos de los que más llamadas perdidas tenía: María, Lola, y Rodolfo.

A Rodolfo le conté cómo estaba la situación. Él, sin saber bien qué decir, me ofreció su más sincero apoyo.

María lloró. No quería hacerlo. Sabía que ante todo tenía que mantener el tipo, pero por unos instantes no pudo contenerse. Se llevaba muy bien con él (era mutuo, él siempre había dicho que no entendía cómo no tenía pareja. “Con lo guapa y lo simpática que es”, solía decir). En seguida logró reponerse, y me mandó mensajes de ánimo ofreciéndose para lo que necesitara.

A Lola la dejé para el final. Al llamarla le pregunté si podía ir a visitarla esa misma tarde. No quería contarle nada por teléfono, podría resultar muy frío, teniendo en cuenta la extraña forma de afrontar las desgracias que tiene mi amiga. Además, si pensaba en alguien con quien pasar la tarde, sólo me apetecía estar con ella, y total, si ya iba a verla esa misma tarde, para qué decir nada.

La conocí un verano en Inglaterra hace de eso ya veinte años. Fui a Newcastle a trabajar para aprender inglés, y porque pensé que de toda Gran Bretaña podría ser la zona que más se pareciera a España. Ya sé que es una tontería, porque irse a un país extranjero para estar como en tu propio país es perder el tiempo, y porque en realidad Newcastle no se parece en nada a

España. Pero bueno, ése no es el tema. Coincidimos allí limpiando habitaciones en un hotel. Se trató de mi primer trabajo como estudiante, y el último de Lola, no porque ella sea mayor que yo (que no lo es), sino por su condición de haber nacido siendo absolutamente divina. De hecho, Lola siempre habla de aquel verano como “un error de juventud”.

Su condición de “divina” no le viene dada por su gran estilismo, ni mucho menos por su belleza, ni siquiera por su inteligencia, ya que no es ni tan elegante, ni tan guapa, ni tan brillante como para tenérselo creído. Y sin embargo, se lo tiene muy creído. Lola no necesita envoltorios para ser un “ente cuasi divino”. Simplemente lo es en esencia. Su superioridad con respecto al resto de los mortales se le hace, a sus propios ojos, una simple evidencia.

Sé que suena a persona muy prepotente, y encima sin ningún tipo de razón, pero a mí la gente así me encanta. Son el claro ejemplo de que cada uno ve lo que quiere ver. Además, si uno se ve a sí mismo como muy guapo, elegante y brillante, acaba viviendo como si realmente lo fuese, como es el caso de Lola, y eso a mi entender tiene muchísimo mérito.

Pero Lola tiene otra particularidad, y es que por esta condición que se otorga a sí misma de ser alguien que se encuentra por encima del resto de la humanidad, se podría decir que carece, de forma voluntaria, casi por completo de empatía, y la poca que tiene la saca a pasear máximo cinco minutos al día. Eso, sólo, si es absolutamente necesario.

Es por este gran manejo (hacia la carencia voluntaria) de introspección personal y ajena, por lo que le he otorgado el título de: “La persona que conozco que menos ha sufrido en la vida”.

Pues bien, aunque parezca mentira, sólo me apetecía ir a verla a ella, para que me hablara de trapitos y chorradas mientras mi marido se hundía en su profundo sueño en el hospital. Hay quien podría pensar que este tipo de amistades ni son saludables, ni sirven para nada, pero no es verdad, te ayudan a negar la realidad. Que no es poco.

Cuando llegué a su casa, un chalet en unas acomodadas afueras de Madrid, me esperaba lidiando una de esas batallas campales de las que sólo de pensarlas le dan pereza hasta al más pintado: intentaba que su hijo Pepín cenara un par de salchichas. El niño de cuatro años, rubio y regordete, estaba sentado en una silla alta de la cocina dando unas arcadas muy teatralizadas. Me acerqué para darle un beso, pero el pequeño apartó la cara con decisión, cosa de la que me alegré, porque tenía la mejilla manchada de un amasijo de tomate y babas que no era muy de mi apetencia.

—Pepín, dale un beso a Raquel, hombre, que ha venido a verte.

—¡No!

—No pasa nada, ya me lo dará cuando quiera.

—Venga, hijo —lo dijo perdiendo la paciencia del todo. Parecía una loca despeinada—. ¡De verdad! Llevo aquí una hora para que se coma dos salchichas. ¡Mira, te digo que esto de que Rosaura se haya tenido que ir esta semana es un horror! —Rosaura era la interna que tenían. Se dirigió de nuevo al niño. —Ala, este es el último trozo, ya está. ¿Qué quieres: un yogurt o unas natillas?

—Quiero que me pongas a los Tuttis Fruttis.

—Ya es tarde, ahora tienes una hora para jugar y a la cama.

En ese instante el niño se tiró al suelo lanzando un gemido estrepitoso y gritando cosas que no acabé de entender, pero que claramente querían decir: “Mamá, ponme los Tuttis ahora mismo o te la monto”.

—¡Bueno, hijo, por Dios! ¡Cómo te pones! Anda, que te los pongo un rato. Así, Raquel, así todo el día.

En ese instante el ruido infernal dejó de escucharse, como si por arte de magia Pepín nunca hubiese estado tirado en el suelo dando puñetazos y patadas. De repente era un niño encantador que se disponía a sentarse para ver la tele. Pero entonces, comenzó una segunda batalla campal de ésas que cualquiera pasaría de largo si tuviésemos un mando para ello. Esta vez la batalla tenía nombre de hermano mayor con ganas de ver también la tele.

Yo les miraba a todos gritar sin sentir ni padecer nada, bebiendo a sorbitos el zumo que me había puesto Lola y esperando a que las aguas volvieran a su cauce. Creo que en esos momentos si me hubiese caído un elefante encima ni me hubiese inmutado. Bastante tenía con lo que tenía. Sólo les veía mover las boquitas, y mover mucho los brazos, como si la vida pasara por delante de mí desde el espejo de una habitación insonorizada.

—¡Yo no quiero ver a los Tuttis! ¡Son para bebés! —gritaba Pablito. El niño había llegado demasiado pronto para la pareja, mientras que su hermano pequeño les había costado cinco años de ansiedad escondida, y una incalculable ayuda médica.

—¡Esta bien, está bien! ¡Haya paz! —gritaba Lola con menos pinta de conseguir la paz que de ponerse a repartir collejas —A ver, ¡tú, a la tele del salón! ¡Y tú, a la de la salita de estar! Se acabó. ¡Al final tendremos que comprar una tele para cada uno para que estéis contentos! Ya veremos lo que dice vuestro padre cuando vea el percal.

Cuando todo pareció calmarse, llegó Lola con una bandeja con dos vasos, un tetra brick de zumo y un cuenco con patatas fritas. Nos sentamos en la mesa del comedor.

—¡Menudo día llevo! —intentó peinarse un poco con las manos—. He tenido que llevar a los niños al colegio, hacer la compra, recogerles, llevarles a sus extraescolares... —calló, suspiró y de repente exclamó con un tono de voz desesperado y algo más elevado—: Rosaura, ¿¿dónde estás?? ¿¿Para qué quiero una interna si no puede venir??

A mí, en mi anestesiada existencia de entonces, me parecía que lo que acababa de enumerar eran las tareas más normales para cualquier madre del mundo, pero por alguna razón que escapaba a mi entendimiento y que pasaba de analizar en ese momento, Lola las vivía como auténticas hazañas. Supongo que eso es lo que tiene estar por encima del bien y del mal: que cuando uno baja, se da de bruces.

En ese momento, Pepín giró la cabeza con rapidez y gritó:

—¡Mamá, cállate que no oigo!

—¡Hijo, mira que eres! Mamá está aquí de charla...

— ¡Jo! ¡Que no oigo!

La segunda vez lo dijo más alto, y claramente amenazando con montar otro número si no nos callábamos para poder escuchar a un limón que hacía piruetas subido a lomos de un caballito de mar.

—Bueno Raquel, va a ser mejor que nos vayamos a la cocina, que si no, no nos va a dejar en paz. ¡Menudo par!

Recogimos lo que había encima de la mesa, y nos dirigimos a la cocina. Una vez allí, solas y tranquilas, Lola me miró y me preguntó por primera vez desde que había llegado.

—¿Qué tal estás Raquel? ¿Cómo va?

Me quedé callada. No quería pronunciar las palabras que definían la situación, por eso la miré fijamente, y meneé la cabeza de un lado a otro.

—Pero bueno, aún puede salir de esta, ¿no?

Creo que hice exactamente el mismo gesto.

—¿Pero ya te lo han dicho?

Asentí. Lola puso su mano encima de la mía y me dio un apretón.

Estuvimos así algo más de cuatro minutos. Aún me quedaría medio minuto más para consumir los cinco minutos de empatía al día. Y, cogiendo un folio arrugado y cutre con el que parecía que había fregado la cocina, puso punto y final a aquella estampa:

—Mira el dibujo que me ha traído Pepín de la clase de pintura.

No es una persona fría, tampoco es que sea dura, simplemente es que el sufrimiento le queda grande. A veces me da la sensación de que también le parece de muy mal gusto, aún no lo tengo claro. Alguna vez me he preguntado: ¿Qué ocurriría si un día Lola sobrepasara esos cinco minutos? Me la puedo imaginar perfectamente metida en su cama agarrada a una caja de pañuelos echa un basilisco. Puede que sea exactamente a eso a lo que tanto teme.

—Desde luego, en clase se lo pasa fenomenal. Hacen juegos, pintan y tienen dos horas de piscina a la semana. Yo mientras me he ido de compras, y me he comprado tres vestido monísimos y dos pares de zapatos...

En ese momento llegó Manuel, su marido. Es artista, y está bastante cotizado en el mercado de los coleccionistas y galeristas. Hacía unos meses que había expuesto una obra suya en Art Room, la exposición europea de arte que se celebraba todos los años en Madrid, donde presentó una caja de madera gigante que simulaba a las cajas de frutería, y a la que le había clavado un pimiento. Se titulaba: “La rebelión de los granjeros”.

Cuando me la enseñó, le pregunté:

—¿No sería mejor “la rebelión de los agricultores”? No sé, lo digo porque es un pimiento... ¿no?

Manuel se había quedado pensando, y tras una profunda reflexión me contestó:

—Sí, tienes razón. Puede que lo que dices tenga más lógica, pero a mí me gusta más la palabra “granjeros”. Es más evocadora, parece que lo incluye todo: agricultura y ganado. Y yo quiero hacer un arte muy global.

—Ah.

Ésa fue toda mi contestación tras su aplastante convicción. Y así se quedó el tema.

El que la adquirió, alguien a quien no sólo debe sobrarle el dinero, sino que además no debe apreciarlo demasiado, pagó por ella treinta mil euros.

Manuel y Lola son una pareja acorde con los tiempos modernos. Entienden de arte y se mueven muy bien por el mundillo, como ellos dicen. Al fin y al cabo, ese es parte del trabajo de Manuel. Esta inclinación por toda expresión cultural y minoritaria, junto con un toque elegante en todo lo que les rodea, hace que, aunque me cueste reconocerlo, a veces me parezcan algo snobs. Les encantaba hablar de política, apoyando sobre todo la masa obrera y las causas perdidas. Se consideran muy comunistas, y las tertulias sobre política y problemas sociales (a las cuales siempre nos invitan, aunque yo me

suelo sentir como una auténtica paleta mal vestida y peor peinada) que organizan con artistas y otros personajes interesantes, todos ellos adinerados y exitosos, pueden alargarse hasta altas horas de la noche mientras toman Don Pérignon.

—Hola. —Le dio un beso a su mujer—. Hola Raquel, ¿Qué tal todo?

Lola interrumpió.

—Estamos aquí de charla —Su gesto claramente decía “no ahondes, que yo ya voy servida de escuchar desgracias”. Manuel me mandó una mirada cómplice que yo agradecí.

—Ya sabes que lo que quieras. Siento un gran aprecio por tu marido y... me acuerdo mucho de él.

—Si, ya lo sé. Gracias, Manuel.

—Cariño —su tono cambió repentinamente—, ¿qué hace Pepín viendo los dibujos? Quería ver un programa de arte que echan en la dos. Voy a ver si consigo que me deje verlo. Debería ponerle un cartel a la tele, y otro a la butaca que dijera: “Sólo papá”.

—¡Manuel, por favor, no hagas de esto una tragedia! Bastante he tenido hoy con los niños. No sé, ve al sofá del dormitorio y descansa ahí un rato. Para cuando Pepín se vaya a dormir seguro que puedes ver la segunda parte de tu programa.

Cuando se marchó Manuel, Lola debió vislumbrar mi mirada de asombro.

—Ya verás ya, cuando...—se frenó a tiempo. Iba a decir: “Cuando tengas hijos”, pero seamos sinceros, tengo treinta y nueve años, y mi marido está en un coma irreversible.

—Tienes razón —le dije rescatando la situación al estilo de Lola, es decir, como si tuviese veinticinco y mi marido estuviese sano y salvo —. Cuando tenga hijos, si es que los tengo —esto último lo añadí para no parecer demasiado ingenua—, seguro que os entenderé a todas —. Y puse mi mejor sonrisa.

La verdad es que lo que tengo claro es que ciertamente no tengo hijos, pero sí padres, y que a pesar de tener una gran imaginación, me resulta casi imposible visualizar a mi padre acurrucado en una esquina de su dormitorio mientras yo, acomodada en el enorme sofá del salón, veo los Pitufos. Sí, ya sé que es imposible entre otras muchas cosas porque en mi casa no teníamos una tele que pudiera achicharrarnos las neuronas, pero estoy segura de que, de haberla tenido, ni la hubiese oído.

Cuando nos despedimos, hizo amago de darme un abrazo, con lo que consumí mis cinco minutos de empatía al día. De camino a mi casa me felicité por haber cumplido la misión que me había impuesto para esa tarde: había estado entretenida, y sobre todo, había logrado pensar en mi situación durante sólo cinco minutos.

El resto de los días por aquel entonces pasaron por mi vida con más pena que gloria, dormitando en mi casa, yendo a trabajar como una zombi, y tirándome horas enteras delante de un cuerpo dormido, sin ser todavía capaz de creer que no tenía la más mínima intención de despertar.

6. Jimmy

Newport, Reino Unido. Julio de 1991.

20 años

—¡Por Dios, qué cerda es la gente! Estos guarros han dejado encima de la mesilla el envoltorio de una chocolatina que se ha quedado pegada. Pero, ¿cómo lo han hecho para que caiga el churrete hacia este lado? ¡Ostras! Para ser tan sucio hay que recibir clases. ¡Estos tíos son unos auténticos profesionales!

Lola siguió rebuscando entre peines, pendientes y otro tipo de accesorios con una mano, mientras con la otra sujetaba una bayeta medio podrida.

—¡Joder! —volvió a gritar como si se hubiese encontrado una cucaracha — ¡Y al lado hay otra cosa que no me quiero ni imaginar lo que puede ser!

—No, ese tipo de cosas ya las he recogido yo de debajo de la cama al barrer, pero no te acostumbres, algún día dejaré para ti esos regalitos —contesté a mi nueva compañera de limpieza en el Great Star Hotel, de Newport.

—¡De verdad te lo digo! No sé cómo lo puedes soportar. ¿Cuánto tiempo dices que llevas aquí haciendo esto? —continuó asomando la cabeza por entre el montón de ropa que se acumulaba en una silla.

—Mmmm... pues creo que ya voy a hacer tres semanas.

—Pues hija, no sé si te admiro, o todo lo contrario. Venga, vamos a hacer la cama y a largarnos de esta habitación cuanto antes.

—¿Y qué haces aquí si tanto te disgusta? No sé, podrías trabajar de camarera, o de niñera... Hay un montón de cosas que podrías hacer, ¿no?

—No, ya he ido por todo el pueblo (porque no me negarás que esto es un pueblucho), y lo que me puede apetecer (si es que hay algo que me apetezca) no está bien pagado, y al contrario. A punto estuve de entrar en una casa para cuidar a unos mocosos, pero gracias a Dios, en cuanto les vi las caras, llenas

de pecas y sin dientes, decidí largarme de ahí echando leches.

Me entró la risa. Esa chica me parecía muy exagerada, y sobre todo muy señoritinga.

—Pásame esa asquerosa sábana. Por favor —. Al menos, la educación básica no la había dejado olvidada en el piso de sus padres de Chamberí, y las pocas veces que echaba mano de ella se le suavizaban los gestos haciéndole parecer menos dura—. Anda, dobla un poco más por tu lado que si no el mío queda torcido. El caso es que llamé a mi madre pidiéndome auxilio y me dijo que “si yo había dicho que me las podía componer solita, que para qué la llamaba, que ella ya me había comprado los billetes de ida y vuelta y me había dejado suficiente dinero”. Y todo porque se le había metido en la mollera enviarme a un colegio mayor, de esos mega-pijos de pago, en los que tienes que fichar para entrar y salir, (además de aguantar a una panda de niños de papá sin sesera), y no sé qué rollos más, y yo, claro, me negué. Así que me dijo que vale, que lo hiciera a mi manera, pero que entonces pasara de ella. ¿Te lo puedes creer? Es que si no se hace lo que ella quiere... —Y puso cara de estar hablando de alguien insoportable.

Ante semejante perorata me quedé sin nada que decir, creo que mi única aportación a aquel monólogo fue un silencio, que intenté pareciera comprensivo, mientras asentía con la cabeza. Hice lo que suelo hacer cuando alguien me da el rollo sin ningún tipo de compasión y no tengo escapatoria: acompaño la verborrea con distintos gestos, que son susceptibles de cambio según lo que me estén contando.

Así que cuando ella decía algo así como: “Me ha dicho mi madre que me las componga solita”, yo ponía cara de asombro, como la suya. Pero si ésta de repente exclamaba: “¿Te lo puedes creer?”, yo en seguida cambiaba el registro hacia un gesto de incredulidad total. Así logré compenetrarme con ella de una forma casi perfecta (aunque a veces perdía el hilo, tengo que reconocer) y eso sin mediar palabra, lo cual no es nada fácil.

—¿Sabes qué te digo Raquel? —De repente se quedó callada y como dubitativa—. Es “Raquel”, ¿no?— Asentí. Sí, así me llamo—, que me parece una chica muy maja, de verdad. Creo que tienes mucho sentido común, y que menos mal que por fin he dado con alguien que no se dedica a decir tonterías. De verdad, es que hay cada uno por aquí...—Y al decir esto último meneó la mano con un gesto impaciente—. ¿Te apetece que nos tomemos algo a la salida?

—Vale —dije sin más. Aunque me arriesgaba a que cambiara de parecer

sobre mi persona en el mismo momento en que me dejase abrir la boca.

Este nuevo personaje que acababa de aparecer en mi vida me pareció que podía llegar a ser, como poco, estimulante, aunque ciertamente corría peligro de llegar a rayar mi paciencia, ya que si hay algo que no soporto, es a las personas que hablan demasiado. No me refiero a hablar como lo hacemos todas las mujeres, si no a algo que va más allá. Hablo de la pérdida total y absoluta de la noción del tiempo, de la verborrea que marea. Hay veces que me he imaginado colgando a alguien de un árbol de su propia lengua. De verdad, no lo soporto. Sin embargo, no sé por qué tuve el pálpito de que Lola, más que nada, se estaba desahogando, y que en circunstancias normales sería menos arrolladora.

Cuando terminamos las treinta habitaciones que nos tocaban, y tras haber dado parte a la responsable de limpieza de todo nuestro trabajo, nos fuimos a tomar una cerveza a un pub que se encontraba en la misma esquina del Hotel, donde solían sentarse los lugareños a relajarse y disfrutar de las tardes tras una larga jornada de trabajo.

—Oye, estaba pensando una cosa —dijo Lola tras dar un largo sorbo a su pinta—. Me encanta la cerveza que ponen aquí, de verdad, podría beberme tres pintas seguidas sin parar. Bueno, decía que estaba pensando una cosa.

—A ver —dije mirándola por encima de la jarra.

—Me has dicho que tienes pensado quedarte aquí hasta finales de agosto, ¿no? —asentí. —Vale, pues qué te parece si aguantamos en este hotelucho un mes más, ahorramos un poquillo, y la última quincena nos vamos para Escocia, ¿eh?

Al terminar de exponer su idea, extendió una blanca sonrisa de oreja a oreja mientras levantaba las cejas. Era la primera vez que veía esa sonrisa, y mientras la observaba, en cuestión de segundos, llegué a la conclusión de que le hacía mucho más atractiva. Lola es de esas personas cuya cara cambia radicalmente de estar seria a sonreír, tanto, que si alguna vez veo alguna foto en la que aparece seria, le digo: “No pareces tú”.

—Me parece bien.

En realidad siempre me ha atraído cualquier pequeña idea que le diera un poco de aventura a mi vida. Así que durante un largo mes fuimos puntuales al trabajo, e incluso llegamos a doblar turnos cuando nos lo ofrecían, para poder disfrutar de un buen paseo por Escocia antes de volver a casa. Finalmente, el día de partir llegó. Quedamos en la estación a las ocho de la mañana con la maleta. De ahí subiríamos hasta Edimburgo, pasando por

Northampton y Leicester, donde compraríamos un bono de autobús para recorrer las Highlands. Se trataba de un plan perfecto.

El viaje era largo, unas doce horas. Pero a los veinte años siempre se tiene de qué hablar: deseos de futuro, los primeros años que habíamos pasado en la universidad, amores perdidos, la familia con sus virtudes y defectos, amigos leales y traidores... Así que un sinfín de historias llenaron las horas y el vagón que ocupábamos junto con otras personas, que intentaban leer o dormir acunados por el traqueteo del tren.

—Mira esa señora, por Dios —dijo Lola en un momento en el que atravesábamos una zona rural donde acabábamos de realizar una parada—. Estoy segura de que ha querido subir al tren con una gallina y no le han dejado.

—Como te pasas —. Aunque coincidía con ella en que aquella mujer en concreto parecía salida de una granja, con el pelo rizado y pelirrojo y las chapetas en la cara —. Me parece a mí que tú has salido poco de Madrid, ¿eh? Yo suelo ir a Asturias, al pueblo de mis abuelos, y allí hay mujeres muy de ese estilo.

—Pues eso, muy de subirse a un tren con una gallina—. Preferí dejar ahí el tema.

Lo que me resultó más interesante fue ver cómo cada una veía las cosas de forma completamente diferente, sobre todo en lo concerniente a los chicos ingleses. A mí me parecían “blancuchos” y poca cosa, aunque, eso sí, con cierto aire de misterio. Pero Lola, a pesar de su exigencia con las comodidades de la vida, tenía la manga bastante más ancha en ese sentido, ya que a todos les calzaba la palabra “atractivo”. De esta manera, añadiendo unas cuantas horas de sueño al trayecto el viaje se me hizo incluso ameno. Finalmente, tras varios cambios de tren, llegamos a Edimburgo.

En el momento que nos adentramos en las oscuras calles de la ciudad llenas de bruma en aquella mañana de verano, comenzamos a sentir que un mundo nuevo se extendía bajo nuestros pies, repletos de juventud y de ganas de recorrer mundo. Me pareció fascinante, con ese aire de ciudad antigua y oscura, que parecía esconder entre sus muros brujas de otros mundos, druidas y conjuros.

El castillo que se erguía en el centro de la urbe fue lo primero que nos llamó la atención. Un inmenso jardín frondoso, que parecía más bien un bosque, lo rodeaba, y las calles cercanas bullían con sus oscuros y alegres pubs, tiendas, y librerías antiguas.

Nos alojamos en un pequeño hostel ubicado en una callejuela que daba a

Princess Street, la calle más bulliciosa y colorida de la ciudad que se encontraba en pleno Festival, y nos pasamos lo que quedaba de tarde recorriendo los distintos escenarios que se desplegaban en las plazas y calles de la ciudad en cualquier momento, disfrutando de los incansables espectáculos que sus habitantes ofrecían: Trapecistas, mimos, funambulistas, músicos y compañías de teatro llenaban todos los rincones y plazoletas de piedra gris imaginables.

Estuvimos realmente tentadas de quedarnos unos días más, pero decidimos partir rumbo a las montañas, tal y como teníamos previsto. Al día siguiente, tras otra fugaz visita a la ciudad y sus incontables artistas, continuamos hacia el norte, donde tierras de terciopelo verde, encantadas y desconocidas nos esperaban.

Desde que tomamos el primer autobús, hasta que volvimos a la ciudad, catorce días más tarde, no dejamos de admirar y maravillarnos ante el paisaje que se extendía ante nuestros ojos. Enormes lagos rodeados por verdes colinas emergían entre la bruma, que al jugar con el sol ofrecían un espectáculo de luces y colores verdes como jamás hubiésemos imaginado. No podíamos dejar de observar cada movimiento, cada cambio de luminosidad en el paisaje, que lo hacía diferente a cada segundo.

Tras dos días de viaje llegamos a Oban, una pequeña ciudad medieval, que se levanta a lo largo de una bahía. Sus casas eran de piedra antigua y tejados de pizarra gris, y en lo alto de una colina, se alzaba un anfiteatro que pudimos ver desde el puerto. Por los adornos que lucía, parecía estar en fiestas.

—Mira, qué bonito, ¿pasamos aquí la noche? —propuse—. A lo mejor hay algo que ver...

—Si, tiene buena pinta. ¿Y qué me dices de los escoceses, ¿eh?—. Se rió con ganas.

—Si, la verdad es que ha subido mucho el listón.

Sin mucha dificultad, encontramos un bed & breakfast donde alojarnos, y tras dejar el equipaje nos dirigimos a la calle central del pueblo, donde ya se empezaba a conglomerar la gente a la espera de algo que ninguna de las dos sabíamos qué era, y que por lo tanto nos resultaba muy intrigante.

—¡Ssssh! Son gaitas, ¿lo oyes? —dijo Lola.

En la lejanía se podía intuir un sonido celta que poco a poco se fue haciendo más patente, hasta aparecer en el fondo de la calle una banda de chicos y chicas escoceses, vestidos con el kilt, que iban tocando las gaitas y

los tambores en un incesante ritmo mágico. A la cabeza, abriendo camino, se podía ver a tres gaiteros, seguidos por una pequeña comisión de tamborileros, los cuales hacían mover una especie de pompones que colgaban de cada palo antes de hacerlo rebotar en las tripas del instrumento. La comitiva se cerraba por una gran cantidad de gaiteros y tamborileros de todas las edades, niños, y no tan niños, adultos y mayores, desfilaban sin mirar al público que se había concentrado a los dos lados de la calle admirados, para, finalmente, desaparecer alejándose al doblar una esquina.

La música tardó más en esfumarse. Su presencia quedó en el aire, en la lejanía, entre unas calles que ya no se veían, pero que recibían jubilosas la orgullosa comitiva. Nos quedamos tan absortas intentando captar ese mágico sonido que definitivamente se había esfumado, que no nos dimos cuenta de que un grupo de chicos, vestidos con sus faldas a cuadros, el kilt, nos observaba desde el otro lado de la carretera.

—*¿Diyolaki?* —nos preguntó uno de ellos con un inglés imposible.

—*¿Perdona?* —dijo Lola, frunciendo el ceño y acercando un poco el oído.

—*¿Di-yo-la-ki?* —Intentó pronunciar más despacio, otra vez sin éxito.

—Perdona, es que mí no hablar muy bien. Tú hablar más despacio.

Se acercó otro.

—Os ha preguntado que si os ha gustado—. Esta vez, el acento se parecía más al que conocíamos de las academias de inglés. Pensé que sería de otro lado con menos acento, o más urbanizado.

—¡Ah! Sí, sí, muy bonito —. Mostramos una amplia y forzada sonrisa, por si no les había quedado claro.

—¿Os venís a tomar unas pintas al pub?

Recuerdo que nos miramos para obtener un consenso y no aventurarnos en algo en lo que alguna de las dos podía no estar de a cuerdo. Asentimos con la mirada.

—Sí, claro.

Entramos en el pub. Había decenas de escoceses en el oscuro local degustando sus pintas y escuchando música, pero sólo un grupo que se encontraba en unas mesas altas giraron sus cabezas para vernos entrar.

—¡Hy Liam! —gritó el más alto de ellos saludando a uno de los chicos con los que entrábamos.

—¡Hy! —contestó el tal Liam, que era el del acento imposible—. Mirad, os presentamos a...

—Lola —dijo ésta tendiendo su mano.

—Raquel.

—”¡Loula!” —exclamó uno de ellos mostrando una gran ilusión— “¡Loula y olé!”. — Levantó una mano e hizo un ortopédico gesto con la mano intentando imitar un baile flamenco. Acto seguido, con las palmas de las manos completamente tiesas, dio dos efusivas palmadas consiguiendo un sonido plano y estridente. Después continuó— “Patatass fritass” “Paela” “¡Mmmmm! Paela, ¡qué rico!”.

Sonreímos por pura educación. Estábamos hartas de oír siempre la misma gracia cuando Lola decía que se llamaba Lola. Pero la verdad es que éste, en concreto, tenía salero. También parecía llevar dos pintas de más.

—¿De qué parte de España sois?

—De Madrid.

—¡Ah! ¡Jimmy!— Llamó a uno que no nos había prestado mucha atención. — ¡Aquí tenemos a dos de tu ciudad!

Se acercó, nos dio un par de besos a cada una mientras repetía su nombre. (Acto seguido todos los demás quisieron darnos también un par de besos a cada una). Tenía pinta de escocés y vestía como uno de ellos, con el kilt. Era alto y de facciones aniñadas, de pelo más bien castaño claro, ojos también claros, del mismo color del pelo, alguna peca y una larga melena que llevaba recogida en una coleta a la altura del cogote.

—Bienvenidas— dijo con un español perfecto.

—¡Gracias! Hablas español.

—Sí, bueno, en realidad (un momento, ¿queréis una pinta? Liam, ¿pides dos pintas por aquí?) soy de Madrid.

—¿Sí? —dijo Lola abriendo mucho los ojos—. ¡Cualquiera lo diría!

—Ya, es que mi madre es escocesa, de aquí. He venido a ver a mis abuelos, y a la boda de mi tío, y bueno, ¡porque mi semanita por aquí bebiendo pintas con los colegas no me la pierdo!

—¿Y tu padre? —curioseé.

—Mi padre es español, de Valladolid, pero hemos vivido siempre en Madrid.

—Ah. Y cuando vienes por aquí, ¿vas siempre así vestido?

—No, no, sólo hoy. Esta mañana tuvimos boda, y es así como nos vestimos aquí para las ceremonias. Los novios ya se han ido, ¡pero nosotros seguimos de fiesta!

Cuando nos acabamos esa pinta, nos tomamos otra, a la que siguieron

dos más. Estábamos completamente entregadas a nuestro nuevo grupo de amigos, con los que hablábamos en inglés ayudadas por Jimmy, que en muchos casos tenía que hacer de traductor, o más bien, se encargaba de pronunciar apropiadamente cuando alguien no se enteraba de algo.

Bailamos algún tema que nos gustaba, y nos pasamos toda la noche tonteando con unos y con otros, es decir, con todos, con la libertad del que no tiene que decidirse por nadie, ya que al día siguiente pensábamos seguir nuestro camino.

En ese ambiente distendido y algo alcoholizado, Jimmy se me acercó. La música estaba alta, lo que hacía que para poder oírle tuviera que juntarse mucho a mí. En seguida me di cuenta de que sus acercamientos no eran casuales. Me hablaba pegándose mucho a mi cara, como queriendo dirigirse a mi oído, pero consiguiendo un estudiado roce de las mejillas tan sensual, que hacía que me muriese por que volviera a hacerlo.

—Tu amiga se lo está pasando bien, ¿eh? —señaló con las cejas a Lola, que hablaba sin parar de reírse con dos pelirrojos. Me regaló una hechizante sonrisa.

—Hombre, ¡pues claro!, a eso hemos venido, a pasarlo bien—, levanté la pinta a modo de brindis.

—¿Cuánto tiempo pensáis quedaros?

—Pues no habíamos pensado nada, supongo que mañana cogeremos otro autobús para ir acercándonos a la isla de Skye.

—Ah, pero entonces, ¿no tenéis pensado quedaros algún día más? Yo creo que os merecería la pena pasar un día más aquí, e iros pasado mañana... —dijo poniendo cara de pena.

—¿Sí? ¿Y qué más hay que ver por aquí? Lo que es el pueblo más o menos lo hemos pateado...

—¿Pero habéis subido a ver el anfiteatro?

—No, eso no, pero en la guía dice que sólo tiene un siglo.

—Sí, pero las vistas desde arriba son dignas de verse, sobre todo si os las enseña un chico como yo. —Me sonrió arrebatadoramente.

—Ah, bueno, se lo diré a Lola —creo que mi voz dejaba claro el efecto que iba causando la cerveza a granel que llevaba ingiriendo hacía un par de horas.

—Además, si os vais pasado mañana —continuó Jimmy haciendo caso omiso de mi estado y desplegando todas sus armas—, puede que Liam y yo podamos acompañaros— miró de reojo a ver qué cara ponía.

—¿Sí? —dije entre divertida, asombrada y ebria, mirándole a través del culo de la última pinta que acaba de rematar.

—Si. Es que mañana tengo una comida con mi familia escocesa y todo eso. Pero si os acompañamos durante un par de días, o tres (tampoco más) podríamos enseñaros las partes más bonitas de Skye.

Llegados a este punto, todo empezó a darme vueltas. El pub entero se movía a mi alrededor, y tuve que buscar un asiento rápidamente donde desplomarme, partida de risa mientras decía:

—Jimmy, Jimmy, ¡ponme otra pinta!

Lola se acercó, y riéndose de un modo exagerado, se dejó caer a mi lado.

—Uhhh, ¡cómo vamos! creo que hemos bebido demasiada cerveza. ¡Too much! ¡Too much! Le decía a gritos a Liam señalando un vaso vacío. — A este tío no hay quien le entienda —se reía—. Pero bueno, no está mal, ¿no crees?

—Bueno —dije trabándome con mi propia lengua—, después de diez pintas me parece más interesante. Todos me parecen más interesantes. ¡Everyone! —Moví la mano señalando a todo el bar.

Seguimos desternilladas, como si lo que dijésemos fuese realmente gracioso. Los demás se reían con nosotras, pero creo que lo hacían contagiados de nuestras carcajadas, ya que, a excepción de Jimmy, no nos entendían en absoluto.

Salimos del pub cuando el dueño logró echarnos a todos. A modo de despedida les dimos un apretón de manos a cada uno, y nos alejamos agarradas, torciendo por la primera calle que encontramos. Nos costó al menos media hora más llegar al alojamiento, ya que a nuestro lamentable estado, había que añadir que al elegir esa calle sin ningún criterio, lo único que conseguimos fue perdernos definitivamente.

—¡We are lost!

—Yes, we are. Oye, pues para no entender un pimiento a ese tío...

—¿Liam?

—Eso, Liam, ¡sí que has estado hablando tiempo con él!

Nos resultaba difícil pronunciar las palabras en cualquier idioma, lo que nos hacía todavía más gracia cada vez que lo intentábamos.

—Bueno, yo hacía como que hablaba y esas cosas, ya me entiendes, pero en realidad me he dedicado a contar las pecas que tenía en la mejilla izquierda. ¡Cincuenta y tres!

—Ya, y cómo estás segura de que has contado bien, ¿eh?, ¿eh? Porque

supongo que al hablar se le movería la cara, ¿no? Yo creo que es por aquí, que antes hemos pasado por una panadería para ir a la calle principal...

—Sí, pero es que esto es una peluquería, ¡que no tenemos ojo!

Al día siguiente la resaca hizo su aparición con un incesante martilleo en mi cabeza. A pesar de la pesadez que sentíamos por todo el cuerpo, y el estómago revuelto, decidimos subir al anfiteatro esa misma mañana, para aprovechar el viaje. Al bajar decidimos comer algo, y comenzamos a buscar un sitio que se adecuara a nuestra escasa economía.

—Pues creo recordar que el tal Jimmy me dijo que si nos íbamos mañana, ellos nos acompañaban a Skye, y que nos enseñarían lo mejor de la isla... —comenté intentando hacer memoria, pero sin estar muy segura de lo que decía.

—¡Puf! —suspiró Lola—. El ofrecimiento era bueno, ¡pero ahora a ver quién les encuentra!

—Pues mírale —dije sobresaltada— ¿No es ése que está ahí tomándose un café?

Ya no iba vestido de escocés. Llevaba un atuendo muy informal, con vaqueros, camiseta roquera y una cazadora de cuero de caerse de culo. La coleta en el cogote le hacía parecer el chico más moderno que había conocido en mi vida, y fue esa coleta la que me enamoró. La coleta, y la certeza total de que a mis padres les daría un soponcio si me veían con un chico como ése.

Quedamos de nuevo la noche antes de partir alargando lo inevitable. En cada acercamiento, cada estudiado movimiento, Jimmy conseguía dejarme con deseos ardientes de besarle, con esa mirada cautivadora; esos ojos de travieso que medio cerraba para mirarme; esa sonrisa tan perfecta con la que me prometía grandes momentos; y la coleta, esa coleta que tanto me atraía.

Antes de Jimmy yo creía que la sensualidad se tenía o no se tenía. Después de Jimmy creo que la sensualidad se entrena o no se entrena, y yo en cuestiones de sensualidad andaba bastante fofa. Pero él era otra cosa; él emanaba sensualidad, sudaba sensualidad, y no sé si mearía sensualidad, pero estoy segura de que también. A mí me parecía que toda esa sensualidad se concentraba en su coleta de chico moderno, como le ocurría a Sansón con la fuerza, y ejercía tal atracción fatal sobre mí, que no me paré a pensar en mucho más.

Así que me dejé llevar, entregándome tácitamente al placer de la seducción, alargando los contactos, y quedándome exhausta por el simple hecho de mirarle a los ojos.

Aquella noche casi no pude conciliar el sueño de tanto pensar que al día siguiente partiría con un chico tan absolutamente maravilloso a conocer una isla de ensueño. Era mucho más de lo que podía pedirle a la vida.

Al salir el sol, con grandes promesas no habladas pero sí transmitidas por el suave roce de su pelo y su piel, o eso me parecía a mí, seguimos adentrándonos por tierras escocesas en el coche de Liam, camino de Skye, hasta llegar a la costa más cercana a la isla. Allí cogimos un ferry para poder seguir desplazándonos en coche.

Una intensa niebla nos dio la bienvenida a la isla, que al rasgarse por los rayos del sol nos conducía a una tierra que parecía encantada. Nos quedamos cautivadas, observando desde el ferry, sin atrevernos a decir nada que pudiese estropear ese inolvidable momento de nuestras vidas. Mirando al horizonte intentábamos asimilar tanta belleza.

—Habéis tenido suerte, no siempre se tiene la oportunidad de estar acompañado de dos chicos como nosotros... —dijo Jimmy al bajar del ferry. Supuestamente era una broma—. En serio, os está haciendo el mejor tiempo para poder ver las Highlands. Cuando no hay bruma, el verde pierde su fuerza, es menos eléctrico, y si está demasiado nublado, todo está mucho más oscuro. Vamos, ahí está John, estas dos noches nos alojamos en su casa.

Los dos días siguientes compartimos carretera y anécdotas con nuestros compañeros de viaje, quienes se afanaron mucho por enseñarnos todos sus rincones preferidos de la isla. Por las noches cenábamos en algún pub, y bebíamos pintas con la gente del lugar, que amistosamente se acercaba a entablar conversación.

La última noche, al salir del pub camino de la casa donde nos alojábamos, caí en brazos de Jimmy. Hubo un tiempo en que pensé que lo hice como lo hace una presa en manos de un cazador que ha ido preparando el ansiado momento con esmero: limpiando y engrasando lentamente las armas, puliendo sus botas hasta hacerlas brillar al roce del menor resplandor, frotando la mirilla por la que apunta, observando cada movimiento de su pobre presa, que sin saber que el furtivo está cerca, se mueve con confianza por un bosque que le arroja. Pero en realidad esta pobre presa sabía perfectamente que se había puesto muy a tiro, y estaba esperando el momento de ser derribada con ansia.

—Eres preciosa Raquel, eres la mujer más maravillosa que he conocido hasta ahora —me susurraba al oído en su habitación del alojamiento—Lo único que deseo es hacerte el amor lentamente, una y otra vez.

Me besaba con tal conocimiento de lo que hacía, que conseguía erizar hasta el último vello de mi cuerpo. No lamía mis oídos, mi vientre, mis pechos, los sublimaba, los elevaba a otra dimensión que yo desconocía. Aquella noche, bajo el cielo estrellado de Escocia, conocí el placer al máximo.

Yo sólo me dejaba llevar, ya que nunca había caído, (o me había tirado), en las redes de nadie con tanta facilidad, en tan solo unos días, pero como a lo bueno uno se acostumbra con demasiada facilidad, y era todo absolutamente fascinante, dejé a un lado el sentido de la realidad. Necesitaba creer lo que Jimmy me decía al oído mientras mis cinco sentidos descubrían el éxtasis como nunca antes lo habían hecho, y empecé a fantasear con la idea de que él era el hombre al que siempre había esperado, el que iba a hacer de mi vida una auténtica historia de amor. Me parecía imposible que alguien físicamente tan arrebatador por fuera no lo fuese también por dentro, y me convencí de que algún día atravesaríamos lo corpóreo para llegar a lo trascendental, que el amor arrollaría nuestros corazones fusionando todas nuestras dimensiones. Ahora que lo pienso, creo que sufrí una especie de enajenación mental transitoria, pero ésa es otra historia.

Al día siguiente, como una traición de esta vida injusta que se empeña en acortar los momentos maravillosos, y alargar los suplicios, llegó la hora de la despedida. Nosotras teníamos que seguir nuestro camino por Escocia, y ellos volverían a su pequeña ciudad a terminar los días de vacaciones junto a sus familias. Pero para mí, ya nada volvería a ser como antes. Sentía que nos habíamos enamorado hasta las vísceras, y que a partir de entonces, el camino sin él iba a resultarme más vacío, menos sugerente y excitante que hasta ese momento. Si me hubiese pedido que me fuese con él, con su falda de cuadritos y su abuela escocesa a terminar el mes, lo hubiese hecho con los ojos tapados.

Nos dimos un apasionado beso, realmente excesivo delante de nuestros amigos, que no sabían a dónde mirar, y que estaban deseando que ese incómodo momento se acabase de una vez por todas.

Me subí en el autobús, y mantuvimos la mirada trágicamente el uno en el otro durante unos largos minutos. Él se había quedado en la calle, de pie, con cara de perrillo abandonado que mira a su dueña suplicándole “quédate conmigo”. Y yo, sentada dentro, apoyaba la cabeza en el cristal e intentaba congelar ese momento, para que no acabara nunca. El adiós se alargó hasta que el conductor decidió poner fin, sin saberlo, a aquella escena de culebrón. Sin previo aviso hizo rugir el motor del autobús, arrancando de repente para

alejarse tomando una pequeña carretera a medio asfaltar que nos separaría definitivamente hasta que el destino, o una llamada (tal y como yo deseaba) volviera a unirnos de nuevo.

—No me puedo creer haber encontrado a alguien tan maravilloso, Lola —suspiré ya de vuelta a una existencia más insulsa sin él a su lado.

—¡Por favor!— meneaba la cabeza—. Pues a mí, que quieres que te diga, y espero que no te importe...

—No pasa nada, puedes decirme lo que quieras. —El paisaje se escurría por mis ojos sintiendo aún el roce de su piel, y medio escuchando lo que tenía que decirme la insensible de Lola.

—A mí me parece que ese tío ¡tiene un cuento...!

Yo, que aún tenía la mirada perdida por las colinas, giré con precisión la cabeza para taladrar a mi amiga, como si algo punzante me hubiese hecho salir de ese trance en el que había quedado sumergida.

—¿Cuento? ¿Por qué dices eso? —dije incrédula.

—No sé, me lo parece. Si hay algo o alguien que le mola, desde luego es él mismo. Me da la sensación de que está encantado de haberse conocido. Y... espero que no te moleste lo que te voy a decir, pero a mí también me mandaba esas sonrisas sensuales y arrebatadoras cuando hablaba con él... ¡Menuda pieza! ¡Vaya tela!

—¡Es que es su forma de sonreír!

—Pues qué suerte tener la sonrisa de Rob Lowe en cualquiera de sus películas sin haberla ensayado, la verdad. A mí me encantaría tener la de Sharon Stone en “Nueve semanas y media” sin proponérmelo, y mírame.

—A mí me parece que tiene una sonrisa preciosa. Y cuando me hablaba esta noche, tal y como lo hacía, diciéndome que estaba totalmente rendido a mí... Tenías que haberle visto cuando me acariciaba y me miraba...no dirías eso, te lo aseguro.

—Bueno, yo sólo te digo que a mí me ha parecido un “Don Juan” de los pies a la cabeza. Con esa “coletita” de chico moderno tan estudiada, y esa “caidita” en la mirada...— lo decía con retintín, bajando los párpados y moviendo las manos como si estuviese en el teatro—, pero bueno, a lo mejor en la intimidad es mucho más... No sé, más de otra manera.

—Ya veremos, a ver qué pasa, ¿no? Puede que no me llame nunca, y sea un farsante como tú dices y aquí se quede el asunto, o puede que lo haga, y demuestre ser un chico que merece la pena.

Quería parecer más madura de lo que realmente era. Tenía que

reconocer que Lola llevaba algo de razón. Me guardaba para mí mis pensamientos más íntimos en los que rogaba a Dios que me volviera a llamar, e imaginaba historias arrebatadoras en las que ambos éramos los dos ardientes protagonistas.

—Menos mal que veo que eres cabal —respiró finalmente—. Es verdad, todo hay que verlo. Oye, ¿hacia dónde nos dirigimos ahora? —sacó un mapa de Escocia de su mochila zanjando la cuestión de forma definitiva durante el resto del viaje.

Yo, que para los hombres siempre fui nefasta, tenía un instinto único con el resto de los mortales. Así que di por finalizada mi meticulosa composición de la personalidad de Lola al identificar el perfecto mecanismo, mediante el cual, espantaba los sentimientos de su lado como si le dieran urticaria, aunque de vez en cuando se hiciera a sí misma una pequeña concesión. A lo largo de los años fui precisando esta conclusión de “una pequeña concesión” a “cinco minutos de empatía al día”.

Madrid. Octubre de 1991

—¿Dígame? – contesto mi madre.

—¿Está Raquel?

—Sí, un momento –dejó el auricular, que estaba unido al teléfono por un cable en forma de bucle con el que yo solía jugar mientras hablaba, metiendo los dedos por los circuitos, o estirándolo — ¡Raquel! ¡Es para ti!

—¿Quién es?

—Ahí, pues no sé hija, no he preguntado. Es un chico —contestó mi madre sin ningún tipo de intención más allá que la de dar información. Me acerqué.

—¿Sí?

—¿Raquel?

—Sí, sí, soy yo, quién es —dije identificando la voz, y como consecuencia, a punto del desmayo.

—Soy Jimmy.

El Café Comercial bullía de gente. Pensamos que la plaza de Bilbao era un buen sitio en el que reencontrarnos.

Nada más acabar de subir las escaleras que unían el subterráneo con la superficie, identifiqué a ese chico medio escocés que me esperaba apoyado en la barandilla que bordeaba el agujero por el que decenas de personas se introducían bajo tierra. Le miré. Él, al descubrirme, se irguió para saludarme. En lugar de un beso apasionado, me encontré con una sacudida tonta de

cabezas en la que no supimos si darnos un solo beso, o dos. Uno en cada mejilla. Hacía un mes desde la última vez que nos habíamos visto, en la isla de Skye. Tras un titubeo que duró un segundo, dos besos, muy cerca de los labios como sólo él sabía darlos, fueron los protagonistas de un saludo que aunque se quedaba a medias, ya me había encendido por dentro.

Comenzamos a caminar sin haber decidido primero hacia dónde dirigirnos. La calle Fuencarral hacia el metro de Tribunal fue nuestra primera opción. Comencé a hablar casi sin parar, estaba nerviosa, y no podía contenerme. Él parecía divertido con las cosas que le contaba, pero aún no se mostraba tan cercano como en agosto.

Finalmente, al llegar a la Plaza del Dos de Mayo entramos en un café y nos acomodamos.

Una vez sentados, pude verle más de frente. Volví a recorrer esos ojos que me miraban entrecerrados, las pecas; la sonrisa seductora y, por supuesto, la coleta, esa coleta en la que almacenaba toda esa sensualidad que me traía de cabeza, y que le daba ese aire de chico de un planeta distinto al mío que me cautivó. Si mi dignidad no hubiese sido más fuerte que mi vergüenza, me hubiese tirado a su cuello, pero decidí esperar a ver qué pasaba.

Tengo que reconocer que la conversación fue muy amena, y las horas se me pasaron casi sin darme cuenta. Sin embargo, la sensación de que un muro invisible se había interpuesto entre nosotros me resultó tan evidente, que hice todo lo posible por no verlo. Poco a poco Jimmy pareció relajarse, y de nuevo empezó a mostrarse en todo su esplendor, con esa sonrisa arrebatadora con la que me había conquistado un mes antes. Su mirada volvió a ser profunda, de chico intenso e interesante, y rozando con sus dedos la mano que yo tenía puesta encima de la mesa, me dio a entender que él seguía estando ahí, conmigo.

Y pasó que no pasó nada, pero la presencia de aquel chico hechizante volvió a hacer mella en mí, así que llegué a mi casa con la sensación de estar más enamorada que nunca. Amor, deseo, pasión, todo me parecía lo mismo. Para mí aquello era amor con mayúsculas. Arrebatador, irracional, animal, primitivo. Arrollador, impulsivo, desesperado, pero, a fin de cuentas, amor. Por eso estaba totalmente decidida a pasar por todo lo que hubiese que pasar para poder conseguir de nuevo su mirada, sus caricias, y su intensidad.

Cuando le conté a Lola nuestra quedada, temiéndose una comedura de tarro monumental, atajó por la calle de en medio.

—Pues guay, tía, no le des más vueltas. Ahora a ver si te vuelve a

llamar, y mientras tanto sigue haciendo tu vida, ¿no? Oye, que conoces a otro que te gusta más, pues nada, a por él. Que éste te sigue llamando y todo sigue viento en popa, pues sigues quedando y ya está. No le veo el problema.

—Claro, claro —dije, sabiendo que me iba a resultar imposible hacerlo así, ya que sentía como si una fuerza muy superior a mí me arrastrase hacia los abismos sin yo poder evitarlo.

Yo admiraba a la gente que se toma la vida con tanta tranquilidad, y a la que todo parece darle igual, aunque más tarde me di cuenta de que casi siempre esta imagen de indestructibilidad que mucha gente muestra, no es más que eso: una imagen. Llegué a la conclusión de que se trata de una tupida tela de araña cuidadosamente tejida a lo largo del paso de los años tras la que cada uno esconde sus secretos bajo llaves y puertas blindadas, cuidándose mucho de no ser descubiertos inmersos en un pensamiento obsesivo, o una debilidad. A través de esta máscara se tergiversan los hechos para no quedar expuestos, y se deforman los actos a ojos de los demás para evitar ser juzgados. Pero en ese momento, deseé ser como Lola, libre de todo pensamiento obsesivo hacia el chico que me había arrebatado el corazón. También deseé saber disimular mejor el ímpetu con el que le esperaba su segunda llamada, porque tengo que reconocer que la esperaba. Todos los días, a todas horas. Cuando llegó, aunque para muchas hubiese sido tarde, a mí me bastó para seguir alimentando mi fantasía con respecto a él.

De nuevo se mostró encantador, y volvió a desplegar sus armas de seducción, que en mi caso no necesitaba para nada, pues yo estaba rendida a sus encantos desde el mismo día en que me hizo descubrir la luna, las estrellas y todo el firmamento entre unas frías sábanas escocesas, pero me hice un poco la dura para que pareciera que tenía que pelearse un poco el que volviera a caer en sus brazos. En realidad, me tiré en plancha, pero eso siempre lo negué con rotundidad delante de Lola.

Y la historia continuó tal y como la dejamos en Escocia, como si el momento de alejarnos hubiese pasado de largo, para volver a fusionarnos.

—Eres guapísima, ¿lo sabías? —me decía sin pestañear, posando sus ojos fijamente en mí, mientras desnudos, tumbados en la cama de su apartamento, nos acariciábamos —. Me pareces fascinante, estaría mirándote así durante horas.

Aunque fuese excesivo, a mí no me lo parecía. Era un auténtico profesional de los halagos y los encantamientos de amor, y como además a nadie le amarga un dulce, yo le escuchaba como si oír ese tipo de cosas de

alguien, que casi nunca podía quedar conmigo, fuese lo más normal del mundo, porque lo único que quería era seguir oyéndolas. Con solo una palabra podía derretirme, hacer temblar mis piernas, desear desaparecer con él para siempre en una isla desierta.

Para mí lo único que había cambiado era el escenario, ahora protagonizado por el asfalto, las muchedumbres y unos edificios grises, blancos y de colores con balcones a la calle, que aunque adoleciera del natural hechizo de las montañas de Escocia, era un buen aliado para continuar una bonita historia de amor.

El que fuese bastante esquivo en muchas ocasiones, y que tras un momento de gran intimidad y conexión desapareciera como por arte de magia, me hacía sufrir, pero me aguantaba. Convivía con mi obsesión por el teléfono; con el repasar una y otra vez la última vez que nos vimos mientras comía chokolatinas a troche y moche; y con mi tragicomedia romántica de serie B, a todas luces infumable.

Podía dejar pasar semanas hasta volver a ponerse en contacto conmigo, en las cuales yo me devanaba el seso preguntándome si haría mal en llamarle. Al final, por supuesto, lo acababa haciendo en una especie de compulsión inevitable, para conseguir sólo excusas que posponían el momento del siguiente encuentro. Pero cuando quedábamos, hacía una aparición tan romántica y estelar, agasajándome con todo tipo de piropos, que me olvidaba de su anterior ausencia.

En estos encuentros yo me entregaba a él a corazón abierto, para que no se me volviera a escapar, intentando amarrarle, deseando que tras esas intensas veladas llegara la hora de la verdad: la hora en la que el amor llegaría atravesando como un rayo de luz nuestras pieles, nuestras vísceras, hasta llegar al corazón y quedarse ahí atrapado. Y reconozco que me llevé más de un chasco, cuando le pedía ir a cenar o al cine antes que a su apartamento, y nunca podía.

Así fueron pasando las semanas. Entre momentos de pasión, ambigüedades, alejamientos, y reencuentros maravillosos.

Una noche de diciembre, cuando el frío ya apretaba a esas altas horas de la madrugada, Jimmy me acompañó hasta el portal de mi casa, y sin comerlo ni beberlo, comenzó a hablar

—Raquel.

—¿Sí? —contesté aún encantada con la noche que habíamos pasado juntos.

—Tengo que decirte algo.

Fue su cara de cordero degollado, de culpable antes de hablar, (cara que desde aquel momento empecé a detestar), la que me hizo dar un paso atrás. En seguida supe lo que me iba a decir con una certeza tal, que se me heló la sangre.

—Dímelo —dije secamente.

Creo que mi reacción le extrañó. O más bien le extrañó la rapidez con que capté lo que me quería decir, porque si algo tuve claro en ese momento, es que no pensaba dejarme. Volví a exigirle que me lo dijera. No sería yo quien le hiciera el trabajo sucio.

—¿Ya sabes lo que tengo que decirte?

—Venga Jimmy, suéltalo de una vez.

Así que bajó la mirada en un teatro ensayado frente a un espejo, y puso su voz más sincera y dolorida, intentando de esta manera lograr la exculpación ante la confesión que estaba a punto de realizar.

—Verás, es que...es que tengo novia... desde hace tres años.

—Ya —dije con una calma fingida. En realidad le hubiese abofeteado, pero pensé que quizá esa reacción fuese excesiva y podría parecer una chalada.

—¿Lo sabías? —preguntó él, que seguía desconcertado.

—No, pero te lo he leído en la cara. —Se hizo un silencio.

—Es que... es que te vi en Escocia y me gustaste mucho, de verdad. El caso es que me encanta estar contigo. Contigo soy diferente, me siento libre y puedo ser yo mismo. Todas las veces que hemos quedado me he propuesto decírtelo, pero no he podido, sólo el pensar en hacerte daño me escocía por dentro. Hasta ahora. Ahora lo que no puedo hacer es seguir engañándote.

—Ya, ¿y qué quieres que te diga? —pregunté iracunda.

—Ya sé que no puedes decirme nada.

—¿Piensas dejarla? ¿O qué es lo que tienes pensado hacer?

—No, ahora mismo no podría dejarla. Está atravesando por un mal momento familiar, y no sería bueno para ella. Se hundiría. Necesito tiempo, pero tampoco quiero perderte... quiero estar contigo Raquel.

—¿Sigues enamorado de ella?

—No, ya no es como antes, lo nuestro hace tiempo que se enfrió, pero ya te he dicho que ahora no sería un buen momento para dejarla, me sentiría muy mal si lo hiciera porque me necesita. Su padre está muy enfermo y...

—Bueno, pero es que yo creo que nunca es un buen momento para dejar

a nadie—. No sé porqué insistí en que la dejara, en el fondo sabía que la que estaba de más era yo, pero no lo pude evitar. Tampoco pude evitar pensar por un segundo que eso no era así, que la sobrante era la otra.

—Pero no tendría por qué enterarse. Podíamos seguir viéndonos... —continuó Jimmy mostrando su hechizante sonrisa de nuevo. Me cercó con sus brazos e intentó abrazarme. Me zafé con un movimiento brusco y rápido. Me di media vuelta sacando la llave de mi bolso, abrí el portal de mi casa, y antes de cerrarle la puerta en las narices, le arrojé mi contestación.

—Eso no va a ser posible.

Con el portazo de la pesada puerta, vi cómo los castillos que había estado construyendo en el aire desde que le conocí se derrumbaban de sopetón, desparramándose sobre el enorme felpudo del viejo portal como los naipes de una frágil baraja sobre el tapete. Ni siquiera esperé a que llegara el ascensor. Subí corriendo a mi casa por las escaleras, con la asquerosa sensación pegada al alma de haberme enamorado de la imagen irreal de un auténtico cara dura. Una vez me encontré en mi habitación, cerré la puerta a conciencia para que mi hermana no pudiera oír mis sollozos, y tumbada boca abajo en mi cama, expulsé en forma de torrente ahogado por la almohada la ira provocada por el engaño y por todas las tardes de ansiedad que había desgranado en mi habitación sin saber de él, esperando volver a verle.

—¿Y no le borraste esa estúpida sonrisa de su cara de un sopapo cuando te lo dijo? Vamos, soy yo, ¡y le meto la coletita por el culo! —rugió Lola al día siguiente. Ahí es cuando me di cuenta de lo buena amiga que era, porque seguro que se moría de ganas de decirme aquello de: “¡Te lo dije! ¡Te lo dije! ¿O no te lo dije?”. Pero no lo hizo.

—No. Pero espero estar más hábil de reflejos la próxima vez. De hecho creo que estuve demasiado comedida. A veces una tiene que elegir entre parecer una loca y hacerse la digna... yo que sé ¿Te vienes conmigo a la peluquería? Necesito un cambio de algo en mi vida.

Mentiría si dijera que no le volví a ver. Estaba demasiado enganchada a él como para terminar con esta atracción fatal de un portazo. Si las cosas fuesen así de fáciles, los portazos se venderían a millón.

Tardé un tiempo en desengancharme, y sufrí innumerables recaídas con sus consiguientes temblores, sudoraciones y compulsiones alimenticias que ya no vienen a cuento, porque aunque mi cabeza lo tenía claro, mi corazón titubeaba cada vez que me llamaba pidiéndome perdón, prometiéndome que era a mí a quien quería, y que dejaría a su novia cuando la situación fuese más

propicia.

Pero después de darme varias veces de cabeza contra la pared al verme enredada de nuevo en sus ardientes palabras, y en el torbellino de emociones que escondían las sábanas de su cama, sin conseguir siquiera un pedacito de su alma, logré sobreponerme manteniendo a duras penas la abstinencia, y fue sólo entonces cuando quedé liberada de sus ojos medio cerrados, sus pecas de niño malo, su sonrisa, y la sensualidad de su coleta. Aquella coleta que fue mi perdición.

7. Rita

Madrid. 26 de abril de 2010.

Un mes y una semana hospitalizado.

Yo no creo, como casi todo el mundo, que los buenos amigos son los que están en los peores momentos apoyándote, siendo tu baluarte y tu salvación. No. A no ser, por supuesto, que seas guapo, rico y famoso. En esos casos exclusivamente, es cuando la buena amistad se pone a prueba en la ruina y la desolación. Pero por desgracia, ése no es mi caso, ni el de la mayoría de los mortales. Para mí los buenos amigos son los que están en todos los momentos: los buenos y los malos.

El caso es que no entiendo por qué hay gente que se empeña en saltarse a la torera tus momentos felices, y después pretenden ser el hombro en el que quieras llorar cuando lo necesites. No sé si es una cuestión de figurar y que la gente diga “qué buen amigo es”; si es cuestión de morbo, porque sinceramente, querer estar en las penas y no en las alegrías es como poco, extraño; o si es para comparar su vida con la tuya y así poder decir “en el fondo yo no estoy tan mal”.

Lo que sí tengo claro es que hay gente que lo hace porque necesita sentirse buena persona. No sé, a lo mejor es que siempre les han dicho lo buenos que son, y ya sólo se entienden a sí mismos siendo así de buenos. Lo curioso de todo esto es que necesitan la miseria del vecino para limpiarla, pobreza para darse, sufrimiento para paliarlo, y así poder pensar: “¡Me cachis! pero qué bueno que soy”...

Las razones son lo de menos, el caso es que todos ellos me recuerdan a aquel anciano del pueblo de mi padre, que ya entrado en la ochentena, solía sentarse en la puerta de su casa a ver pasar a la gente, y que cuando oía hablar muy bien de alguien, exclamaba irónicamente con una sonrisilla entre dientes: “Santo que come y caga, buena pedrada”.

Y todo esto lo digo, porque con gran pena por haber llegado a esa conclusión tras largos años de amistad, creo que Rita, mi íntima amiga del colegio, es una de estas últimas personas. O por lo menos lo era hasta hace poco. Patricia la llamaba “la santurrona”, y a mí eso me molestaba un montón,

pero al final tuve que reconocer que mostraba siempre una especie de halo beatífico que, en realidad, no era más que una forma de no enfrentarse a sí misma y a su propia realidad de débil mortal.

Su llamada me despertó.

—¿Sí?

Contesté con desgana.

—¿Raquel? Hola...soy Rita, te llamaba para ver qué tal te encuentras—. No pudo contenerse, y súbitamente rompió a llorar—. Me he encontrado con tu madre y me lo ha contado todo ¡Qué desgracia! —sorbía y se enjugaba el llanto, quebrándosele la voz al hablar—. No me puedo creer que te esté ocurriendo esto, no me puedo ni imaginar lo que puede ser que te pase algo así... ¡Con todo por lo que has tenido que pasar...!

Me pilló desprevenida y sinceramente, sin ganas de montar (y mucho menos de que me montaran) ningún numerito. Aún no había conseguido escapar a esa sensación de extrañeza en la que me había sumido, como si mi vida no fuese mía, sino una película de cine mudo. No lograba salir de ella ni en los momentos más inoportunos.

Aquella misma tarde, por ejemplo, mientras pedía un billete para el metro en la taquilla de Príncipe Pío, el taquillero me había hecho un chascarrillo con bastante buen humor, y yo después de mirarle sin ningún tipo de expresividad, me di media vuelta desapareciendo por uno de los miles de túneles que hay bajo Madrid sin mediar palabra con él.

Rita seguía llorando desconsolada al otro lado de la línea. Sus sollozos no me llegaban, ni siquiera me rozaban. Sólo quería que dejase de hacer ese ruido de mocos sorbiendo al otro lado de la línea, que volviera a su vida de mujer feliz y caritativa y así poder volver yo a mi estado de letargo invernal. Rita, mi gran compañera de adolescencia.

En el momento en el que me llamó ya no se encontraba entre mis mejores amigas. Nos conocemos desde el colegio, y ahora con treinta y nueve años seguimos viéndonos de vez en cuando, más por la fuerza del grupo de amigos que por una afinidad personal real. Hubo un día, de adolescentes, en que sí estuvimos muy unidas, pero esa relación había cambiado sin que ocurriese nada en especial. Simplemente, ocurrió la vida.

Se enteró de mi situación con semanas de retraso, ya que ni si quiera solemos llamarnos, y quizá por eso se comportaba como si acabase de ocurrir. En realidad creo que se comportaba como siempre se había comportado, con una excesiva solicitud hacia las desgracias ajenas.

Ella es realmente (realmente) una buena persona, según los cánones de la parte más clásica de la sociedad. Y en la afirmación de que Rita tiene un corazón enorme coincide con todos los que la conocen en un ochenta por ciento. El veinte por ciento restante lo pone la palabra “demasiado”. Para mí, el corazón de mi amiga es, quizá, demasiado grande.

Se ha pasado la vida ayudando a los demás. Al principio en la parroquia de su barrio, donde se desvivía por los ancianos. Más tarde, durante los años de universidad, había invertido sus veranos más apetitosos como voluntaria en proyectos que algunos valientes misioneros desarrollaban en países necesitados, como Santo Domingo o Nigeria. Esos mismos veranos en los que yo sólo pensaba en las musarañas, en playa, chicos y fiesta. Más tarde, se volcó en un voluntariado por Madrid, al que me arrastraría durante un año. Cuando el fervor de la adolescencia y la primera juventud habían pasado, se casó con Carlos, un hombre clásico, serio y formal, con el que tuvo cuatro hijas.

Es una amantísima madre y esposa, y se entrega a su familia en cuerpo y alma, tanto, que no conoció a mi marido hasta el mismo día de nuestra boda. Y no fue porque yo no intentara presentárselo antes.

A los tres meses de estar saliendo con él, organicé una salida al campo un sábado para presentárselo a todo el mundo. A esas alturas, si quería verles a todos, tenía que ser un plan al que se pudiese ir con niños.

—¡Qué pena! —exclamó Rita cuando la llamé para ver si finalmente iban a acudir al evento—. Carlos y yo teníamos pensado ir al zoo con las niñas, —¡Al zoo con las niñas! Se me abrieron los ojos como platos, no entendí porqué no dejaban ese plan para otro día—, ¡hija! y están tan ilusionadas que lo hemos estado hablando y hemos decidido que mejor nos vemos en otro momento. Es una pena, porque nos apetecía muchísimo conocerle, pero no queremos darle ese disgusto a las niñas. De todas formas, en cuanto podamos te llamamos y así nos lo presentas, ¡con las ganas que tenemos de conocerle!

Tampoco pudo acudir a ninguna otra quedada. Carlos solía estar muy cansado, o las niñas enfermas, o le ocurría cualquier contratiempo poco digno de mención. La misma noche de mi despedida de soltera, mientras bailábamos con los camareros del sitio al que me habían llevado a cenar mi hermana y amigas, me llamó:

—Hola, Raquel —dijo susurrando para no despertar a las niñas—, perdona que no haya podido ir a tu despedida, ¡con lo que me apetecía! Lo

tenía ya todo preparado, pero bueno, resulta que a Carlos se le ha alargado mucho una reunión que tenía en la oficina, y ha llegado el pobre reventado. Me ha dicho que no está para hacer de canguro, y que si no me importa quedarme yo con las nenas mientras él descansa, y claro, qué le voy a decir ¡Pobre!...

—Claro, claro, Rita —le dije con un deje de decepción y una imperceptible ironía—, no te preocupes.

—¡Qué de ruido se oye! Cómo os lo estáis pasando, ¿eh? —dijo con cierto tono de envidia.

—Sí, ¡esto está que arde! —me reí. — ¡Qué pena que te lo pierdas!

—Bueno, hija, son cosas que pasan. Una vez que se tiene familia ya se sabe... pero bueno. ¡Pásalo genial!

A la boda, por supuesto, acudió con su mejor disposición y del brazo de su flamante marido. Al parecer, un enlace sí era importante. Se fueron nada más terminar la cena, no querían dejar demasiado tiempo a las niñas con sus abuelos. Por lo visto, según me explicó al despedirse, las niñas extrañaban mucho sus camitas, y Carlos estaba muy cansado después de toda la semana de trabajo. Me despedí de ellos absolutamente perpleja, ataviada de blanco y con una falsa sonrisa que me llegaba de oreja a oreja.

Sin embargo, no fue esta larga lista de despropósitos la que acabó estropeando definitivamente nuestra relación. El verdadero detonante lo puso el hecho de que, por lo visto, ellos podían hacerte un desplante tras otro, pero tú a ellos, no. El final definitivo llegó dos meses más tarde: habían preparado una fiesta de cumpleaños monumental para su hija mayor. Cumplía siete años. Habían contratado payasos y un mago para la veintena de niños que iban a acudir. Carlos iba a encender la parrilla de su jardín e iba a deleitarnos a todos, adultos y niños, con una comida espectacular. Finalmente habría piñata y juegos para todos. Pues bien: a nosotros nos resultó imposible acudir.

Supongo que entendí que si ellos nunca podían (o querían) ir a nada, tendrían manga ancha para los demás, pero me equivoqué. El caso es que Carlos, desde entonces, se encargaba de recordarnos cada vez que nos veíamos el disgusto que se llevaron cuando supieron que no íbamos a ir. “No pensamos volver a invitaros jamás a ninguna otra cosa”, nos decía de vez en cuando fingiendo un falso tono de broma. El caso es que la broma se hizo realidad. Nunca volvimos a recibir una invitación personal de la pareja para nada más. También es cierto que no tengo ni idea de si han vuelto a celebrar algo susceptible de invitación desde entonces.

Con este plantel, me encontré con que mi compañera de antaño estaba al

otro lado del teléfono, llorando como una Magdalena descontrolada, de tal manera que yo no sabía qué hacer. Entendía que la situación requería de solicitud, pero no que viniese de alguien que en realidad no había compartido en absoluto mis alegrías desde que me había ido bien. A punto estuve de lanzarle unas palabras de consuelo, pero me frené. La situación, de extraña, hubiese pasado a ser verdaderamente ridícula.

—Ya sabes de verdad —decía—, si quieres algo no dudes en pedírmelo—, llegado este momento, incluso tenía hipo—. Si quieres dar un paseo, ir al cine, despejarte, o lo que sea, aquí estoy, no dudes en llamarme. Ya sabes que dejo a las niñas con mi madre y me planto en tu casa en media hora, de verdad, sin ningún compromiso. Llámame siempre que quieras.

—Ya lo sé, Rita —contesté—. Muchas gracias por todo, claro que lo haré—. No lo dije con intención de mentir, pero en el fondo sabía que no lo haría. Lo que necesitaba en aquellos momentos era amistad, no caridad.

A los diez minutos de terminar la insólita conversación que había mantenido desde mi escafandra con mi inconsolable amiga, el timbre resonó en la cocina. “Quién será”, pensé mientras me dirigía a la puerta todavía asombrada por el llanto de Rita. Abrí sin hacer uso de la mirilla, cosa de la que me arrepentí nada más encontrarme de bruces con mi vecina.

—Hola, hija. —Doña Pura se encontraba delante de mí envuelta en una espantosa bata de guatiné a flores. Se había colocado la peluca rápidamente, por lo que le había quedado algo ladeada—. Te he oído hablar por teléfono y he pensado que ya estarías despierta.

—Hola Pura, no sabía que tenía usted el oído tan fino.

—Uy, hija, qué mala cara tienes —siguió haciendo caso omiso de mi comentario.

—Eso es porque usted me está viendo sin maquillaje. ¿Quería algo?

—Ah, sí, ¿podrías darme un poquito de azúcar?

—Ahora mismo —. Dejé la puerta entreabierta, y cuando volví de la cocina pude ver cómo alargaba la cabeza para husmear, y pensé para mis adentros que el oído fino no era la única de sus cualidades.

—Aquí tiene —. Agarré la puerta—. ¿Quería algo más?

—No sé hija, es que... te noto algo extraña, ¿te pasa algo? No es que quiera meterme en tus asuntos pero...

—Todo está bien —interrumpí intentado no parecer brusca sin poder apartar mis ojos de la peluca—. De verdad, no se preocupe.

—No es que quiera ser cotilla...

—No se preocupe Pura, hay cosas que uno no puede evitar —y añadí mientras intentaba entender lo que le había querido decir—: Ya sé que usted sólo se quiere interesar por mí, pero todo está bien.

—Bueno, gracias por el azúcar —dijo nada convencida, dándose cuenta de que esa batalla no la iba a ganar. Y girando su cuerpo a modo de peonza, comenzó a bajar las escaleras.

Cuando cerré la puerta, tenía tal sensación de extrañeza que decidí llamar a Rodolfo, mi amigo de la Universidad, para quitarme esa sensación de irrealidad, de hospitales, antiguas amigas llorando por mí y pelucas que, de repente, habían inundado mi vida.

Contestó con voz de despistado cuando ya estaba a punto de colgar.

—¿Qué vas a hacer esta mañana? —le pregunté.

—Pues tenía pensado agenciarme algo de comida e ir de excursión a la Barranca. ¿Te apetece venir?

—Pues me parece que me vendría fenomenal algo de campito para despejarme. ¿Me llevas la comida? No estoy de humor para prepararme nada.

—Vale. ¿Te gustan las lentejas?

—¿Lentejas para ir de excursión? —dije asombrada, pero nada extrañada viniendo de quien venía semejante idea—. No sé, yo estaba pensando en un bocata o algo así, pero bueno...

—Ya —contesto Rodolfo con tono de total despreocupación—. Es que desde que lo dejé con “la arpía” —está separado, y tiene una niña que vive con su ex—, me da mucha pereza cocinar, y me estaba alimentando sólo de comida rápida. Así que he decidido que todos los domingos voy a cocinar un “perolo” enorme de lo que sea para toda la semana, que igual es más sano que la comida basura ésa. Esta semana tocan lentejas.

—Me estás asustando —dije, pensando que así sería imposible sacudirme el trance de enajenación en que se encontraba. Lo más seguro era que Rodolfo, con sus ideas de bombero, lo agudizara todavía más.

—No te preocupes, ya se me pasará. En realidad llevo así sólo dos semanas y ya estoy harto de comer siempre lo mismo. La semana pasada me la pasé entera comiendo fabada. Tengo que encontrar otra fórmula para organizarme esto de las comidas. Además, ¡no te puedes ni imaginar los gases que puedes llegar a tener comiendo sólo fabada durante una semana!

—¡Qué horror! ¿Llevas dos semanas alimentándote sólo de legumbres? ¡Vas a reventar, mofeta!

Rodolfo fue compañero mío en la Universidad de Periodismo. Nos

pasamos los cinco años de la carrera prácticamente juntos, saliendo de juerga, y estudiando muchas tardes y otras tantas noches, junto con una gran jarra de café. Lo que más le caracteriza es esa capacidad que tanto envidio de preocuparse bastante poco por las cosas, y mirar la vida con una actitud muy relajada. No entiende, o no quiere entender, cualquier tipo de miramiento social. Siempre dice que hay dos formas de hacer las cosas: Una, al “modo de la mayoría”, modo que, según él, está guiado por una educación y adoctrinamientos sociales que pone muy en duda. Y dos, lo que él denomina “su modo”, es decir, según unos cánones personales que se traducen en no ver obstáculos ni sociales ni culturales en todo, dejar que las cosas fluyan, y no hacer daño a nadie. Le gusta poner este ejemplo: “¿Qué más da ir a por leche en bata un sábado por la mañana?”. Ha hecho de esta pregunta su estandarte. “Tendrías que haber nacido gitano”, le contesto yo cada vez que la formula.

Sin embargo, esta vez tendría que reconocer que la pregunta: “¿Para qué voy a estar todos los días pensando qué voy a comer, si puedo hacerme la comida una vez a la semana?” no era razonable. A no ser que ese día cocinase más de un plato, cosa que no entraba en sus planes.

—Pero bueno, hoy por hoy es todo lo que tengo en la cocina...

—Bueno, pues lleva lentejas para mí también.

—Vale, ¡marchando otro tupper de lentejas!

Cuando llegamos al parking de la Barranca, cercano al hotel del mismo nombre, aparcamos y tomamos la pista forestal tras saltar la barrera que obstaculizaba el paso a los coches. Comenzamos a caminar. A nuestra derecha podíamos observar los embalses del pueblo de Navacerrada, y al fondo la Maliciosa, irguiéndose por encima de nuestras cabezas. En un momento dado dejamos la pista a un lado, y bajamos hacia el río, para sentarnos a descansar y comer algo (lentejas, sin ir más lejos). Nos descalzamos y metimos los pies en el agua.

—¡Qué gusto! —exclamé—. La verdad es que este sitio es una maravilla, un remanso de paz.

—Si —coincidió Rodolfo.

—Qué raro que fueses a venir tú solo.

—Ya, es que en principio iba a venir con la niña, pero me ha llamado “la arpía” y me ha dicho que sus abuelos querían verla para darle un regalo y no sé qué más. Cosas de ella, seguro que es mentira. Me vuelve loco desde que nos separamos. Bueno, ya me volvía loco mucho antes... —se empezó a reír— ¡Yo le digo que sí a todo, porque diga lo que diga lo va a tergiversar!

Qué mujeres, qué manera de complicarse la vida... —suspiró exageradamente—. Ahora me alegro de que la niña no haya podido venir, creo que mejor así para ti, ¿verdad? —Me miró de reojo, esperando que le comentase algo del estado de mi marido, pero no me apetecía hablar. Sonreí. Los dos sabíamos que lo único que él podía hacer era estar ahí. Se quedó pensativo, dejando que su mente volara a otros tiempos, en los que todo parecía ser mucho más fácil.

—Quién nos lo iba a decir, ¿eh? —dijo finalmente con una mueca de extrañeza.

—Ya —contesté con algo de pesar.

—Pero no hablo sólo de...me refiero a...todo...cuando éramos estudiantes y todo era diferente...

—Ya, ya —volví a decir, sabiendo perfectamente a lo que se refería.

8. Martín

Madrid. Septiembre de 1992.
21 años

Durante los últimos años de universidad, y algunos después de terminarla, Rodolfo compartió piso en una de las callejuelas traseras de la Plaza de España. Se trataba de una casa oscura y destartalada donde vivía junto con otros tres muchachos.

A la salida de la universidad solía ir a su casa a estudiar con él, y a disfrutar del ambiente extravagante que se respiraba en el piso. Tenía algo de bohemio. Sus ocupantes eran alegres y despreocupados.

Recordaba el primer día que llegué como una ráfaga de imágenes y frases que iban apareciendo ante mis ojos sin orden ni concierto. Todo me pareció extraño y fascinante a la vez. Hasta aquella tarde había conocido la única realidad de las casas acomodadas del barrio de mis padres, que después de aquella visita, no volverían a parecerme en absoluto interesantes. Puede que bonitas, y bien amuebladas, pero sin vida propia. Desde entonces, todas ellas me parecían estar pintadas con los mismos colores y los cuadros que mostraban suspendidos en sus paredes, muy similares.

Recuerdo la primera vez que fui como si hubiese sido ayer. Nos dirigimos hacia su piso en animada charla. Cuando llegamos a la Plaza de España subimos por la calle de San Leonardo hasta llegar a San Bernardino. Se trataba de dos calles estrechas pero luminosas, de edificios antiguos contruidos con pocos pisos. Finalmente doblamos una esquina para empezar a subir la cuesta de la calle del Limón hasta entrar por un portalón de madera ancho, que daba la sensación de no cerrar si se intentaban unir las dos enormes puertas que lo flanqueaban.

Una vez hubimos entrado en la corrala, alcé la mirada para observar el antiguo edificio que se levantaba alrededor de la misma. Le faltaba una mano de pintura. Las puertas y ventanas de madera avejentada le daban un aspecto misterioso que la alegría de dos vecinas rompía con su animada charla mientras tendían la ropa desde sus barandillas.

Subimos por las escaleras hasta el segundo piso. Rodolfo giró a la

izquierda siguiendo el camino de la galería. Se paró en una puerta, donde habían colgado un cartel que decía: “*El primer paso de la ignorancia es presumir de saber, y muchos sabrían si no pensasen que saben*”. Baltasar Gracián. No sé si me pareció muy culto, o muy pretencioso.

Abrió con su llave.

El recibidor era oscuro, y del techo colgaba una lámpara que pensé debía ser tan antigua como la corrala. En ella había prendidas tres bombillas que desprendían una luz amarillenta, pero que iluminaba lo suficiente para poder observar el cuadro que se hallaba apoyado en la pared, encima del viejo aparador de la entrada. Me quedé observándolo, algo extraño en mí, ya que no suelo fijarme en esas cosas. Había algo en él que me fascinaba. No sé si eran sus colores, apagados y alegres a la vez, o esas texturas tan palpables y cercanas. No hubiese sabido decir si me gustaba o no, lo que tenía claro es que no me dejaba indiferente.

—¿Quién se ha llevado la toalla del baño?— fue la primera frase que escuché al entrar en ese submundo de la calle Limón y que me sacó de la concentración a la que me había llevado el cuadro.

—¡He sido yo! —dijo Rodolfo cerrando la puerta— Llevaba ahí colgada como un mes. Ya olía. Esta es Raquel —continuó presentándoles— Raquel, Pedro. —Nos dimos dos besos.

—Vale, tío, pero si la quitas al menos pon otra, ¿no?

—Bueno, pero es un primer paso para cambiarla. —Se alejó Rodolfo alegremente—. Pasa, este es nuestro humilde salón.

El largo pasillo estaba lleno de otros tantos cuadros de un estilo similar, que hacían que no pudiera dejar de mirarlos, preguntándome qué significarían esas alargadas y extrañas figuras, y esos colores a medio camino entre lo tétrico y lo estridente. De nuevo, me resultaron fascinantes.

Un sofá tapizado con una tela cara, pero desgastada, se aposentaba en el fondo del salón, que también albergaba una mesa con cuatro sillas, todas distintas y con un cierto toque de distinción. En dos de ellas se encontraban otros dos chicos en medio de una calurosa discusión.

—Estos son Tomás y Pelayo. Tomás estudia Bellas Artes en la Complutense, y Pelayo está en tercero de Literatura.

Se levantaron para saludarme.

—¿Son tuyos los cuadros? —pregunté al de Bellas Artes.

—Sí, ¿qué te parecen?

—Bien, muy bien —contesté sin saber qué decir— Yo no sé nada de

arte, pero desde luego son muy... originales —y cambiando de tema añadí—
Me gusta vuestro sofá.

—Todos los muebles de la casa, a excepción de las camas, por supuesto —contestó Pelayo—, los hemos ido recogiendo de los contenedores del barrio de Salamanca, para obtener buenas piezas, y así de paso nos hemos ahorrado un dinero con el que vamos a dar una fiesta. ¿Vendrás?

—Sí, claro —contesté complacida con la invitación.

En realidad ninguno de los cuatro chicos venía de familias con estrechez económica, de hecho Pedro procedía de una familia de empresarios que se habían labrado una buena fortuna, pero no eran de Madrid. Por ello, para poder acudir a la universidad, entre todos habían alquilado el piso con ayuda de sus padres, los cuales, si hubiesen ido a verles a la capital a husmear dónde se alojaban, probablemente les hubiese dado un pasmo, y les hubiesen preguntado si no habían encontrado nada mejor. Pero a ellos, y ahora a mí, su rincón decadente y bohemio les encantaba.

—Bueno, pues lo que te decía: ¡qué maravilla de función! —exclamó Tomás continuando con la conversación que habían interrumpido para las presentaciones. Me miraba de reojo—. Cuando acabó la última escena, yo no podía casi ni respirar de la emoción.

—Ya te lo dije, que ibas a flipar con la puesta en escena. Cuando ves esa función, entiendes los sentimientos más ruines y bajos de nuestra condición humana, aunque a la vez te muestren los más nobles y elevados.

—Cierto. —Y dio un pequeño sorbo a su vaso.

Miré a Rodolfo con cara de no dar crédito a lo que oía, y nos dirigimos a su habitación para estudiar.

—¿Son siempre así?

—Así cómo.

—No sé, tan profundos y esas cosas: “*Los sentimientos más ruines y nobles de nuestra condición humana, bla, bla, bla...*”

—No, sólo a veces. Sólo son un par de culturetas. Querrían impresionarte, y se les ha ido la mano. —Al decir esto se rio.

—Pues desde luego que lo han conseguido.

Me pasaba las tardes enteras estudiando con Rodolfo, haciendo descansos con sus compañeros de piso, y adentrándome cada vez más en ese mundo diferente que habíamos creado, donde no había padres, ni normas sociales, ni muebles bien acoplados, ni dos vasos iguales. Donde se discutía sin parar de arte, literatura, música y otros temas de los que yo, hasta la fecha,

no me había parado a pensar en la vida.

Eso me hacía sentir diferente, más bohemia y alternativa, cosa que no he sido jamás, porque si de joven no te has creído hippy en algún momento, despídete, ya nunca más.

El cuarto año de Universidad había comenzado tranquilamente, dejando muy atrás aquel maravilloso verano en Escocia, y meses después, el amargo y lento final de la historia con Jimmy. Aunque después había salido con algún que otro chico, ésa fue la única historia remarcable que se me ocurrió contar cuando mis nuevos amigos me preguntaron por mi última aventura amorosa. Ellos estuvieron de acuerdo en que yo era demasiado para ese tío, y que se hubiese merecido un buen sopapo. Así me sentí reconfortada por unos chicos (siempre antes mis confidentes habían sido chicas) que pensaban como yo en cuestión de amores.

Como ya estaba preparada para volver a la carga, puse en marcha la extravagante maquinaria mediante la cual escogía a los chicos. Fue en el pasillo de piedra gris de mi universidad donde vi por primera vez a Martín. Durante los descansos él solía apoyarse en la pared observando, desde una estratosfera inalcanzable en la que sólo él flotaba, el barullo de los demás estudiantes que comentábamos la última clase y los trabajos a entregar, como si no fuera con él. Y ahí situado, en esa estratosfera, me empezó a parecer un ser con algo indescriptible que le hacía muy superior al resto de los mortales: invencible e inabarcable. Yo le examinaba desde la otra punta del pasillo sin que se diera cuenta. Su halo de distancia, y su físico diferente (era alto y moreno, con unos vivos y pequeños ojos azules) me atraían de una manera inexplicable. Rodolfo decía que parecía un Fido Dido, pero a mí me daba igual, a mí me parecía que había encontrado a la persona que haría que volviese a revivir. Sentía que sólo con conseguir que ese ser misterioso supiera de mi existencia me bastaría para ser feliz.

Finalmente le conocí y me sorprendió que resultó ser un chico alegre, a veces casi como un niño, aunque mantenía en todo momento esa extraña frialdad mística indescriptible. Esta combinación imposible hizo que la cosa en cuestión de emociones fuese de mal en peor, porque resultó ser alguien que podía estar tan cerca de mí que con sólo levantar un dedo podía tocarle, y estar a la vez tan lejos, que ni en un millón de años luz pudiera alcanzarle.

Rodolfo fue el culpable del encuentro al invitarme a ir a su casa de Segovia a pasar un fin de semana con unos compañeros de la otra clase, con los que coincidía en alguna asignatura. Yo acepté la invitación sin saber que el

misterioso desconocido, al que me dedicaba a estudiar en secreto, acudiría a la salida.

Cuando llegamos, nos sorprendió la magnitud del caserío, que orgullosamente se erguía en el centro del enorme jardín cubierto de un frío manto blanco, que las nevadas de enero habían ido depositando durante días sobre él. Rodolfo nos fue alojando uno a uno en las distintas habitaciones que daban a un pasillo que cruzaba de un lado a otro el primer piso. En la planta baja se encontraban el salón comedor, inmenso y señorial, y la cocina, donde cabíamos los seis trajinando sin ningún problema.

Martín se mostraba muy interesado por mí, la verdad. Para cuando llegamos a Segovia, el viernes por la tarde, ya habíamos intercambiado bromas y opiniones de todo tipo en el coche. Una vez alojados en la casa, iniciaba un contacto, una broma, o una batalla campal con la nieve del jardín en cuanto podía. En una de estas refriegas, el sábado por la mañana, que a pesar del frío y del temporal de la semana anterior había amanecido soleado y más cálido, me agarró por los pies y me metió de cabeza en un enorme colchón de nieve. Luché para intentar zafarme, pero no lo conseguí, cuando me soltó, fui a por él subiéndome a sus espaldas con las manos llenas de polvo blanco para meterle el frío por el jersey.

En general esas cosas le encantaban, las peleas físicas, los tira y afloja, el corre que te pillo, ahora te subo, ahora te bajo... si hace que parezca infantil no es una casualidad, lo era, y era sólo en esos momentos cuando tenía la sensación de que con solo mover un dedo podía tocarle, abrazarle de lo cerca que estaba. Aún no sé si lo que me atrajo de él fuese ese lado excesivamente infantil que tenía, o quizá fuese el otro, frío y distante, que le hacía parecer un semidios a mis ojos, o la mezcla de ambos. Lo que es seguro, es que si en algún recoveco de su personalidad había algún aspecto sano, desde luego no fue ese el que me sedujo.

Esa misma noche, cuando todos se habían acostado, permanecimos una hora más a la lumbre de la chimenea, hablando de todo un poco y sintiendo que una cómplice confianza surgía entre nosotros.

El domingo por la noche estábamos de vuelta. Una vez en Madrid, antes de despedirnos con dos besos, quedamos en llamarnos para vernos de nuevo, en cualquier caso, nos encontraríamos con bastante facilidad por los pasillos de la facultad.

Yo seguí yendo a casa de Rodolfo a pasar las tardes con la excusa de estudiar, donde me encontraba con ese otro mundo en el que me sentía mejor.

—¿Qué tal por Segovia? —preguntó Pedro.

—Muy bien, los amigos de la clase de optativas de Rodolfo son muy divertidos.

—Ya —dijo Rodolfo—, sobre todo Martín, ¿no? —. Y su sonrisa burlona hizo que todos se rieran.

—Pues sí, la verdad, Martín me ha caído muy bien —contesté en el mismo tono socarrón.

—Es un poco extraño, ya lo verás. Pero es un chico muy divertido.

En ese momento Pelayo hizo una ruidosa entrada en el piso. Cruzó el pasillo con prontitud, dejó el abrigo de mala manera tirado sobre una decadente butaca, se sentó en el sofá con cara de teatral desesperación, y suspirando profundamente, como si en ello se le fuese la vida, comenzó su función.

—Hoy la he visto.

—¿A quién? —dijo Rodolfo.

—A ella. Es como un ángel venido del cielo, que al verme pasar, me ha mirado desde su nube resplandeciente, y me ha atrapado entre sus alas.

Ahogamos una risa.

—No os moféis, no. Ella es mi musa, mi inspiración, mi Dulcinea, y yo soy su caballero andante. No dudéis que de aquí a fin de curso habrá caído entre mis brazos, ardiendo de felicidad.

—¿Tu musa? ¿Tu Dulcinea? —grité sin poder contener la risa, aunque no sé de qué me reía, porque si en esa estancia había alguien que pudiera entenderle de pies a cabeza, esa era yo —. Pero Pelayo, ¡estás fatal!

—¡Uy! —dijo Tomás—, no sabes el rollo que nos dio el año pasado con esa chica. También dijo lo mismo y mira, acabó el curso y seguía sin conocerla.

—Amigo. Este, va a ser mi año —dijo con pedantería y firmeza—. La pienso invitar a la fiesta, porque hoy por fin me ha mirado, y se ha dado cuenta de mi existencia (que no es poco). Cuando la veáis, quedaréis obnubilados, querréis besar por dónde pise. Querréis...

—Bueno, ya será menos, que me conozco yo tus Dulcineas —rio Pedro—. No te preocupes Raquel, él es así. ¿Quién echa una partida de ajedrez?

—¡Yo! —dijo Pelayo impulsivamente, que al sonido de la palabra “ajedrez” había vuelto en sí, como si hace dos segundos no hubiese estado en trance.

Se metieron en una habitación. De vez en cuando se podían oír los

lamentos, insultos y bravuconadas que le seguían a cada movimiento.

—Raquel —dijo Tomás —, estaba pensando... me gustaría hacerte un retrato. Bueno, más bien tengo que hacer un retrato. Hay que presentarlo este trimestre, y creo que tienes un rostro muy... no sé, tu expresión es... —No supo qué decir, pero movió las manos alrededor de mi cara, y creo que con eso dio por sentado que ya había quedado claro cómo le parecían que eran mi rostro y expresión—, vamos, que creo que podría quedar muy bien, si te parece.

—¿Hacerme un retrato? —me pareció divertido —. Pues claro, ¡qué honor!

Entramos en su habitación. Era la única que me quedaba por ver. Solía estar cerrada para que la casa no oliese a pintura, según me explicó. Yo siempre había creído que era por una cuestión de intimidad. De todos ellos Tomás me parecía el más discreto.

La estancia era la más amplia de la casa, cosa que era lógico. Tenía, además de la cama, un caballete enorme, y a su lado una mesita auxiliar de la que se valía para poner las pinturas y la paleta cuando trabajaba. También ubicó una mesa grande, como de estudio, y una silla de madera desgastada pero elegante. Un luminoso balcón daba a la calle, por el que subían los ruidos y las charlas de los transeúntes.

—¡Menuda habitación! Eres el más listo, ¿no?

—Gracias —se rio—. No creas que soy tan listo, de todas es la más cara, pero me ahorro tener que alquilar también un estudio... A ver...—. Me observó con detenimiento—¿Te puedes sentar en la cama? Que te de la luz de perfil. Espera, te voy a apartar el pelo de la cara. Así.

Me retiró el mechón de la frente, acariciándome sin querer. Un escalofrío recorrió mi cuerpo, y me sentí algo incómoda mientras estudiaba con tanto detenimiento mi rostro, pero como tomó una actitud muy profesional, frunciendo el ceño y observándome desde distintos ángulos como si la cosa no fuese conmigo, me fui relajando.

Las tardes en la calle Limón pasaban con todo tipo de pequeños incidentes, pero de forma apacible y sin nada remarcable. Durante las semanas siguientes, Tomás trabajó en el retrato siempre que yo encontraba un hueco entre estudios para posar.

Una tarde, Pelayo informó a sus compañeros con la voz impostada y la mirada altanera, que había conseguido, al fin, la atención de su Dulcinea antes de que llegara el día la fiesta. Según contó, (aunque no nos quedó muy claro

cómo lo había conseguido), desde el día en que se lo había propuesto ante las mofas de sus compañeros, había empezado a hacer acercamientos estratégicos y tácticos, hasta lograr, finalmente, quedar con ella para ir al cine la semana siguiente.

—Me ha preguntado si me gusta Meg Ryan —dijo Pelayo aprovechando que estaban todos reunidos en la cocina—, y le he dicho que sí.

—¿Meg Ryan, tío? —preguntó Pedro— ¡Sus películas son una bazofia! ¿Y le has dicho que sí?

—Si “colega”, y eso que yo a esa tía la odio a muerte. Me parece lo más pastoso, artificial y comercial del mundo.

Se levantó de la silla, abrió la ventana de la cocina, que por suerte daba a un patio interior muy pequeño, y sacando la cabeza, ante la carcajada de todos sus amigos gritó con todas sus fuerzas.

—¡Me he vendido! ¡Soy una puta!

—¡Pues a mí me encanta Meg! No es para ponerse así —dije con retintín para meter más cizaña.

Años más tarde, ver esta misma escena en la película de Woody Allen *Balas sobre Broadway*, me resultó muy sorprendente, y los demás espectadores me chistaron del ataque de risa que el recuerdo de Pelayo, sacando la cabeza por una ventana y gritando esas mismas palabras, me suscitó. “Debe ser que todos los literatos son iguales”, pensé.

El día de la fiesta de la que tanto hablaban llegó, y les estuve ayudando con los preparativos. Yo invité a Rita y a Patricia, mis compañeras del colegio con las que aún tenía relación. A partir de las diez de la noche la casa empezó a llenarse de estudiantes de Periodismo, Bellas Artes y Literatura, todos bastantes pintorescos para nosotras.

Patricia había elegido para la ocasión un vestido granate, más bien corto y ajustado para impresionar. Llevaba los labios pintados de rojo, y el pelo ondulado teñido de negro azabache. Todos los compañeros del piso quedaron, literalmente, boquiabiertos cuando se la presenté, creo que no se esperaban que me sacara semejante as de la manga. Ésa sí que era una auténtica Dulcinea, pero a lo moderno. “Qué escondidita la tenías, ¿eh?” me dijo Rodolfo con sorna al oído cuando se la presenté. “Cuidadito con ella, que puede ser letal”, fue mi respuesta.

Rita y yo, tan insulsas como siempre, llevábamos unos sencillos pantalones vaqueros que desentonaban al lado de las gorras, los bombachos y los chalecos de los más bohemios. Entre los invitados se podía encontrar de

todo lo imaginable en cuestión de vestimenta, peluquería y maquillaje. “Si llegamos a saber que era una anticipación de los carnavales, lo hubiésemos hecho mejor”, le dijimos a Rodolfo cuando nos insinuó lo sosas que éramos.

Recuerdo que había una chica de la que no podíamos apartar la mirada. Llevaba, aparte de un chaleco hecho a parches de distintas telas que parecían sacadas de un contenedor de basura, una ceja depilada y la otra no, al igual que la cabeza, que exhibía un rapado a medias. En un momento dado, ante un comentario tonto que hice sobre la bebida, la chica subió la única ceja que tenía y exclamó con cara de asombro: “Hija, qué rara eres, ¿no?”. Rita dejó salir todo el líquido que tenía en la boca a modo de aspersor sobre su media calva al intentar no reírse. La situación la puso punto y final ella misma, cuando Rita intentó secarle la calvorota con el paño de limpiar la mesa de la cocina. “Déjalo. Ya lo hago yo. ¡Menudo par!”.

Pelayo llegó, efectivamente, con su Dulcinea, que resultó ser una chica bastante vulgar, con el pelo teñido de un rubio platino que necesitaba urgentemente un retoque en las raíces, una camiseta muy apretada con unas letras deformadas a la altura del pecho por la presión, y unas botas vaqueras de tacón. El joven estaba exultante, y al finalizar la noche, tal y como había vaticinado, su adorada cayó entre sus brazos.

—Mañana vamos a tener folletín —dijo Tomás cuando les vio en la cocina besándose.

Al evento también acudió Martín, mi Martín, que se pasó casi toda la noche conmigo, jugueteando y suspendiéndome en el aire para bailar. Yo le seguí el rollo, era divertido. Cuando la fiesta llegó a su fin, decidimos despedirnos de todos para salir juntos de allí.

En el descansillo nos encontramos con Patricia, que rodeaba con sus brazos el cuello de Pedro, sosteniéndole la mirada a un centímetro de distancia. El cabello revuelto de Pedro, y los labios más rojos y brillantes de lo habitual, nos confirmaron la evidencia de que ya se habían besado, y que pensaban continuar con el cortejo, o lo que fuese aquello.

A toro pasado es fácil decir que me resultó extraño, pero qué puedo decir, me resultó extraño. Pedro no era ni mucho menos el tipo de chico en el que se solía fijar Patricia. De todos los del piso, era el más enclenque, y definitivamente el menos llamativo. Sus hombros eran estrechos, y enmarcaban una figura de una estatura modesta poco impresionable. Incluso de forma de ser se podía decir que era el menos destacable. Su mayor atractivo eran sus ojos, grandes y verdes, pero también es cierto que al hablar su mirada era

indefinida y poco expresiva, y mostraba un deje que le hacía parecer indeciso, titubeante. A ella le iban más los chicos de éxito con los que poder pasear del brazo para que la vieran.

Pero la extrañeza no me vino sólo por parte de Patricia. Consideraba que los chicos del piso, a excepción de Pelayo, que vivía en su propio mundo, serían inteligentes a la hora de elegir pareja. Y a pesar de que, efectivamente, Pedro podía no parecer gran cosa, era listo, y poseía bastante sentido común, y Patricia no tenía secretos. Seguía siendo muy explícita, y con los años, el tonto inocuo con los compañeros del colegio, se había convertido en una especie de libertinaje. Se veía a la legua que era más fresca que el agua del arrollo y que esa frescura, desde luego, no era inocente; y además, eso era algo que se podía intuir en cuanto entraba por la puerta.

Pensé que estarían muy pedo, y que seguro que se trataba de un simple rollo, ya que me resultaba muy difícil verles juntos en otro tipo de registro.

Iba comentando estas impresiones a Martín, cuando llegamos a Plaza de España. Nos deslizamos bajo la luz de las farolas, callejeando por los estrechos pasajes y alargando el camino. En uno de ellos, encontramos el carro vacío y abandonado de un supermercado. Martín se acercó y lo cogió. Con su tono juguetón me dijo que me subiera. De repente salió corriendo empujando el carro con todas sus fuerzas sin avisar, conmigo gritando dentro, hasta llegar a Alberto Aguilera.

—Ha estado genial la fiesta —dije acomodada frente a Martín en el improvisado carruaje cuando frenó. —Él asintió divertido—. Y qué cantidad de gente extraña ¿no te parece? pero eran majos, yo me lo he pasado muy bien. Mis amigos no son tan...—busqué una palabra— originales. De todas formas, algunos de nuestra universidad también se las traen, ¿no crees? —Él volvió a asentir con una sonrisa— ¿Por qué decidiste estudiar periodismo? —pregunté.

—Me gustaría trabajar en un periódico, en la sección de internacional, de corresponsal. —Al contestar a la pregunta, me puso su gorro de lana enroscándomelo hasta las orejas.

—Sí que lo tienes claro. Vamos, que te gustaría salir de España —dije colocándomelo bien para poder ver.

—Lo que me gustaría no es tanto salir de España como poder ser testigo de las injusticias que se cometen en el mundo para darlas a conocer. —Y echó a correr con el carro mientras yo gritaba de miedo, pero disfrutando, como cuando de pequeña me montaba en algún cacharro del parque de atracciones.

No le gustaba hablar de sí mismo, y solía cambiar de tema cuando yo

empezaba a hacerle preguntas que él consideraba personales. En realidad era un chico bastante opaco, pero muy divertido.

—¿Y tú? —me preguntó cuando volvió a frenar.

Vaya por dios, quién me mandaría a mí preguntar, pensé. Como responder que fue porque me encanta leer el periódico los domingos por la mañana es una respuesta bastante pobre, salí por la tangente.

—Sí, a mí también.

Tardamos dos horas en llegar a casa, a pesar de lo cerca que nos encontrábamos. Al abrir el portalón de madera pensé que mis padres me iban a llamar la atención, era muy de madrugada, y las horas se me habían pasado volando en compañía de Martín. Pero al llegar me encontré con que estaban todos tan profundamente dormidos, que ni se enteraron de mi aparatosa entrada, con los zapatos en las manos, y caminando de puntillas para no levantar sospechas.

Al día siguiente, me desperté pensando en la fiesta. me dolía un poco la cabeza, aunque no recordaba haber bebido mucho. Lentamente me fui incorporando, me puse una chaqueta de punto que utilizaba para andar por casa y me dirigí a la cocina. Me preparé un buen desayuno, estaba feliz, sin embargo, no pude controlar la voz seria que de repente irrumpió en la cocina, y que con su inesperada aparición puso mi felicidad en “stand by”.

—Raquel, ayer llegaste muy tarde.

—Ah, hola papá, buenos días —dije intentando que todo pareciera normal.

—Me pareció ver que eran las seis —insistió situándose en mitad de la cocina y mirándome con esos ojos de profesor chiflado más afilados que de costumbre. Esto era raro, ya que no solía mirar a los ojos de los demás. Deduje que debía estar muy enfadado.

—Pues no se... yo creo que eran las cuatro y media.

—Las seis y media, más bien.

—No sé, la verdad. Se me pasó el tiempo volando. Estuvimos en casa de unos amigos, ya sabes, de charla y eso. Se nos hicieron las tantas.

—Yo a tu edad a esas horas ya había dormido un mínimo de siete y estaba a punto de levantarme ¿Tú crees que esas son horas?

Enmudecí.

—Pues no sé papá... —musité—. Mis amigos no tienen hora de llegada a casa, y pensé que yo ya tampoco, como hace mucho que no decís nada creí...

—¿Creíste que podías hacer lo que te viniera en gana? Pues que sepas

que mientras estás bajo mi techo eso no va a ser así ¿Entendido?

—Si —. Bajé la cabeza mientras contestaba, observando las tostadas que ya se habían quedado frías.

Cuando se fue, pude oír la voz de mi madre, al otro lado del pasillo. Después oí unos tacones que se acercaban.

—Raquel, cariño, ¿qué pasó anoche? Estábamos preocupados.

—Bueno mamá, vamos a dejarlo, ¿no? Ya me ha echado una buena bronca papá, que para estar siempre en su mundo y no enterarse de nada, va y se entera de esto. ¡Manda huevos!

—Bueno —bajó el tono de voz—, Ya sabes que no nos gusta que andéis por ahí a esas horas.

Tengo que decir que mi padre no solía gritarnos, sólo se imponía con inflexibilidad, y en ocasiones era distante y frío con nosotras. Le saca quince años a mi madre, (dieciséis, para ser exactos) y además de ser un excéntrico, cosa que esconde muy bien de no ser por los zapatos y los tirantes naranjas, es bastante más carca que ella. “No entiendo cómo no se a pirado ya con uno más jovencito, normal y tolerante“, pensé mientras mi madre seguía hablando y yo engullía con disgusto las tostadas. “Joder, con lo contenta que estaba”.

Además, lo de la vida difícil de mi padre tampoco me parecía para tanto. Por lo visto había sido un niño muy listo, (según mi madre, un niño prodigio. A mí eso me parece una exageración), pero como en aquel entonces esas cosas no se tenían en cuenta, ni se les hacía test de inteligencia ni nada de eso, acabó siendo simplemente el “rarito” de clase, sin amigos y sin ningún tipo de habilidad social para hacerlos. Parece ser que mis abuelos, (que en paz descansen), tampoco estuvieron muy finos con el tema, y en lugar de animarle y estimularle, se enfadaban con él por ser diferente. A mi abuelo le sacaba de quicio que en lugar de querer ser sastre como él y quedarse con su negocio, quisiera ser matemático, eso le parecía una chorrada moderna. Y lo que ya no soportaba ni de lejos, era que el niño coleccionara todo los guijarros que se encontraba por el camino, por lo que le castigaba cada vez que metía en casa una nueva piedra.

Al menos, esta es la versión que siempre cuenta mi madre, que le conoció siendo ella una adolescente y él un treintaño marginado, pero ya por entonces una eminencia en la Universidad. Nos la repite una y otra vez a Sara y a mi cada vez que le quiere justificar.

Lo que yo pienso, aún a riesgo de equivocarme, es que, si tan listo es, debería darse cuenta de que comportándose así no consigue nada, al menos en

lo que a mí respecta. Y que, aunque a veces es divertido de puro extraño (y también porque lo intenta), le encanta su historia de genio marginado para poder justificar su comportamiento cuando le da una venada.

—Ya lo sé mamá, no te preocupes —dije finalmente tras escuchar la historieta por enésima vez. Estaba decidida a que nada, ni nadie me estropeará la mañana siguiente a una gran noche.

Esa tarde, después de estar en mi habitación encerrada, escuchando música a un volumen discreto y nada perjudicial para la convivencia familiar, decidí ir al piso de mis amigos a ayudar con la limpieza.

—Bueno, bueno, Pelayo, ¿qué tal con tu Dulcinea? —dije al verle con una sonrisa tal, que no le dejaba masticar bien el queso que había cortado para probarlo.

—Soy un hombre nuevo, y feliz. Ayer toqué con la punta de mis dedos el cielo que siempre se le niega a los pobres desgraciados, entre los cuales, hasta esta maravillosa noche, me encontraba yo.

A Pedro no le pregunté nada sobre Patricia, no quería saber lo que había pasado entre ellos, ni si tenían pensado seguir viéndose. Crucé los dedos esperando que eso no fuese así, conociendo a mi amiga, me parecía que la situación podría desembocar en un culebrón que podría acabar salpicándome. En alguna ocasión volví a coincidir con ella en el piso de los chicos, pero cuando le preguntaba directamente si seguía con Pedro, sólo conseguía evasivas como respuesta. Desde aquel momento nuestra amistad, si es que algún día la hubo, comenzó a enfriarse tanto, que a lo largo de ese curso dejamos de llamarnos definitivamente para quedar.

Acabamos de limpiar, y Tomás me preguntó si esa semana tenía pensado ir al piso, ya que debía acabar con el retrato cuanto antes. Quedé en ir el mismo lunes por la tarde a posar.

Mi semana en la universidad comenzó con un café en la cafetería de la universidad con Martín, que había ido a buscarme a la clase del lunes por la mañana. Cuando aparecía de esa manera el corazón, que solía estar dormido y callado en un rincón de mi fisonomía, se me despertaba de un brinco, e intentaba parecer serena y alegre, como si ese fuese mi estado natural en la vida. Me traía varios cd's de distintos grupos de música de los que habíamos estado hablando el día de la fiesta. Empezaba a tomar la costumbre de llevarme objetos, u otro tipo de cosas, relacionados con los temas de los que hablábamos. Si conversábamos sobre política, aparecía con un artículo. Si sobre literatura, con un libro. Si el tema era un actor o director de cine, se

enteraba bien de la próxima película que estrenaba para invitarme.

Ese mismo lunes por la tarde también quedamos en vernos. Fuimos a la Casa del Libro de la Gran Vía a buscar algunos de los títulos que nos pedían en la universidad. Cuando me llamaba para quedar conmigo yo no cabía en mí misma de felicidad, porque me sentía elegida y requerida, y su lejanía menguaba cuando paseaba a mi lado, como si se hubiese dignado a bajar de la estratosfera para dar un paseo por el mundo con una simple mortal. Tras una hora de búsqueda, y de comentar todo lo que encontrábamos por nuestro camino, fuimos a tomar unas cañas en un bar que daba a la calle de la Montera. Más tarde, cuando Martín se hubo ido, me fui a Sol, me compré unos sándwiches en Rodilla y me dirigí a casa de los chicos, que estaba a quince minutos andando de donde nos encontrábamos cuando nos despedimos hasta el día siguiente.

Cuando llegué al piso, Tomás llevaba una hora esperándome, pero no me dijo nada al respecto. Tras una breve conversación con Pelayo en el salón, que hablaba maravillas de su estrenada novia, me dispuse a posar para el retrato.

Antes de empezar solía pedirle que me dejara ver cómo lo llevaba, pero casi nunca lo conseguía. Tomás era muy celoso de su trabajo, y no le gustaba mostrarlo antes de tiempo.

Aquella tarde comenzó como todas. Yo empecé pidiéndole no, suplicándole, ver cómo iba el cuadro, él se negó en rotundo diciendo que aún no estaba lo suficientemente avanzado, pero hubo un cambio: salí corriendo intentando llegar al caballete mientras Tomás me agarraba para que no llegara. Forcejamos un rato, me agarró fuertemente de la cintura, pero finalmente, le di un mordisco en el brazo consiguiendo así zafarme de él y posicionarme delante del lienzo.

Tengo que reconocer que lo que vi me dejó estupefacta. Era literalmente la leche. Era yo, tal cual, sin tapujos y sin ningún tipo de retoque. No se puede decir que yo sea fea, pero disto bastante de ser una belleza. De operarme de algo, creo que me pondría pómulos (y me haría una liposucción en las cartucheras, pero eso no salía en el retrato). Así que pensé que ya podía haberme puesto, eso, más pómulos, o los ojos más claros; haberme enderezado la sonrisa, ya que la tengo un poco torcida y me hace parecer más traviesa o misteriosa de lo que realmente soy. Pero no dije nada para que no pensara que no me gustaba. Sonreí complacida.

—No sabía que yo mirase así —dije por no darle el gusto de oír que estaba perfecto.

—A mí me lo parece.

Estaba segura de que con el poco tiempo que había tenido para posar, era casi milagroso que se pareciese tanto a mi.

—No te pases —dijo Tomás—. Además, es que he estado trabajando en él este fin de semana.

—Pero sin mí delante debe ser muy difícil.

Me di cuenta de que su rostro enrojecía.

—Sí, pero es que tengo tus facciones gravadas en mi cabeza—. Me miró para ver qué cara ponía, y añadió—: Bueno, y también tengo los bocetos, claro.

—Ah, ya decía yo. Vamos allá ¿Dónde estaba sentada? ¿Aquí está bien?

Pasó un largo rato, en el que él no paró de mover sus ojos que iban y venían de mi cara al lienzo, y del lienzo a mi cara de nuevo, intentando superponer la imagen que quedaba grabada en su cabeza, durante segundos, sobre el soporte de tela con movimientos firmes y precisos.

Yo, que no tenía nada más qué hacer, aparte de mantenerme en la misma postura y pensar, fantaseaba con Martín, y repasaba paso a paso el día que habíamos pasado juntos. Ese chico me gustaba mucho, y buscaba rebobinando en mi cabeza todas las conversaciones y miradas que recordaba. Ahora, desde mi perspectiva actual, me resulta realmente incomprensible el hecho de que jamás me imaginé con él en la cama, arrancándome la ropa con premura, besando todo mi cuerpo, o sintiendo su fuego dentro de mí. Supongo que había salido escaldada de todo aquello. Mi amor hacia él era un amor literalmente platónico, casi como el de los ángeles. Puede que fuese debido a mi empeño en verle como una especie de ente divino bajado del cielo para estar conmigo y descubrir toda mi valía. Estaba segura de que si conseguía su amor, me salvaría de quedarme en la indigencia existencial, de no ser nada ni nadie en este mundo porque el mismo dios me habría elegido a mí para estar a su lado.

Le adjudicaba esos dones debido a ese hermetismo tan extraño, y esa capacidad de jugar como un niño, mirándome, riéndose, y recomponiéndose de repente para ponerse a hablar de la importancia de gritarle al mundo las injusticias humanas, de ser grandes héroes, de salvar vidas.

Cuando me miraba, no llegaba a saber si es que no me veía o si por el contrario, me descubría tanto que prefería no decir nada. Yo removía en mis recuerdos para encontrar algo que me indicara que Martín sentía lo mismo por mí. Al final siempre acababa encontrando lo que buscaba: una mirada insinuante, una palabra romántica, el gesto que parecía querer decir algo

más... pero a la vez también encontraba evidencias sobre todo lo contrario: el hermetismo con el que siempre contestaba, esa forma de mirarme como sin verme, y esa sonrisa, divertida y opaca a la vez. No. No estaba segura.

Los pensamientos obsesivos suelen darme mucha hambre, será por eso por lo que suelo tener algunos kilos de más. El caso es que me acordé de los sándwiches que tenía guardados en el bolso. Estiré el brazo, metí la mano y saqué el paquete de Rodilla. Lo abrí como pude intentando no moverme demasiado hasta conseguir sacar el de salami.

—¿Qué haces? —me preguntó Tomás cuando volvió a mirarme desde su caballete.

—Nada, es que tengo hambre —le di un pequeño bocado.

—Si te pones a comer no puedo pintarte —yo, muy obediente, simulé dejarlo, pero cada vez que él se escondía tras el lienzo, rápidamente aprovechaba para dar otro pequeño mordisco.

—Te he visto, se te mueve el bigote cada vez que te miro, y así no puedo pintar tus labios, y te sobresalen los mofletes. Tú verás si quieres parecer más gorda...

—¡Pero que no estoy haciendo nada!

De repente, sin que ni si quiera hubiese podido imaginármelo, Tomás salió de su esquina, y se abalanzó sobre mis sándwiches quitándomelos con un solo y rápido movimiento.

—¡Pero qué haces! ¡Devuélvemelos! ¡Qué vengativo eres!

—¡Mmmm! Están muy ricos —había empezado a comérselos a mi lado, sentado sobre la cama y quitándose de encima mis manos como si fuesen moscas que intentaban recuperar su comida.

—¡No te los comas, son míos!

Él había quedado tumbado boca arriba, con el brazo muy extendido para que yo no pudiera alcanzar la comida. Acabé encima de él, alargando todo lo que pude el brazo para recuperarlos sin conseguirlo. Tumbados en la cama dejamos de pelear y nos miramos fijamente.

—Devuélvemelos.

—No.

Me volví a estirar para intentar alcanzarlos.

—Devuélvemelos.

—Vale, vale —Tomás se incorporó tras un breve forcejeo—. Haya paz. Este de queso me lo quedo yo ¿Te importa? —le lancé una mirada fulminante—. Tú te acabas este que ya has mordisqueado. Y los demás los

guardamos para cuando terminemos, y así puedo aprovechar un poco más la luz. ¿Te parece?

—Está bien. Pero dámelos que ya los guardo yo.

Tomás hizo un rápido gesto para esquivar de nuevo mis manos.

—Ni lo sueñes, ya te los daré cuando acabemos la sesión. Por cierto, ¿no pensabas ofrecerme ninguno?

Al finalizar la tarde nos sentamos uno frente a otro sobre la cama, con las piernas cruzadas y el papel de Rodilla entre los dos, haciendo de improvisado mantel. Tomás sacó los emparedados.

—Estaba pensando... que podía invitarte un día de estos al cine, para agradecerte que hayas posado para este trabajo. El modelo que se elige también es importante para la nota, ¿sabes?

—No hace falta, de verdad, yo lo hago encantada.

—No, pero me apetece. Quiero decir, me gusta agradecer las cosas.

—Vale, si insistes, por mí fenomenal. No hay nada que me guste más que el cine.

—Genial. Gracias por la cena —dijo con retintín levantando un sándwich.

—De nada, un placer. Pero que conste, que el de queso que te has comido era de mis preferidos.

Al llegar a casa, cansada, y un poco entumecida por la inmovilidad a la que me había expuesto durante cuatro horas, recibí una llamada de Martín. Estuvimos hablando largo rato, sin ningún tipo de motivo ni excusa, sólo diciendo tonterías y riéndonos mucho, como hacíamos siempre que nos llamábamos. Tras una larga charla, antes de colgar quedamos en vernos al día siguiente.

Decidimos ir al parque. Esa tarde fue como muchas otras que pasamos juntos paseando. Al rato de caminar sin rumbo fijo, nos sentamos en un banco, frente al milenario Templo de Debod. Él posó sus ojos en los míos con descaro y muy fijamente, sonriendo con cara de chiste. Mantuvo esa mirada unos minutos, hasta que yo, cohibida, retiré la mía. Era algo que le gustaba hacer de vez en cuando. Cuando jugaba a este juego sin previo aviso, siempre ganaba él, ya que era capaz de mantener sus ojos clavados en los míos sin pestañear hasta conseguir que me sintiera violenta, como taladrada por su fuerza trascendental. En esas miradas había algo que hacía evidente que era él quien llevaba la batuta, quien tenía el poder. Yo sólo podía seguirle el juego, para acabar retirándome en silencio, abrumada, desviando mi punto de mira.

La primera vez que Martín puso en marcha esa especie de juego de miradas íntimas, pensé que tras esos minutos de contacto, (me parecieron casi más físicos que visuales), llegaría el acercamiento. Pero eso no ocurrió. Tras esa primera vez, mi derrota empezó a repetirse una y otra vez, no sólo por ser siempre yo la primera en apartar la mirada, si no por hacerlo con los labios vacíos del beso que parecía la consecuencia lógica de aquellos instante, y era entonces cuando de estar a un palmo de mi alma, pasaba de repente a estar a un millón de años luz. Por eso mismo las quedadas con Martín eran tan estimulantes, como frustrantes, y cuanto más le veía, más me frustraba, pero no podía evitar salir con él siempre que me lo pedía. Yo sólo quería que finalmente, de tanto mirarme, consiguiera descubrirme.

Pasaron varios días hasta que volví al piso de los muchachos. El retrato ya estaba casi acabado, pero aún le faltaban al menos dos sesiones.

Cuando llegué, fue Rodolfo quien abrió la puerta al sonido del timbre, cuyo tañido también resultaba antiguo, como todo lo que había en aquella la casa. Antes de dejarme pasar se dirigió a mí con actitud de evidente cotilleo.

—Últimamente no te veo nada, ni por la universidad, ni por aquí, ni nada de nada.

—Uy, ¿te estás poniendo celoso? —Me reí.

—No, yo no... pero no me extrañaría que algún otro por aquí sí estuviera un poquito disgustado.

—Pero anda, qué dices.

Desde la puerta de entrada, pude ver cómo de repente Pelayo abría la puerta de una habitación como alma que lleva al diablo. Detrás salía corriendo Pedro gritándole con furia.

—¡Tramposo, tramposo!

—¡Si no sabes jugar no es mi problema!

—No vuelvo a jugar contigo al ajedrez, ¡habrase visto!

—Tramposo tú, ¡ésa te la debía!

—Vaya —dije—, cómo andan hoy los humos. ¿Está Tomás?

—Sí, pasa, está en su habitación.

Me dirigí a la amplia estancia, donde Tomás se afanaba en sacarle punta a una buena colección de lápices. Al verme entrar sonrió con ilusión, y se levantó de su taburete casi de un salto. Al hacerlo tiró un bote de polvo de carboncillo que tenía sobre la mesa, y que inexplicablemente se extendió como la pólvora por toda la habitación en un segundo.

—¡La que acabo de montar! —dijo mirando la enorme mancha negra—.

Pasa, pasa —. Entré—. Pero... ¡no pises! Ahora sí que la hemos hecho buena.

—Pero bueno, ¿qué hago: paso, o no piso?

—Sí, perdona, es que me he puesto nervioso...—levantó los brazos y se los llevó a la cabeza.

—¡No! No te toques el pelo porque ahora también estás todo manchado...

Tomás se miró las manos. Y los vaqueros. El bote había ido vaciándose sobre él mientras caía. Empezó a sacudirse.

—¿Quieres dejar de hacer eso? —parecía que mi voz saliese de una negra humareda.

—¡Pero si el bote estaba ya casi vacío! ¿Cómo puede cundir tanto? —refunfuñó.

—Bueno, y entonces, ¿qué hago? ¿Me quedo aquí quieta?

Tomás comenzó a mirar hacia un lado y hacia otro, sin saber bien qué decir.

—Da igual. Creo que ya no puede ser peor. Vamos a tener que limpiar todo esto antes de empezar. Lo siento...

—Ya, lo que pasa es que no sabías qué hacer para que te ayudara a limpiar esta leonera, ¿no? Creo que lo mejor es que empieces quitándote la ropa.

Tomás sonrió, pero decidió no hacer ningún comentario al respecto. Lo había dicho tan seria, que había conseguido matar cualquier doble sentido que alguien hubiese querido buscarle. Empezó a quitarse la camiseta intentando no desparramar aún más los polvos que se habían quedado en ella, mientras yo entraba más decidida en la habitación.

Era guapo Tomás. Lo que pasa que no era de esos guapos evidentes, había que fijarse bajo ese pelo más largo de lo normal, más por pura dejadez que por una cuestión estética, y esa barba sin afeitarse, todavía algo barbilampiña. Llevaba unas gafitas que le hacían parecer muy intelectual, y como era más bien delgado, me sorprendió descubrir que bajo la descuidada camiseta tuviera esas chocolatinas en sus abdominales. Qué calladito se lo tenía Tomásín. Aún no entiendo porqué no me fijé en él. Supongo que porque aquellos eran los años en los que viví bajo la influencia de mis más peregrinas razones, y él, sencillamente era un gran tipo, de esos capaces de llegar a quererme tal y como soy, y a mí eso no me gustaba. Yo no quería ser como soy, aquello se me quedaba corto, me sabía a poco. Yo quería ser mucho más, algo así como un tótem, alguien especial, y no una de los dos millones de chicas

que pueblan una gran ciudad, y eso sólo lo podía hacer alguien con esos superpoderes mágicos que le hiciera capaz de ver más allá de mi verdadero ser. Alguien como Martín.

Estuvimos casi una hora limpiando una mancha que cuanto más frotábamos, más parecía reproducirse.

Al terminar decidimos descansar antes de comenzar a trabajar, y nos sentamos como ya teníamos por costumbre uno frente al otro sobre la cama, con las piernas cruzadas y unas latas de refrescos y una bolsa de patatas en medio.

—No sé por qué me da la sensación de que hoy estás más morenito —le dije al ver las ronchas negras que habían quedado en su cara.

— Sí, tú también pareces recién llegada del Caribe.

—Ven, que te limpio un poco esas manchas que tienes en la cara.

Tras dos sesiones más, el 18 de febrero de 1993, el retrato quedó acabado. Esa tarde, al fin, me lo mostró con orgullo, sin humildad de por medio ni excusas por estar enseñando un trabajo inacabado.

Era perfecto.

Era yo.

Ese día, a pesar de la ilusión por ver el trabajo que habíamos realizado (considero que pasarse horas inmóvil tiene su mérito) tan gloriosamente terminado, en el fondo sentí pena.

Le había cogido el gusto a sentarme en la cama de aquella espaciosa habitación y charlar con Tomás mientras él fijaba sus ojos en mí y me retrataba. Es extraño ser el centro de atención de alguien durante tantas horas. Aún recuerdo con nostalgia cómo al principio me daba apuro, y decía cosas como “bueno, tengo un ojo más grande que el otro” o “lo siento, creo que soy incapaz de quedarme totalmente quieta”, a lo que Tomás me respondía siempre con una actitud muy profesional, que mis ojos eran muy pictóricos y difíciles de captar por su luz, o que no me preocupara, que lo estaba haciendo muy bien. Al final ya todo me daba igual, si llevaba el pelo sucio, o el bigote sin depilar, Tomás en cualquier caso me hacía sentir bien. Con él tenía la sensación de estar como en casa, en pijama y pantuflas. Todo era fácil y llevadero. Si quería desternillarme, me desternillaba, y si algo me molestaba, no lo ocultaba en absoluto, porque él no se amedrentaba con mis enfados, y eso me encantaba. Creo que no hay nada que más odie que la gente me tome demasiado en serio cuando estallo, y él sabía que sólo soy perro ladrador. No

había conocido nunca esa sensación con nadie anteriormente, pero tampoco le di más importancia. Él era así: tan auténtico en su manera de estar, que te lo contagiaba.

Ahora ya no tendría excusa para entrar cuando quisiera en su amplia estancia y sentarme a charlar con él. Me hubiese encantado poder hacerlo en varias ocasiones, pero no quería abusar, ni dar a entender algo que no era. Esa tarde decidimos que era un buen momento para ir al cine, y celebrar que, al fin, habíamos terminado con nuestro cometido. Salimos juntos del piso.

—¿Qué te apetece ver? —preguntó Tomás—A mí me da igual, eliges tú, que para eso me has hecho el favor de posar...—Cuando no me miraba únicamente para captar los detalles de mi rostro, su gesto se volvía más cálido. Yo estaba acostumbrada a que me escudriñara con la mirada muy seria y contundente, por eso, la timidez con la que se dirigía a mí cada vez que dejaba de trabajar, se me hacía extraña—. La invitación también incluye las palomitas —me dijo tras adquirir las entradas—. ¿Compro unas grandes para los dos, o eres de las que prefieren no compartirlas?

—Ah, ¿que las hay que comparten y las hay que no comparten?

—Bueno, sí. Esa podría ser una de las múltiples clasificaciones que se puede hacer de las mujeres —Se rio apartando su mirada de la mía. Era un gesto que conocía muy bien, y que había captado sobre todo durante aquellos momentos en los que, sentados en la cama, charlábamos. Sin embargo, a pesar de esa timidez, no me parecía en absoluto un chico apocado.

—Vaya, pues ya me contarás qué otras clasificaciones tienes...—Asintió con un leve gesto y una sonrisa que daba a entender que, definitivamente, tenía más clasificaciones absurdas en su cabeza, que no pensaba sacar a la luz en ese momento.

—Pues yo soy de las que comparten si me invitan, faltaría más.

—Eso está bien—contestó sin saber qué más decir.

—Ahora que lo dices, a Martín no le gusta nada compartir las palomitas. Dice que es una manía que tiene. Siempre que vamos al cine prefiere comprarme unas antes que compartir las suyas —me eché a reír.

—Ah, qué majo.

—Bueno, eso es una tontería. ¿Qué te parece? ¿Te cae bien?

—Qué más da lo que yo piense...

—Hombre, ya sabes que me gusta mucho, pero es que a veces no lo capto...

—Es que creo que es un poco raro, no es por nada... de todas formas yo

le he visto muy poco, es amigo de Rodolfo, no mío... pero bueno, para gustos, los colores. Lo que tengo claro es que si yo fuese él...—se quedó cayado. Sonreí.

—Ya, siempre que le cuento a un amigo que el chico que me gusta no me hace caso, dice que es porque es tonto y que no se da cuenta de lo que tiene y bla, bla... Pero a la hora de la verdad, todos acabáis haciendo lo mismo: ¡torearnos!

—Vaya, acabo de terminar en un saco con unos cuantos “toreros” sin saber porqué... que yo sepa yo no estoy toreando a nadie ahora mismo...

—Bueno, eso será porque “ahora mismo” no habrá ninguna chica loquita por ti—me di cuenta de lo que acababa de decir e intenté arreglarlo—. O mejor dicho, seguro que la hay, pero no lo sabes, si lo supieras, seguro que estarías toreándola.

—No lo creo. Yo me aburro con esas tonterías. Si alguien me interesa, me interesa, y si no, pues no. Me lo paso mejor con mis colegas que con una tía que me da igual...

—Ya, ¿y si no estás seguro de si te interesa? Creo que eso es lo que le pasa a él conmigo.

—Pues no sé lo que haría, eso no me ha pasado nunca, la verdad... pero bueno —. Dudó si decir lo siguiente—. Creo que... bueno, que no sé si él está pensando lo suficiente en ti y en las posibles consecuencias...

Cuando dimos por finalizado el encuentro, tras la película y unas cuantas cañas, me acompañó hasta mi casa.

—¿Repetiremos? —Preguntó tímidamente al tiempo que yo abría la enorme puerta del portal.

—Sí, claro.

—Muchas gracias. Por lo del retrato. Y bueno, esta tarde ha estado muy bien...

—Sí, muy bien— dije intentando no entrar demasiado en esa conversación. Nos miramos durante unos instantes sin saber qué más decir, y por un segundo, pensé que quizá, sólo quizá, me estaba equivocando, y que este chico, Tomás, quizá merecía más la pena que Martín—. Bueno, hasta otra —opté por decir finalmente. Ese momento no podía alargarse más o las cosas podrían acabar liándose demasiado.

—Hasta otra —dijo él asumiendo el fin de noche. Su sonrisa quedó flotando en mi memoria mientras subía en el ascensor. Tuve que hacer un esfuerzo por apartarla de mi mente y no pensar más en ello.

La primavera se precipitó sobre Madrid un día de esos en los que de repente la noche ya no se da tanta prisa por llegar. Martín y yo hicimos del Templo de Debod nuestro segundo hogar, pasando las tardes y las horas muertas en él. Las tarde era claras y frescas, y los árboles lucían más verdes que nunca. El césped se adornaba con una alfombra blanca de margaritas que crecían de forma natural.

Solíamos tumbarnos con el sonido de algún bongo de fondo, a mirar el cielo y otear los pájaros que volaban sobre nosotros. Recuerdo que una tarde Martín se levantó y comenzó a hacer el pino haciendo que la camiseta se le bajara hasta el cuello dejando la cintura al descubierto.

—¡Ven! ¡Haz el pino conmigo!

Me levanté para seguirle el juego, no pensé que probablemente si me ponía a hacer el pino, haría más bien el ridículo, pero así era mi enamoramiento sin sentido. Según me cercaba a él, dispuesta a hacer no sé qué, se bajó de sus propios brazos —el pino duró varios segundos, con una mano, con la otra, con las dos, cosa que realmente me impresionó—, corrió hacia mí y me agarró por las piernas haciéndome caer de nuevo al césped a modo de pirueta circense. Una vez me hubo reducido del todo bajo el peso de su cuerpo, que me aprisionaba contra el suelo sin dejarle movilidad alguna, fijó su mirada en la mía durante unos segundos, y sonrió, con esa mueca que quería decir algo, pero que yo no sabía descifrar.

Esta escena se repetía una y otra vez con cualquier otra cosa que se le ocurriera, que podía ser hacer la croqueta por la pendiente más pronunciada del parque, o hacer volteretas laterales. Era todo sorprendente, y divertido, pero bastante extraño. A mí me encantaba estar con un chico tan original, y que nunca sabías por dónde te iba a salir.

Pero no siempre jugaba así conmigo, también tenía sus momentos serios, en los que soltaba alguna pregunta que pareciera profunda, tipo ¿qué opinas sobre la última encuesta sobre la clase política de España? O ¿has visto la última reforma de las leyes sobre la violencia de género? Y empezaba a hablar de todos estos asuntos, que a mí me quedaban grandes y lejanos, mientras le escuchaba con una profusa admiración. ,

Pasaron las tardes, una detrás de otra. Los días se convirtieron en semanas, y las semanas se acabaron convirtiendo en meses. La primera vez que me había elevado por los aires, para jugar como hacen los cachorros, había sido sobre la nieve de Segovia. Ahora, las flores de abril seguían siendo espectadoras nuestros extraños coqueteos, piruetas y cabriolas, pero más allá

de eso no ocurría nada.

Desde la llegada de la primavera mis visitas al piso de la calle Limón se habían hecho cada vez más escasas, aunque siempre buscaba un hueco para dejarme caer de vez en cuando. Una tarde en la que Martín tenía cosas que hacer por lo que no habíamos quedado, decidí ir a saludarles.

Llegué caída la tarde, cuando el cielo empezaba a oscurecerse lentamente pero aún reflejaba la luz del día. Ya desde la entrada al piso que daba a la corrala escuché un lamento lánguido y profundo, seguido por una queja atormentada. Parecía que hubiese entrado en el primer acto de una obra de teatro. De fondo percibí unas risillas que no encajaban con lo anterior.

—¡Corre! ¡Entra! No sabes lo que te estás perdiendo.

Esta vez había sido Pedro quien me había abierto, para salir, acto seguido, corriendo hacia el interior del piso al ver que era yo la que había llamado a la puerta. Al llegar a la cocina vi a Pedro, que ya se había acoplado, y a Tomás, sentados en la encimera. Rodolfo y Pelayo se encontraban en las sillas de la mesa blanca y desconchada. Pelayo se sujetaba la cabeza con las dos manos mientras gemía con una desesperación tan exagerada, que parecía fingida.

—Me ha dejado, ¡no me lo puedo creer! ¡Mi diva, mi inspiración! Ella, la que hace dos días me juraba amor eterno. ¡Ella! La luz de mis días. Ella. Ha decidido mandarme al olvido sin ningún tipo de miramiento, como si yo no fuese un hombre, como si no tuviese corazón y no sufriese ante esta afrenta—. Y acto seguido, ahora que tenía un espectador más, se levantó y se fue hacia el rincón donde descansaba un repleto cubo de basura. Se sentó en la esquina, al lado del pestilente cubo, y se abrazó al recipiente de los desperdicios— ¡Este es mi sitio! ¡Aquí es donde pertenezco! Ahora, sin ella, ¡ya no soy nada! Sólo basura, un ser devastado. ¡Acabado!

—¡Por dios Pelayo! ¿Pero qué ha pasado? Anda, levanta, que eso está asqueroso —dije. Aún permanecía de pie medio riéndome, medio contagiada de su tristeza.

—Que me ha dejado.

—Ya, eso creo que lo he captado. Pero si estabais muy bien, ¿no? Y si no te importa cuéntamelo de la manera más normal posible, por favor. —Pelayo se sonrió, dejó en libertad al cubo de basura y se sentó en otra esquina de la encimera.

—No sé, yo creía que todo iba bien, y va hoy y me dice que no quiere hacerme daño, que ve que estoy muy colado, y que ella no lo siente así. Me ha

dicho que era mejor que no siguiésemos viéndonos, ni siquiera como amigos. ¿Pero qué les pasa a las mujeres? ¡Si yo la trataba como a una reina!

—Pues a lo mejor ése ha sido tu fallo —dijo Rodolfo—. Pero nunca se sabe.

—¡Pues si no sabe apreciarme, no me merece!

Ahora se había levantado, y hablaba con voz firme y el dedo índice apuntando al techo.

—¡Si prefiere que la maltraten, o que la ignoren, desde luego conmigo se ha equivocado! Yo soy un señor. ¡Y todo un caballero que se viste por los pies! Y si no le gusta, es mejor así. No pienso cambiar algo que me parece fundamental y que los españoles estamos perdiendo: la capacidad de mostrar nuestros sentimientos tal cual son —sentenció el abandonado.

—Eso es, Pelayo. Así me gusta oírte hablar, y no con ese lamento que al principio tanto me ha asustado.

Estuvimos un largo rato hablando de lo que había ocurrido, e intentando animar a nuestro amigo. Llegó un momento en el que el tema ya no daba más de sí.

—Por cierto, Raquel —dijo Rodolfo—, hablando de amores y desamores, ¿qué pasa con Martín? Estáis siempre juntos, pero no dices nada al respecto... y él tampoco.

—Pues no lo sé... A mí me gusta mucho, y ya llevamos quedando unos meses, pero es verdad que él no dice nada. A lo mejor necesita más tiempo.

—Puede. Algo tiene que haber, si no, no sería normal —dijo abriendo la nevera.

—Ya, eso mismo pienso yo.

—¡Diantres! ¿Quién se ha tomado las albóndigas que me trajo mi madre?

—Ah, ¿eran tuyas? Pues dile a tu madre que te las traiga más veces, porque estaban riquísimas —dijo Tomás riéndose.

A las flores de primavera, le siguieron los sofocantes días de verano. Martín y yo, definitivamente, preferíamos sentarnos en el césped a disfrutar del paso del tiempo y de la compañía, a ir a clase. Los estudiantes se amontonaban tumbados, tocando la guitarra en los espacios verdes de la universidad, lo que hacía aún más difícil la ardua tarea de entrar en el inmenso edificio de cemento gris donde casi ni se podía respirar.

A veces nos sentábamos junto con los demás estudiantes, y otras más aislados de ellos. Yo me tumbaba y apoyaba mi cabeza en su cuerpo mientras

hablábamos de tonterías. En general nuestras conversaciones eran alegres e intrascendentes, aunque de vez en cuando parecía que se ponía serio, y todo lo que me decía me hacía verle como un ser realmente interesante y comprometido con las grandes causas mundiales. Era un auténtico salvador, y yo necesitaba desesperadamente un pedacito de esa redención. Yo también intentaba parecer profunda y muy concienciada, aunque creo que lo hacía bastante peor que él. Era más posible que acabara en una revista de moda, viajes, o de cualquier otra cosa que en un periódico serio, pero nunca se lo dije. Era divertido estar en un continuo galanteo, pero esta situación se había alargado demasiado. El hecho de que ya hubiese pasado casi todo el curso y él no hubiese dado ningún paso más allá, llevaba inquietándome un tiempo.

A estas alturas, ya me había enamorado por completo de quien consideraba mi mejor amigo. Pasaba horas muertas tumbada en la claridad de mi habitación pensando en él. Si unos meses atrás mis pensamientos al respecto eran obsesivos, a estas alturas cualquier psiquiatra las hubiera calificado directamente de camisa de fuerza, pero es que no entendía nada. Por más vueltas que le diera, mi cabeza no abarcaba la situación, y antes de que me empezara a salir humo por las orejas me ponía hasta arriba de helado y patatas fritas mientras recreaba en mi mente una y otra vez su forma de hablar, de moverse, de mirarme fijamente. Y en esa extraña y opaca sonrisa que no lograba descifrar.

Cuando llegaba la noche, en mis sueños, el divertido carrito de supermercado que corría por las calles de Madrid conmigo dentro, se convertía en una pesadilla, en la que Martín soltaba el carrito, mandándolo con todas sus fuerzas a freír puñetas conmigo gritando dentro como una loca, hasta salir volando por los aires pegándome un buen batacazo. Sinceramente, este sueño no me parecía un buen augurio.

Al amanecer, todo volvía a ser blanco, luminoso. Mis dudas se disipaban y volvía a la universidad con la esperanza avivada. “Hoy será el día”, me decía.

Y por fin, en una de esas largas noches de verano, en la que no podía conciliar el sueño, lo vi claro, y la gran conclusión de mi clarividencia fue la siguiente: lo que ocurría es que el pobre era muy tímido, y no se atrevía a dar el paso. A lo mejor yo tenía que ponérselo más fácil. El problema era mío, no había sabido mandar las señales adecuadas. Eso era, y tenía que solucionar ese malentendido cuanto antes. Esa noche, al recibir este pensamiento en mi cabeza como la causa más probable del estancamiento en la relación, decidí

hablarlo con mis amigos, quienes, en realidad, ya estaban bastante hartos del tema.

—Mira —me contestó Pedro intentando zanjar la situación, más para que me callase de una vez que para ayudarme—, yo que tú, me dejaba de tonterías, ¡por favor! Que ya somos mayorcitos para andarnos con gilipolleces. Pero bueno, ¿qué es eso de andar haciendo el pino y esas chorradas todos los días? Vamos, que yo el pino lo hago como mucho una vez, y por Kim Basinguer, pero a la segunda le mando a tomar por culo. ¿Por qué no te lanzas de una vez y se lo dices? Si te dice que sí, ¡genial! Y si te dice que no, es que es como el perro del hortelano, además de un poquito raro....

—Pero, ¿y qué le digo?

—Pues lo que sientes. No pierdes nada, al contrario, eso sólo te aclararía las cosas.

—Yo creo —dijo Pelayo impostando la voz y haciendo que todo sonara teatral como siempre— que todo el mundo debería declarar su amor por alguien al menos una vez en la vida. ¡Creo que es lo más bonito que se puede hacer! De verdad. Aunque te den calabazas. ¡Tú puedes Raquel!

—¿Sí? Pero es que soy una chica, y ...

—¿Y qué más da? Sólo un idiota (o un machista) iba a pensar mal de ti por eso. Es más, insisto en que es algo que, al contrario de lo que tú te crees, te eleva.

A pesar de su teatralidad, cuando Pelayo se ponía romántico y profundo, reconozco que lograba conmovirme con su idealización del amor y de la vida. Aunque ese día, en este justo momento, lo acabara estropeando.

—Por cierto, hablando de amor ¿Sabéis? Mi Dulcinea, vamos, Paqui, está con otro tío. No sí...ya lo sabía yo ¡Menudo zorrón es ésa! Y yo que pensé que se merecía mi adoración. Pues va a ser que es una cualquiera. No han pasado ni dos meses y ya veis... lo pronto que se ha olvidado de mí...

Salí de la corrala con la fuerza necesaria para afrontar la situación extraña y ambigua en la que me veía atrapada con Martín. Al día siguiente habíamos quedado para ir al teatro, y ése podía ser un buen momento. Llegué pensativa a la calle Princesa, y me paré en un semáforo. A mi lado me percaté de la presencia de una anciana que miraba sus propios pies con insistencia. De vez en cuando elevaba la punta de los zapatos, observándolos y escudriñándolos como si buscara algo en ellos. No sé porqué me di cuenta de que los zapatos de aquella mujer estaban relucientes.

—Tiene usted unos zapatos muy bonitos.

—¿De verdad? —dijo levantando la cabeza para mirarme dejando a la vista sus elegantes arrugas. Pude ver que estaba sorprendida de que una desconocida le hubiese leído el pensamiento.

—Sí, yo creo que son preciosos.

—¡Pues no sabes la alegría que me das! Me los acaba de comprar mi hija, y yo no estaba muy segura de que me gustaran, la verdad. Pero si a la juventud le gustan, no deben estar mal —se rio.

—Pues su hija ha acertado de pleno.

En ese momento, el muñeco del semáforo que aparecía andando, se puso en verde, y yo, animada con la visión del fin de aquella agonía en la que yo solita me había metido, crucé con la frente bien alta, y una amplia sonrisa en los labios.

—¡Muchas gracias joven!

Oí que me decían desde atrás.

Cuando llegué a casa, saludé de refilón a mis padres que estaban sentados frente al televisor, y entré decidida a llamar desde mi cuarto. Marqué su número, y sin más dilaciones le dije que al día siguiente, antes de ir al teatro, quería hablar con él. Tenía que acabar con aquello cuanto antes, y habiendo llegado a ese punto, nada ni nadie iba a conseguir pararme.

Esa noche los nervios no me permitieron entrar en el mundo de los sueños. Estuve horas repasando una y otra vez en mi cabeza lo que le diría, cosa que no sirvió para nada, porque al final le dije lo que me salió en el momento. Yo me imaginaba un sinfín de respuestas diferentes, unas buenas, que me ayudaban a relajarme, y otras no tan buenas, que hacían que el tiovivo de mi cabeza volviera a conectarse desde el principio. En cualquier caso, el enfrentarse a la situación me hacía pensar que aunque iba a ser difícil, sería un gran alivio. Era necesario.

Habíamos acordado en vernos en la Calle Princesa a las seis de la tarde frente a la Plaza de los Cubos. Desde ahí subiríamos a los bares de la plaza de Conde Duque. El teatro empezaba a las ocho y media, teníamos tiempo suficiente para hablar de todo lo que se terciara.

Me acerqué dando un paseo desde mi casa, tardé veinte minutos en llegar. Cuando lo hice, ahí estaba Martín, esperándome.

Verle ahí plantado, en el sitio exacto donde habíamos quedado, hizo que mis piernas empezaran a temblar. Me maldije a mí misma por meterme en esas historias, y me pregunté varias veces quién me habría mandado no acabar con aquello mucho antes. Sí, este chico era muy divertido y original, pero no sabía

si esta situación me estaba mereciendo la pena. “Tierra, trágame” acerté a pensar. Sólo quería dar media vuelta y salir corriendo, pero hubiese quedado extraño, y como aunque no quisiera tenía que seguir viéndole en la facultad, seguí caminando muy digna. La verdad es que por muy alta que llevara la cabeza, no pude evitar sentirme como el cordero que va al matadero.

Mientras subíamos las escaleras que separan la calle Princesa de la plaza de conde Duque, Martín intentó bromear conmigo, y revoloteaba a mi alrededor como un chiquillo. Yo estaba tan tiesa que fui incapaz de seguirle el juego. Él acabó dándose por vencido por primera vez desde que nos conocíamos.

Tardé en abordar el tema el tiempo que empleamos en llegar a un bar y acoplarse en un hueco. Me cuesta decidirme, pero una vez lo hago, ya no me lo pienso dos veces. A pesar de que no había mucha gente preferí quedarme de pie. No quería alargar la agonía. Pedí un vino, cambié a un whisky sólo, me lo bebí de un tirón, como en las películas. Asqueroso. “Bueno”, pensé, “vamos allá”.

—Oye Martín, quería hablar contigo —él se apoyó en una pared, y me miró desde arriba con curiosidad —necesito decirte lo que siento —, levantó las cejas, con esa expresión entre sorprendida y divertida, que en un año yo aún no había aprendido a leer —. Puede que te parezca extraño, o puede que tú sientas lo mismo, pero no lo sé, y estoy muy confundida —callé durante un rato, pero sabía que ahora ya no podría parar, Pelayo tenía razón, decirle a alguien que le quieres era bonito—, pero es que me encanta estar contigo. Cada vez que te veo, me doy cuenta de que no puedo seguir viéndote como si sólo fuésemos amigos. Ha pasado ya tiempo desde que nos conocimos, pero no puedo dejar de pensar en ti. Tampoco puedo fijarme en otros chicos, aunque si te digo la verdad tampoco lo he intentado. Estoy enamorada de ti, no lo puedo evitar. Me gustaría saber qué sientes tú por mí.

Martín me miró seriamente casi por primera vez. Finalmente contestó a las palabras que acababa de escuchar, y que no se esperaba en absoluto.

—Me halaga que me digas esto Raquel —. Se quedó un rato callado. No supe si aquello era bueno, o malo—. Ya sabes que a mí también me gusta estar contigo, de hecho, creo que eso es evidente, tenemos muchas cosas en común.

Sonreí, no me parecía una mala respuesta.

—¿Quieres otra copa? —dijo —. Yo estoy muy a gusto aquí contigo.

—Sí, claro, pídemela otra. Esta vez con coca-cola, si no, me caeré redonda.

Llegaron las ocho y media, ninguno de los dos dijimos nada acerca del teatro. Ya llevábamos un par de copas, y de repente, me abrazó, confirmando así mi teoría de su timidez, y me propuso cambiar de local. De camino al otro bar me cogió del brazo, y me arrastró con firmeza hasta el oscuro hueco de un portal, dándome el primer beso de aquella noche.

Volví a llegar a casa de mis padres a altas horas de la madrugada. De nuevo conseguí que no se despertaran con mi irrupción, casi al tiempo que el sol se levantaba. Ya sabía cómo hacerlo para no hacer ni el más mínimo ruido, tenía años de experiencia. “Qué fastidio —pensé— tener que volver a dormir a casa justo esta noche, la noche de mi vida. Si alguno de los dos hubiésemos tenido piso propio estoy segura de que todo hubiese sido diferente. Pero bueno, no ha estado mal. En cuanto acabe la carrera me independizo”.

Aquella noche me dio mucha pena separarme de él, ahora que lo había conseguido. El momento en el que se me había acercado en aquel portal para besarme, había sido increíble. Lo rememoraba una y otra vez metida en mi cama. Aunque después de todo, tenía que reconocer que no había resultado tan embriagador como esperaba. No sabía por qué, pero incluso besando me había parecido algo distante.

Tras el portal donde había comenzado todo, habíamos encontrado una esquina discreta en un bar, donde nos pudimos hacer cuatro arrumacos más entre la gente que bailaba y la escasa iluminación del local, perfectamente estudiada. Pero al menos había conseguido al fin dar ese primer paso que hacía unos meses la relación exigía.

Al día siguiente me levanté feliz. Llovía, pero la oscuridad del día no logró apagar la luz que se había encendido en mi interior. Estaba sentada en la cocina desayunando a la vez que ojeaba el periódico de la mañana. Me había tomado mi tiempo para prepararme un buen café acompañado de unas tostadas con tomate y jamón. Cuando estoy feliz, no me importa invertir tiempo preparando todo aquello que pueda avivar, aún más, la dicha del momento. Aunque Sara estuvo a punto de tirar por tierra mi mañana.

Arrastró sus pies hasta la cocina con los pelos revueltos y el pijama medio caído, y se frenó en seco para escudriñarme con ojos de juez. Seguramente era la única que sabía las horas a las que había llegado. Tenía ya dieciséis años. Ahora que era un poco más adulta yo había empezado a respetarla, y ella a su vez había empezado a perderme el respeto a mí.

—Hueles a tabaco y a alcohol —me dijo con tono inquisidor.

—Y a ti qué te importará a lo que huelas yo —contesté intentando no ser

engullida por la inquina adolescente.

—Ya. Sé perfectamente a qué hora llegaste ayer, mucho cuidadito con lo que dices. (¿Me pasas las magdalenas?) Así que me debes una. O mejor, me la voy a cobrar de antemano si no quieres que papá se entere de esto.

—¿Me vas a hacer chantaje? No sabes el miedo que me das.

—Bueno, me lo voy a pensar. Ya veré lo que hago con esta información tan valiosa. Puede que necesite una nueva falda para la fiesta del cole.

—Sí, y si quieres te pago también la peluquería, ¡no te jode! Ya te pillaré yo a ti en algún renuncio. Toma, tus magdalenas. Y no me hables así. Enana.

Sara sonrió con sorna. Nuestros padres habían salido a hacer la compra del mes. Cuando se ausentaban, me sentía dueña de aquel enorme piso.

Me sentaba en el blanco salón y ultrajaba el profundo silencio poniendo la tele, que por fin habían comprado para estar estrictamente prohibida, a todo volumen, desafiando la teoría de mi padre de un colapso mental, y esperando que tardaran mucho en llegar. En estos momentos Sara solía aparecer y sentarse a mi lado, siendo cómplice de esa secreta rebelión en la que estábamos calladamente unidas. Por eso sabía que no diría nada.

Tardé mucho en hacer que los días que estaban por llegar se esfumaran de la caja de mis recuerdos, aunque finalmente logré tragármelos a la fuerza, porque estuve como encadenada al sofá de mi silenciosa casa dos semanas, esperando una puñetera llamada. Sara se reía de mí preguntándome si es que me había quedado sin amigos, o si es que me había vuelto ermitaña. Yo fingía que no me apetecían los planes que me ofrecían, y cogiendo un libro perseveraba en mi empeño de no salir, no fuese a ser que justo, cuando iba a comprar el pan, él me llamara.

Era una época en la que, las personas sin ningún tipo de respeto por los sentimientos de los demás, hacían que quienes esperaban algo de ellos se encerraran en sus propias casas, a expensas de un teléfono anclado a la pared, hasta caer en la cuenta del fraude y la pérdida de tiempo. Si algo agradecí a la aparición de los teléfonos móviles fue que, dada mi nefasta capacidad para elegir hombres, por lo menos podía esperar algo de ellos sentada en un bar o en una terraza tomándome algo con mis amigas.

El día que mi paciencia cayó agotada de puro aburrimiento sobre el sofá en el que esperaba sentada, como los relojes de Dalí sobre la arena del desierto, descolgué el aparatoso auricular verde aceituna que descansaba en la mesa auxiliar del salón, y fui introduciendo uno a uno el dedo en los siete

pequeños círculos del marcador que me separaban de hallar una respuesta a aquella insólita situación. Total, “de perdidos, al río”, pensé.

—¿Martín?

—Si...soy yo.

—Soy Raquel.

—Ah, hola Raquel, ¿Qué tal estas? —dijo la voz de fondo que se percibía un poco descolocada, casi molesta por la llamada.

—Bien ¿y tú?

—Yo...bien, bien.

—Me alegro —dije intentando no mostrar ningún atisbo de resquemor—. Martín, he estado esperando a que me llamas.

—Ya, bueno —respiró—, es que lo estuve pensando. Pensé en llamarte al día siguiente de aquella noche y... —se calló—, y al final decidí no hacerlo.

—¿Ni siquiera para decirme que lo habías pensado mejor? Podrías haberme llamado y habérmelo dicho, ¿no crees?

—Bueno, yo creo que hay cosas que no hace falta decir. Es evidente que si no te llamo es porque no quiero nada contigo, ¿vale? — Ahora la voz sonaba firme, casi agresiva— ¿Es que no sabes leer entre líneas? Que no quiero nada contigo, ¿es que te lo tengo que decir así de claro? No me gustas, y ya está.

—Eso me ha quedado claro —dije sin haber previsto la estocada. Y poniéndome a su nivel desagradable y tajante, continué—: Lo que no sé es esperar que la gente se comporte como tú. A lo mejor por eso me cuesta leer entre líneas —. Se hizo un largo y tenso silencio que volví a rasgar bruscamente—. Se supone que éramos amigos, ¿no? De los amigos yo espero que sepan respetar mis sentimientos. Puedo entender que no quieras nada conmigo, pero no entiendo porqué entonces te comportaste así esa noche para después no dar señales de vida.

—Bueno, uno no es de piedra —tuvo el valor de decir—, y si te pones a tiro... — Se calló un rato para proseguir—. Yo creo que lo que hiciste es algo que una chica no debe hacer. Sinceramente, creo que te rebajaste diciéndome lo que sentías por mí. Pero bueno, eso es cosa tuya. Si yo hubiese querido algo contigo te lo hubiese dicho hace mucho, ¿no crees? Lo he tenido muy fácil, y además, era evidente que lo estabas deseando. Quizá por eso se me pasaron las ganas.

—Así que para ti, ¿que alguien te diga que te quiere es ponerse a tiro?

—No hubo respuesta— ¿Es que no sabes distinguir los sentimientos de una amiga, de otras cosas que una cualquiera puede darte una noche de juerga? —De nuevo no hubo respuesta. A estas alturas tampoco la esperaba—. Eres aún más infantil de lo que de hecho pareces.

Y colgué.

Hubiese vomitado mi corazón hecho jirones de vísceras sobre la tapicería del sofá, porque aquél que iba a hacer de mí la mujer más valiosa del mundo me había vapuleado, arrebatándome todo aquello que solo tendría si él me lo daba. Esta conversación era la última que me esperaba el momento que decidí hablar con él.

Mientras los trozos sangrantes de mi corazón, que de buena gana hubiese expulsado por la taza del váter, palpitaban incesantemente, no podía dejar de ver la sonrisa de Martín, aquella sonrisa opaca que él solía sacar a relucir entre broma y broma y que, ahora, cobraba todo el sentido del mundo. El sentido de lo que no tiene sentido, a no ser que un ingenuo se lo quiera adjudicar. Era frío, siempre lo había sido, pero sabía ocultarlo entre juegos y chistes, que ahora, al fin, me parecían chiquilladas.

Me levanté de un brinco, y salí de mi casa antes de que mi trasero hiciera costra sobre el sofá, y antes de que mi hermana, si es que me había escuchado, hiciera algún comentario mordaz.

Sin saber dónde ir, todavía aturdida por la crueldad de la que había sido víctima, comencé a caminar deprisa por las calles de la ciudad. Llegué a la Gran Vía. Esta avenida siempre me reconforta. De pequeña solía acudir allí con mis amigas, nos gustaba sentarnos a ver pasar a la gente y comentar el vestuario de los más atrevidos. En la época más punk, era casi mejor que el circo. Pero ahora me importaba un comino quién estuviese ahí sentado observando, cotilleando y comiendo pipas, porque a mí sólo me apetecía ponerme a gritar, dejar ver a todo el mundo sin ningún tipo de pudor que acababan de partirme en dos, que alguien sin escrúpulos ni corazón, al que yo creía un ser superior y dotado de todas las bondades de este mundo, a través del cual me miraba a mí misma para poder gustarme, quererme y apreciarme, me había arrancado el corazón de cuajo, y se lo había cepillado de un bocado.

Estaba tan metida en esta vorágine de emociones y desesperación que no vi llegar a un hombre joven con traje de oficinista y una cartera en la mano que se cruzó conmigo, y que sonriendo muy ufano me dijo según pasaba por mi lado: “Venga, mujer, no te pongas así, seguro que no es para tanto”. Así que se me notaba. No me importó, a punto estuve de decirle “sí, sí que lo es” pero, en

lugar de eso, no sé porqué, le sonreí. A él qué le importaba si lo era o no lo era, solo quería animarme un poco, y durante dos segundos lo consiguió.

Caminé Gran Vía arriba desde la Calle Alcalá, llegué hasta la plaza de Callao, con todas las carteleras de los cines resplandeciendo entre miles de luces de colores, hasta llegar a la plaza de España. Una vez allí decidí subir a ver a mis amigos, a los que había tenido últimamente un poco olvidados.

Abrió la puerta Tomás. Nada más verle me eché a sus brazos como si alguien me hubiese estampado con todas sus fuerzas contra su cuerpo. Él se sobresaltó, pero me correspondió abrazándome como se abraza a un niño pequeño que se acaba de caer de la bici y llora a mares: con un amor infinito, aunque se merecería un buen rapapolvo por no haber hecho caso de su madre que le ha advertido miles de veces: “¡No vayas por ahí, que te vas a caer!”

—¡Uf! Menuda cara traes... Anda, pasa.

Nos sentamos en la mesa de la cocina, y de forma casi impulsiva le narré todo lo ocurrido desde hacía quince días.

—¿Por qué me pasa esto una y otra vez? —me quejé pareciéndome al teatral de Pelayo.

—Porque te enamoras del malo de la película —dijo Tomás sonriendo con malicia, mientras pelaba una naranja y me miraba por encima de la piel que iba separando de la jugosa pulpa.

—Pero a lo mejor él no ha tenido la culpa, y yo le he obligado a comportarse así. Es cierto que podía haberse lanzado y nunca lo hizo. En eso tiene razón. He sido yo la que ha generado esta situación tan incómoda ¿no crees?

—No sé. Ningún chico sale día sí, día también, con una chica si no le interesa. A no ser que como tú misma decías, la esté “toreando”. Ese tío sabía que te morías por él y le gustaba tenerte ahí, comiendo de su mano, si no, ¿de qué? Hay mucha gente así Raquel. No se esperaba que fueses a agarrar el toro por los cuernos y decirle lo que sientes por él, y mucho menos se esperaba que volvieras a llamar a pedir explicaciones. Mira, la gente echa tierra sobre las cosas cuando no le interesan, y como nos suele dar mucha vergüenza preguntar cuando nos hemos expuesto tanto... pues él pensó que tú ibas a esconderte. Qué quieres que te diga, a mí me parece que se ha portado como un auténtico capullo.

—¿Por qué dices que pensó que me iba a esconder? —perdía el hilo con facilidad debido al shock que aún bloqueaba mi pensamiento.

—Porque hoy en día todo el mundo disimula. Yo creo que pensaba que

un día te vería, y que harías como si nada, porque los cobardes piensan que ésa es la manera más digna de salir de un lío. Pero no contaba con que tú no disimulas. ¡Hay que ser tonto! —Se echó a reír— ¡Cómo no esperar un rapapolvo de una tía que tiene las narices de declararse!

—Es posible —. Me quedé pensativa, sin llegar a captar el significado de todo lo que Tomás quería decirme, era incapaz de pensar— ¿Hacemos algo esta tarde? Podríamos ir al cine. Esta vez te toca elegir a ti la peli... ¿te parece? Es que no me apetece nada irme a mi casa después de todo esto...

Tomás se terminó el último gajo de la naranja antes de contestar.

—Anda, venga, vamos.

9. María

Madrid, 7 de mayo de 2010.

Mes y 19 días hospitalizado.

Sucedió mientras le peinaba. Llegó la ira a mi mente, una ira violenta y absurda, como lo era la misma situación para mí, y me entraron unas ganas incontenibles de empezar a menearle con fuerza para que despertara. A lo mejor es que nadie lo había hecho todavía, pegarle un buen meneo a ver si eso funcionaba.

La situación estaba muy lejos de ser mínimamente graciosa, y sin embargo no podía evitar pensar en tonterías como que porqué no existía la figura del meneador de gente en coma. “¿A qué te dedicas?” “Soy un meneador de gente en coma. Mis meneos sin infalibles, con un par basta para que abran los ojos, y listo”.

Junto con esas ganas de sacudir su cuerpo a ver qué tal resultaba, me entraron otras de lanzar cualquier objeto que tuviese en la mano a todo personal que entraba por la puerta: mi móvil, el estúpido jarrón de las flores, un rollo de papel higiénico... y por supuesto, a exigirles de inmediato que hicieran bien su trabajo de una puñetera vez y lo despertaran. Si hubiese pillado por ahí a alguno de sus médicos en ese momento, hubiese conseguido despedazarle con el cuchillo de plástico del catering.

Yo solo quería encontrar un culpable, una cabeza de turco visible a quien estamparle todos mis males a la cara a modo de reproche, porque me negaba a aceptar que simplemente “la vida es así”. Cuando alguien me salía con esta frasecita, una vertiginosa sensación de impotencia hacía que el suelo se moviese bajo mis pies, y que deseara que hoy no fuese hoy, sino hace un año, cuando todo iba bien.

Y lo que era peor, quería gritarle a él por haberme hecho eso, por dejarme así, en la estacada, de esta manera. Por no haberme hecho caso cuando le dije que tuviese cuidado, por haber disfrutado de él sólo unos pocos años. Esta ira se empezó a mezclar con un extraño sentimiento de culpa, ya que

no hay nada más injusto que enfadarse con alguien que está librando una batalla a vida o muerte, y yo sabía perfectamente que si pudiese realmente elegir, elegiría la vida, porque si había algo que a él le sobraba era vitalidad, y había tenido la generosidad de compartirla conmigo.

Así que, antes de acabar perdiendo la compostura del todo, y después de decirle a la última enfermera que entró que porqué no se dejaban de chorradas y hacían algo de una puñetera vez, decidí salir a dar un paseo, ya que lo último que quería en esos momentos era que mi suegra pensara que estoy más loca de lo que ya piensa.

Cogí un ascensor del hospital, y cuando llegué a la planta baja, después de pegar un bufido en cada piso en los que el ascensor se paraba, que fueron prácticamente todos, crucé con grandes zancadas el enorme hall lleno de gente que entraba y salía, unos con cara amargada y de dolor, otros riendo como si estuviesen entrando a ver un espectáculo. Gente escayolada, coja, encogida, gente de paseo, de animada charla, llorando o riendo en una esquina.

Fuera, un corrillo de almas fumando parecía estar a las puertas de una discoteca a la que se le ha acabado la fiesta. Otros con sus cigarros encendidos pululaban solitarios mascullando sus penas. Salí y me puse a caminar con el viento de frente, soltando improperios al aire, a diestro y siniestro, no en voz muy alta, no estoy tan mal de la cabeza, pero sí lo suficiente como para que alguien muy estirado pudiera pensar que, efectivamente, lo estoy. Era un mal menor, mientras no fuese mi suegra la que lo pensara, todo iría bien.

Decidí dar un pequeño paseo para despejarme del todo. A la media hora ya estaba de vuelta. Cuando llegué a la entrada del hospital, me senté en un banco frente a las enormes puertas que se abrían con sólo acercarse. Me fumé lentamente un cigarro, y en cuanto tiré la colilla, empecé a rebuscar en mi bolso. Tardé varios minutos en encontrar mi móvil. Marqué el número de María.

Recuerdo nítidamente el día que la conocí, en el andén de la estación de Chamartín. Lola y yo habíamos preparado un viaje el verano siguiente de conocernos en Escocia, y en el último momento me había preguntado si no me importaba que se sumase al viaje su amiga María, que acababa de dejarlo con un chico y se había quedado sin planes para el verano.

Cuando la vi, casi me da un soponcio. No podía ser cierto que aquella niña pija con pinta de “princesita del guisante” fuese a venirse con nosotras de viaje. Con lo que a mí me gustar trotar, estaba convencida de que esa cursi nos

iba a estropear el viaje con exigencias del tipo: “Tengo que parar a descansar”, “necesito dormir en un hotel mejor”, y “vámonos de tiendas”. Para mi sorpresa, resultó ser una persona que se adaptaba a todo con bastante facilidad. Es más, de hecho, tengo que reconocer que incluso puede ganarme en pasar de todo en los momentos de mayor incertidumbre. Apostaría que de irnos de mochileras, sería una mochilera mucho mejor que yo.

Tras varios tonos contestó.

—Hola.

—Hola Raquel, ¿qué tal estas?

—Pues mira, ayer parecía un zombi, que ni siente ni padece, pero no sé porqué hoy estoy cabreada como un mono con esta situación y con todo, la verdad.

—Ya. Te he estado llamando —me dijo.

—Ya lo sé, lo siento. Es que no tenía ganas de hablar. Me he dedicado a ir del trabajo al hospital, y de vez en cuando he salido a dar una vuelta. Estuve hace poco en casa de Lola. Bueno, de eso hará ya dos semanas mínimo. Creo que fue el último día que hablamos por teléfono. Ya sabes cómo es Lola, hace que parezca que las cosas no existen, yo sólo quería eso, que no existieran.

—Ya.

—Yo sé que contigo no me puedo esconder, las cosas se hacen más patentes, y no estoy preparada para esto, pero ahora no puedo cerrar más los ojos. No va a despertar, María, no va a despertar. Bueno, ya lo he dicho.

—Te vendría bien salir a dar una vuelta ¿Quieres que hagamos algo?

—Gracias, la verdad es que sí. Debería moverme un poco, aunque creo que hoy no voy a ser la mejor compañía.

—Por favor —contestó.

Quedamos unas horas más tarde, en el Kilómetro Cero. El bullicio, la gente y un poco de alegría me vendrían bien. Me pasé por mi casa para descansar antes de salir, y al abrir la puerta del portal, pude ver un enorme cartel colgado de la rejilla de la puerta del ascenso que decía “No Funciona”. “Ya estamos otra vez —pensé— con lo que pagamos de comunidad ya podían arreglar el ascensor de una puñetera vez, ¿no? Con lo que me apetece ahora subirme cuatro pisos andando, ¡me cago en la leche!” Cualquier cosa que antes eran simples molestias, empezaban a parecerme verdaderamente irritantes. Puse todo mi empeño en mirar los desgastados escalones de madera. Lo único que me faltaba era caer rodando por las escaleras y romperme la crisma.

Sin ningún tipo de disimulo, doña Pura abrió la puerta en el momento

exacto en el que cruzaba el rellano del tercero.

—Hola hija.

—Hola doña Pura —jadeé con un deje de “cómo no usted de nuevo”.

—Estaba esperando a ver si pasabas en algún momento.

—Ni que lo diga —. No pude evitar ser borde. Seguía enfada con el mundo, con los médicos, con las escaleras, y ahora con esta señora regordeta que se cruzaba por mi camino. “Apártese o la derribo”.

—Es que, verás, esta tarde he ido a ponerme un disco, de esos que me dejó mi Francisco antes de irse al otro barrio —“No me hable usted de eso, se lo ruego”—, pero de repente el tocadiscos ha dejado de funcionar, ¡hija, qué disgusto! pero claro, es que tiene tantos años...

—¿El tocadiscos dice? ¿De los de los discos de vinilo? —mira por dónde, la tontería ésa había conseguido distraerme de mi enfado.

—De los normales, de los de música (menuda pregunta).

—Ya, doña Pura, pero quiero decir. ¿Cómo son los discos?

—Pues así, grandes, negros, redondos. ¿Cómo van a ser?

—Vale (de los que van a pedales). ¿Y qué quiere que yo le haga? Lo siento mucho de verdad.

—Pues había pensado, si no le importaría a tu marido, que ya ha venido a arreglarme varias veces algunas cosillas, bajar a echarle un vistazo.

Se hizo un silencio muy largo, hasta que me se senté en el primer escalón que comunicaba el tercer piso con el superior.

—A ver Pura, cómo le digo yo esto —. Me lo pensé dos veces—. Mi marido no va a poder bajar a arreglarle el tocadiscos, lo siento, de verdad.

—¿Es que se ha ido?

Se hizo otro silencio interminable.

— (Usted gana) No, Pura, no se ha ido. Está enfermo, en el hospital.

—¡Ay, hija! ¡Qué disgusto me das! Ya sabía yo que con lo buen chico que es no podía haberte dejado aquí a ti sola. ¡Ya lo sabía yo!

Levantó sus dos brazos al cielo al tiempo que elevaba la mirada mientras hacía aspavientos. “Le va a dar algo”.

—Relájese Pura, por favor, relájese.

—¿Pero está bien? ¿Qué le ha pasado?

—Pues bueno, ahora mismo no se sabe cuándo mejorará —mentí.

—No te preocupes, hija, ¡ya verás cómo sale de esta! Ya lo verás. Cuando a mi Francisco le tuvimos que internar por un ataque agudo de apendicitis, yo creí que no salía de aquella, y ¡mira! Volvió a casa con más

ganas si cabe de comer, dormir y...—se calló— de hacer el pillín, vaya. Total —hizo una pausa—, para que después fuese un rayo y ¡zas! lo fulminara ahí mismo, camino de la frutería en el pueblo. ¡Qué desgracia! —Los ojos se me abrieron como platos, y por un instante me quedé petrificada, pero creo que conseguí reaccionar bien.

—Bueno, doña Pura, no piense ahora en eso mujer, que se está poniendo muy triste. No sé, podría preguntarle al chiquillo ese del primero, puede que él sepa solucionar lo de su tocadiscos.

—¿A quién? ¿Al jovencito ése que parece que le ha lamido la cabeza una vaca? Uy, no, hija, yo no meto a cualquiera en mi casa.

—¿Una vaca?

—Sí, ¿no le ves cómo me lleva los pelos? Como si llevara un filete pegado en la frente, y los pantalones... ¡Si los lleva por la rodilla! Enseñando los calzoncillos... ¡Dónde vamos a ir a parar!

—Bueno, Pura, ya me contará cómo lo soluciona —no tenía ninguna gana de escuchar cotilleos sobre los vecinos—. Hasta luego, me tengo que ir.

—Adiós, hija —. Y antes de cerrar la puerta, cuando ya casi estaba llegando al cuarto, me gritó.

—¡Y mantenme informada!

—¡Si, Pura!, ¡no se preocupe!

Eran las siete en punto cuando llegué al Kilómetro Cero. “En realidad no sé por qué quedamos en el Kilómetro Cero, está siempre tan lleno de gente que después tienes que andar buscándote. Al fin y al cabo no es más que un puntito pintado en la acera de una inmensa ciudad. Con que uno lo esté pisando, ya no puedes estar tú en él... Al cabo de un rato en el que estuve deambulando de un lado para otro, de la boca del metro al Kilómetro Cero y alrededores, me pareció ver a María que también se movía entre la gente buscándome.

Iba muy elegante, como siempre. Llevaba una camisa de una marca cara y conocida color camel, un pañuelo de seda atado al cuello, y unos pantalones a juego. Remataba el sencillo conjunto con unos zapatos de tacón impecables y evidentemente caros. Aunque sólo iba a la peluquería de vez en cuando, parecía que lo hacía a diario. Lucía un bolso de Louis Vuitton, que ella juraba y perjuraba, cada vez que alguien hacía un comentario sobre su saneada economía, que era falso, pero que eso sí, la copia era de gran calidad.

Le encanta aparentar lo que no es, y así sorprender con su verdadera forma de ser, más auténtica y desenfadada. Aunque puede que sea al revés, que

en realidad sea una mujer volcada en el dinero y las apariencias, a la que de vez en cuando le gustara jugar a no serlo.

Proviene de una buena familia, con una herencia envidiable. Su padre fue diplomático, y ha gozado de una vida rodeada de todo tipo de lujos y comodidades que ahora rechaza, ya que todo lo material que tuvo de niña, no compensó la profunda herida que unos padres entregados al el dinero y a ellos mismos dejaron en su alma. Su padre la llamaba “mi princesita”, y le gustaba agasajarla con todo tipo de regalos caros y ostentosos, sin embargo, en realidad ha sido siempre un padre ausente, demasiado interesado en su trabajo y en su dinero como para ir a ver a su pequeña a la función del colegio.

Su madre, una mujer espectacular y operada absolutamente de todo, sólo se ha desvivido por triunfar en la siguiente fiesta. El motor de su vida ha sido siempre ser el centro de atención y la mujer más envidiada de todas. Ahora además, tiene otro objetivo en mente: parecer más joven que su propia hija.

Aunque no lo quiera y reniegue, María ha sacado algo de ese amor por el dinero y las apariencias, Y creo que la capacidad que tiene para escuchar las desgracias ajenas probablemente le viene de la sensación de abandono, no lo sé, el caso es que a veces parece una cualidad que alguien hubiese recortado y pegado artificialmente en una superficial barbie de moda.

Nos saludamos, me abrazó durante un instante, y empezamos a caminar lentamente, sin prisa por llegar a ningún sitio. Salimos de la Puerta del Sol por la Calle Mayor. Al pasar por la Mallorquina olía tan bien que entraban ganas de entrar y zamparse todo el mostrador, pero había demasiada gente agolpada en los escasos metros cuadrados de la tienda. Además, últimamente me había dado por vomitar todo lo que comía, así que denegué la invitación de María a entrar. Pasamos de largo hasta llegar a la calle de las Postas, atestada de gente que la recorría sin fijarse en los edificios antiguos pintados de vivos colores, los toldos que la adornaban con alegría y los balcones, de hierro forjado y adornos vetustos que orgullosos mostraban las incipientes flores de la primavera.

Dejamos a un lado la posada del Peine y entramos a la Plaza Mayor. Los turistas se sentaban en las miles de terrazas a disfrutar de la tarde, que llegado el mes de mayo era fresca y clara. Cruzamos la explanada hasta llegar al Arco de Cuchilleros, por donde pasamos casi sin darnos cuenta. Una vez en la Cava de San Miguel entramos en uno de los muchos mesones y cuevas que por ahí se encuentran.

Estuve hablando casi sin parar durante todo el trayecto. Era la primera

vez que lograba sacar todo lo que llevaba dentro, sin dejar resquicio. Hablaba sin seguir ningún orden lógico, simplemente había abierto la caja de Pandora, y todos mis pensamientos salían al exterior en barullo, como los niños al abrir las puertas del colegio, o los fuegos artificiales al tocar la bóveda del cielo. Para cuando llegamos al mesón al que nos dirigíamos, ya me había vaciado por completo, y habíamos pasado a hablar de otras cosas sin trascendencia.

Nos sentamos y pedimos una jarra de sangría.

—¡Qué cansada estoy! —exclamó María dejándose caer en la silla—. Es que se me ha estropeado el coche, ¿sabes? Y estoy yendo a trabajar en metro todos los días porque no tengo un duro para llevarlo al taller —Me sonreí—. ¡Es tan horrible que no sé si tirarme al metro o al taquillero! ¡Tardo casi una hora en llegar!

—Ya será menos.

—No, de verdad, y estoy tan desesperada que no sé qué hacer con mi vida. Así que estoy pensando que podría ponerme el último zarrío que me regaló mi madre por mi cumpleaños e ir a pedir a la puerta de la iglesia —. Solté una carcajada.

Tiene la costumbre de quejarse continuamente de alguna de las cosas que rodean su vida, y siendo esta costumbre un deporte nacional, en ella resulta especialmente extraña, ya que de lo que suele lamentarse con bastante sentido del humor, es justamente de aquello de lo que no carece: dinero, pretendientes, un vestidor repleto de trapos caros, y su estupenda apariencia. Tras muchos años de amistad, he decidido tomarme en serio sólo las quejas concernientes a sus desastres amorosos, aunque también éstas las tiñe con tal toque de humor, que la mayoría de las veces no sé hasta qué punto el desastre es real, o sólo existe en su cabeza de sufridora.

—Pues a mí se me ocurre que podrías vender ese bolso y con lo que saques, llevar el coche al taller.

—¿Este bolso? No me darían por él ni las gracias. Es más, seguro que me lo tirarían a la cara.

—Ya —dije con sorna. El camarero se acercó, dejó la jarra sobre la mesa dando un fuerte golpe, y acto seguido comenzó a leernos la carta en alto.

—Una tortillita, una racioncita de jamón, lacón a la gallega, una de chopitos, una tablita de quesos, una de patés para las señoritas —dijo con energía.

—No, gracias. Cuánto tiempo hacía que no venía por aquí a tomarme una sangría.

—Pues yo suelo venir bastante, la verdad —interrumpió María—. Claro, los solteros seguimos yéndonos de fiesta todos los fines de semana, ¡qué vamos a hacer si no! De hecho, el fin de semana pasado estuve ahí abajo, tomándome unas copichuelas en el Café del Nuncio.

—¿Ah, sí? ¿Y con quién fuiste?

—Nada, con un amigo.

—Pero... ¿qué tipo de amigo?

—No. Nada de lo que estás pensando, un amigo, sin más —calló, sacó el paquete de tabaco y se encendió un cigarro— además, nunca se sabe.—levanté mucho las cejas.

—A ver, a ver, a ver ¿Es un amigo sin más? O, ¿nunca se sabe?

—Es que no me siento cómoda contándote ahora mis tonterías, con el problema que tienes encima. Porque lo mío sólo es una tontería...

—¡Pero qué dices! A ver si ahora no me vais a contar nada por mi situación. Además, necesito salir de mi propia historia, escuchar un poco de la vida de los demás, que si no, me voy a volver loca...

—Bueno, si tú lo dices... Es un chico que conocí hace un par de meses. Yo al principio no estaba interesada, de hecho me parecía bastante feo. Está calvo, ¿sabes? Bueno, tendrá unos cuatro pelos en la calva, como Hommer Simpson —Se rió de su exageración. Yo, por supuesto, pensé que el chico en cuestión debía ser muy atractivo, de no ser así, ella, ni se hubiese fijado en él.

—Es que ya hemos llegado a una edad que...con pelo, sin hijos ni barriga, difícil. De todas formas, hay calvos que están muy bien.

—Que no, de verdad. Este es feo, hazme caso. —Cogió aire—. Le conocí en Gabana. Total, que se puso muy pesado diciéndome que por favor cenara con él al día siguiente, que acababa de encontrar a la mujer de su vida, (refiriéndose a mí, por supuesto), que tal y que cual... hasta que le dije que sí. Me invitó a un restaurante ¡que no me puedo ni imaginar lo que costaba el cubierto! Desde entonces hemos estado quedando todas las semanas, ¡y no veas los planes que me prepara! La semana pasada, que hacía dos meses que nos conocimos, me mando una docena de rosas a mi casa, ¡imagínate! —respiró—. Ha sido tanta la insistencia que al final me ha empezado a gustar. Así que ya veremos.

—No te veo muy convencida.

—Es que... desde el principio me ha estado llamando todos los días, pero esta semana que he sido yo la que he llamado, no he tenido noticias. Bueno, seguro que está muy ocupado. Tiene negocios no sé por dónde me

contó, y seguro que está de viaje. ¿Tú qué crees?

“¡Ya estamos comiéndonos el tarro!”

—Pues yo hace unos años, al Hommer ese le hubiese dado otra oportunidad, probablemente hasta lo inimaginable. Pero ahora ya no. Ahora ya sé que no volvería a aguantar ni un solo desplante más. De hecho, creo que soporté demasiados. Sinceramente, contestar a una llamada no cuesta nada. Y no lo dudes: este tío aparecerá de nuevo, pero lo importante es que tengas claro lo que tú quieres.

A pesar de querer romper con su pasado, María siempre acababa saliendo con hombres muy parecidos a su padre en porte y economía, con los que terminaba sintiéndose como una muñequita a la que vestir y adornar, pero a la que aparcaban en su palacio a la mínima de cambio. El caso es que los desplantes de estos supuestos príncipes azules iban en aumento, cuando, horrorizados, descubrían que bajo esa muñequita se escondía un cerebro que funcionaba a la perfección.

Recuerdo a uno de estos adinerados que más le duró. Fuimos a tomar unas copas, después de ir al cine. De eso hacía ya mucho tiempo. Ese hombre, al que jamás encontré absolutamente nada interesante aparte de un tupé engominado e imposible, y unos dientes relucientes, había conseguido partírle el corazón.

De aquellas desafortunadas copas, lo que más recuerdo era que cada vez que la “muñequita” expresaba una opinión diferente a las supuestamente esperadas en las mujeres de su clase, él le decía con una ternura pueril:

—No, cariño, tú en realidad no piensas eso.

Y si lo que decía era que disfrutaba de algo que no era propio de las mujeres de su clase (como llevar tortilla de patata en un tupper para ir a la playa) entonces, lo que su acompañante le aclaraba, por si ella no se había enterado todavía era:

—Cariño, por favor, a ti esas cosas no te gustan.

Cuando se dio cuenta de que su princesita realmente tenía ciertas opiniones, y de que según qué tipo de actividades (como llevar un tupper de tortilla a la playa) le encantaban, la dejó sin más miramientos, con la excusa de que él no estaba preparado para hacerla feliz. Probablemente fuese cierto, y sólo estuviese preparado para salir con una mujer que a la playa llevase un moreno ya preparado bajo lámparas incandescentes, y con la única capacidad de reírse de todo lo que él dijera (aunque con una mente atiborrada de marcas de ropa y precios de maquillajes, no lo entendiera). Claro que para

escucharle a él tampoco había mucho que entender.

La tertulia con María aquella tarde se alargó bastante. Cuando salimos del bar, me pareció ver un rostro conocido en la acera de enfrente que iba en dirección contraria a la nuestra. Giré para verlo mejor, pero ya se iba calle abajo. Me quedé con la mosca detrás de la oreja, no me digas por qué. Finalmente decidí asegurarme. Si era quien yo creía, era muy extraño que se encontrara a esas horas por ahí, y más todavía acompañado de una mujer. Tuve un palpito.

—Un momento María.

—¿Qué pasa, le conoces?

—Creo que sí. Yo juraría que es el marido de una amiga, pero no estoy segura, no le he visto bien.

—Bueno, igual tiene una cena de trabajo y esa es una compañera, o algo así, ¿no?

—Sí... Seguramente. Pero sólo por si acaso, vamos a asegurarnos. Que no digo que...

—Venga, vamos a ver, ya verás como no es nada.

Cruzamos de acera, y nos dispusimos a seguirles. La investigación no duró mucho más, ya que se dirigieron hacia la Cava Baja, y una vez ahí entraron en un pequeño y oscuro mesón. Me quedé con cara de chasco, era imposible verle desde fuera, y si entraba y me veía, jamás conocería sus intenciones con aquella mujer.

—María, ¿porqué no entras tú y no sé... compras tabaco o haces algo, y así le echas un ojo?

—Estás un poco paranoica, ¿no crees?

María se adentró en la oscuridad del mesón. Y tardó bastante en salir. Cuando lo hizo me puso cara de “le hemos pillado”.

—Me ha costado encontrarle. Se han sentado al fondo del todo (claro) así que he comprado tabaco y he hecho como si buscara el baño, que no estaba por su zona, pero bueno. Al principio sólo estaban de charla, pero me he quedado husmeando para asegurarme, y antes de salir les he visto darse la mano y besarse acaramelados.

—¡Ostras, qué fuerte!

Nos dimos media vuelta para alejarnos de ahí cuanto antes.

—¿Qué vas a hacer?

—¡Puf! no sé.

—¿No se lo piensas decir?

—Lo tengo que pensar.

—Pero ¡qué dices! Estas cosas hay que contarlas.

—No estés tan segura, es más probable que si dices algo así pierdas una amiga, a que se dé por aludida... Vamos, creo yo.

—¡Pero qué les pasa a los hombres! —exclamó María tras una pausa—. De verdad, ¿es que son todos iguales? —dijo realmente decepcionada.

—¡Qué va! ¡Anda que no conocerás chicos majos! Mira Manuel, el marido de Lola. Oye, estar con una mujer que es incapaz de hablar de sus sentimientos no es fácil, ¿eh? Y menos siendo un artista, que para ellos eso del “sentir” es muy importante.

—Es verdad.

—Bueno, y yo tengo un amigo, Rodolfo, que es un encanto.

También le iba a poner el ejemplo de mi marido, pero decidí no seguir por ahí, no se me fuese a ir otra vez la cabeza.

—¿Y éste? ¿El marido de tu amiga? Qué me dices de él.

—Ya. Reconozco que no me lo esperaba. Son la típica pareja que se creen perfectos... En absoluto me lo esperaba.

10. Bruno

Madrid, octubre 1997.

26 años.

El periodo universitario pasó, y con él murieron los interminables días de charla con los compañeros, junto con las horas que solía disfrutar en la cafetería, ajenas a cualquier preocupación, sólo jugando al mus y pidiendo un botellín tras otro con Rodolfo y los demás colegas de carrera.

Lo que todos los adultos me aseguraban que serían “los mejores cinco años de mi vida” pasaron demasiado rápido. En los muros del enorme bloque de hormigón gris quedaron incrustadas las sensaciones de eterna libertad, de vivir en una fiesta continua, de mañanas sin madrugar sin que mis padres se dieran cuenta de las pellas.

De tener seis oportunidades.

Con una de las múltiples asignaturas que se me había atravesado como un hueso en la garganta, llegué a agotar hasta la quinta convocatoria. Aunque mis compañeros me miraron aliviados, y corrieron a brindar por mi victoria botellín en mano cuando recibí el aprobado, yo, en mi enorme capacidad de no darme cuenta de nada, pensaba: “Tampoco era tan grave, aún me quedaba una”.

Aunque suene contradictorio, hacía tres años que había optado ser más responsable con mi vida, por lo que me había lanzado al mundo del trabajo ingenuamente, con la ilusión del que empieza algo. Ahora, que cuento los días que me faltan para jubilarme (¡y son muchos!) recuerdo esa ilusión mientras juego a la lotería, y la busco por debajo de las piedras, a ver si se ha quedado pegada a ellas.

Para empezar, pude elegir entre dos trabajos de becaria. Me quedé en el de una revista automovilística porque las oficinas estaban muy cerca de Moncloa, y así los viernes por la tarde ya estaba en la zona de juerga. Casi todos mis compañeros reporteros eran hombres, por lo que tuve que aprender a fingir una mayor seguridad de la que tenía. Pero el mundo de los coches y las motos en realidad no me atraía en absoluto, así que a los dos meses, muy cordialmente me invitaron a irme. En mi lugar escogieron a otro becario, un

compañero de clase que cada vez que oía el rugir de una máquina a kilómetros de distancia se paraba para ver de dónde provenía ese ruido celestial.

Como había perdido la oportunidad de elegir bien por culpa de las copas del viernes por la noche, tuve que conformarme con trabajar de camarera en un bar durante seis meses, hasta entrar de nuevo en prácticas en una emisora de radio que apenas contaba con oyentes suficientes como para ser conocida por más gente que los padres de los que trabajábamos en ella. Pero aquel trabajo me enganizó.

A las dos semanas de empezar había decidido que ése, y no otro, era el trabajo de mi vida, aunque no se me estaba permitido hablar por los micrófonos de la sala insonorizada que observaba desde fuera. Yo sólo me dedicaba a preparar las intervenciones de los más veteranos. Dos meses antes de que mi beca finalizara sin ser renovada por falta de audiencia, me dejaron estrenarme como locutora en un programa de tertulia para jóvenes. Hablé de los estragos de elegir mal la peluquería antes de irte de fiesta, y creo que quedó muy bien.

Finalmente, antes de que se cumplieran los tres años de acabar la carrera, y después de ir dando tumbos de un sitio a otro, encontré mi primer trabajo dignamente remunerado en un pequeño periódico de barrio. Aunque el sueldo no era gran cosa, disfrutaba con el trabajo de reportera. Salía casi a diario a hacer entrevistas a los vecinos, comerciantes, ciudadanos, y todo aquel que me resultara interesante (que era casi todo el mundo, lo cual a veces me suponía un problema) para un artículo.

Con lo que ganaba, al fin pude cumplir uno de mis más preciados sueños: independizarme. Aunque, eso sí, compartiendo piso. Se trataba de una pequeña vivienda situada en la calle de Donoso Cortés, por la zona de Moncloa (cómo no), que constaba de una salita de estar bastante aceptable, un baño, cocina independiente y dos habitaciones. Mi compañera de piso era una enfermera que tenía unos horarios tan distintos a los míos, que casi no la veía, lo que me daba aún más sensación de haber conseguido la independencia total.

Una tarde que salía del local donde había estado haciendo la última entrevista del día (una conocida perfumería del barrio que había sido atracada la noche anterior mediante la técnica del “alunizaje”), recibí una llamada de Rita. Quería invitarme a que me uniera a un grupo de chicos que se había formado en su parroquia para ayudar a los más necesitados, liderados por un joven sacerdote que acababa de llegar a su barrio.

“Ya verás cómo te gusta —me dijo—. Te vas a sentir mejor cuando

empieces a hacer algo por los demás. Nos pasamos la vida pensando en nosotros mismos, lo que no tenemos, lo que nos falta...y no nos damos cuenta de que hay gente que no tiene nada. Te vendría muy bien. Seguro que en una actividad así encuentras eso que todos buscamos y que muchas veces no encontramos: el sentido de nuestra vida”.

“El sentido de nuestra vida”. ¡Qué grandilocuente! No sabía por qué, pero la frasecita me había resultado una conclusión muy pretenciosa, y por eso mismo la rechacé en cuanto pude abrir la boca. ¿Cómo era posible que la gente pudiera encontrar el sentido de sus vidas a base de ayudar? Yo prefería que no existiesen los pobres, aun a riesgo de no encontrar jamás el sentido de mi vida. Además, en mi lista de gente insoportable, en segunda posición, después de la gente que habla demasiado, se encontraban los beatos que se creen buenas personas, y los chicos de parroquia que tocan la guitarra de manera afectada.

Con estos pensamientos, que en el fondo me hacían crearme mejor persona que ellos por desear que no existiesen los pobres y no tocar la guitarra de manera afectada, llegué a mi casa. Estaba agotada de todo un día de correr detrás de varios reportajes como si en ellos me fuese la vida.

Me molesta mucho reconocer lo que voy a decir a continuación, pero yo siempre había creído que el día que entrara por una puerta propia, lo primero que haría nada más llegar a mi salón sería poner la televisión al volumen que me diera la gana, y tumbarme en el sofá a dejar que pasaran las horas. Que pasaría horas arreglándome al son de la música que tanto había echado de menos aquellas húmedas y oscuras tardes de invierno, cuando en la silenciosa casa de mis padres me acicalaba para salir. Sin embargo, con gran decepción comprobé que había aprendido a amar el silencio.

Así que lo que hice fue ir a la cocina, y sin encender nada que pudiese perturbarme o hacer estallar mis neuronas, me comí un enorme bocadillo de jamón.

Hasta las diez y media no hice amago de encender la caja tonta. Para entonces, la conversación con Rita había caído en un contenedor de olvido, y me había adentrado en otro tipo de pensamientos, mientras me preparaba una ensalada y unos huevos revueltos a pesar de haber merendado tan abundantemente.

Ese mismo viernes Lola y María me invitaron a una fiesta que daba un amigo suyo en un ático de Madrid, por Chamberí. Acepté gustosa. Cualquier plan que supusiera conocer gente nueva, y fiesta en general, me parecía una

buena opción.

El caso es que como opción no sé si fue buena, pero según María fue una noche memorable. Yo no lo tengo tan claro. Desde la enorme terraza se podía contemplar una amplia vista de la ciudad, que a pesar de las altas horas de la noche aún bullía despierta. Nosotras nos dedicamos a charlar animadamente con todos los chicos que nos presentaban, y a ingerir, una tras otra, las copas que nos iban reponiendo los atentos interesados.

Sobre las cuatro de la mañana sonó el timbre, y aparecieron dos policías con intención de echarnos rápidamente del inmueble, que se había llenado de fiesteros que cantábamos y bailábamos agitando las copas en la mano.

Hasta ese confuso momento llega mi recuerdo.

Me desperté en una casa ajena, sin saber cómo ni por qué (aunque puedo imaginármelo) al lado de uno de los chicos de la fiesta de la noche anterior. La habitación tenía un ambiente muy cargado, olía a tabaco y alcohol. Mi ropa estaba tirada en el suelo junto con unas ropas extrañas, y unos rizos castaños asomaban por unas sábanas de un (excesivamente masculino) color gris que yo jamás hubiese escogido para vestir mi cama.

Una sensación de horror recorrió todo mi cuerpo al darme cuenta de que no me acordaba de nada, por más que tratara de hacer memoria. Mucho me temía que había terminado bastante más bebida de lo que me hubiese gustado. En el bullicio de la estampida recordaba a María, saliendo conmigo con los tacones en la mano mientras se guardaba una botella de ginebra en el abrigo y lanzaba un beso al aire hacia uno de los guardias.

Recordé vagamente a mi amiga diciéndome algo de seguir la juerga en su piso, pero justo entonces había desaparecido entre el tumulto de gente que iban proponiendo planes distintos. Recordaba también, a duras penas, que este chico se había ofrecido para llevarme a mi casa, pero parecía ser que finalmente, por una decisión que no entendía muy bien de dónde había salido, habíamos optado por ir al piso de él.

Y ya. A partir de ese momento los recuerdos brillaban por su ausencia en mi cabeza, empañada en la nebulosa producida por ese olvido desagradable que puede generar el alcohol.

El chico del cabello castaño se despertó muy cariñoso. Después de levantarse en “gayumbos” y darse una vueltecita por el apartamento mostrando unos abdominales, que él sabía, no estaban nada mal, me ofreció un desayuno de ensueño con una ternura tan aparatosa, que me resultó entre empalagosa y falsa. No nos conocíamos de nada. Pero yo ya estaba vestida, no me había

molestado ni en ducharme. En realidad no sabía dónde estaba la ducha. Agarré mi bolso, y como alma que lleva el diablo me dispuse a salir de aquel apartamento cuando me di cuenta de que no sabía ni donde me encontraba.

—¿Dónde estamos? —pregunté para hacerme una idea de lo que me costaría el taxi.

—Por Ventas.

—¡Uf! Pues no he traído el bisturí para sacarme un riñón para el taxista —murmuré.

—¿Perdona?—moví la cabeza en señal de que no había dicho nada importante—. No tengo tu teléfono —me dijo él insistiendo en poner un tono meloso.

—Ah...toma, te lo dejo aquí apuntado.

—Vale, ahora te mando un sms para que tengas también el mío.

Según bajaba por las escaleras, (ni siquiera esperé a que el ascensor hiciera su aparición), sonó el móvil.

— “*Tenems k repetir ¿no crees?*” —decía el sms.

Contestaría más tarde, primero tenía que llegar a casa. Cuando fui a grabar el nuevo número, caí en la cuenta de que no me acordaba (si es que algún día lo había sabido) del nombre de aquel chico. “*Fiesta*” escribí finalmente en el recuadro donde se le indicaba escribir el nombre. Y pulsé: “*Guardar*”.

Salí del desconocido portal, la claridad del día me golpeó los ojos con los reflejos de la luz sobre las ventanas y el asfalto, y me arrepentí de no llevar en mi bolso (de noche) las gafas de sol. Como no sabía si dirigirme a la derecha o la izquierda, opté por el lado que parecía conducir a una calle más ancha, donde paré el primer taxi que llegó.

Sentí náuseas, y el martillo, que llevaba golpeándome incesantemente las sienes desde que me desperté, se hacía más patente. Busqué un chiclo de menta entre los enseres de mi bolso, acto seguido saqué un pequeño espejito que llevaba, y observé las ruinas del maquillaje que se aferraba a trozos por mi cara.

Cuando me encontré en mi piso me sentí mucho mejor a pesar de que los síntomas físicos no habían remitido. Me tomé un par de tostadas, a ver si me asentaban el estómago. En un instante de calma, en el que mis pensamientos intentaban centrarse de forma compulsiva en lo que había ocurrido esa noche sin lograrlo, ya que de hecho, no tenía ni idea de lo que había sucedido, empecé a notar cierto sentimiento de vacío mezclado con algo de culpabilidad.

Era la primera vez que amanecía en un lugar extraño con un tío del que no recordaba ni el nombre.

Reflexioné un rato.

Creo que de vez en cuando todos tenemos que comernos nuestras propias palabras (en este caso pensamientos), y decidí que quizá sí necesitaba encontrarle algo de sentido a mi vida. Y como no se me ocurría ninguna forma mejor de hacerlo, pensé que quizá, ayudar a los demás también pudiera ayudarme a mí. Así que aunque realmente la idea me repateaba, creí conveniente convertirme en una de esas personas que chupan del bote del sufrimiento de los demás para sentirse bien. Y con todo el dolor de mi corazón por descubrirme tan rastrera, llamé a Rita.

El local era grande, pero destartalado. Estaba lleno de ropa rota y desgastada que la gente iba llevando a la parroquia para dárselas a quien las necesitara, y para no tener que buscar, ya de paso, un sitio donde tirarla.

En una habitación aparte, la comida se amontonaba en latas, botes y paquetes de larga duración. Lentejas, garbanzos, pasta, harina, azúcar, leche, bonito en escabeche, magro de cerdo, y calamares en su tinta era lo que más abundaba en el improvisado almacén.

El sacerdote que coordinaba la actividad no llegaba a la treintena, o eso parecía, y el día que le conocí iba vestido completamente de negro mostrando un único destello de luz en su cuello.

Cuando Rita nos presentó me pareció de estos sacerdotes que van de muy modernos y dicen cosas como “la iglesia es nuestra discoteca, y nuestra única droga es Dios”, pero creo que no acerté, porque me saludó muy jovial, dedicándome cinco minutos de su tiempo. Parecía tener mucha prisa, y una gran cantidad de cosas que hacer. No se hizo el interesante ni el gracioso en ningún momento, y sin muchos más rodeos me dejó con Rita y dos voluntarios más preparando unas visitas. Cambié mi prejuicio por “cura muy trabajador y comprometido”.

Algunos abrigos grises colgaban de una espontánea barra de metal, y otros tantos se amontonaban en el suelo en pilas que no parecían obedecer ningún orden. Uno de los chicos que se había quedado conmigo empezó a ordenar una montaña de ropa que estaba a punto de caerse, mientras me explicaba las tres principales actividades a las que se dedicaban.

Abrían sus puertas los miércoles por las tardes los que quisieran recoger comida o ropa. También iban a visitar a sus casas a quienes no podían acercarse los miércoles, llevándoles lo que pudieran necesitar. Y dos veces

por semana salían a hacer una ronda nocturna donde repartían sopa, algo de comida, y mantas a los que dormían a la intemperie o estaban hasta altas horas de la noche deambulando por las calles de Madrid.

—Cada vez son más los inmigrantes a los que atendemos, aunque también hay españoles que viven en condiciones infrahumanas —concluyó— ¿A qué quieres apuntarte? Necesitamos voluntarios para todo, así que cualquier cosa que decidas estará bien.

—Yo voy a la ronda de los miércoles por la noche, y a hacer algunas visitas —dijo Rita.

—Entonces yo haré lo mismo.

“Infrahumanas”. La palabra seguía merodeándome por la cabeza sentada en el autobús que cogí de vuelta. Quitando a los mendigos con gorros de lana que veía desde que era niña en cualquier calle cubiertos por cartones, y a los que ya me había acostumbrado a ver como si fuesen parte del mobiliario urbano, jamás me había parado a pensar si en Madrid existía gente que viviese en condiciones “infrahumanas”. A mí me parecía una ciudad bastante segura, limpia, y de gente más o menos acomodada, que nada tenía que ver con la de la postguerra de nuestros abuelos. Estaba convencida de que todo el mundo, incluso los que venían de pueblos, (como si en los pueblos de mi época la gente fuese pobre o analfabeta), tenían acceso a una educación de calidad, a la facultad o algún módulo de FP, y por lo tanto a un trabajo digno.

Era consciente de que había algunos problemas importantes, como la droga y la prostitución, pero estaba habituada a ver merodeando por algunas calles a gente, digamos, con un estilo de vida muy distinto al mío. Convivía con ellos. Pasaba por su lado sin miedo alguno debido a la fuerza de la costumbre. Esta clase de personas llevaban ahí toda la vida, como en toda gran ciudad. Y había poco más por lo que escandalizarse, a mi entender.

Definitivamente, mi agradable experiencia de Madrid durante veinticinco años, no alcanzaba a comprender la palabra “infrahumana” en sus calles, aunque soy consciente de que eso decía muy poco a mi favor como reportera. Así que no pude evitar sonreírme con ironía mientras les escuchaba. Pensaba que aquellos chicos eran unos exagerados, y que se veían a sí mismos como salvadores de “algo” o de “alguien”, que en realidad no necesitaban de tanto ruido.

El miércoles de mi primera salida se presentó apacible, el otoño aún no golpeaba con fuerza, y salvo una chaqueta de paño gruesa y un pañuelo para el cuello, no me hizo falta nada más para abrigarme. Cuando llegué a la puerta de

la parroquia, entre los tres chicos de la expedición ya habían cargado la furgoneta con dos enormes perolas herméticamente cerradas llenas de sopa caliente, dos sacos de pan cortado en rodajas, y unas veinte mantas.

—Hoy no creo que nos pidan muchas mantas —dijo uno de ellos.

Rita me presentó, y me quedé observando la furgoneta desde fuera con cara de no estar excesivamente comprometida con la causa. El chico que conducía se llamaba Bruno. Mi vecino tenía un perro al que llamaba Bruno, por eso, de todos los nombres que me dijeron aquella noche, fue del único del que conseguí acordarme cuando más tarde tuve la necesidad de llamar a alguien a gritos.

La ruta del miércoles era distinta a la que seguían los voluntarios del domingo, que cubrían la zona del Pozo, Entrevías y Moratalaz. La nuestra se adentraba por la zona centro, después pasaba por la Casa de Campo y terminaba en algún punto de los barrios del sur. La mayoría de los lugares no me resultaban conocidos (menos aún en la oscuridad de la noche) a excepción, por supuesto, de la hora que pasábamos repartiendo sopa a las prostitutas y mendigos que se encontraban en la calle Montera y los alrededores de la Plaza de la Luna, la calle Desengaño, la Gran Vía, las curvas de Camoens (que bajan hacia el paseo del Rey, donde a veces realizábamos una parada en el Albergue municipal para dejar a alguien que hubiesen recogido en muy mal estado), y la Casa de Campo.

A partir de entonces, los lugares y rincones recónditos a los que la furgoneta se acercaba, me resultaban tan lejanos como el tipo de personas a los que atendía.

Qué puedo decir. La primera noche me pareció espantosa.

Recordaba a las pobres muchachas (a éstas que tan vistas tenía desde pequeña) medio desnudas acercándose a por su mendrugo de pan y su enorme vaso de usar y tirar, repleto de una sopa que llevaba todo tipo de ingredientes. Parecía más bien un potaje. Y por primera vez, me paré a mirarlas de verdad. Esa noche tuve que ser consciente de su presencia no para pasar de largo, como si se tratara de unas farolas más puestas por el ayuntamiento, sino para acercarme a su situación.

Recuerdo en especial a una de ellas. Iba embutida en una minifalda con estampado de leopardo y subida en unos tacones de vértigo cuando se me acercó. Llevaba las uñas esmaltadas de negro, el rímel corrido hasta las mejillas, y con los labios pintados por fuera de su verdadera extensión, me dijo como si yo fuese una veterana:

—¡Eh, jefa! Hay una señora muy mayor ahí tirada que no responde —señaló a una esquina sucia donde se podían ver un montón de cartones cubriendo un bulto inmóvil a la luz de una tenue farola—. Normalmente se levanta a por su sopa, ¿sabes? Yo la veo aquí todas las noches, y creo que no es sitio para una anciana, pero bueno —. Tenía un deje extraño al hablar, como si todo le diese igual—. A lo mejor está demasiado “pedo” como para intentarlo —se echó a reír—. Yo creo que deberíais ir a ver.

No sabía qué hacer, miré angustiada a mi alrededor, y no vi a ninguno de mis compañeros, que se habían alejado de la furgoneta para dar cobertura a los que no se habían acercado.

—¿Qué pasa? ¿Te vas a quedar ahí como un pasmarote? —se encendió un cigarro—. No muerde, yo ya la he “zarandeo” y nada, chica, oye, que no se mueve.

Decidí acercarme a ella antes de quedar como una auténtica inútil. La mujer estaba hecha un ovillo, con su cuerpo replegado hacia sí misma. Tenía las manos agarrando un anorak mugriento dejando ver unas uñas negras y largas como zarpas que se curvaban en exceso. Una botella de plástico, casi vacía de un líquido rojizo, yacía a su lado. Como almohada se había colocado una bolsa repleta de basura bajo los grises cabellos.

La llamé varias veces pero la chica tenía razón, no respondía. Una incontenible angustia recorrió todo mi cuerpo ¿Era posible que aquella mujer estuviese ahí, muerta y tirada en la calle como un perro? Estuve a punto de echar a correr, no quería saber nada de todo eso. Sin embargo lo que hice fue darme la vuelta y gritar.

—¡Eh! ¡Rita, Bruno, venid aquí por favor! ¡Bruno! ¡Rita!

—Joder tía, tienes la cara desencajada. Eres una nenita nueva, ¿eh? —me dijo la chica que me había avisado. Y creo que se echó a reír.

Efectivamente, la mujer se encontraba en un estado que no supimos definir, podía ser que estuviese muy borracha, o muy enferma. Decidimos llevárnosla. Y entonces, sin comerlo ni beberlo, llegó mi bautismo de fuego. Cuando la levantamos, la mujer repentinamente volvió en sí, y dando patadas y brazadas al aire con gran violencia comenzó a escupirnos mientras gritaba unas palabrotas irrepetibles, abundantes y muy mal sonantes.

La escena me pilló fuera de juego. Yo, que no tenía ni idea de cómo funcionan estas cosas, me había imaginado una escena bucólica, con el despertar dulce y agradecido en la furgoneta de una amable anciana tras su rescate, cayendo en el dichoso cliché del que tanto renegaba. Así que tuve que

hacer de tripas corazón para agarrar a aquella mujer endemoniada, a la que intentaba meter en la furgoneta mientras continuaba soltando una retahíla de insultos e improperios sin ningún tipo de pudor, dejando ver sus dos únicos dientes ennegrecidos. El bautismo de fuego me llegó directo a la cara, en forma de asqueroso escupitajo.

Menos mal que dos de las chicas que degustaban el potaje caliente, corrieron desde la titubeante altura de sus tacones para ayudarnos, ya que en medio de todo el caos, yo había soltado a la anciana para limpiarme el ojo con la manga. De no ser por ellas, probablemente la pobre mujer se nos habría caído de cabeza a la carretera.

De mi primera ronda, junto al recuerdo de las jóvenes (y no tan jóvenes) de faldas cortas, pechos prominentes y camisetas inexistentes, se me quedó grabado el de la anciana, que, mirándome febrilmente a los ojos, me había echado una especie de mal de ojo. Yo sólo rezaba porque ninguna fuerza superior y maligna la hubiese escuchado .

“No, no me ha gustado nada, ¿cómo me va a gustar algo así?” le contesté a Rita con bastante mala leche cuando, en la furgoneta, me preguntó por mi primera experiencia como si viniésemos del cine.

Al día siguiente me alegró de ver que la ciudad seguía siendo la misma de antes. A punto estuve de besar el suelo cuando comprobé que todo seguía en su lugar: tan poco emocionante como siempre. Observé los alegres edificios madrileños, que abriendo sus ventanas y balcones despertaban a la luz del sol; a la gente bien vestida, andando con prisa para llegar al trabajo; las cafeterías, con su insinuante olor a bollería caliente y a café recién hecho; las madres que llevan a sus niños al colegio, con más o menos paciencia y buen humor; a la anciana camino de misa de nueve, con la que cada mañana me cruzaba; los comercios aún sin abrir; los autobuses llenos de vida en su interior...

Sí, ese mundo me gustaba, y al levantarse el día, seguía estando ahí.

El domingo siguiente fui a comer a casa de mis padres, y después de reírme un poco de Sara que había tardado una eternidad en arreglarse para salir con alguien, que yo supuse era su novio, me fui dando un paseo. De repente el sonido del móvil me sacó de mis pensamientos. Tardé como cinco minutos en encontrarlo en el enorme bolso que llevaba. Si alguna vez alguien tuviese algo urgente que contarme, iba a tenerlo crudo. Miré la pantalla, que ya había dejado de estar iluminada, y leí: “Mensaje de *Fiesta*”. Apreté el botoncito del medio, y el sms hizo su aparición:

“¿Cómo está mi chica misteriosa?”.

Tardé dos segundos en contestar: “De domingo”.

Enseguida recibí otro sms, pero esta vez era de María, que me informaba de que había quedado con Lola para tomar un café antes de empezar la semana. A eso contesté con más ánimo y una confirmación de mi presencia.

—Mira, ya viene por ahí. ¡Pero si es Madre Teresa! —dijo Lola cuando me vio llegar.

—Creo que Madre Teresa tiene más estómago que yo —. Les di dos besos, y ante el interrogatorio al que fui sometida, les tuve que contar mi primera experiencia en la ruta nocturna con pelos y señales.

—Por favor —dijo Lola con cara de asco— ¡Qué horror! ¿Y el escupitajo te alcanzó?

—Sí, en toda la cara.

—No te rías de esa gente —le dijo María a Lola— que yo en breve, como siga así, me veo tomando de esa sopa que reparten. ¿Tiene buena pinta?

—¿Te han echado del trabajo o algo? —pregunté asustada.

—¡Qué va! Es mi padre. Que ha decidido “cerrar el grifo”, como dice él. Pero no me importa, ya estoy acostumbrada a pasar penurias.

—Ah —. “Lo de siempre”.

—Por cierto —, Lola puso voz de intriga— ¿Qué fue de aquel chicarrón tan guapo con el que te fuiste de la fiesta?

—Sí, el morenito ese que me levantaste —dijo María—. Yo al final me quedé con un plasta que no sabía ni cómo deshacerme de él. Parece que tengo un radar en el trasero.

—Ya, ¿el plasta ese que “estaba como un tren”, y con el que te lo estabas pasando “pipa”, quieres decir? —María puso cara de incomprendida—. Yo bien —contesté finalmente—. Bueno, no sé. No me acuerdo ni de cómo se llama.

—¿No era Nacho, o Pancho, o algo así?

—Ni idea. De hecho creo que nunca lo supe. Le tengo grabado en el móvil como “Fiesta”. Me acaba de mandar un mensaje, pero no le he dicho nada para no darle cuerda.

—¡Uy! En el voluntariado ése debe haber alguien que te ha desviado del objetivo...

—No, si nunca me gusto mucho el “Fiesta” ese... ¡Pero si de la borrachera yo creo que estaba inconsciente!.. Y en el voluntariado son todos chicos muy buenos y muy píos... con sus camisas de leñador, sus deportivas y

sus pañuelos hippies atados al cuello... Nada interesante. Bueno y ahora vamos a hablar un poco de ti —le dije a María—. ¿Y el plasta ese qué? Porque lo que sí recuerdo es que de repente desapareciste y me dejaste ahí tirada...

—Nada, no debí gustarle mucho, porque a eso de las seis salió corriendo, como la Cenicienta...

—¡Pero no te quejes! ¡Se fue a las seis de la madrugada! —exclamó Lola incrédula—¡Si te llama todos los días y pasas de él! Lo que pasa que estaría ya agotado. Vamos, yo no me quedo hasta las seis de juerga ni de broma, me tendríais que llevar a casa con recogedor...

Comencé la semana con energía. Desde la ronda nocturna no había vuelto a tener noticias de nadie de la parroquia, hasta el martes, día en el que recibí una llamada de Bruno para que le acompañara a visitar una casa.

Mi primera visita, me resultó tan espantosa como la ronda nocturna. A punto estuve de decirle “al Bruno ese” que ya podría haber elegido algo más agradable para una primera vez. Menos mal que no le dije nada, porque me di cuenta de que hubiese quedado como una auténtica boba cuando entendí que todas las visitas iban a ser igual de duras para mí. Eso sí, cada una por su propia razón: por el hedor que segregaban las paredes; por la miseria que abarcaba cada rincón; porque a pesar de la limpieza y disimulada normalidad, había niños que miraban con hambre las bolsas que les llevábamos repletas de promesas de una buena cena; por la droga que había destruido un hogar...

El caso es que me asignaron a Bruno como acompañante de visitas. Rita le había explicado que era preferible que cada una fuese acompañada por un chico, mejor que ir las dos juntas. Esto, por supuesto, al principio me pareció una tontería, pero al salir del coche, cerca de la vivienda del hombre inválido al que fuimos a ver, entendí lo que me había querido decir.

—En realidad —me explicó Bruno cuando nos fuimos acercando a nuestro destino —, no es que esté inválido, es que se ha quedado oxidado a base de no levantarse de la cama. Un día decidió no volver a moverse nunca más, y por eso se queda ahí todos los días, bebiendo y fumando sin parar... Los servicios sociales le atienden de vez en cuando, pero no es suficiente... No dan abasto.

Llegamos a un barrio absolutamente desconocido para mí. No se parecía a los que solía frecuentar. En éste, carente de ningún tipo de vegetación, los niños jugaban en el asfalto de las calles y las mujeres, como en los pueblos, se sentaban con una silla en las puertas de sus casas a charlar. Había una

amalgama de pobreza y humildad que en principio no era desagradable. Las casas adecentadas se entremezclaban con las que podían parecerse más a una chabola que a un hogar.

Los hombres, apoyados en los coches, nos miraban sin disimulo al pasar, girando sus cabezas y dejando para otro momento lo que estaban hablando a nuestro paso. La sensación de esos ojos clavados en mi nuca consiguieron que se me formara un nudo en el estómago.

Llegamos a un bloque sin ningún tipo de personalidad, alto, de ladrillo visto y escasas ventanas, pequeñas y feas. El portal era poco vistoso. Tenía roto un cristal, y todas las paredes interiores, incluidas las que subían junto a las escaleras, rebosaban de grafitis sucios y sin ningún arte. Se paró en el rellano del segundo frente a una puerta haciéndome una señal de que ya habíamos llegado, y abrió con una llave que tenía en su poder. Estuve a punto de vomitar. “No por dios Raquel, contente” me dije, pero es que olía realmente mal. Y con gran esfuerzo conseguí disimular la arcada que había subido por mi garganta. No tuve la misma suerte al entrar en el minúsculo piso, ya que empecé a parecer un asno rebuznando de las arcadas que empecé a emitir sin control.

— Pero bueno Bruno, a quién me has traído, ¿a la reina de Saba? ¿O a su potrico?

El hombre soltó una sonora carcajada. Se encontraba en la única habitación de la vivienda, en la que sólo cabía una cama y un pequeño fogón que hacía de cocina. Estaba en camiseta y calzoncillos sobre el catre. Las sábanas tenían incrustada la suciedad de meses; probablemente defecaba en ellas con frecuencia. Sobre el colchón había un sinfín de botellas y envases de vino barato, ya vacíos. En el fogón, una cazuela guardaba los restos podridos de alguna comida que ahora disfrutaban los gusanos. A pesar de todo, seguía riéndose, yo hubiese dicho que estaba muy borracho, o realmente había perdido la cabeza.

“Hoy mismo lo dejo, yo no estoy hecha para esto” pensaba mientras mi estómago luchaba por no añadir más ponzoña a aquella habitación.

De verdad que intenté limpiar el hornillo, pero no tuve éxito, ya que la mayoría del tiempo lo pasé matando los bichos que me acechaban cada vez que movía cualquier cacharro mientras daba grititos de puro asco. Mientras, Bruno, había colocado la comida en una pequeña balda, y con el hombre ebrio encima tambaleándose y disfrutando de la compañía, había conseguido cambiar las sábanas por otras limpias que llevaba en la furgoneta.

Para el pobre hombre, aquello parecía una fiesta. Seguía riéndose a carcajadas, nos soltaba chascarrillos que yo a veces ni entendía, y nos pedía que nos sentásemos y tomásemos algo con él. Ni con un millón de bayetas hubiese conseguido limpiar su dignidad.

Esa noche me costó conciliar el sueño como nunca. Pasadas las dos horas en las que estas imágenes golpeaban mi incipiente sueño, conseguí dormirme. Al día siguiente, de nuevo, volví a dar gracias a la vida cuando desperté en otra dimensión (la mía), más luminosa y limpia; de gente que ha tenido la fuerza, o la suerte, de no tirar la toalla, que sigue luchando cada día levantándose de su cama, y aireando sus problemas a la luz del sol, donde siempre parecen más pequeños.

Me fui dando un paseo al trabajo, disfrutando de todo aquel que pasaba por mi lado, y del nuevo día que disponía a comerme de un bocado.

No pude decirle a Rita que lo dejaba. Lo intenté varias veces, pero me hubiese sentido fracasada. Si Rita, y las demás niñas de parroquia podían, yo también podría. Pero es que además ellos lo hacían con ilusión, y eso ya sí que me tenía desconcertada. Yo pensaba “¿Qué pasa ¿Qué van de guays?” Tengo que decir a mi favor que creo que nadie se dio cuenta del suplicio que me suponía, pero el tema, definitivamente, me quedaba muy grande. A parte de las dudas que me generaba, ya que estaba convencida de que mi ayuda no servía de nada.

Una tarde que había ido con Bruno a una visita y que habíamos terminado más pronto de lo habitual, me invitó a una caña. Accedí, necesitaba hablar de la desazón que me había generado esa última visita, y que no provenía de la suciedad, ni de la sordidez, ya que se trataba de una casa limpia (e incluso amplia) sino de lo que escondía bajo un frágil velo de normalidad.

Bruno había conducido la furgoneta de la parroquia hasta separarse del centro de la ciudad y llegar a un descampado que quedaba casi a las afueras. Llevábamos comida y ropa para dos niños de unos cuatro y seis años.

Un bloque de pisos en construcción y aparentemente abandonado se levantaba en mitad de una planicie situada entre dos carreteras. Nos dirigimos a él. Entramos por un amplio portal de una piedra blanca y pulida carente de puertas. Subimos unas escaleras que durante el primer tramo imitaban al mármol. Me pareció que aquello “no estaba tan mal”. A partir del segundo piso los escalones por los que subían pasaron a ser de cemento, y empecé a caer en la cuenta de que algo extraño pasaba en aquel edificio algo

fantasmagórico.

En las puertas que daban a los descansillos había gente viviendo. Los inmigrantes africanos, desengañados de Europa, se juntaban con los drogadictos en los descansillos de los distintos pisos por los que pasábamos. Había bombillas de colores colocadas de forma provisional en cada rellano.

Llegando al quinto piso Bruno se paró, y llamó con los nudillos a una de las cuatro puertas. Una chica española de unos veintisiete años nos abrió. Iba bien vestida, sonreía amablemente, y me pareció bien guapa.

La casa estaba perfectamente amueblada. El suelo de cemento, ocultado a trozos por alguna alfombra, delataba la improvisación de la vivienda a medio terminar, así como las ventanas, que estaban tapadas con una especie de plástico resistente al frío colocado de una forma bastante casera.

No había puertas que separaran una dependencia de otra, pero de esto me di cuenta mucho más tarde. Simplemente parecía que todas las habitaciones que daban al breve pasillo estaban abiertas, dejando pasar la luz del sol.

—Los niños eran preciosos —le dije a Bruno mientras tomábamos la caña. Además, los llevaba tan limpios y tan bien vestidos...

—Sí, cualquiera diría que viven de ocupas ¿verdad? —Asentí.

—¿Y los muebles?

—Les embargaron su piso, pero salvaron los muebles. Él sigue sin trabajo, y su familia no es de aquí. En el colegio de los niños no saben que están viviendo en estas condiciones...

“Amable” es la palabra con la que definiría a Bruno. Ya sé que puede parecer incluso despectivo. Es como decir algo así como “correcto”. Lo correcto está bien, pero carece de genialidad. Yo preferiría que dijeran de mí que soy “terrible“, “espantosa“ e incluso “odiosa“, antes que “correcta“. Y, sin embargo, el término “amable” en él era algo positivo, porque era una amabilidad auténtica.

Al principio pensé que era el típico niño bueno de parroquia (¡un día descubrí espantada que tocaba la guitarra!), pero ahora tenía que reconocer que era valiente, además de una gran persona. Disfrutaba ayudando a la gente necesitada, cosa que aún no sabía si me gustaba o me repateaba.

—Bruno, ¿por qué lo haces?

—Me gusta. ¿Y tú?

—No, perdona, estamos hablando de ti. Pero, ¿cómo te puede gustar esto? ¿Qué es lo que te gusta? ¿Sentir que haces algo por los demás?

—No, no. Lo que me gusta no es hacer algo por los demás, sino ver que

ellos están mejor cuando me voy. Bueno, ahora sí, ¿y tú? ¿Por qué estás aquí?

—Bueno, me dijo Rita que me ayudaría a encontrar el sentido de mi vida —dije algo avergonzada. Él levantó mucho las cejas.

—Ya, una manera un poco *heavy* de buscar el sentido de tu vida, ¿no crees? —le dio un sorbo a su cerveza—. Si no tienes claro el sentido de tu vida, entonces justamente lo que no puedes hacer es ayudar.

Bruno tenía esas cosas: cuando yo me pasaba las horas enteras intentando entenderme a mí misma sin conseguirlo, él con una sola frase podía explicarlo todo: lo mío y lo de los demás.

Intenté varias veces que el hombre que permanecía inmóvil en su cama dejara de hacerse sus necesidades encima. Que no se vistiera, y directamente que no se levantara, me parecían ya males menores. Al principio lo hice con cuidado, creo que más por lo que pudiera pensar Bruno que por el interesado en sí, que casi siempre estaba borracho. Parecía una mamá con él, y le decía cosas como “cariño, intenta hacer tus cosas en el orinal, anda, que para eso te lo hemos traído. Además, es mejor para ti, ya verás”. Pero él no me hacía ni caso. Hasta que un día se me hincharon las narices.

—¡Pero bueno! ¡Vamos a ver, esto es una cerdada! ¡O dejas de cagarte encima, o paso de seguir viviendo! ¡Menuda tomadura de pelo es esta, pero si tienes el orinal ahí mismo!

Cogí un plumero y empecé a cargarme a todos los bichos que se movían cuando retiraba algún plato. ¡Zas zas, zas! Creo que ese día hice la mayor limpieza de todas. Mientras mataba cucarachas y no sé qué más cosas asquerosas, no dejé de farfullar “¡Habrased visto, una cosa es ser pobres y otra cosa es ser guarros! ¡Pues menuda gracia, aquí a cambiarle todos los días al señorito las sábanas porque se caga encima!”. Bruno me miraba con los ojos como platos, pero el hombre, que no parecía nada impresionado, se desternillaba de la risa. De no ser así reconozco que me hubiese cortado más, pero cuando vi que lo mismo le daba, me crecí.

—Ríete, ríete ¡Ya verás la gracias que te va a hacer cuando dejemos de venir y te encuentres entre una gran montaña de mierda! —le decía sacudiéndole el plumero lleno de cucarachas muertas a un palmo de la cara.

—Pues sí es brava la reina de Saba, sí—decía entre carcajadas— ¡Y qué bien se le está dando hoy eso de matar bichos!

Lo que voy a contar a continuación hace que cada vez que lo recuerdo, un sentimiento de orgullo invada todo mi ser, haciéndome sentir la persona más lista del planeta: Cuando volvimos la siguiente vez, había hecho sus

necesidades en el orinal. Me hinché como un pavo. La sensación que me inundó fue indescriptible, y estuve mirando por encima del hombro a Bruno toda la visita, porque por supuesto, a la salida de la vez anterior me había amonestado por mi comportamiento “descontrolado y poco caritativo”.

—Llevo viniendo a verle hace ya casi dos años, y reconozco que el otro día pensé que nos iba a mandar a la porra. ¡Y mira por dónde has conseguido que utilice (por fin) el orinal! ¡Si lo llego a saber le hubiese cantado yo las cuarenta mucho antes!

—Ya, ya. Ahora hazte el machito.

Esa tarde nos fuimos a tomar la caña de muy buen humor, tanto, que Bruno me pasó alegremente el brazo por encima de los hombros mientras nos acercábamos a nuestro bar.

A pesar de aquella “pequeña gran victoria”, yo seguía sufriendo con cada primera visita que hacíamos, donde descubría de nuevo otra realidad, que el hecho de ser cierta, hacía que fuese aún más dura que mis peores imaginaciones.

Recuerdo el día que fuimos a llevar ropa a una nueva casa con niños. Tenía muy buena disposición, ya que me iba haciendo con las situaciones difíciles, y además, cuando había niños las visitas se me hacían menos cuesta arriba. Normalmente las casas solían estar algo más limpias, y los problemas provenían del no tener para comer, o ropa suficiente.

El edificio al que nos aproximamos tenía innumerables ventanas y unas proporciones descomunales. Se erguía junto a otros tres iguales que habían sido construidos por el ayuntamiento al derribar un poblado de chabolas que se extendía a las afueras de la ciudad. Una vez dentro, miles de sonidos que provenían de los pequeños apartamentos flotaban por las escaleras, y se expandían por el largo corredor que daba a las puertas de entrada.

Comenzamos a subir mirando el papel con la dirección que el párroco nos había soltado sin más dilaciones para ir a hacer una primera visita. Teníamos que subir al tercer piso por unas angostas escaleras que daban a corredores largos y llenos de puertas. Empecé a oír el balido de una cabra. Eso me pareció, pero creí que estaba alucinando. Según íbamos subiendo el balido se fue haciendo más audible, hasta encontrarnos con la pobre cabra, que efectivamente estaba atada a la barandilla de la escalera.

Entonces me di cuenta de que su balido desubicado se mezclaba con el llanto de un niño. A lo lejos se escuchaban unos gritos que provenían de algún lugar donde se libraba una batalla campal.

A medida que avanzábamos por el descansillo de la tercera planta, el balido se iba haciendo más lejano, y el llanto del niño más audible. Seguimos avanzando hasta parar frente a una puerta donde el número 306 colgaba de un solo tornillo lateral. Llamamos a un timbre que no oímos.

Un niño de unos cinco años abrió un poco la puerta, y posando sus ojos asustados en nosotros desde abajo, nos interrogó con la mirada. El llanto del bebé provenía de ese mismo piso.

—¿Está tu mamá? —le pregunté— el niño torció su cabeza para mirar hacia el piso. Otro niño de unos siete años asomó su cara por encima.

—¿Qué queréis?

—Mira, tu mamá llamó a nuestra parroquia para que os trajésemos ropa y comida —. Señalé la bolsa— ¿Está ella? —. Se hizo un silencio— ¿Ese que llora es tu hermanito?

—Sí, lleva así mucho tiempo, no sé qué le pasa.

—Si me dejas entrar a lo mejor podemos verlo. Puede que esté húmedo y esté molesto, o que tenga hambre... o puede que esté malito...

Los niños, que en realidad no habrían podido hacer nada ante dos adultos que hubiesen querido entrar en su casa, se apartaron para dejarnos pasar. Una mujer morena de abundantes rizos que le tapaban la cara, yacía inconsciente sobre el suelo frío y desnudo en mitad de la salita.

Al fondo, en una pequeña cuna, un bebé de pocos meses berreaba sin parar, poniéndose morado con cada estertor. Me acerqué y lo cogí para acunarlo. Busqué con la mirada algo que me diese a entender que era la comida del niño, o un biberón, pero no vi nada.

El niño de cinco años se dirigió al cuerpo desvanecido de su madre y se subió a horcajadas haciendo como si montase a caballo jugando con ella. “¡Arre! ¡Arre!”. Tirando las bolsas al suelo Bruno se acercó corriendo al cuerpo de la mujer, y le tomó el pulso. Encima de la mesita del salón había una jeringuilla.

—Tiene pulso. Tenemos que llamar a una ambulancia, esta mujer debe tener una sobredosis o algo así.

La visión del niño haciendo de jinete subido al cuerpo inmóvil de su madre hizo que el corazón se me encogiera y se me pusiera duro. Como una nuez.

Una vez los dejamos en manos de los sanitarios, salimos consternados de la mole de ladrillos. Al alejarnos de allí, un llanto incontenible se apoderó de mí. No había estallado hasta entonces, de hecho, había sido muy dura desde

que había comenzado con aquel voluntariado, pero una vez me hube desmoronado, ya no pude levantar de nuevo la barrera.

Bruno pasó de nuevo su brazo por encima de mis hombros, entendía cómo me sentía, pero no era a mí a quien había que consolar. Yo esa noche tendría una casa decente, con una cama limpia y una lamparita que encender velando por mis sueños, y sobre todo, tendría una madre lúcida a la que llamar.

En seguida logré reponerme, y nos fuimos al bar donde cada tarde nos sentábamos a repasar la última visita y preparar la siguiente.

Me sentía bastante avergonzada de mi reacción, pero empecé a explicarle que yo en realidad no estaba hecha para ese tipo de trabajo, que no disfrutaba haciéndolo, sino que más bien lo pasaba mal. Le dije que me gustaría ser como ellos, los demás voluntarios, que estaban encantados de hacerlo y que se sentían realizados por ello. A mí eso no me ocurría, no sentía esa realización, sino un sentimiento de fracaso y de frustración muy grande al saber que en realidad no podía hacer nada por esas personas.

Bruno me recordó mi éxito con el hombre inválido, y la gran satisfacción que había sentido. Tenía razón, pero en realidad los grandes cambios no solían darse en casi ningún caso, y le expliqué que yo necesito resultados para sentirme bien. No podía echarme a los hombros la responsabilidad de que una madre drogadicta se desenganchase, o un hombre en paro encontrase trabajo y lo mantuviese.

Estuvimos hablando durante casi dos horas. Yo creía que no me iba a entender tan bien cuando le dijera lo que pensaba. Decir que ayudar a los demás no te gusta, puede parecer bastante egoísta, pero a él no le debió parecer tan mal, cuando en un momento dado, me besó. Y Bruno no era de esos chicos que besan por besar. Ya se había hecho de noche, y estábamos sentados en la mesa de siempre. Me quedé tan sorprendida que no supe qué decir. Seguro que es una tontería, pero no esperaba que un chico que parecía pensar sólo en los desfavorecidos, también tuviese espacio en la mente para algo tan superficial como las mujeres.

No le había mirado nunca bajo ese registro, y bien visto, Bruno no estaba nada mal, así que decidí seguirle con ese beso, y ya de paso, con unos cuantos más.

Esa misma noche, después de que me acompañara hasta mi casa, me metí en la cama, y empecé a dar vueltas de un lado a otro sin poder dormir. Bruno era un buen tipo, y llegué a la conclusión de que para un chico como él,

que se toma tan a pecho las desgracias ajenas, las mujeres tampoco debían ser cosa de broma.

Creo que los culpables de que empezara a hiperventilar, fueron este tipo de pensamientos, como si me hubiese pedido matrimonio o algo así. Y creo que fruto de esa hiperventilación, de repente me visualicé en una casa con jardín, con tres churumbeles, un enorme perro de los que no muerden y son muy simpaticotes con los niños, y una ranchera familiar, y casi me da algo del soponcio. De repente me sentía como cuando entro en una discoteca llena de gente, sólo quiero encontrar la puerta de atrás. Cuando salí del colapso mental al que yo misma me había sometido, decidí que la próxima vez que nos viésemos tenía que aclararle la situación, no fuese a emocionarse demasiado conmigo.

La oportunidad no tardó mucho en llegar. Esta vez no se trataba de un trabajo de voluntariado, sino de una cena que Rita había organizado en su casa para todos los colaboradores. En un momento en que pudimos separarnos del grupo, en un pequeño balcón que daba a una placita tranquila del centro de la ciudad, me decidí a abordar el tema.

—Bruno, tenemos que hablar. Le dije muy solemnemente

Como aún no había desechado mi teoría de la tirita como algo bastante cruel, fui de nuevo demasiado directa mientras miraba pasar a dos transeúntes por debajo del balcón, para evitar su mirada y así no sentirme tal mal.

—Eres muy buen chico —, empecé como empieza todo el que va a dejar a alguien. No lo pude evitar, al final, en los momentos más inoportunos, me vuelvo terriblemente mediocre —. No sé si quiero algo serio por ahora. Me gustas, pero no lo tengo nada claro —. Le miré al fin, pero no pudo leer nada en aquel semblante que me observaba fijamente—. No quiero decir que no quiera nada contigo, sino que necesito tiempo para ir aclarándome ¿me entiendes? No te estoy rechazando, pero tampoco quiero engañarte, ni hacerte daño. No te lo merecerías.

Una vez estas palabras quedaron dichas, el miedo desapareció, ya no le engañaba, ni le hacía creer que aquello era algo sólido desde el principio. De esta manera me sentí más sincera, y sobre todo, me sentí liberada de una carga que en realidad, él no me había pedido que soportara.

Por un instante me pareció percibir la desilusión reflejada en sus ojos, pero si se desilusionó, en ningún momento hizo mención, aunque me pareció que disimulaba cuando me contestó en el mismo tono desenfadado, como si la cosa tampoco fuese con él.

—Genial, genial, yo pienso lo mismo. Lo del otro día fue un arrebatado ¿no? —dijo sin mucha convicción—. No quiero que te agobies. Y yo tampoco quiero agobiarme, la verdad. No te preocupes, ya iremos viendo.

— Guay.

El resultado de nuestro “ya iremos viendo” fue que nos íbamos enrollando por las esquinas cada vez que teníamos ocasión, pero como no había nada entre nosotros, pues no le comunicamos a nadie lo que había “entre nosotros”.

Si él se enamoró de mí, nunca me lo dijo, aunque sinceramente, yo creo que sí. Si yo me enamoré de él, nunca me lo dije a mí misma, aunque sinceramente, creo que también. Pero lo que sí sé es que ninguno de los dos sabíamos movernos en arenas movedizas. Supongo que por eso nos ahogamos en ellas.

Iniciamos una relación de esas que no está catalogada de ninguna manera en el diccionario de la Real Academia de la Lengua, en la que los dos estábamos perdidos, y que al paso de los meses se fue alargando demasiado para no ser nada, pero que no consiguió definirse como algo más. Aquella fiesta se generó tal cortocircuito entre nosotros, que nos resultó imposible establecer una comunicación fluida y despejada con el paso del tiempo, sin interferencias de por medio.

En los meses de invierno la ruta nocturna empezó a hacerse bastante más dura. No sólo por el frío que teníamos que soportar, sino por los estragos que causaba en las personas a las que intentábamos ayudar.

Las mantas eran la pieza fundamental de la furgoneta, y volaban como los retales de un gran almacén en época de rebajas. La sopa era cada vez más demandada, y cuanto más caliente mejor.

Las chicas a las que ya reconocía y llamaba por sus nombres, se alejaban de la furgoneta resoplando en sus vasos mientras se calentaban las manos. Los indigentes se levantaban de sus lechos improvisados arrastrando las mugrientas mantas para llegar a nosotros y poder recibir su sorbo de calor nocturno.

Cada noche acabábamos llevando a algún inconsciente al albergue, normalmente contra su voluntad. Terminé entendiendo que la sensación de libertad para estas personas era mucho más potente, y su llamada más firme, que el calor de un hogar artificial con normas. Eso sí, no volví a ponerme a tiro de piedra de nadie mientras nos los llevábamos en volandas para no recibir de nuevo el impulso de su rebeldía en la cara, aunque era posible que

no me hubiesen vuelto a escupir jamás. De hecho, la mayoría de las personas que se beneficiaban de nuestro trabajo nos esperaban con ansias. Muchos conocían nuestros nombres y si algún voluntario faltaba alguna noche, preguntaban por él.

—¿Y el gafitas? ¿Hoy se ha quedado en su casa viendo la tele? No es tonto no el gafitas...

Nos hacían bromas mientras sorbían sus sopas, y agradecían la ayuda recibida, pero por si acaso, yo me apartaba cada vez que elevaban a alguno por la fuerza para meterlo en la furgoneta.

Una noche próxima a la de Navidad, había nevado tanto que un blanco manto había cubierto las calles. En los telediarios, como todos los años, informaron de que nunca jamás en la vida de España se había visto algo así, y la gente, de nuevo, había salido esa tarde a hacerse fotos en ese escenario jamás visto.

Un hombre sucio y sin dientes nos dio una voz de alarma a eso de las doce de la noche. Su compañero, un mendigo con el que solía compartir suelo y vino en el paso peatonal de la calle Bailén yacía frío e inmóvil en camiseta. Había bebido bastante, y al no sentir el frío se había despojado de su ropa de abrigo, lo cual en una noche como esa le había llevado a una hipotermia que no llegaría a ser grave si actuábamos deprisa.

Rita nos llamó a gritos, y antes de salir corriendo hacia el lugar donde el hombre se congelaba, se equipó con mantas y un tazón de sopa caliente.

Bruno fue el primero en llegar. Se quitó el abrigo y se lo puso al hombre mientras empezaba a frotar sus brazos y sus piernas con rapidez. Cuando Rita les alcanzó le tapó con todas las mantas que había alcanzado a coger, tirándose prácticamente encima de su cuerpo inmóvil. Yo llamé a emergencias.

El hombre fue poco apoco volviendo en sí, y con cuidado fuimos dándole cucharadas de sopa caliente. La ambulancia, que llegó escasos minutos después de la escena que yo observaba sin saber muy bien qué hacer, estuvo un buen rato con nosotros hasta conseguir reanimar del todo al paciente. Esa noche le llevamos al refugio para que durmiera seguro y su cuerpo se reanimara del todo. Al despedirse de nosotros, el hombre nos miró inexpresivo, y apenado dejó su botella de vino en la furgoneta.

Al terminar las rondas Bruno siempre me acompañaba a mi casa sin que ningún otro voluntario, ni siquiera Rita, lo supiera. Íbamos dando un paseo, aunque fuese muy tarde. Esas noches eran las que más me gustaban, más que cuando quedábamos los fines de semana.

A base de matar cucarachas, limpiar más porquería de la que entraba en mi cabeza, y dar de comer a la gente, maduré. Un poquito. Hubiese preferido madurar dando la vuelta al mundo, que dicen que viajando se aprende mucho, pero bueno, me tocó madurar así, a golpe de plumero y pucheros nocturnos. La idea que había tenido siempre de las personas dio un giro. Mi forma de mirar a la gente, de observarla en el autobús, o haciendo la compra, caminando por las calles... Mi manera de juzgarla, o de ignorarla. Mis prejuicios. Todo cambió. En realidad, no es que cambiara mi forma de mirarla: es que empecé a verlas.

Una tarde, sentada en el metro me puse a observar a mi alrededor. El vagón iba bastante cargado de gente. Los asientos iban a rebosar, y en cada barra había una o dos personas bien agarradas para no caerse. Unos charlaban, otros leían o escuchaban música. La mayoría iba absorta en sus propios pensamientos.

Y de repente me di cuenta de que eso que hubiese hecho antes, ahora ya no lo hacía.

Antes hubiese dado por supuesto que la mayoría de personas ahí agrupadas por casualidad, vivían en un sitio con puertas, con suelo. Con ventanas. Pero eso era antes. Simplemente me hubiese parecido lo más lógico, pensar que vestirían ropas elegidas con esmero, y que la vida para ellos sería más o menos difícil, como la mía.

Ahora sin embargo, me acordaba de la madre de la familia que ocupaba un piso a medio construir. Había ido a visitarles varias veces. Para ella elegía ropa bonita, sabía que la cuidaría. Recordé su estilo, su sencilla elegancia, y me di cuenta de que cualquiera de las chicas que estaban a mi alrededor perfectamente vestidas, podían ser ella.

Había conocido varias personas como aquella mujer: limpios, discretos, trabajadores, pero que por cosas del destino no estaban en un buen momento. Personas que secretamente recurrían a la caridad, y ahora sabía que cualquiera en ese vagón podía ser una de ellas.

Empecé a ser capaz de detectar esas pequeñas señales que antes me hubiesen pasado por alto: un abrigo desgastado pero muy bien cuidado, unos zapatos excesivamente remendados, y el pelo bien peinado, para que no se note la noche de insomnio, la necesidad de algo más para vivir dignamente.

Y entendí que algo en mí había cambiado. Al mirarla, sin saber porqué, noté que apreciaba mucho más que antes a las personas que me rodeaban, aún sin conocerlas, y posiblemente, equivocándome en sus juicios al mirarla.

Seguía sin sentirme especialmente atraída hacia ese voluntariado que había comenzado como un rito de limpieza de una vida demasiado superficial. Quizá el choque había sido excesivo, pero no podía negar que había aprendido mucho durante aquellos meses. Sin embargo haber aprendido no me consolaba. Entendía que el fin de aquello no era aprender, sino crear una sociedad mejor, y no estaba segura de estar consiguiéndolo.

Una tarde una chica nueva apareció en los locales de la parroquia. Quería apuntarse al voluntariado. Cuando el sacerdote le preguntó por sus razones, ella había alegado que “quería vivir esa experiencia tan maravillosa en Madrid”. Comentó algo sobre una estancia en Santo Domingo. Al hablar de los pobres de aquel país rememoraba la sonrisa de los niños que tanto le reconfortaba, y el hecho de que para ella, cada vez que uno de esos pobres infantes que no tenían más que una chabola para dormir, le sonreía, era un regalo. Eso, según contaba, le colmaba de felicidad. Ahora quería volver a vivir esa felicidad de la mano de otros pobres: los de su propia ciudad.

Cuando me encomendaron la tarea de enseñarle el local y explicarle lo que hacíamos, estuve a punto de soltarle algo así como “Si quieres vivir una experiencia arrolladora ¿Por qué no te tiras en paracaídas? Y si tanto te reconforta la sonrisa de los niños ¿Por qué no te haces maestra, y punto? Ah, no, que para que su sonrisa te parezca un regalo tienen que ser pobres, se me olvidaba”, pero entonces recordé que yo misma me había apuntado a aquello para encontrar el sentido de mi vida, así que me tragué mis pensamientos envenenados, y fui todo lo amable que pude.

Una tarde, estando en el sofá de mi casa con Bruno, una pregunta llegó repentinamente a mi cabeza

—¿Podría haber muerto? —Sin saber porqué, mucho tiempo después me había venido la imagen de Rita tumbada con tres mantas sobre aquel hombre que encontraron una noche medio congelado. Tras dejarlo en el refugio no nos había dado tiempo a hablar de lo sucedido, y ahora, de repente, junto con aquella imagen me había surgido la pregunta.

—¿Quién? —dijo Bruno ajeno a mis pensamientos mientras miraba la tele.

—El hombre aquel, el de Bailén. La semana antes de Navidad.

—¿Cuál?

—Sí, el que tenía hipotermia, que tuvimos que llamar a la ambulancia...

—Ah, sí, ya me acuerdo. Es raro que alguien muera de frío en Madrid, pero estaba en camiseta, y había nevado... nunca se sabe. Sí, es posible,

supongo.

Me quedé observándolo en silencio, y a pesar de que estaba viendo el fútbol y no me estaba haciendo ni caso, me di cuenta de que me gustaba mucho. Le admiraba. No era especialmente expresivo, pero era un chico con energía. Y esa bondad que antes me apabullaba, ahora me atraía cada vez más. Pero el cortocircuito ya se había instalado en nuestros corazones, como un miembro más de nuestra relación, y ese apagón de las primeras luces que se encienden cuando entiendes que has conocido a alguien especial parecía irremediable. Ya no sabía cómo cambiar esas bombillas para que volvieran a lucir y expresarle que ahora sí era importante para mí.

Todo seguía igual, nos veíamos mucho, pero no había nada explícito entre nosotros. Tampoco había nada explícito que nos separase, de hecho, que estuviese en mi salón, viendo el fútbol en mi tele sin prestarme ninguna atención me parecían buenas noticias. Un lío. Le di un beso y le propuse ir al cine esa misma noche.

Más o menos, por aquella época cercana al verano, volví a recibir un mensaje de *Fiesta*. Se acordaba de vez en cuando de mí, aunque ya había pasado mucho tiempo desde que salí despavorida de su piso, pero debe ser que los días que no tenía chica con la que quedar, tiraba de agenda. Quería quedar conmigo, y decidí verle para dejarle clara la situación: yo estaba con Bruno, y parecía ser que vía sms no se daba por enterado. Cuando estaba llegando al bar donde habíamos quedado, recibí por sorpresa otro mensajito

Nena, staba pensando k mejor kedamos n mi casa. Akí staremos + cómodos, no te parece?

Yo ya stoy llegando al bar. Preferiría k te acercaras tú.

Anda, nena... es k a mí los sitios públicos me dan alergia ;).

Sin ni siquiera contestar a este último sms, di media vuelta y regresé a mi casa a prepararse una buena cena. “Nena tu madre”. Desde entonces, no volví a contestarle a ningún mensaje más.

Dediqué cinco de mis días de vacaciones al campamento de verano preparado para los niños de las casas a las que visitábamos. Al verles fuera de su entorno, donde les había conocido, empecé a olvidarme de la situación en la que vivían, y pude mirarles sin sentir pena. Así conseguí al fin disfrutar de ellos en esos días soleados en que los juegos, las piscinas municipales, y las risas fueron los protagonistas.

El resto de las vacaciones las pasé viajando con Lola y María haciendo una ruta en inter-raíl y recorriendo Europa de tren en tren. Desde nuestra

aventura por Escocia, de eso hacía ya siete años, solía hacer un viaje con Lola todos los veranos. María, se había sumado a esta tradición desde el día en que nos había presentado.

Reconozco que el viaje de inter-raíl fue realmente divertido, pero se me hizo algo duro al estar separada de Bruno, cosa que no me esperaba en absoluto. No es que yo sea muy ñoña y necesite estar con mi pareja todo el día, como Pin y Pon, es que aunque nunca me lo llegué a reconocer a mí misma, ya no imaginaba mi vida sin él. A esas altura no me importaba el embalaje: si era guapo o no lo era; ni sus defectos: quizá demasiado piadoso y compasivo para mí; ni a qué se iba a dedicar profesionalmente hablando: si iba a ser solvente, o en absoluto. Había aprendido a quererle con un amor cotidiano, de esos de los que día a día te acaban ocupando toda la vida.

Quizá si me lo hubiese pedido (vivir con él toda la vida) hubiese salido corriendo de nuevo, porque aún no estaba preparada para un amor consciente. Pero de no haberlo hecho, se hubiese colado por todos los huecos de mi existencia, hasta la última ranura, dándole más consistencia. Y ahora estaba atrapada, porque no tenía ni idea de lo que había entre nosotros, y la angustia de poder perderle había inundado esos recovecos que estaban hechos para amarle sin darme cuenta, haciéndome perder el brillo y la espontaneidad. Como el chapapote en el agua limpia del océano se me había pegado al corazón, y no sabía cómo sacármelo.

La ansiedad empezó a campar a sus anchas por mi cerebro, que no paraba de martillearme una y otra vez con una retahíla de cuestiones que a veces me quitaban el sueño: “¿Y si vuelvo y ya pasa de mí? ¿Y si como no somos nada encuentra a otra?”

Tengo muchas virtudes, y una innumerable lista de defectos, pero una clara incapacidad: la de hacer que las cosas que me angustian dejen de existir en mi cabeza. Intento encontrarles una solución una y otra vez sin conseguirlo, y cuanto más lo intento, más lejos estoy de dar con ella. Por eso mismo los pensamientos obsesivos nunca han jugado a mi favor, porque, además de abrirme mucho el apetito, me hacen comportarme como una auténtica lunática. Y eso hice. Empecé a taladrar el cerebro de Lola y María con la historia. Aún recuerdan ese verano como el *verano en el que Raquel se convirtió en una terrorista psicológica*. Ellas se quejan, pero en realidad les di mucho juego, porque aunque parezca que frivolizo mi propio sufrimiento emocional, y puede que en muchas ocasiones lo haga para poder superarlo, los debates en torno a la historia nos dieron para largas horas de viaje en tren.

—Pero vamos a ver —me preguntó una noche Lola tras coger un tren en Cracovia —¿Ese tío es tu novio o no?

Como no supe responder a esa pregunta, me entraron unas ganas horribles de abrir una bolsa de patatas fritas y zampármela entera. Rebusqué en mi mochila.

—¿Pero cuánto tiempo lleváis juntos? —preguntó María para quien nuestra situación era de evidente noviazgo.

—No estamos juntos. Casi ocho meses—. Se empezaron a reír a carcajadas. Estábamos muy cansadas de tanto viaje—. A ver cómo os lo explico. Llevamos ocho meses, pero digamos que no lo hemos oficializado.

—¡Eso es lo de menos! Hay muchas parejas que llevan saliendo mucho tiempo, y que nunca se dijeron nada “oficial”.

—Sí, pero él no es así. Es más tradicional. Al principio creo que quería intentar algo más serio conmigo, pero ya no lo sé. Es un chico de comprometerse. Y ahora, aunque parece que va bien, no lo sé... me da la sensación de que entre nosotros no hay ningún compromiso.

—A mí ese chico me gusta para ti —dijo María—. Yo creo que sí se siente comprometido contigo ¿no? Parece tan buena persona... y está muy metido en eso de los pobres...

—Bueno, bueno. Que se comprometa con los pobres no quiere decir que sea un chico de comprometerse en otras cosas —dijo Lola—. Hay mucho niño de parroquia suelto por ahí, muy *guapete* y muy *buenín* ¡con los que hay que tener un cuidado!... Que van de “soy un santo” y en el fondo son más crápulas que nadie. ¿No tocará la guitarra, no? ¡Esos son los peores!

—¡Y qué más da si toca la guitarra!

—¡Toca la guitarra! —exclamó espeluznada.

—¿Y por qué no se lo preguntas directamente? Dile lo que sientes...

No dejé terminar a María, la romántica del viaje, su cántico sobre el amor y la declamación del mismo.

—¡Sobre mi cadáver me vuelvo a declarar yo a un tío! —Grité con la boca llena de patatas fritas —. ¡Sobre mi cadáver!

Durante todo el viaje me contuvieron bastante en mi compulsión por ponerme en contacto con él cada dos por tres, sobre todo Lola, que me repetía que si me propasaba, iba a darse cuenta del estado paranoico en el que me encontraba e iba a salir huyendo.

Pasado el verano volví a mi rutina con algo de depresión post-vacacional. Retomé con toda la ilusión que pude mi trabajo de reportera y mi

piso en Moncloa. El voluntariado se reinició de nuevo con la misma gente y algunos novatos que iban asomándose a la parroquia para ver qué se podía hacer.

Bruno y yo seguíamos siendo compañeros de visitas. Seguíamos yendo a las casas de las familias a las que ya conocíamos y con las que yo me llevaba bastante bien, a pesar de mis “momentazos”, como los llamaba él. Eran esos momentos en lo que les dejaba las cosas claras de una manera “descontrolada y poco caritativa” en cuestión de limpieza; de importancia de la educación de los niños y el absentismo escolar; y otras cuestiones que a veces pasaban por alto.

Después, como siempre, nos quedábamos comentando nuestras impresiones, o paseando con nuestro inconfundible estilo: a veces cogidos de la mano como unos tortolitos, otras como simples amigos. Los fines de semana solíamos salir juntos, y algunos sábados se quedaba a dormir en mi piso y pasábamos el fin de semana viendo películas. A ojos de todo el mundo, seguíamos siendo sólo compañeros de visitas.

Finalmente la trampa en la que me encontraba fatalmente metida estalló en mis manos como una bomba de relojería un miércoles que tocaba hacer ronda nocturna.

Como siempre, aparte de mí misma, aparecieron Bruno, Rita, y otros dos voluntarios más. Uno de ellos iba acompañado de la voluntaria a la que le gustaba ver a los niños pobres sonriendo, que ya no era tan nueva, pero sí en lo que a la ronda nocturna se refiere.

Se trataba de una chica de baja estatura, pelo escaso y lacio, y sin un atractivo especial, salvo unos enormes ojos de un color azul turquesa que levantaba para mirar como desde el fondo de un lago encantado. Llevaba la línea pintada de azul, y por si no nos habíamos dado cuenta de que tenía los ojos azules, también lucía rímel azul en unas pestañas tan largas, que cuando pestañeaba me daba la sensación de que me llegaba el aire. Al hablar los abría mucho, y gesticulaba continuamente con ellos (excesivamente), de manera que era prácticamente imposible desviar la vista hacia cualquier otro rasgo más modesto de sus vulgares facciones. Esos ojos, se habían posado claramente en Bruno meses antes, nada más llegar, y ahora venían con ganas de guerra.

La ronda me le hizo interminable, no porque la nueva chica estuviese continuamente llamando la atención de Bruno, sino porque él parecía encantado con la situación. Yo no veía prostitutas, ni pobres deambulando

pidiendo un vaso de agua y un trozo de pan. Yo sólo veía dos ojos enormes que se comían a mi chico cada vez que le miraban, y a mi chico queriendo ser engullido por esos dos luceros.

Según fueron pasando las oscuras horas en la noche de la ciudad, un enfado sordo fue incrementándose en mis entrañas. Me sentía atrapada, teniendo que ser testigo del empalagoso cortejo sin poder gritarle a aquella voluntaria que a mi parecer mejor estaría haciendo puenting para conseguir su adrenalina que robándome el sitio, y que Bruno ya estaba pillado.

Pensé acercarme a él, pretendiendo tener algo importante que decirle, y darle un beso marcando el terreno antes de alejarse de nuevo a repartir la cena. Sin embargo, tuve que desechar la idea, ya que nadie (ni siquiera Rita que se encontraba ahí con ellos), sabía que entre nosotros podía haber algo más que cierto compañerismo a la hora de atender a los más necesitados, y no era ni momento ni la manera de dar la noticia.

—Bueno, bueno —me comentó Rita en un momento dado con bastante complicidad—. Yo creo que a la nueva le ha gustado Bruno ¿Tú qué crees? —Sentí que algo me golpeaba en el estómago con fuerza. “¿Qué que creo? ¡Que como siga así le voy a arrancar las pestañas una a una con unas tenazas!” Pero logré guardar la compostura. A medias.

—Desde luego, parece que “esa tía” más que a repartir sopa ha venido aquí a ligar. Si se echa más rímel azul en las pestañas se le van a caer.

Rita se rió sin darse cuenta de la acritud que desprendían mis palabras.

—¿Y tú crees que a Bruno le ha gustado ella? —le pregunté sin ser capaz de contenerme.

—¡Ni idea! —contestó Rita—, ya sabes cómo son los hombres, desde luego está disfrutando de su éxito. De todas formas, yo lo entiendo, a nadie le amarga un dulce.

“Esto sí que es sufrir en silencio, y no eso de las almorranas”, pensé mientras me acercaba con un vaso humeante y un trozo de pan a una esquina donde dos hombres alegres y dicharacheros habían extendido su campamento nocturno. Reconozco que lo pensé porque por aquel entonces yo no sufría de almorranas, pero en este momento de mi vida creo que el dolor físico que sentí en el hueco de mi corazón cuando entendí que a Bruno le encantaba que aquella espontánea le dorase tanto la píldora, puede ser muy similar al de unas almorranas durante un concierto de la orquesta sinfónica de cuatro horas de duración.

Al regresar a la furgoneta pude oír la risita de mi rival, que haciendo un

tirabuzón con su dedo en un mechón de pelo, y soltando una tonta carcajada, escuchaba alguna historia que Bruno le contaba poniendo más empeño de lo normal. No lo pude resistir, y me acerqué haciendo un esfuerzo por sonreír a ver qué se cocía.

—¿Pero qué le estás contando a nuestra nueva compañera que no para de reírse?

—Nada, el día aquel que fui a darle la sopa a un hombre que era como dos veces yo, y se la tiré encima al tropezar con su manta. ¡No sabía si pedirle perdón o echar a correr!

—Vaya, esa historia yo no me la sé. Venga chicos, que aún queda mucho qué hacer, no os quedéis aquí de charla.

Ese día se hizo más tarde que de costumbre, y tras dejar la furgoneta nos fuimos despidiendo uno detrás de otro con prisa para madrugar al día siguiente. Me despedí de todos intentando parecer alegre, incluso de la intrusa, la cual hizo un pequeño amago para ver si conseguía que Bruno la acompañara preguntándole hacia dónde iba.

—Viene conmigo —le dije cogiéndole del brazo—. Nosotros nos vamos hacia allá. —Señalé en dirección contraria a la que la chica había comenzado a caminar. La nueva vaciló si hacerse la tonta y decir que en realidad a ella también le iba bien ese camino, pero yo, fui más rápida y di media vuelta rápidamente arrastrando a Bruno poniendo punto y final a la situación.

—Adiós, que descanses —le dije cuando ya le daba la espalda. Cuando nos quedamos solos, un silencio incómodo se apoderó de ambos.

—Qué tarde se ha hecho hoy —dijo Bruno para romper el hielo.

—No me extraña —contesté secamente. El silencio volvió a reinar en la estrecha calle por la que caminábamos, un silencio que iba más allá del sueño de quienes dormían detrás de los muros de sus edificios.

—¿Por? —dijo finalmente con aire de inocencia.

—Porque hoy más que repartir sopa parece que estábamos de botellón, y con tanta tontería las cosas van más despacio ¿no? Si entre vaso y vaso estamos de charla y de risitas, pues es difícil acabar a la hora —ahora el enfado empezaba a ser expulsado. Ya no podía, ni quería, seguir disimulando.

—¿Lo dices por Belén?

—¿Y quién coño es Belén?

—La chica nueva que ha venido. Deberías saberlo, tú le enseñaste el local.

—Ah, que se llama Belén. No me acordaba, me parece tan anodina...

Bueno pues sí, lo digo por “*Belén*”.

—Quería hacerla sentir bien, y que se integrara. Era su primera ronda.

—Ya, pues sí se ha debido sentir bien, sí. Pero vamos, que con el que vino la semana pasada no tuviste tanto entusiasmo a la hora de “hacerle sentir bien y que se integrara”. Claro, debe ser porque no tenía dos ojos enormes que te miraban diciéndote “cómeme” —Bruno se quedó muy callado, y tras una pausa continué.

—¿Y sabes lo peor de todo? Lo peor no es que te hayas tirado cuatro horas tonteando con una tía en mi cara. Lo peor es que yo tengo que estar ahí siendo testigo de lo bien que os lo estáis pasando sin poder decir “ni esta boca es mía”. He tenido que estar ahí escuchando los comentarios jocosos de los demás voluntarios sobre vosotros dos como si la cosa no fuese conmigo, y por supuesto, riéndome como si me hicieran gracia.

Tras un largo silencio Bruno musitó:

—No sabía que te estuviese sentando tan mal, la verdad.

—Hombre, pues hay que ser muy tonto para no darse cuenta de eso, siento ser tan sincera. O qué te crees ¿Qué yo salgo durante más de un año con cualquiera? A lo mejor es que tú sí, la verdad, es que ya no tengo ni idea. ¿Qué hay que decir “somos novios” como en las canciones de los cuarenta, para que las cosas sean evidentes? No sabía que éramos tan infantiles.

—Pero tú me dijiste que no querías nada serio conmigo.

—Sí, hace casi un año. Y desde entonces creo que está muy claro que no he estado con ningún otro.

—Ya, pero en realidad yo nunca he sabido lo que querías —. Se hizo otro silencio, esta vez más largo. El enfado se fue disipando para convertirse en una ansiedad insoportable.

—Bueno, entonces ¿Qué hacemos? —le pregunté temiendo la respuesta.

—Pues es que yo... estoy muy confundido, la verdad. —Fue en este momento cuando empezó a poner la cara de cordero degollado que tanto detesto. Se me heló la sangre.

—¿No sabes si quieres estar conmigo?

—No, no es eso —. De nuevo silencio. La conversación se fue haciendo cada vez más y más lenta. Pensábamos cada palabra, cada contestación, para no ser demasiado directos y para evitar el dolor a toda costa. Nada de arrancar tiritas esta vez.

—¿Entonces qué es?

—No tiene nada que ver contigo, soy yo, que llevo unos meses dándole

vueltas a algo en la cabeza que no te he comentado... no quería decirte nada hasta estar más seguro...

—Bueno, pues sea lo que sea, creo que ha llegado la hora, porque te aseguro que no quiero volver a sentirme nunca más como hoy. ¿Qué pasa? ¿Es que quieres salir con otras chicas?

—No, tampoco es eso, tú me gustas, me gustas mucho, ya lo sabes, yo... intentaré algo más serio contigo de no ser porque... —empecé a perder la paciencia cuando por fin escuché las primeras palabras que jamás pensé que escucharía en mi vida—: creo que quiero ser sacerdote.

—Estás de broma, ¿no?

No respondió, pero sus ojos lo decían todo.

Caí sentada en las escaleras de un edificio, y me quedé petrificada durante un largo rato sin saber qué decir ni cómo reaccionar. Unos pensamientos repetitivos se agolpaban en mi cabeza. “¡Cura, se mete a cura!” “¿Pero quién se me mete a cura casi en pleno siglo XXI? “No me lo puedo creer, esto es del Paleolítico”. No le dije todas estas cosas en alto, claro, no fuese a ser que en el último momento cambiara de opinión y ya no quisiera nada conmigo.

Soy incapaz de recordar dónde estuve sentada exactamente, solo recuerdo que mis piernas me soltaron de repente sobre unas escaleras grises de granito para quedarme inmobilizada, en la misma postura y en un estado de shock profundo durante un atemporal largo rato.

Llegué a mi casa bastante más tarde de lo normal deseando a cada paso que se me tragase la tierra, y morir enredada entre las raíces de los árboles y los cimientos de los edificios; o que me abdujeran los extraterrestres, para ver si por fin, por primera vez en mi vida, se me ofrecía la oportunidad de vivir una historia medianamente normal. Mi compañera de piso, de la que nunca sabía cuándo iba a tener noticias, curiosamente se encontraba tirada en el sofá viendo la tele a pesar de las altas horas de la noche. Cuando me preguntó “qué tal”, le dije: “Bien, mi novio se mete a cura, por lo demás todo va de puta madre” y como ella, a parte de una gran enfermera es comunista militante y anticlerical al máximo, atinó a gritarme: “Ostras tía, tu vida es peor que una película de terror”. “Peor, mucho peor” pensé yo mientras desaparecía en la oscuridad de mi habitación.

Reconozco que todavía hoy a veces pienso qué hubiese sido de mi vida de haberla compartido con él, aunque ni siquiera me dio la oportunidad de planteármelo. El simple hecho de pronunciar la palabra “sacerdote” cerró

cualquier tipo de esperanza al respecto. Cuando me acuerdo de este triste momento, más que de él ya que finalmente he conseguido ser feliz (probablemente más todavía) con otro, vuelvo a ser la chica de veintiséis años a la que se le negó un pasaje a una vida más plena, y me siguen entrando ganas de romper a llorar, tal y como lo hice entonces al entrar en la habitación de aquel pequeño piso compartido, mientras deseaba que el agua de mis lágrimas llegase hasta la ventana para poder salir de ahí remando hacia el lugar más recóndito del mundo.

—¿A que no sabes qué? —me dijo a la semana siguiente Rita con un tono más elevado de lo normal en ella, y una clara expresión de sorpresa— ¡Bruno se mete a sacerdote! ¿Te lo puedes imaginar? ¡Menuda sorpresa! ¿Verdad?

—Sí, desde luego —contesté— Ya te digo si me he llevado una sorpresa.

—¿Vendrás a su despedida? Es dentro de dos viernes. Por lo visto se va al seminario de Segovia ¡Le vamos a hacer una pancarta!

“Me pido la pancarta, ¡para metérsela por donde le quepa!” pensé, pero en lugar de pedirme la pancarta contesté:

—No lo sé, creo que tenía un cumpleaños ese día. Pero bueno, ya le llamaré para despedirme.

—A ver a quien te ponen ahora para acompañarte en las visitas. Seguro que algún novato, para que le enseñes cómo va esto —se rió Rita.

—Sí, seguramente.

Llegamos al sitio donde habíamos quedado para tomar un café con las demás chicas del voluntariado.

—Qué pena, verdad ¡Con lo bueno que está! ¡Si me lo hubiesen dejado a mí, ya os digo yo que ese no se metía a cura! —dijo una con más pinta de beatilla de lo que parecía ser.

“Eso me hubiese gustado verlo a mí, lista“. Me reí muy jovialmente, como si la broma me hubiese hecho muchísima gracia.

También estaba Belén, que esa tarde, además de la raya azul y el rímel azul, llevaba un jersey azul. Si se descuidaba corría el riesgo de parecer un pitufo. Su cara era un poema

—Chicas, os tengo que decir una cosa. Estoy loquita por él, y lo estoy pasando muy mal. Estaba segura de que se había fijado en mí, pero contra Dios no puedo competir.

—Ya, dijo Rita, yo también creo que algo le gustabas. Pobrecita. Bueno,

piensa que es mejor esto, que el que sea por otra chica, ¿no?

Estuvieron toda la tarde consolando a esa farsante, mientras yo me comía las ganas de dar dos puñetazos en la mesa y dejar las cosas claras. “¡Ese!, ¡Ese que os parece tan maravilloso y al que todas pensáis que hubieseis podido disuadir con un striptease! ¡Ese! ¡Ese hace una semana que me estaba besando, y lleva haciéndolo todo un puñetero año, que me conoce como nadie me ha conocido, que de tanto entenderme y escucharme ha conseguido que no me platee si le quiero cada día, ahora va y dice que se quiere meter a cura!”. ”¡Y tú niña, deja de llorar por él, que no es a ti a quien deberían estar consolando!”

Si no lo hice fue porque creo que hubiese sido bastante humillante, la verdad. Además, la pitufina no tenía la culpa de nada, sólo de ser tonta de remate. Yo sólo me desahogaba en mis pensamientos para que la cabeza no me estallara como una sandía. Así que me fui y las dejé ahí consolándola, alegando un corte de digestión.

Fue muy extraño. No sabía si había perdido algo, o si nunca lo había tenido. Pero eso no era lo único extraño, tampoco sabía si Bruno se había comportado como una sabandija por no haberme contado sus pensamientos de antemano y haber seguido saliendo conmigo mientras se lo pensaba, o si era un querubín de Señor, todo caridad, ingenuidad y bondad, que ofrecía su vida al servicio de la humanidad ¿Era reprochable, o era encomiable?

Debido a esta difícil dicotomía, cuando me despedí de él no sabía si darle un abrazo cariñoso, o un par de tortas. En el momento que lo tuve frente a mi mirándome con esa cara de cordero degollado que tanto detesto, pero que tengo que decir, funciona, opté por hacer lo primero. Al fin y al cabo, realmente había sido un gran año, y ya no había nada que pudiese hacer al respecto. “Bueno, al menos ya sabes a lo que renuncias” estuve a punto de decirle.

Aquella semana llamé a Rodolfo, necesitaba salir y despejarme. Quedamos en un bar al que solíamos ir cuando vivía en la calle Limón con sus compañeros de piso. Llegó media hora tarde, y además venía acompañado, cosa que me molestó un montón porque cuando estoy en plan egoísta victimita, lo único que quiero es hablar de mí misma, y no hacer amigos.

Según se fueron acercando, afiné un poco la vista, y me di cuenta de que el amigo de Rodolfo era Tomás, mi retratista personal. Vaya, eso podía cambiarlo un poco. Hacía años que no le veía, me levanté y les di a los dos un par de besos.

Empezamos charlando de tonterías, la verdad es que aunque reconozco que Tomás me daba mucha confianza, los años no pasan en balde, y necesitaba un poco de rodamiento para poder entrar en la situación que me carcomía por dentro.

—Estás como siempre— me dijo en un momento dado, después de haber abordado ya el tema y muchos otros temas más.

— ¿A qué te refieres: A como siempre en cuestión de un desastre para los amores, o a como siempre en general?

Se sonrió.

—A como siempre en general. Que yo recuerde la última vez que te vi te habías enamorado del malo de la película, y esta vez ha sido todo lo contrario— Rodolfo se desternilló, y a mí reconozco que algo de gracia me hizo.

—Vete a la porra. Bueno, ¿y tú?

—¿Que si me recuperé de tu total ignorancia hacia mi persona? Sí, sí—. Volvió a sonreír, esta vez con cara de guasa. Me quedé callada, era la primera vez que me decía algo al respecto— Bueno, chicos, me tengo que ir. Gracias por la caña, tío —le dijo a Rodolfo—. Me alegro mucho de verte—me dijo a mí. Y se agachó para darme dos besos.

Cuando salió del bar pude ver que se iba con una rubia que había ido a buscarle.

—¿Quién es?—le pregunté a Rodolfo.

—Inés, su chica. Ya llevan un par de años. Es una tía genial.

—Ya.

Sé que debía de haberme alegrado por él, pero un flash back en mi cabeza, de los chavales que fuimos y sobre todo, de los que no fuimos, hizo que me sintiera aún más sola.

El suplicio de la partida de Bruno se alargó hasta casi pasados dos meses, en los que tenía que hacer grandes esfuerzos por disimular cada vez que la gente de la parroquia me hablaba de él como si su decisión vocacional no hubiese repercutido en absoluto en mi vida.

Los más creyentes estaban exultantes, y con ojos extasiados comentaban lo bueno que era que un chico “tan válido” hubiese escuchado la llamada de Dios. A mí en esos momentos me entraban ganas de anunciarles que “tan bueno no sería si era capaz de hacerle tanto daño a alguien”.

Otros, los más escépticos, y en el voluntariado había muchos así, se lamentaban de una pérdida tan buena para el mundo.

Y casi todas las chicas hacían la misma broma: ellas no le hubiesen dejado escapar. Yo, sin saber a dónde mirar, me reía como si la broma me hiciese mucha gracia, aunque por dentro maldecía la noche en que, entre sudores y una profusa hiperventilación, llegué a la conclusión de que tener un posible futuro con un buen tío era algo como para salir corriendo.

Pero no quiero equivocarme a nadie, si algo tengo claro es que él también pudo cambiar las bombillas del apagón. Las tuvo en sus manos mucho tiempo, a un movimiento de rosquilla, y no lo hizo.

Es muy fácil dejarse llevar por las decisiones (equivocadas o no) que toma otro en un momento dado, tal y como hizo él con la mía en nuestro mal comienzo, pero hacer eso también conlleva implícita una decisión: ni más ni menos que la de dejarse llevar.

Y esto lo sé porque, efectivamente, jamás se ordenó sacerdote. Se fue del seminario a los pocos meses de haber entrado y, pasado un año escaso, cuando mis heridas estaban cerradas pero ni mucho menos del todo cicatrizadas, se casó con otra chica estupenda, con quien tiene una casa con jardín, tres churumbeles, un enorme perro de esos que son muy simpaticotes con los niños y una ranchera familiar, algo que ahora mismo no me haría hiperventilar.

—¿Piensas ir a la boda?— Me preguntó Rita.

—Si le hacéis una pancarta, sí.

11. Pura

Madrid, 23 de Mayo de 2010.

Dos meses y una semana hospitalizado.

La noche en que decidí hablar con Rita, había luna llena. Me di cuenta porque salí al balcón de mi casa a fumarme un cigarro en la penumbra. Desde ahí, observaba a la gente pasear por el parque de Atenas, aún con vida a las diez de la noche.

Llevaba más de dos semanas encerrada en mi casa, saliendo sólo para ir a trabajar y al hospital. Desde el día que me había enfadado con la vida y con mi situación, había caído en una especie de agujero negro del cual no veía salida alguna.

La “depresión post estallido”, la llamo yo.

Al principio, cuando me parecía más al corcho de una botella que a un ser humano, la psicóloga del hospital me dijo que necesitaba tiempo para asimilar la noticia, y que eso era normal.

Después, cuando sólo deseaba batallar con todo el que se cruzaba por mi camino, la misma psicóloga me dijo que lo estaba haciendo muy bien. No lo tengo tan claro. Tampoco sé qué es hacerlo bien o mal en estos casos, pero era la primera vez que me dejaban comportarme de forma “descontrolada y nada caritativa” con los demás sin ser juzgada. Bien mirado, todo en esta vida tiene su parte positiva.

Ahora había vuelto a su despacho, para decirle que no podía parar de llorar, a ver si le parecía que también estaba llorando muy bien. Y así fue. Yo creo que esta chica, además de ser muy joven, es muy ingenua.

Fue una época de tragedia a secas, nada de tragicomedia. Con lo que me gustan a mí las tragicomedias. Pero por más que lo intenté, no encontré nada que me resultara gracioso en esa puñetera situación, así que dejé de buscarlo. De haberlo sabido, habría reservado todas mis lágrimas para este momento, así habría sentido más la felicidad de antaño, y otorgado al presente de toda la tristeza que se merecía. Cuánta angustia perdida por tan insulsos acontecimientos: los suspensos, los amigos desleales, los desplantes, los chicos que habían pasado por mi vida como un elefante por una cacharrería.

Tanta angustia para nada. Y ahí mismo, en el balcón de mi casa, me prometí que ninguna otra nimiedad volvería a hacerme sufrir en la vida.

Estaba sumida en este estado de negatividad total, mirando sin ver a la gente que pasaba por la calle, cuando sin saber por qué, recordé que había algo sobre el marido de una amiga que aún no había resuelto, y decidí sacudírmelo de repente.

A la mañana siguiente de tomar esta decisión, y tras dieciséis días de encierro, llamé a Rita. La invité a tomar un café en mi casa esa misma tarde. No había que demorarse ahora que había dado un paso, ahora que había en mí algo de actividad que me impulsaba a actuar.

Pude notar cómo Rita se sintió satisfecha cuando contestó a mi llamada. Estoy segura que a pesar de la pena que le causaba mi situación, creyó que la llamaba para buscar consuelo en ella. Eso era justamente lo que daba sentido a su vida: que los demás la necesitaran, por eso no puso ningún impedimento para quedar. Estuvo muy solícita, y contestó diciendo que por supuesto, esa tarde a más tardar iría a hacerme una visita. “La buena de Rita”, pensé al colgar. “Si la hubiese invitado a una fiesta el mismo día, a la misma hora, le hubiese sido imposible acudir”.

A la hora acordada, haciendo alarde de una gran puntualidad, sonó el telefonillo, poniéndome sobre aviso de que el mal trago iba a llegar de un momento a otro. Había decidido hablar con ella, no sabía por qué lo había determinado así. ¿Quizá necesitaba hacer sufrir a alguien para no ser yo la única? No, no era eso, cuando uno sufre de verdad, no suele deseárselo ni a su peor enemigo. Sólo quería despojarme de lo que sabía, y depositarlo en otras manos, las mías estaban demasiado llenas de malas noticias. Ahora no podía soportar esa nueva carga que, además, no me pertenecía.

Después de darle espacio al ceremonial de bienvenida, con la retahíla de frases hechas para cada momento: la llegada de la invitada, la entrada a la casa, la preparación del café, y otros pequeños detalles como colgar el abrigo y dejar el bolso, nos acomodamos en el sofá. El primer cuarto de hora transcurrió conmigo respondiendo a las sinceras y preocupadas preguntas de mi amiga por la agonía de mi marido.

—Pues está igual, la verdad. No parece que vaya a mejor.

—Vaya. De verdad que lo siento, no sé por lo que debes estar pasando, pero no me gustaría estar en tu situación, tanta ambigüedad, el no saber qué va a pasar... tienes que estar sufriendo mucho.

—Rita —dije en un momento dado decidiendo que ya era hora—, verás,

hay algo que tengo que contarte. —Cogí aire y busqué las mejores palabras, inexistentes para dar la desagradable noticia—. El otro día vi a Carlos, en un bar.

—¿Ah, sí? No me ha dicho nada —dijo despreocupada, probando su café.

—No, no, es que no me acerqué a saludarle —. Se hizo un silencio—. Estaba acompañado. Por una mujer. No sé si me entiendes —. Al ver que ella no decía nada, un impulso que provenía de mi torpeza a la hora de soportar la tensión de la noticia, me obligó a seguir hablando—. No sabía si decírtelo o no, me daba miedo que pudieras enfadarte conmigo, o que creyeras que quiero estropearle la vida...— me callé.

Rita dejó lentamente la taza de café en la mesa. Cogió una servilleta y limpió con parsimonia la comisura de sus labios cuidadosamente pintados, como si ese movimiento formara parte de un ritual. Soltó la servilleta, y con las manos se planchó una arruga que le hacía la falda a la altura de los muslos al sentarse. Aún estuvo así unos minutos, hierática e inerte como una marioneta. Había perdido toda la movilidad de antes, toda la vida.

—Te agradezco mucho que te preocupes por mí —dijo finalmente sin acritud, a pesar de la posible ironía de sus palabras—. Sé que lo que te voy a decir es difícil de entender, y aunque no tendría por qué explicártelo, creo que puede venirme bien. —Su mirada se volvió opaca y su rostro adquirió un amargo gesto. Pude observar en él unas imperceptibles arrugas que no había percibido con anterioridad. Si me hubiesen preguntado en ese momento, hubiese jurado que tenía veinte años más de los que realmente tenía—. Mi vida con Carlos es una vida tranquila y agradable. Las niñas le adoran. No tengo mayores preocupaciones que las típicas de cualquier familia con suerte. Si me separase, la pensión que Carlos me pasaría por cada niña no llegaría a cubrir más que los gastos básicos ¿y después qué? Yo dejé mi trabajo cuando nació la primera para cuidar de ellas, hace ya nueve años ¿Quién querría contratar a una mujer separada de casi cuarenta años, con cuatro niñas, y desfasada en cuanto al trabajo se refiere? Lo he pensado, de verdad, pero creo que para las niñas es mejor hacer como si no pasara nada. El ambiente en casa es bueno, ellas no tienen por qué enterarse.

—Entonces, ¿ya lo sabías? —me quedé sin aliento.

—Hace unos meses. Lo que no sé es desde cuándo la ve. —Levantó la mirada por primera vez rápida y chispeante, como suplicando que le guardara el secreto—. Él no sabe que yo estoy al tanto —y prosiguió—. Me enteré por

casualidad. En realidad nada ha cambiado entre nosotros. Sigue siendo conmigo igual que siempre— dudó si explicar esta última frase—, paternal, como si yo fuese una inválida y una inútil. Y condescendiente, como si las veces que hiciera algo por mí yo no fuese digna de semejante regalo. Pero esto en realidad ha sido siempre así, desde novios, aunque no quise verlo. Por eso no se lo puedo reprochar, porque yo sabía con quién me casaba. Pensé que cambiaría, sin embargo ha ido a peor. Claro, que él no prometió cambiar en este sentido, porque en realidad yo nunca me he quejado de cómo me siento a veces en su presencia. Así que —repitió—, eso, no se lo puedo reprochar. Pero si hay algo que le repruebo es que me haya apartado tanto de mis amigos —me miró con ojos de arrepentimiento—, y de mi vida en general. Incluso de mi propia familia. Eso él sí sabía que era importante para mí. Y mira. Tú y yo, ¿cuántas veces nos vemos? ¿Dos veces al año y porque todos los del colegio se reúnen? Y cuando lo hacemos no hace más que soltar inconveniencias, no creas que no me doy cuenta. Lo hace para humillarme, y para que la gente no quiera seguir quedando con nosotros. “Así no nos molestaran más”, dice.

Ha ido generando un microcosmos asfixiante a mi alrededor, una jaula donde me tengo que quedar aprisionada, agradeciendo casi su hospitalidad. Se inventa siempre excusas para que yo no pueda salir, para tenerme a su disposición —. A estas alturas yo ya ni parpadeaba. La miraba sin acabar de entender por qué me estaba contando todo eso ahora, por qué no había pedido auxilio antes y, sobre todo, cómo era posible que no pensara cambiar la situación. Una punzada de culpabilidad por no haberme dado cuenta antes de la verdadera situación de Rita me atravesó el pecho—. Yo lo he dado todo por él. Por ellos —. Se quedó pensativa.

Por lo demás —cambió por completo el gesto de su cara. Ahora volvía a tener su edad, y el severo rictus se había convertido en una sonrisa serena —, seguimos yendo los fines de semana de excursión con las niñas, a veces hasta me manda flores y salimos a cenar... si yo no supiera lo que sé, mi vida sería como antes.

En mi mente de repente apareció la imagen de una mujer borracha con una hija en cada mano, a las puertas de un colegio, que me hacía prometer, siendo casi una niña, no dejar nunca de valerme por mí misma a causa de un hombre. Hacía veinte años que no pensaba en esa desdichada. Ahora, de nuevo, la tenía frente a mí. Pero esta vez no me pedía que hiciese algo por ella, y eso hacía que la situación me resultase aún más desagradable. Por fin entendí a la gente que prefiere ayudar. La entendí a ella. Porque yo en aquel

momento hubiese preferido mil veces que Rita que me hubiese pedido auxilio, que me preguntase cómo podía salir de esa, incluso que me recriminase por no haberme dado cuenta de su situación y haberme apartado tanto de ella, abandonándola a su suerte pensando que era una beatilla y que sólo le importaba su familia. Pero no. En mi amiga de antaño sólo había resignación y una bondad tan sincera, que probablemente ni siquiera sintiese rencor hacia mí.

—Muchas gracias por el café —dijo levantándose del sofá—, estaba delicioso. Tengo que decirle a Carlos que compremos una cafetera de ésas, son todo un invento.

Y cogiendo su bolso se dirigió a la entrada, nos dimos dos besos, y abriendo la puerta con parsimonia desapareció por el hueco de las escaleras. Me quedé sola en mi casa, inmóvil, completamente apabullada y espeluznada.

Estuve así media hora, en un estado de rebobinado y play continuo: de aquí a unos años, de unos años aquí, hasta que mi cerebro paró. Cuando hube asimilado todo lo que Rita me había dicho, me dispuse a prepararme la cena. Se había hecho casi de noche, y al día siguiente quería ir pronto al hospital para no llegar muy tarde al trabajo.

Aunque entre la familia de mi marido y la mía nos turnábamos, no siempre estaba acompañado, pero a mí me gustaba pensar que al menos unas horas al día había alguien con él. ¿Y si se enteraba de lo que pasaba a su alrededor? No había que abandonarle a su destino, sobre todo por si acaso eso pudiera desmotivarle a la hora de querer volver. Soy de la idea de que a los enfermos hay que animarles a curarse. Aunque sea una tontería, hace que parezca que puedes hacer algo por ellos.

Por otro lado, los doctores y las enfermeras solían decirme que tenía que seguir con mi vida. Que no podía pasarme las horas muertas, las tardes enteras en el hospital, ya que el trance podría alargarse mucho. Qué sabrán ellos. No ir a verle cada día es haber tirado la toalla. Él seguía ahí, podía verle, podía estar con él, tocarle, hablarle. Eso me tranquilizaba, y había que ser realistas, el día en que no pudiera hacer ni eso, lo echaría de menos.

Pensando en él, en su sonrisa y su forma de caminar; en cuando su cuerpo se movía y respondía a mis caricias, caí dormida en el sofá.

El reloj de forja adquirido en Escocia hacía ya mucho tiempo marcaba las cuatro y veinte de la madrugada cuando me desperté. Un golpe fuerte, seco, seguido por un intenso silencio hizo que me revolviere en mi lecho improvisado. Tardé unos segundos hasta darme cuenta de que estaba en el

sofá, y con pereza decidí descansar el poco tiempo que me quedaba en la cama. Al intentar levantarme noté una punzada en el cuello, lo había tenido demasiado tiempo retorcido, pero mi sueño había sido muy profundo. Otro ruido extraño me sorprendió cuando me encontraba en el pasillo, camino de mi habitación.

Si me quedaba quieta, sin moverme, podía percibir otro tipo de sonidos extraños que parecían provenir del rellano de la escalera. Con cautela me dirigí a la puerta de entrada, y posé mi oído. Efectivamente, había alguien en las escaleras que llevaba algo pesado camino del portal del edificio. Apagué la luz y abrí la puerta que daba al descansillo compartido por otro vecino. Sin encender las luces bajé medio piso sigilosamente por las escaleras, quedándome en el rellano que había entre mi piso y el inmediatamente inferior. Estaba muy oscuro, saqué la cabeza por el hueco del ascensor para poder ver bien.

Pude vislumbrar, ya casi en el piso bajo, la luz de dos linternas. Subí de nuevo a mi casa extrañada, y decidí mirar por el balcón para ver si reconocía a esas personas al salir por el portal. Había una furgoneta apagada, con las puertas traseras abiertas, y dos hombres que cargaban algo en ella. Después observé cómo se montaban en la parte delantera, y arrancaban desapareciendo en la oscuridad del Puente de Segovia, sobre el río.

Me quedé pensativa. No había visto antes esa furgoneta, puede que fuese de algún vecino que se iba de viaje a esas horas. “Podría ser”, pensé aún medio dormida. Me metí en la cama deseando volver a entrar en ese mundo de los sueños que tan lejos me transportaba de mi descarnada realidad. Pero no pude dormirme de nuevo. A la media hora aún estaba despierta, de alguna manera sabía que algo no iba bien “¿Y por qué no han encendido la luz de la escalera? Llevaban linternas”, pensé en medio de otras imágenes sin sentido que se cruzaban por mi mente casi inconsciente. Tras este pensamiento el corazón me dio un vuelco, logrando desperezarme del todo. Me levanté, me puse una chaqueta de punto que solía llevar para estar por casa, y tras coger mis llaves volví a salir de mi piso dispuesta a bajar por las escaleras.

La puerta del piso de abajo se encontraba abierta. La empujé lentamente hasta entrar en él. La única luz que había, se colaba por la ventana del salón. Una luz azulada, nocturna, mezclada con otra algo más anaranjada que provenía de la farola de enfrente y que le daba un aspecto algo tétrico a la casa. Al entrar en la estancia, pude ver que le faltaban bastantes cosas: el televisor, que mi vecina se había comprado con regocijo hacía bien poco; el

sofá, que el mes anterior doña Pura había mandado tapizar y que vi cómo lo subían pesadamente los mozos por la escalera; los jarrones que adornaban la estantería... Tuve un pálpito. Corrí hacia la habitación de la anciana.

—¡Pura! ¡Pura! —El cuerpo inmóvil de mi vecina yacía en su cama. Parecía tranquila, dormida —¡Pura, por Dios, despierte! ¿Está usted bien? —Estaba caliente, le tomé el pulso. Seguía latiendo, pero no se despertaba. La meneé con fuerza, como me hubiese gustado hacer con él en muchas ocasiones para ver si conseguía sacarle del coma. Nada. Salí corriendo de la habitación, y busqué desesperadamente el teléfono. Miré primero en el salón, después en la habitación restante, y por último en la cocina. Ahí se encontraba, colgado en la pared, al lado de la puerta. Antes de descolgar pude darme cuenta de los agujeros que bajo la encimera se mostraban desnudos, donde antes se encontraban los electrodomésticos.

La ambulancia no tardó mucho en llegar. Lo primero que hicieron fue reanimar a Pura. Según me explicaron se encontraba anestesiada debido al cloroformo al que había sido expuesta mientras dormía. De esta manera no despertaría durante la operación de vaciado de su piso. Parecía ser que era una práctica bastante habitual empleada sobre todo con personas que vivían solas e indefensas. Especialmente ancianos. Si se excedían en la dosis, la práctica podía ser letal, pero por lo visto, según le explicó el jovencito que parecía recién salido de una clase de prácticas de la universidad de enfermería, estas bandas lo tenían bastante controlado.

Pura despertó con dolor de cabeza intenso y náuseas, pero por lo demás parecía encontrarse bastante bien. Le dieron varios consejos a seguir, y las instrucciones de personarse en las urgencias más cercanas en caso de no remitir los síntomas ese mismo día por la tarde.

Cuando los chicos de la ambulancia se fueron, nos quedamos las dos vecinas solas en mitad de un gran salón medio vacío. Eran casi las siete de la madrugada.

—¿Qué tal se encuentra?

—Bien, hija, bien... mira cómo lo han dejado todo. —Parecía una desvalida a la que habían despojado de todos sus bienes y habían tirado en alguna cuneta de una lejana carretera. —¿Y para qué querrían tantas antiguallas? Si lo que se han llevado no servía ya para casi nada —decía sin entender aún bien lo que le había ocurrido—. Fíjate, mi sofá. Debía tener, por lo menos, treinta años. Eso sí, parecía nuevo. Estaba recién tapizado...

—Ya, ya...lo vi el día que lo trajeron, se lo habían dejado muy bonito,

la verdad —dije poniendo mi brazo sobre el hombro de mi vecina.

—¡Ay madre! Lo fui a comprar con mi Francisco mucho después de casarnos. Porque antes las cosas se compraban después de casarse, no como ahora, que los jóvenes no se casan si no tienen el piso entero puesto... —Se quedó callada. Y al rato, mientras pululaba por la estancia buscando los desperfectos, comenzó a contarme que pensaba en su difunto marido y lo mucho que le echaba en falta en esos momentos. Él la hubiese abrazado, y la hubiese susurrado algunas palabras de ánimo al oído, y ella, en menos de diez minutos hubiese encontrado todo el consuelo que necesitaba en aquellos brazos recios, de pueblo, pero más sabios que muchos de ciudad. Incluso se habrían acabado riendo de todo aquello, y dándoles las gracias a los bandidos por obligarles a renovar su mobiliario.

Pero estaba sola, sin consuelo, sin su Francisco, y con una mísera pensión con la que la idea de renovar su piso se le hacía más ardua que escalar una enorme montaña.

—Y todos los electrodomésticos... ¡Si se han llevado hasta la nevera! Para qué querrían una nevera tan vieja... bueno, en realidad la compré hace cinco años.

—Seguro que pueden sacarle algo de rentabilidad en algún mercadillo de objetos robados, o lo que sea. Venga Pura, póngase esto que va a coger frío —. Y le pasé una manta por los hombros —¿Qué va a hacer ahora?

—Pues no sé —dijo la anciana—, no te preocupes por mí, que bastante tienes con lo que tienes. Anda, vete ya a tu casa y vístete, que ya tendrás que irte a trabajar. Digo yo.

—¿Y tu hijo?

—¿Mi Antonio? Vive en Albacete. Le llamaré un poco más tarde, a ver si puede venir y echarme una mano con todo esto. Venga, no te preocupes, que seguro que esta tarde sin falta estará por aquí.

Me dirigí a la puerta de salida, pero al ir a cerrar a mis espaldas dejando definitivamente aquella realidad fuera de mi ámbito de acción, sentí que no podía dejar ahí a Pura. Ya había dejado escapar hoy a Rita a su suerte, esta vez la cosa no se iba a quedar así. La anciana se encontraba sola, con una manta sobre los hombros, y un cansancio evidente que provenía más de la sensación de desamparo que se le había quedado pegada al alma, que de los numerosos años ya vividos. Me di la vuelta con determinación:

—Pura, no puedo dejarla aquí. Me quedaría mucho más tranquila si usted viniera a mi casa, por lo menos hasta que su hijo pueda venir a ayudarla.

No quiero ni imaginarme que se queda aquí sola ni una noche más. Sin sofá, ni tele, ni un mísero huevo frito que llevarse a la boca.

—Uy, no, no, ni loca me voy yo de mi casa. ¡Aquí he vivido durante más de cincuenta años, y de aquí no me muevo! No te preocupes, que yo me las apaño muy bien sola. Venga hija, que se te va a hacer tarde.

—Pero mujer, no sea usted tozuda. ¿No ve que aquí no puede quedarse?

—¡No y no! Esta es la casa donde he vivido siempre, donde comencé mi vida con mi Francisco (que en paz descansa), y de aquí no me sacan ni con agua caliente, ¡y menos por culpa de unos mangantes sin alma y sin escrúpulos...!

—¡Que no, Pura, de aquí no me muevo hasta que no se venga usted conmigo! Y se acabó. ¿Dónde guarda su ropa? Vamos a meter en esta bolsa una muda y lo que quiera ponerse, así se ducha usted arriba tranquilamente y descansa. Y desayune como Dios manda. Después, si quiere bajar a ordenar este desastre, baje. Pero aquí sola no se queda. Y punto.

Ante tanta determinación y su propia desorientación, la anciana no tuvo más palabras que decir, por lo que comenzó lentamente a acatar las órdenes recibidas.

Revisó su pequeño y caótico piso, ahora vacío de muebles viejos, pero rebosante de innumerables recuerdos. Recogió del suelo la foto de su marido que había estado encima del televisor los últimos cuarenta años, y que ahora se vislumbraba tras el cristal roto del marco, y la miró con melancolía.

—¡Qué feliz me hiciste, Paquito! —suspiró—. Qué años más bonitos, ¿verdad?, ¡y qué pronto me dejaste bribón! Aunque, eso sí, disfrutamos de lo lindo ¿eh? —La cara de traviesa de sus años de pizarra y pupitre volvió a reflejarse en su rostro. Sonrió con la alegría que le devolvieron los buenos recuerdos—. Bueno, me voy a preparar la maleta, pero no te preocupes Paquito: volveré.

Pura, aunque a simple vista no lo pareciese, era una mujer que había sabido disfrutar de la vida, y que a pesar de las inclemencias por las que había pasado ya a su edad, todavía no había perdido esa magnífica habilidad.

Subimos juntas a mi piso. A los pocos minutos empezó a pasar de mí y de todas las indicaciones que le iba dando sobre el piso, y centró toda su atención en las plantas del salón. Puedo suponer lo que estaba pensando, porque era evidente que no las había regado desde hacía semanas. Es triste, pero sin querer las estaba dejando morir de sed. Las del balcón también. Sus hojas, medio marrones, caían tristemente tocando casi el tallo con la punta.

Alguna, definitivamente, se encontraba en el suelo, apartada del tallo, sin vida.

Miró a su alrededor. Yo había entrado en barrena, por lo que seguía hablando sin parar, no quería entrar en otro tipo de conversación que pudiese girar en torno a mí: “Las tazas las encontrarás en el armarito del fondo, y el café en el de la encimera...”. le seguía diciendo como si nada. Era consciente de que el alegre salón engañaba. Las revistas recibidas por correo no habían sido desprendidas de su envoltorio, y seguían encima de la mesa de la tele, junto con muchos otros papeles y cartas sin abrir. Un cenicero rebosaba de colillas color ámbar, despidiendo un olor que a Pura le resultó nauseabundo, lo sé porque apartó la nariz con cara de asco. Los cristales que daban al verde y frondoso parque mostraban la huella de las últimas lluvias que habían caído sobre ellos, de eso hacía un par de semanas.

Las dos tazas de café, que hablaban de una visita pasada y que no había recogido, continuaban donde habían quedado olvidadas. Una de ellas estaba encima de la mesa desnuda, sin su platito debajo, como si alguien la hubiese posado ahí de forma apresurada, ya que aún estaba casi llena de café.

Empezó a intentar observar al trasluz mis muebles. Caí en la cuenta de que si miraba fijamente con la luz de la ventana, podía vislumbrar la capa blanquecina que los envolvía, dándoles un aire mortecino. Esos muebles tan elegantes (no como los suyos, que eran ya viejos) tan recios, y ahora tan apagados.

Pura meneó la cabeza a un lado y a otro, sin saber bien qué pensar de todo aquel desorden disimulado por la luz del día y una decoración alegre que había quedado congelada en el tiempo, y de repente, pude oír que decía en voz baja: “Madre mía, a este piso le han arrebatado algo. ¡Pero si está más vacío y desamparado que el mío!”.

—¿Le ha quedado todo claro Pura? —pretendí no oírla, al fin y al cabo estaba hablando para sí misma, y yo no era quien para meterme en sus propios pensamientos. La anciana volvió en sí.

—Este... Sí, sí, hija, no te preocupes, me las apañaré.

—Vale, entonces me voy a arreglar, que si no, voy a llegar tarde.

Decidí ducharme mientras Pura desayunaba. Su apetito no menguaba con los años, (y ahora constataba que ni con los disgustos), todo lo contrario. Al igual que su capacidad para dormir, más bien aumentaba como si de una chiquilla se tratara.

Cuando salí de la ducha entró mi vecina. Al cabo del rato pude oír un grito proveniente del baño. Me asusté.

—¿Está bien Pura?

—Sí, sí, no te preocupes —me gritó desde dentro. Cuando salió comentó que “esa ducha era demasiado moderna para ella”. Según a qué botón le diera, el agua salía por arriba, a la altura del cuello, de la espalda o los pies.

—¡Madre mía! Le he dado a un botón de esos pensando que saldría el agua por la alcachofa, ¡y ha salido un chorro a propulsión de vaya usted a saber dónde, y me ha golpeado en toda la cara! Pero tengo que reconocer que al final me he dado un buen masajito...

Mientras iba y venía con prisa preparándome para ir a trabajar, Pura se sentó a descansar en el salón con un albornoz que le había dejado en el cuarto de los invitados, donde se iba a alojar.

—¿Se encuentra mejor ya? —le pregunté antes de irme.

—Sí, hija, muchas gracias. A pesar del susto me encuentro bastante bien.

Qué más quería: estaba dentro de la vida misma de su vecina más interesante, y la más cerrada y difícil de sonsacar a la vez. Estaba segura que esto era el paraíso para ella. ¡Tener noticias de todo de primera mano!

—Me alegro, relájese y descanse. Espero que esté cómoda ¡Adiós Pura!

—Sí, hija, no te preocupes, gracias, gracias...adiós, ve con cuidado...

Cuando volví esa tarde del hospital mi vecina no estaba. Tampoco se encontraba en su piso. No me preocupé, le había dejado mi número de teléfono por si creía que debía ir a urgencias, y le había hecho prometer que me llamaría inmediatamente si se daba el caso. Pero no había dado señales de vida en todo el día. Pensé que probablemente hubiese salido a dar un paseo, o a hacer algún recado.

El calendario que me advertía de que ese día tenía un evento importante, pendía de la puerta de la nevera enganchado por un imán de la Torre Eiffel. El único problema era que yo no sabía en qué día vivía, menos mal que llamaron por teléfono para recordármelo. Era el fijo. Lo estuve buscando un buen rato, hasta que lo encontré debajo de un cojín del sofá. Desde el otro lado del auricular oí la voz de María.

—¿Tienes pensado ir a la inauguración de la nueva exposición de Manuel?

—Ah, ¿es hoy? —dije con voz de despiste.

—Si, a las ocho y media. Si quieres puedo parar a recogerte, a lo mejor así te animas.

—No te preocupes, voy a llamar a un amigo que vive cerca, y le pediré

que me acompañe. Gracias por recordármelo.

Rodolfo apareció en mi casa con una representación femenina en miniatura de sí mismo a su lado. Me pareció que su hija estaba altísima, y aunque es un comentario demasiado común y muy poco original, se lo dije. En un momento en el que la niña se distrajo viendo la tele, Rodolfo me explicó rápidamente y echando miradas fugaces hacia donde la pequeña se encontraba, que su ex se había presentado hacía unos días con la niña y con tres maletas inmensas en su casa, y que antes de que él hubiese podido abrir la boca las había metido en el hall. Le había comentado con prisas y sin querer dar más explicaciones, que se iba a vivir a Sevilla y que no podía llevársela con ella. Que se la dejaba, que al fin y al cabo eso era lo que él siempre había deseado.

—Bueno, ya la conoces —le dije—. Lo raro, de hecho, era que se la quisiera quedar. Tanto que peleó por ella cuando os separasteis.

—Sí, por mí mucho mejor así. De esta manera ya sé dónde, y con quién está mi hija, que viviendo con su madre había muchas cosas que se me escapaban.

En cuanto estuve preparada, salimos los tres camino de la inauguración.

La sala era interminable. La obra de Manuel así lo requería, ya que se dedicaba a la escultura y sus piezas no eran precisamente pequeñas. A mí todo me resultó excesivamente moderno: las líneas rectas y despejadas del edificio donde se encontraba la sala; el mármol que la revestía por completo, blanco, impoluto; las vastas lámparas de cristal transparente que parecían flotar en forma de conos, esferas, cuadrados y todo tipo de poliedros...

La gente, abundante y muy elegantemente vestida, se mostraba animada, probando el magnífico catering que Lola se había afanado en buscar y aleccionar.

Salió Pepín corriendo entre la gente para ir a saludarme.

—¡Caquel! ¡Caquel! ¿Has visto las esculturas de papá?

—Hijo, qué efusivo, ¡no le toques el vestido que se lo vas a manchar! tienes las manos finas de chocolate —dijo Lola acercándose corriendo—. Está muy contento, le hemos dicho que el año que viene ya irá al colegio de los mayores ¿verdad hijo? Y no a la guardería, que eso ya es para pequeños.

—¡Qué bien Pepín! ¡Qué mayor! —le dije cogiéndole de un moflete—. Este niño cuando está de buen humor me da la vida. ¿Y Pablito? Quiero presentarle a la hija de mi amigo. Tiene nueve años, creo que son de la edad, a ver si juntos se divierten un poco.

—¡Pablito, hijo, ven! Mira, esta niña es la hija de un amigo de Raquel,

¿vas a jugar con ella?

—Es una niña —dijo poniendo cara de aburrimiento.

—Bueno, ya verás qué bien lo pasáis.

—Pero las niñas juegan a las muñecas, y son muy cursis.

—Yo no juego a las muñecas —dijo la aludida con desprecio—. A las que me regalaron el año pasado por mi cumpleaños les arranqué la cabeza y las colgué de la pared de mi cuarto para hacer de diana de los dardos.

Pablito se sonrió. Lola me miró asustada.

—Vale, vamos a jugar.

A lo lejos, observando un gran bloque de ladrillos pintados en colores tostados con una rejilla cubriéndolos, se encontraba María. Me acerqué a saludarla. Su presencia era impecable, como siempre, y tomaba medidas de la mole en cuclillas haciendo malabarismos con los tacones para no caerse.

—Hola, María, te veo muy interesada en esa pieza, ¿piensas comprarla?

—¡Ah! Hola —dijo levantándose—. Me ha dicho mi padre que mire algo para él, que Manuel tiene proyección de futuro como artista y que le parece que una de sus esculturas en su jardín quedaría muy bien. Bueno, un capricho más, ya sabes.

—¿Y no te gusta más aquella con esos hierros entrelazados y una madera en medio? A mí me parece más sugerente.

—¿Sí? —María miró las dos esculturas, se quedó pensativa

—¿Qué tal vas? ¿Arreglaste ya el coche?

—¡Ah! Si, tuve que hacer de tripas corazón y lo llevé al taller. Me tiré una semana sin salir de casa para no gastar. Bueno, si me invitaban si, ¿eh?

—¿Y te invitaron? —pregunté sonriendo.

—Al final Hommer (¿te acuerdas?) —Asentí riéndome—me llamó. Tenías razón iba a volver a aparecer. Tenía una buena excusa para haberse esfumado de repente. Me dijo que había estado en los países árabes o no sé qué rollos por cuestiones de trabajo y que no pudo comunicarse conmigo antes de irse. Y bueno, hemos seguido viéndonos.

—¡Ah! Mira tú. ¿Y qué tal? ¿Se va portando mejor?

—Sí, lleva ya casi dos semanas que no me deja respirar, me lleva en palmitas. Me ha dicho que hoy se pasaría por aquí, así que ¡le vas a conocer! —dijo poniendo cara de entusiasmo.

María miró de reojo el reloj y la puerta de la entrada. Se estaba empezando a impacientar, en realidad ya llegaba con tres cuartos de hora de retraso. Si es que llegaba.

—¡Cómo me alegro! Así podré decidir por mí misma si es tan feo como dices.

—¡Puf! Ya lo verás, me da hasta vergüenza, pero es que creo que me gusta tanto que ya no hay nada que hacer.

Solté una carcajada. Miré a mi alrededor dejando a María tomar medidas e intentar decidirse por alguna pieza, antes de que algún ricachón se le adelantara con la compra de su elección. Vislumbré a Rodolfo, que antes estaba de animada charla con Lola, vagando solo por la inmensa sala. Era evidente que intentaba entender las esculturas. Se paraba para observarlas con interés, pero no podía disimular ese gesto de no entender nada de lo que estaba viendo. “Creo que yo con un garaje enorme, un bloque de madera y otro de granito, podría hacer algo muy similar” me dijo más tarde.

—Mira —le dije de repente a María. Y la cogí del brazo—, te voy a presentar a Rodolfo, el amigo del que te hablé ¡Rodolfo! —Le hice acudir con un gesto de mano.

—Rodolfo, esta es María, amiga mía desde hace tiempo. Su padre está buscando una escultura para su jardín ¿Cuál le recomendarías tú?

—Pues... —dijo pensativo— yo elegiría aquella, parece una mesa gigante de piedra y latón. Así cuando tu padre tenga invitados, podrá poner encima la merendola.

—¡La merendola! —exclamó María asombrada. Hacía lo menos veinte años que no escuchaba esa palabra —¡Raquel! Ha dicho “la merendola” —Me reí—. Oye —dijo mirando a Rodolfo —, que esa escultura puede costar lo menos treinta mil euros, así que un poco de seriedad, por favor.

—Pues por eso lo digo. Dile a tu padre que ya que se va a gastar esa pasta, por lo menos que le sirva para algo—. María se sonrió.

—¡No, en serio! —insistió él— Yo creo que tener una mesa de treinta mil euros en el jardín (ni siquiera en el comedor principal, fíjate lo que te digo) para las merendolas primaverales, te da más glamour que tener una simple escultura, ¿no crees? —María soltó una incrédula carcajada.

—Me estás convenciendo —dijo finalmente mientras se acercaban a la escultura.

De pronto, me percaté de que al otro lado de la sala se estaba empezando a hacer un corrillo alrededor de algo que no era una escultura. Entre la gente pude ver a Pablito cogiéndole a la niña de Rodolfo de los pelos mientras ésta intentaba llegar, sin éxito, a darle una patada al niño. Me alejé dejándoles de charla.

—Pero ¡qué gritos son esos! A ver, ¿qué pasa aquí? —pregunté haciéndome la muy ofendida y acercándome al tumulto que se estaba generando.

La gente les miraba desde fuera, diciéndoles que se separaran. Una tímida mano hacía amago de coger del brazo de Pablito para que soltara los pelos de la niña, pero intencionadamente no lo conseguía. Supongo que nadie se atrevía a hacer nada más para llamarles la atención por miedo a una posible reacción inaudita de los padres, tipo “suelte a mi hijo, él puede pegar a quien le da la gana” y esas cosas. Al no ser separados por nadie, habían llegado a las manos.

—¡Quietos! ¡A callar! A ver, ¿qué es lo que pasa? ¿Es que vuestros padres no pueden charlar tranquilamente sin tener que pensar en vosotros ni un minuto? —Pablito soltó a la niña, y se colocó el mini-traje que su madre le había puesto. La camisa se le salía por un lado, y el cuidadoso nudo de la corbata ahora le colgaba a la altura del pecho como a un borracho que vuelve a su casa a altas horas de la madrugada. La niña estaba totalmente despeinada, con los rizos saliéndose de las horquillas y sosteniéndose como cardados en la coronilla. El lazo de su vestido arrastraba por los suelos y ya empezaba a deshilacharse de tanto pisotearlo. Se pusieron frente a mí gritando los dos.

—¡De uno en uno! ¡De uno en uno! A ver, bonita, qué ha pasado.

—Es que me ha dicho que tengo cara de cerdita —gimió la niña de Rodolfo.

—Y a mí ella me ha llamado hijo puta —lloró Pablito inmediatamente. “¡Qué desproporción!”, pensé

—¡Es que él me ha soltado un sopapo en toda la cara...! Así, con la mano abierta, así...—La niña me mostraba la palma de la mano y la movía de un lado para otro con desparpajo.

—¡Y ella me ha mordido! —me enseñó la marca de los dientes en el brazo—¡Y me ha dado de collejas!

—¡A callar los dos! Ale, venga, no pasa nada, tenéis que perdonaros. Daros la mano, así, que yo lo vea.

Los dos niños se acercaron y se dieron la mano sin mirarse a la cara y con evidente desgana.

—Muy bien.

—¡Caquel, tengo pis! ¡tengo pis! ¡Caquel, tengo pis! —interrumpió Pepín el emotivo momento del perdón. Llegó corriendo de otra parte de la sala, agarrándose con la mano lo que parecía ser la colita por encima del

pantalón. Supongo que al ver a su madre tan ajetreada, pensó que yo le resolvería mejor la papeleta.

—Mira —le dije a la niña de Rodolfo— ¿Ves esas puertas del fondo? Pues llévate ahí a Pepín y ayúdale a hacer pis, ¿vale? Que lleva peto y creo que le va a costar un poco quitárselo. Y de paso te peinas, que llevas unas pintas... ¡Ale, y que corra un poco el aire! —Moví las manos haciendo un gesto de disipación de la tensión.

—Gracias Raquel —oí la voz de Manuel que se iba acercando apresurado desde otro punto de la enorme sala—. Los estaba viendo desde lo lejos, pero estaba a un tris de cerrar una venta y no localizaba a Lola para decirle que se acercara. ¿Te dan mucho la tabarra?

—No, en realidad me hacen gracia, me dan vidilla.

Cuando se puso a mi altura me dio dos calurosos besos, y apretando sus brazos con intimidad me preguntó.

—¿Qué tal estás?

—Bueno, la verdad es que últimamente no me encuentro muy bien, creo que estoy un poco deprimida—en seguida cambié de tercio—. Oye, me encanta tu exposición. Creo que esta vez has triunfado.

—¿Tú crees? Muchas gracias. Me ha costado mucho, ha sido como un parto, de verdad. Ya sé que estas preguntas no se deberían hacer, pero hay confianza ¿qué es lo que más te gusta, o te inspira, emociona... ? —Quedé pensativa un largo rato.

—Creo, de verdad —dije al fin—, que has logrado hacer una obra realmente global. Eso es lo que más me gusta, la sensación de que lo engloba todo —. Tengo que reconocer que dada mi absoluto desconocimiento sobre arte moderno, me pareció una buena respuesta dado el interés de Manuel por hacer un “arte más global” . Y así todos contentos, que la vida son dos días.

—Me alegro mucho de que me digas eso. Ése es uno de mis objetivos principales, la globalidad, y me he volcado en ella con pasión, incansablemente...

De las penumbras del fondo, vimos aparecer dos figuras diminutas que iban de la mano. La más grande arrastraba a la más pequeña, que iba dando pequeños saltos unos pasos por detrás, mientras algo que le colgaba de la cintura se movía al compás. Al acercarse un poco más pudimos ver más claramente cómo la niña de Rodolfo llevaba de la mano a Pepín, al que acababa de llevar al baño. El pequeño iba casi cayéndose ante la imposibilidad de caminar con las dos piernas al ritmo de la niña, por lo que

iba dando saltos para poder avanzar.

—¿Pero qué es eso? —dijo Manuel— ¿Qué le pasa a Pepín? ¿Por qué no camina como una persona normal y va dando saltos? ¿Es que no piensan dejar de dar el espectáculo en toda la tarde?

—No sé —dije afinando bien los ojos— ¡Ah! ya sé —solté una sonora carcajada. Me acerqué a los niños antes de que Pepín perdiera unos cuantos dientes con la caída.

—Cariño —le dije a la niña de Rodolfo—¿no ves que lleva las dos piernas metidas en una sola pata del pantalón?

—¡Jopé! ¡Es que no me dejaba vestirle bien! —se quejó la niña con un evidente gesto de frustración.

—Pepín cielo, ¿no vas muy incómodo? —El niño movió la cabeza, primero para negar su incomodidad para acto seguido acabar asintiendo. Tras una pequeña charla de convencimiento para volver al baño a ponerse bien los pantalones, accedió.

Dándose cuenta del trabajo que estaba realizando con los niños, Lola se acercó también a agradecerme en cuanto pudo. Estaba muy ocupada con los invitados, y no llegaba a todo.

—¡Menos mal que has venido! —me dijo con energía—. Madre mía, la que nos montan estos chiquillos en cuanto dejas de mirarles, ¿verdad? Oye —me agarró del brazo, y bajando un poco el tono de voz continuó—, la hija de tu amigo, no es por meterme con nadie, pero “manda huevos”, ¿no? ¿Has visto cómo me traía a Pepín? ¡Y menuda boquita tiene!

—Sí, está revoltosa, la verdad. Pero bueno, los tuyos no le andan a la zaga, ¿eh? —No me gustaba seguirle mucho ese tipo de comentarios. Las veces que lo había hecho, me había arrepentido. Le reforzaba ese aire de “divina que no se equivoca con nada”.

—¿Los míos? ¡Pero si son unos benditos a su lado! A mí me parece que esa chiquilla está muy mal acostumbrada. Pero bueno, cada uno educa a sus hijos como puede. Si tú tuvieses hijos ya verías, ya. Que es muy fácil hablar... —Recordé la noche en que Manuel se había tenido que ir a descansar a su dormitorio sin ver la tele porque las dos de la casa estaban ocupadas por sus hijos. No dije nada—¿Qué le pasa a María? —cambió Lola repentinamente de conversación—. No para de mirar a la puerta de entrada y al reloj. ¿Tú sabes si esperaba a alguien?

—Sí, creo que sí, que había quedado aquí con un chico con el que lleva quedando un par de meses, pero parece ser que aún no ha llegado, y ya son las

diez. En breve cerrareis, ¿no?

—Pues sí, en unos diez minutos. Ya sé de quién me hablas, me lo contó. Uno calvo y muy feo, dice. Pues parece que le han vuelto a dar plantón —. Asentí muy a mi pesar—. Claro, si es que uno no puede ir saliendo por ahí con el primero que se le presente. De verdad, a veces creo que lo que le pasa a María es que no sabe estar sola...

—Yo creo que a casi todo el mundo le gustaría encontrar a alguien con quien compartir su vida ¿no crees? Yo también di muchas vueltas hasta que lo encontré...

—Ya, pero lo tuyo era diferente. Yo creo que María se agarra a un clavo ardiendo. Es capaz de salir con el primero que pilla (si está forrado, claro). Así le va. Si es que... si eres tan fácilona, al final no te tienen en cuenta, te pierden el respeto, y te acaban tomando el pelo.

—Es que a ciertas edades ya es más difícil. Llega un momento en el que no queda tanto donde elegir. A mí no me parece mal que se dé oportunidades. Tú empezaste con Manolo a los veinte años. Sinceramente, Lola, no te ha dado tiempo para tener una verdadera experiencia ni de soledad, ni de desamor, que son las peores...

—Bueno —interrumpió Lola con decisión— pues yo la verdad es que no lo entiendo. Si yo estuviera soltera, ¡vamos! ¡Sería la mujer más feliz del mundo! Haría lo que me diera la gana, no tendría que estar todo el día de aquí para allá con los niños; y por supuesto ¡no me rallaría tanto con los hombres! Que les gusto, bien, que no, pues nada, “a otra cosa mariposa”. ¡Anda que no hay peces en el mar! —concluyó como sentando una cátedra absolutamente irrevocable.

—Ya, bueno, que tú digas que llevarías mucho mejor que María lo de estar soltera a los treinta y nueve, es como si yo digo que si tuviese hijos los educaría mejor que tú. Una quimera, ¿no? —le pregunté, dejándola callada— ¿No? —repetí sonriendo con malicia—. Tú misma acabas de decir que es muy fácil hablar...

La pregunta llegó a los oídos de Lola con tal evidencia, que antes de reconocerme que podía tener razón, decidió hacer lo único que sabía hacer en esos casos.

—Me voy a buscar a Pepín que hace tiempo que no lo veo —dijo sin ningún tipo de entonación y haciendo caso omiso al aplastante razonamiento. Y como si no fuese con ella, se dio media vuelta para alejarse.

Al cabo del rato, cuando los distinguidos invitados habían empezado a

despedirse del artista entre halagos y promesas de compras futuras, un elegante caballero hizo su entrada en la sala de forma apresurada. Por la forma de caminar pensé que le faltaba llevar un corcel entre las piernas. Con el cuello bien erguido comenzó a mirar a todas partes, afinando la vista haciendo patente que buscaba a alguien. Miró su reloj con gesto entre preocupado y prepotente, y acto seguido continuó adentrándose en el local con paso firme. Sus zapatos, me fijé, sonaban más de lo normal, y relucían como si les acabaran de sacar brillo. Ciertamente debía de haber sido un chico muy guapo de joven ya que ahora seguía siendo sumamente atractivo, a pesar de tener que lucir una cabeza afeitada para disimular la calvicie de la que mucho me temo, era víctima desde hacía ya tiempo.

Rastreeé la sala, era evidente que aquel hombre buscaba a María, ¿dónde se había metido? Hasta hace poco había estado allí clavada esperándole, y ahora parecía haber desaparecido. No la veía por ningún lado. Me pareció extraño después de que hubiese estado toda la tarde pendiente del reloj, el teléfono y la puerta. Al cabo de los minutos la vi entrar en la sala con Rodolfo, charlando animadamente y riéndose de algo que él iba contando. Me acerqué.

—¡Hola! Hemos salido a ver la escultura que está colocada en el hall de entrada, nadie se ha dado cuenta de que ahí hay otra obra —explicó María.

—Claro, que para lo que hay que ver... yo he salido sólo porque esta señorita tiene intención de comprar y en ese caso hay que ver toda la mercancía, pero vamos, que no nos ha sacado de muchas dudas...

—María, creo que ha llegado *Hommer*.

—¿Ah, sí? ¿Dónde está?

—Por cierto —le dije bajando la voz—, tengo que reconocer que lo de la calva no era una exageración, pero lo que no tiene es la barriga de *Hommer*, ni la facha. Después de tu descripción me lo esperaba mucho peor. Mira, ahí está.

María le saludó con la mano, ya que se encontraba en la otra punta de la galería (y con demasiada alegría para ser las horas que eran, pensé). Antes de acercarse a él se dio media vuelta para despedirse de Rodolfo y darle las gracias por sus hábiles consejos a la hora de comprar una de las esculturas. “Ha sido muy esclarecedor”, le dijo aún riéndose de alguna de las ocurrencias de mi amigo (juraría que tendentes a lo sarcástico) con cierta complicidad. Tras darle un par de besos, se alejó hacia aquel hombre que había ido a buscarla.

Cuando estuvieron cerca el uno del otro, toda la sala pudo ver cómo el

recién llegado la agarraba pomposamente de la cintura, y la arrimaba a sí mismo con una decisión bastante aparatosa para darle un beso. No dejó de lado ese gesto prepotente con el que había hecho su magnífica entrada tres horas más tarde de lo esperado, ni en ese momento.

12. Damián

Madrid, mayo 1999.

28 años.

Sonó el teléfono. Corrí a cogerlo. No estaba segura de llegar, había empezado a oírlo cuando aún me encontraba en la ducha.

—¿Sí? —dije con tanto énfasis que mi interlocutora interpretó que había llamado en un mal momento.

—¿Raquel? Soy Lola, ¿te pillo bien?

—Ah, hola Lola, sí, bueno, no, pero no pasa nada, estaba saliendo de la ducha.

—¿Pero te ha dado tiempo a ponerte la toalla? —bromeó—. Oye, tengo un plan para este verano, ¡te va a encantar!

—¿Ah, sí? —contesté intrigada. Me encendí un cigarro y me acomodé mejor la toalla.

—El padre de María (que ya sabes que está forrado) le ha dicho que invite a cinco amigas a un mini-crucero por el Mediterráneo, que corre de su cuenta.

—¿Qué dices! —exclamé con tono incrédulo y asombrado a la vez.

—Por lo visto un amigo suyo es el gerente de una empresa de cruceros, y como creo que no han vendido todos los pasajes le ha debido hacer un precio bastante bueno para por lo menos cubrir gastos. Las bebidas no entran.

—¿Y la comida y todo lo demás está incluido en la invitación?

—Sí. Me ha dicho María que te lo diga. Lo que pasa es que las fechas son las que son, no sé si podrás pedírtelas en el trabajo. Es del 10 al 25 de junio. Saldríamos del puerto de Alicante, iríamos hacia arriba, con paradas en Barcelona, Mallorca, la costa de Italia, algunas de sus islas, creo que entre ellas Sicilia (¡Sicilia, imagínate!) Y Grecia. Nos llevarían de vuelta al mismo puerto donde subimos. Creo que es un circuito que van repitiendo y la gente sube y baja en el mismo sitio. Bueno, más o menos ése sería el recorrido ¿Qué te parece?

—¿Qué qué me parece? Pues qué quieres que te diga, que “a caballo regalao”... ¡Me parece estupendo! De hecho, ¡no me lo puedo creer! Mañana

mismo sin falta voy a ver si puedo pedirme esos días. ¿Tú ya los has pedido?

—No, si María me acaba de llamar. Pero vamos, que a mí ya te digo yo si me los dan. ¡Con lo que me están exprimiendo, que se atrevan a decirme que no! Entonces, ¿le digo que cuente contigo?

—Sí, claro, ¿y Manuel?

—No, no, es un viaje para las amigas, ya me lo ha dicho María. Seguro que le parece muy bien. Y si no, peor para él porque se va a tener que aguantar. Yo desde luego no me lo pierdo, me diga lo que me diga.

Tras colgar el auricular me dirigí a mi dormitorio, y mientras buscaba algo que ponerme pensé en llamar a mi hermana para contarle la extraña invitación que acababa de recibir.

Hacía algo más de dos años que no vivíamos juntas. Mientras Sara continuaba en casa de mis padres y terminaba sus estudios en la universidad, yo, tras compartir piso durante un año, me había alquilado un pequeño apartamento para mí sola en la Calle San Crispín.

El piso quedaba a un paso de la parada de metro de Puerta del Ángel, cerca del río. Desde el único balcón que tenía, se podía ver parte de la Catedral de la Almudena, lo que me hacía tener la sensación de vivir en el mismo centro de la ciudad. Aunque tengo que reconocer que lo que me llevó a alquilar ese piso no fue ni su ubicación, ni su distribución, ni sus vistas, sino el perenne olor de las escaleras al cocido que hacía mi abuela cuando yo era pequeña.

Me vestí y la llamé para contarle la noticia. Cada vez estábamos más unidas. Ahora que las dos habíamos entrado en la veintena, los cinco años de diferencia que nos separaban se habían encogido como por arte de magia. No sabía en qué momento había empezado a ver a mi hermana como una igual, creo que ya casi por su adolescencia. El cambio difícil fue el suyo, en el que ella había dejado de verme a mí como una amenaza. Sara se alegró del verano que tenía por delante, pero me pareció que colgó sintiendo una punzada de envidia para sus adentros, que debía más que ver con el hecho de que yo siempre fuese por delante de ella (aunque sólo fuese una cuestión de tiempo) que con el viaje en sí.

Al día siguiente me fui a trabajar con la esperanza puesta en que no me negaran semejante regalo. Seguía en el pequeño periódico de barrio y tenía muy buena relación con mi jefe, un chico unos años mayor que yo cuyo único objetivo era que el periódico saliera lo mejor posible en cada tirada, y en ningún caso amargar la vida de los empleados que tenía a su cargo.

Yo, inconsciente de lo que tenía, no le aprecié nunca lo suficiente hasta que años más tarde fue sustituido por otro que carecía de escrúpulos a la hora de tratar con nosotros, y del que acabé despidiéndome sin muchas dilaciones mandándole a freír puñetas. Fue por aquella época cuando empecé a jugar a la lotería. Pero ésa es otra historia, aquel año aún tuve suerte, y no me costó que me dieran los días que pedí.

Alicante, 10 de junio de 1999.

El transatlántico me pareció excesivo al lado de los elegantes y discretos yates que se amarraban a su alrededor en el puerto. Sus cuatro pisos se erguían blancos, ondulantes y firmes sobre las aguas del mar. En cubierta una enorme piscina, arbustos, plantas en macetas de exageradas proporciones, y cientos de tumbonas, nos dieron la bienvenida. En el primer piso, camarotes de ventanas redondas y paredes móviles nos esperaban con las camas recién hechas, envueltas en una blancura que aún conservaba su olor a suavizante.

“Va a ser un gran viaje”, pensé con ilusión mientras soltaba mis maletas sobre el reluciente suelo de madera recién pulida.

Al final viajábamos las tres. Las demás amigas a las que habíamos llamado para completar las cinco invitaciones no habían podido conseguir esos días para sus vacaciones con tan poca antelación.

Salimos a cubierta para ver cómo poco a poco las casas de la costa de la que proveníamos se iban haciendo cada vez más pequeñas hasta parecer una ciudad de juguete, que con sólo adelantar la mano podía abarcarse.

Los demás pasajeros habían salido a tumbarse bajo el sol o a pasear. Abundaban españoles, italianos, franceses y griegos, que eran los cuatro países por los que pasaba la nave, y lejos de nuestras expectativas, la mayoría caminaban algo encogidos luciendo blancas cabelleras y amplias pamelas con las que protegían los lunares que con los años habían ido haciendo su aparición, y que ahora eran bastante más numerosos que en su juventud.

—Madre mía —exclamó Lola tras dar una vuelta completa a la primera cubierta del barco— ¡Si esto parece un viaje del IMSERSO!

—Pues la verdad es que sí —dijo María con un cierto tono de decepción.

—Bueno chicas, todo regalo como éste oculta una pequeña trampa, ¡si no ya me diréis por qué iban a sobrar pasajes...! Supongo que será por las fechas. Pero ahora que empieza la segunda quincena de junio seguro que en los próximos puertos empezará a subir gente más joven. Sólo necesitamos un poco de paciencia, y mientras tanto... ¡A disfrutar! —dije—. Yo voy a ponerme el

bikini, y a pedirme un mojito en esa barra mientras me tumbo a tomar el sol. Chicas: ¡esto es la leche! —y desaparecí de su vista con el entusiasmo de un niño esperando a los Reyes Magos.

Los dos primeros días se sucedieron pausadamente. El inmenso azul nos acunaba casi imperceptiblemente en las hamacas tendidas al sol. La brisa que surgía al movimiento del hotel flotante, junto con los cócteles a los que nos estábamos habituando, hacía que el calor no fuese sofocante.

Por las noches salíamos a dar paseos bajo el campo de estrellas que emergía sobre el Mediterráneo, entre el baile de luces de los faroles que adornaban la cubierta, y las sombras que parecían esconder ahogados rugidos del barco en movimiento. Dentro, en los salones, los demás pasajeros bailaban boleros despacito y agarrados rememorando su juventud, allá por los años cuarenta.

Un aburrimiento, la verdad. Era muy agradable y así explicado tiene hasta su encanto, pero si todo seguía igual, corríamos el riesgo de acabar tirándonos por la borda sólo para cambiar el rumbo de nuestro viaje.

El tercer día la nave arribó en el puerto de Barcelona. Esa noche, antes de partir hacia tierras francesas, vimos cómo un grupo de unos diez pasajeros, muy ruidosos y charlatanes, de unos sesenta años, abandonaban el crucero tras terminar su circuito. Arrastraban sus maletas pesadamente por la misma barandilla por la que nuevos pasajeros enérgicos y sonrientes subían para comenzar su viaje.

Agarradas a nuestros mojitos, y escondidas tras enormes gorros y las gafas de sol como si fuésemos famosas o algo así, nos dedicábamos a nuestra única diversión, que no era otra que la de observar cómo los nuevos compañeros de viaje iban ascendiendo cargando con sus maletas llenas de ilusiones. Bueno, uno de ellos debía llevar piedras junto con sus ilusiones, porque le estaba costando un horror. Debían estar deseando llegar, ya que iban riendo y fijándose en cada detalle del barco, que señalaban y comentaban a su paso. Parecía que iban diciendo “Mirad, ¡menuda piscina! parece más grande que en las fotos” o “¡Eh! ¡Hay una bolera!”.

A medida que unos bajaban y otros subían, sin haber cruzado aún una sola palabra con ninguno de ellos, empezamos a sentirnos más acompañadas. Entre los recién llegados vimos aparecer a dos parejas de unos cuarenta años, otras dos que rondaban los treinta (¿los recién casados de todo crucero?) y un grupo de cuatro chicos y una chica, que estimamos serían más o menos de nuestra edad. ¡Por fin, algo de diversión!

Estuvimos contemplando la llegada durante un buen rato, disimulando cuando nos pillaban, mientras la noche se instalaba sobre nuestras cabezas y la ciudad al fondo se iluminaba como un enorme árbol de navidad. A la media hora las luces de la ciudad Condal quedaban lejos, y los nuevos inquilinos habían ido desapareciendo por las galerías que conducían a sus camarotes en la claridad de una noche iluminada por innumerables bombillas.

La cena se servía en un restaurante adornado con un estilo barroco, muy lujoso y algo recargado, que se encontraba en la segunda planta. “El Restaurante del Capitán”. Casi todos los días había espectáculo, y desde la primera noche en que nos sentimos totalmente fuera de lugar al acudir vestidas de forma informal, nos había quedado claro que tenían que ir, si no de gala, al menos elegantes. Esa noche nos arreglamos con más esmero.

—Mirad, chicas, ahí llegan —dijo María— ¡Uuh! Pues hay un par que no están nada mal.

—Menos mal que sólo son un par —contestó Lola—. Que yo no quiero tentaciones. ¡Pobre Manuel! —Llevaban ya casi cinco años saliendo. Los dos primeros había sido de una forma bastante abierta, sin compromiso de ningún tipo. Pero al llegar el tercero, decidieron que no podían estar el uno sin el otro, y se lanzaron a vivir “una historia de verdad”, como decía ella.

—Sí, pero seguro que uno de los guapos es el que va con la chica —dije yo, que iba haciendo cuentas.

No disimularon en absoluto, y se sentaron en una mesa cercana a la nuestra. Parecía que a ellos sí que les habían informado de la importancia de ir arreglados, ya que iban muy elegantes, aunque sin corbata. El detalle de la etiqueta lo guardaban para la noche de la Cena del Capitán, que se celebraba todos los sábados.

Al término de la cena, durante la sobremesa que se estaba alargando en las mesas vecinas, uno de ellos sin ningún tipo de titubeo, se levantó para presentarse

—Hola, me llamo José y estoy en esa mesa —señaló hacia donde se encontraban sus amigos.

—Hola —contestó Lola—. Sí, ya os hemos visto. Podríamos disimular y decirnos que no, pero aquí no es fácil pasar desapercibido cuando se tiene menos de treinta años.

—¿Ah, sí? —dijo el chico extrañado. Miró a su alrededor—. Es cierto, bueno, hay algunas parejas más por ahí...

—Sí, pero acaban de subir con vosotros en Barcelona. Créeme, cuando

os hemos visto subir a bordo a todos, hemos respirado. ¡Hasta hoy éramos las únicas de menos de sesenta años en todo el barco!, pero bueno, aún así nos las hemos apañado bastante bien.

—¡Pues me alegro de que hayamos venido a hacer os compañía! Venía a deciros que ahora íbamos a tomarnos unas copas a un bar que está en la planta de la cubierta principal, por si os apetece venir.

Tardamos media hora en acudir a la cita, y cuando entramos en el bar donde habíamos quedado, les encontramos pidiendo en la barra que había cerca de la entrada. El oscuro local estaba iluminado con pequeñas luces que despedían una luz cálida y amarillenta pero brillante. Uno de los ventanales daba a la piscina principal, la cual también estaba iluminada desde el fondo, haciendo que el azul turquesa se percibiera aún con más intensidad, que a la luz del día. Dos pequeñas palmeras franqueaban la entrada de cristal, dejándolas a la vista desde dentro.

De fondo sonaba Franco Battiato.

No tardamos mucho en presentarnos. La chica al final resultó ser sólo una amiga más. Por lo visto, según le contó a María, iban a ser tres chicas, pero en el último momento las otras dos se habían echado atrás, y ella decidió irse con ellos. Se conocían de la facultad.

De las tres, María solía ser la que más éxito tenía. Su belleza era discreta pero muy efectiva, y su elegancia al vestir, incluso en ropa de sport, la hacía aún más atractiva. Los hombres en seguida se daban cuenta de su presencia. Tenía el cabello rubio, aclarado con unas elegantes mechas pajizas. Sus ojos pequeños pero de un verde transparente, contenían una mirada melosa y acogedora. El chico que se había presentado como Damián, se acercó a hablar con ella.

Era corpulento, moreno, de ojos oscuros y labios gruesos. Destacaba por su físico, casi perfecto, y en aquel entorno marino y elegante, parecía formar parte de una artificial sesión de fotos para una revista de moda.

José, que aunque no era tan impresionante como Damián no era un chico mal parecido, se dirigió a hablar conmigo. Los otros dos y la chica se quedaron conversando con Lola.

El bar se fue llenando de gente, y un músico se sentó en el piano que había al fondo, rodeado de unas velas que debían haber sido repuestas una y otra vez, ya que los candelabros estaban formados por un tumulto de cera derretida que al deslizarse había ido formando caprichosas figuras.

El tal José me resultó muy agradable tras una hora de conversación. Era

tranquilo pero divertido, y sobre todo, me hacía caso. Escuchaba todo lo que yo le contaba como si le interesara mucho, y eso siempre suma puntos.

Estábamos cambiando impresiones tranquilamente sobre nuestras respectivas ciudades, cuando de repente Damián, el monumental chico que había estado hablando con María, se nos acercó, e interrumpiendo a José que en ese momento estaba hablando, se dirigió a mí con un exceso de desparpajo.

—Así que de Madrid, ¿eh? Ya me ha contado tu amiga que soléis hacer un viaje juntas todos los años.

Como era un tipo muy guapo, se creía que sólo por eso tenía conquistada a cualquiera. Me pareció bastante creído y prepotente. Además, creo que fue bastante desconsiderado al interrumpir a José, que aunque no fuese un monumento, estaba hablando conmigo. No soporto a esa clase de chicos que sólo por ser guapísimos se creen que vas a caer rendida a sus pies. Es una forma de menospreciar la inteligencia femenina. Pero bueno, fui amable y le contesté, por supuesto.

Al terminar la segunda ronda de copas decidimos cambiar de bar. La inmensa nave estaba provista de cuatro locales tranquilos y dos discotecas, que dada la mayoría de jubilados, solían estar vacías. Salimos a la cubierta y nos dirigimos a unas escaleras laterales que nos conducían hasta el siguiente bar. Hacía frío, me enrollé un echarpe sobre los hombros. Mientras me lo colocaba la chica que iba con ellos se me acercó.

—Encantadores, ¿verdad? Somos compañeros de la facultad —me dijo con una actitud de mayor complicidad de la que en realidad había entre nosotras.

—Pues sí —¿Qué podía decir: “Bueno, uno me ha caído bien, y el otro mal”? Hay veces que la gente no se da cuenta de que consigue una contestación más por educación que por sinceridad. Pero intenté ser agradable, al fin y al cabo, la chica sólo estaba intentando ser maja.

—José es genial —prosiguió.

—Sí, eso me ha parecido.

—Pero Damián es muy guapo —no entendía dónde quería ir a parar.

—Sí, la verdad es que está muy bien. —Nos reímos para que pareciese que ya habíamos conectado ante semejante afirmación. —. Parece modelo.

—De hecho, era modelo —afirmó—. Hace un par de años se sacaba un dinerillo posando para catálogos y anuncios y esas cosas. —Hizo una pausa—. Si tuvieras que elegir, ¿con cuál de los dos te quedarías? —me pareció una pregunta fuera de lugar. Y extraña.

—Pues no sé, los dos son muy majos, pero vamos, que yo no tengo por qué elegir porque ni me lo han pedido, ni quiero nada con nadie.

—Ya, claro, pero, ¿si tuvieras que elegir...? Venga, ¡mójate! —Me dio un golpecito con el hombro.

—Bueno —me reí —, vale, me voy a mojar: Elegiría a José. Me ha caído muy bien, y no es el “típico guaperas” —la amiga se rió también.

A partir de ese momento, la situación se volvió sorprendentemente diferente. En un principio, era evidente que los dos chicos habían decidido que cada uno cortejaría a cada una de las muchachas. El guapo a la guapa, y el no tan guapo a la no tan guapa. Sin embargo, empezó a librarse una batalla campal entre José y Damián en la que el objetivo de ambos era, curiosamente, yo, la no tan guapa. José parecía desconcertado.

—Conozco algo Madrid, ¿por dónde vives? —me preguntó Damián una vez acomodados en el nuevo bar.

Nos habíamos sentado todos alrededor de una mesita baja, y yo había quedado situada entre los dos chicos que intentaban hablarme al mismo tiempo sin que pudiera contestarles a la vez.

—Pues... siempre he vivido por San Bernardo, con mis padres, pero hace dos años me independicé. ¿Conocéis Puerta del Ángel? Es la zona que está justo cruzando el puente de Segovia. Desde el paseo de Extremadura se ven el Palacio Real y la Almudena, a mí me encanta.

—¡Ah! ¡El Palacio Real! Sí que sé dónde está —dijo José con el entusiasmo de poder decir algo.

—Sí, creo que conozco Puerta del Ángel, tengo un amigo que vive por ahí —interrumpió Damián. Yo no sabía a quién mirar, ya que al tener a cada uno a un lado no podía mantener a los dos en un solo campo visual, y parecía que estuviese en un partido de tenis. Al cabo del rato la situación empezó a ser ridícula ¿Sería posible que aquellos dos chicos se estuviesen peleando por mí?—. Por ahí hay un bar —prosiguió Damián— para tomar el aperitivo que es genial —. Se quedó pensativo—. Espera... ¡La esquina de Eusebio! ¿Me equivoco?

—¿Conoces la esquina de Eusebio? —exclamé gratamente asombrada— ¡Claro que no te equivocas! Está muy cerca de mi casa. Suelo ir los domingos por las mañanas.

—Tomar el aperitivo en Madrid me encanta. La última vez que estuve, de la esquina de Eusebio nos fuimos directamente por La Latina, a las tascas que hay por ahí, a tomar unos vinitos...

Llegado este punto, José se dio cuenta de que no podía decir nada que aportara gran cosa. Él realmente no conocía casi Madrid, y su amigo que habría estado como mucho dos veces, aparte de mucha labia y un físico envidiable, tenía la gran suerte de conocer mi barrio. A todo esto hay que añadir que a mí me empezaba a dar igual que mi inteligencia femenina quedase insultada, y empecé a estar muy halagada por el hecho de que semejante monumento se hubiese fijado en mí. Además conocía mi trocito de Madrid nada turístico, y esto último no ayudó nada al pobre José, que se retiró de la batalla enganchándose a la conversación de los demás.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó Damián.

—Veintiocho ¿tú?

—Veintiocho también —dijo en seguida. Y sonrió.

—¿Y sigues estudiando la carrera? ¿La empezaste tarde o es que te estás dando a la buena vida?

—Ah... Pues sí, sigo estudiando. Ellos son mis compañeros de facultad...

—Ya, por eso lo digo.

—No, es que estudio y trabajo a la vez, en una empresa que organiza eventos, sobre todo de moda, y eso hace que sólo pueda sacarme la mitad de las asignaturas cada año. El año que viene ya termino...

Esa noche nos fuimos tarde a dormir, y cuando lo hicimos, nos despedimos hasta el día siguiente. No podía ser de otro modo, seguro que en el desayuno nos encontraríamos de nuevo aunque no quisiéramos. El crucero estaba muy bien, pero cuando estábamos en el barco me sentía como prisionera en un hotel de lujo. No podría haber salido de ahí a menos que hubiese pedido prestado un bote salvavidas. Mirase hacia donde mirase, a nuestro alrededor sólo había agua.

Durante los dos días siguientes seguimos encontrándonos en los distintos restaurantes donde se servían el desayuno y la cena, y tomamos por costumbre sentarnos juntos. Por el día nos acercaban a tierra firme y teníamos tiempo para pasear y visitar los distintos lugares.

A veces coincidíamos en la rampa de bajada y nos uníamos a la excursión, o nos encontrábamos en mitad de una ciudad, como ocurrió en Marsella. En esas ocasiones, si nuestros intereses turísticos coincidían, seguíamos juntos la visita cultural, pero si no era así, cada grupo iba por su cuenta y así por las noches teníamos más cosas que contarnos.

Pasamos por Marsella, Córcega y Cerdeña. Al cuarto día de la

aparición en el barco de nuestros compañeros de viaje tocó conocer Nápoles.

Nosotras nos apeamos tarde de la nave. Desde la altura del inmenso barco oteamos el horizonte, observando de lejos la ciudad. El puerto nos pareció inmenso, y pudimos ver cómo el grupo de chicos acompañado por una chica se adentraba en ella con paso firme. Habían bajado bastante tiempo antes que nosotras, por lo que ya no les alcanzaríamos.

Nos deslizamos por la rampa decididas a pasar un día que sin duda alguna, sería inolvidable.

A las ocho en punto de la tarde, como todos y cada uno de los días anteriores que habíamos bajado a visitar alguna ciudad, estábamos de vuelta en el puerto. El pensamiento en la ducha y el baño merecidos tras largas caminatas por la ciudad quedó detenido en el tiempo cuando con horror observamos, incrédulas, un enorme agujero por el que se podía vislumbrar el azul del mar en el lugar donde horas atrás había quedado amarrado el inmenso crucero.

Tras diez minutos de sorpresa, en los cuales no podíamos dejar de mirar el hueco, terminamos por aceptar que efectivamente, allí no había nada. O al menos nada parecido a nuestro barco.

Nos acercamos a una caseta cercana y preguntamos por el paradero de nuestra nave. Quizá la habían tenido que amarrar en otro lugar, pero dentro del mismo puerto. No tenía pérdida, era enorme.

Una negativa con la cabeza seguida de un lánguido sonido musical con el que parecía reprendernos fue la respuesta del amable caballero que nos atendió. Tras una difícil conversación logramos entender que deberíamos haber estado ahí dos horas antes, cuando el barco zarpó.

—¡Oooh, mierda! —dije—¡No me lo puedo creer! —Me tapé la cara con las manos—. El barco zarpaba a las seis, ¡si es que no nos enteramos de nada! —No sabía si reír o llorar. María lo tenía más claro, y soltó una sonora carcajada, de esas que ella suelta para parecer una rubia tonta aunque no lo sea.

—¡No pasa nada! —gritó Lola con tal movimiento de manos que en realidad dio a entender que se trataba de una emergencia—. Esto lo solucionamos en un plis ¡Ya veréis! Vamos a ver, ¿cuál era la próxima parada?

—Sicilia, creo —aporté.

—Ni guarra —aportó María, a quien en el fondo le daba exactamente igual dónde estuviese nuestro barco.

—Bueno, Sicilia puede ser —confió Lola poniendo su cara de “vamos a

ser prácticos”— ¡Anda que como no sea Sicilia ya sí que la hemos montado! —Se dirigió al caballero—¿Para ir a Sicilia? ¡Sicilia! —gritó de nuevo, como si en lugar de hablar otro idioma estuviese sordo. El hombre asintió con la cabeza, y les señaló un cartel publicitario que se encontraba a un lado de la caseta en la que se podía ver la foto ochentera de un ferry.

—¡Ah! ¡Estupendo! Deme tres. —Y sacó tres dedos—¡Tres para Sicilia!

—*¿Per stasera?*

—Si, si, “*per esta sera, per esta sera*”.

—*Signorina, I biglietti per stasera sono esauriti. Mi spiace.*

—*¿Esauriti? ¿No hay ferrys esta noche?*

—*No, no. Ma non ci sono biglietti per stasera.*

—¡Coño! ¿Quién dijo que el italiano y el español se parecían? ¡Cuando realmente lo necesitas no entiendes nada! —exclamó empezando a perder la paciencia.

—Creo que no quedan billetes, Lola —no es que yo le estuviese entendiendo, es que me imaginé lo peor que podíamos pasarnos, y supuse que exactamente era eso lo que nos estaba pasando.

Entonces el hombre sacó un bolígrafo y escribió: “*Ischia Stromboli Sicilia*”, y acto seguido poniendo de cara de “quién sabe” dijo:

—*Forse.*

—Que intentemos hacerlo de esta manera —. Ok, dije levantando el pulgar—. Tres para Ischia “per favore”.

El ferry que partía dirección Ischia salía en diez minutos. Cogimos los billetes y salimos corriendo hacia la dirección que el hombre nos había señalado. Enseñamos los billetes apresuradamente, y subimos con la sensación de habernos colado en él por los pelos.

Tras un recorrido que se me hizo breve, nos apeamos en una isla volcánica muy bonita. Una vez en ella, nos dio tiempo a duras penas a mirar alrededor para descubrir un pequeño mercadillo de artesanos que se desparramaba por las estrechas calles, junto a las casas blancas del pueblo que tomaba la isla desde el nivel del mar hasta las colinas del islote.

Un acogedor restaurante con una romántica terracita, y una hilera de casas blancas de las que sobresalía una cúpula del mismo color se fueron alejando de nuestra vista a medida que el segundo ferry, al que apresuradamente subimos camino de Estrómboli, se adentraba en su ruta.

—Qué pena —dijo María mientras nos íbamos—, no poder pasar más tiempo en estas islitas. Casi no hemos podido ver Isquia, ¡pero me ha parecido

una monada! Chicas, tenemos que volver aquí algún día —dijo con determinación.

—Me da la sensación de que éste es el último ferry por hoy. Hemos cogido el de las diez. Si ahora desde Estrómboli no sale otro hacia Sicilia, ¿qué hacemos? —pregunté sabiendo que no teníamos la respuesta.

La noche estaba empezando a caer sobre las islas del Mediterráneo, tornando el cielo en un color malva que se desgranaba en miles de tonos según subían la vista desde el horizonte. Aún no se veían las estrellas, pero la luna llena hacía ya horas que flotaba sobre el azul descolorido de la atmósfera, preparada para penetrar en la penumbra de la noche.

María se había colocado de pie agarrada una barandilla mirando hacia la isla que dejaban atrás. Sus cabellos rubios se alborotaban y flotaban en el aire, al ritmo de la velocidad del ferry. De repente, elevó los brazos al cielo y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Yuuuuju! ¡Aventura! ¡Libertad!

—Ni que fueras William Wallace —le dijo Lola con ironía.

—Aventura es lo que vamos a tener como no logremos llegar al crucero.

Esta era una de esas cosas que nadie podría imaginarse de María y que sacaba de quicio a muchos de sus pretendientes. De las tres, la única que llevaba toda su ropa de marca, era la que evidentemente menos preocupada estaba por dónde íbamos a dormir aquella noche, y esta despreocupación provenía de que realmente lo mismo le daba dormir en la playa, que en un hotel de lujo.

El ferry estaba casi vacío. Según se fue acercando a Estrómboli, una columna de humo lo sorprendió envolviéndolo en su espesor. Miré extrañada al cielo. No se veía nada, sólo humo y un olor que indicaba que algo ardía en aquel lugar remoto del Mediterráneo.

—Madre mía —dije al fin— ¡Fuego! ¡Esta isla se está quemando!

—*¡Ma signorina!* —contestó un italiano indignado que no se podía creer lo que acababa de oír. Juntó las cinco yemas de los dedos de cada mano, y levantándolas para que pudieran verse bien exclamó —*¡il vulcano, signorina! ¡Il vulcano! ¡Ciò che l'ignoranza!*

—Es el volcán Raquel —dijo Lola. Soltó una carcajada—. Creo que te está llamando ignorante.

—Pero... Un momento, ¿el volcán está activo? —no me entró miedo, me entró pavor—. No es por nada, pero a mí esto me está empezando a dar un poco de yuyu, ¿eh?

—*Non succede nulla, signorina, non preoccupatevi. Tutto è controllato. ¡Controllato!* —repitió en voz muy alta, casi gritando. Se me acercó más— *¿Capito?* —Me hablaba como si fuese lerda, así que asentí poniendo cara de que no pasaba nada para que dejara de tratarme como una tonta, y sonreí.

—“Grache” “grache”. Adiós, adiós —le dije mientras bajaba del ferry—, ya nos las compondremos como podamos —le dije como si me entendiera—. Oye, y si hoy saltamos por los aires, o un río de lava nos catapulta hasta el fondo del mar, pues nada, qué le vamos a hacer, ¿no? —El señor me sonrió como diciendo “por fin esta niña ha entrado en razón”

Preguntamos por el ferry que nos iba a llevar a Sicilia. El último había partido a las diez, tal y como yo había predicho. El pensamiento de tener que pasar la noche en una isla en erupción hizo que se me erizaran todos los pelos del cuerpo, pero definitivamente no había otra solución. Tendríamos que intentar coger el primero de la mañana, lo que nos permitiría llegar holgadamente a nuestro barco que presuntamente estaría en Sicilia hasta la tarde del día siguiente.

La calle principal del pueblo estaba bañada de un blanco lechoso, que ya se veía azulado por la luz de la noche, y sus casas escalaban en un orden natural por la ladera de la montaña. Ya desde el principio, cualquier movimiento que hiciésemos, nos conducía al volcán, tratándose como se trataba de una cumbre que salía del mar sin más tierra alrededor que la que envolvía al cráter. Sin embargo, desde el pueblo no se podían ver las erupciones, tan sólo el humo que emanaba de ellas y que dejaba constancia del movimiento que se estaba generando al otro lado de la cima.

Los pocos hoteles y hostales que encontramos y a los que entramos a preguntar, se encontraban ocupados más allá de sus posibilidades.

—Madre mía —. Nos sentamos en un escalón que se encontraba en una estrecha y torcida calle que pretendía ser perpendicular a la principal — ¿Y ahora qué hacemos? —dijo Lola.

—Pues yo tengo un hambre que me muero. Además, ¡hoy es sábado! ¡Nos vamos a perder la cena del capitán! Tenía preparado un vestido de Humberto Ferreiro de lentejuelas impresionante para esta noche —dijo María con voz de pena—. Bueno, chicas —se animó—, esto es lo que hay. Algo habrá que hacer, ¿no? Yo voto por ir a dormir a la playa, este pueblo es muy pequeño, y no creo que sea peligroso, ¿qué os parece? ¡Me encanta dormir al aire libre!

Suspiré con la cara entre las manos, y sin pretenderlo mi mirada cayó sobre un cartel que se encontraba en un recóndito local del callejón.

—Mirad —exclamé de repente— “Excursión nocturna al volcán. Salida: doce de la noche. Llegada, cuatro de la mañana”. ¿Preguntamos? —las dos asintieron, no tenían nada que perder, y a mí la inquietud por el volcán en erupción me había ido abandonando al ver a la gente tranquila paseando por la isla.

A las doce en punto aparecimos dispuestas a comenzar la subida. Las otras cinco personas que se habían unido a la excursión llevaban pantalones convertibles, botas de montaña, y unas mochilas para guardar sus cantimploras y el tentempié que les iban a repartir en el local antes de salir.

Cuando los dos monitores encargados de guiar la expedición nos vieron llegar, analizaron descaradamente nuestro equipamiento para la ocasión.

—Pero vamos a ver, ¿no tenéis zapatillas de deporte o unas botas de montaña?

Miramos nuestros pies embutidos en sandalias, cómodas para caminar, pero al fin y al cabo sandalias.

—Pues no —contestó Lola—. Nuestro barco se ha ido sin nosotras, llevamos lo que nos pusimos para dar una vueltecita por Nápoles. —Ellos asintieron, ya les habíamos contado la historia cuando fuimos a apuntarnos. De hecho, María llevaba un vestido de flores de a mil euros el centímetro cuadrado, Lola una minifalda con una camiseta de tirantes, y yo una falda de verano estampada y una blusa de tela fina.

—Bueno, pues tendremos que dejaros algo. Subir al volcán es subir una montaña, no darse un paseíto por el parque. ¿Tampoco lleváis nada de abrigo?

—Pues mira por dónde, es que cuando bajamos del barco en Nápoles a unos cuarenta-cincuenta grados, no se nos ocurrió que pudiésemos necesitar para nada un anorak, la verdad... si nos ponemos así, tendríamos que llevar también a todas partes las botas de agua, pantalones largos, gorro, bufanda, y puede que hasta los rulos en un momento dado, nunca se sabe cuándo nos pueden hacer falta, oye, que si es para un por si acaso...—contestó Lola, que cuando se siente ridícula le da por hablar mucho, o por ponerse borde, o las dos cosas.

—Vale, vale, entendido. A ver qué tenemos de emergencia en la trastienda.

Sacaron tres pares de zapatillas usadas que nos repartimos quedándonos con los números que más nos encajaban a cada una; tres sudaderas tamaño

XXL de publicidad de una empresa de aventura; cascos para todos; linternas y unas bolsas de plástico que contenían un bocadillo, una botella de agua y una chocolatina que no teníamos donde guardar. Todos los demás metieron sus enseres en las mochilas que llevaban.

—Dónde nos hemos metido —me susurró María cuando salimos del local camino de la parte más empinada de la montaña—. Tenía que haberme pintado las uñas de rojo para la ocasión ¡Menudas pintas! Si me viera mi madre seguro que me desheredaba. Yo con mi vestidito, esta sudadera, la bolsa de plástico, las botas y un casco. ¡Qué pena no tener la cámara! Así si se nos acerca algún pretendiente al que queramos espantar, le enseñamos la foto y se acabó —. Me empecé a reír por lo bajo.

Lola que nos oyó, nos esperó para ponerse a nuestro paso, y al observar cómo, cubiertas con cascos, agarrábamos la bolsa de plástico como el que viene de la compra, sin necesidad que le explicásemos nada, soltó una ahogada carcajada.

Las dos horas siguientes estuvimos subiendo entre la penumbra y guiados únicamente por la luz de las linternas. No había un sendero propiamente dicho, caminábamos pesadamente cuesta arriba entre las sombras de los matorrales, que se nos aparecían a cada paso como manchas oscuras subiendo desde el empinado suelo.

Los ruidos de algunos insectos nocturnos rompían el silencio intensificado por la oscuridad de la noche. Desde que había oscurecido, todos los signos de presencia de un volcán se habían esfumado, como si sólo existiera a la luz del día. El humo había dejado de verse, y estábamos totalmente desubicadas.

Al cabo de un largo rato oímos el grave bramido de una explosión. A lo lejos.

Una luz roja intensa y efímera, que había dejado su huella en el cielo seguida de un rugido, nos dejó paralizadas. Me estremecí. Casi no me había dado tiempo a verlo, sólo lo había intuido, pero un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Llevábamos dos horas y media subiendo. La expedición al completo paró en seco.

—El volcán —dijo uno de los guías—. Desde aquí comienza a verse, pero vamos a acercarnos más. Lo vamos a ver a unos cuantos metros de distancia. Explosiona cada cierto tiempo, a veces minutos. En realidad hay como dos picos, uno de ellos es el cráter —nos explicó—, nosotros nos dirigimos al otro. Desde ahí se puede observar muy de cerca sin peligro

alguno. Dejaos puestos los cascos, no suele llegar nada a esta cima, pero por si acaso.

Durante los veinte minutos siguientes nos llevaron hasta el punto de máximo acercamiento. Los guías se pararon, y nos indicaron que nos quedaríamos media hora antes de comenzar a descender. Nos sentamos en una roca muy quietas mirando hacia el volcán, que parecía tener vida propia y poder replegarse y esconderse al darse cuenta de su presencia, como una bestia enorme que se revolvía bajo tierra.

Súbitamente un nuevo estruendo inundó la atmósfera, y atravesando nuestros cuerpos nos hizo temblar a su paso. El volcán se descargaba con una lluvia de meteoritos. Una explosión ardiente, de inusitada fuerza y colores rojizos, anaranjados y amarillos hizo su aparición en un firmamento negro plagado de estrellas, tiñéndolo de fuego, bañándolo de culebras encendidas que dejaban el recuerdo de su recorrido plasmado en el aire una vez habían caído al mar.

La lava incandescente descendía por la ladera, arrastrando su fuerza, formando ríos luminosos de innumerables colores flameantes, que hallaban su fin al petrificarse cuando se sumergían en el agua.

A esa explosión le siguieron tres más, cada una con fuerzas renovadas, inventando con ímpetu nuevos recorridos de hoguera en el aire, desplegando sus brazos ardientes al cielo, como hacen los fuegos artificiales. Sólo que con más pasión, con más vehemencia. El sonido ronco, grave y profundo de las entrañas de la tierra nos sobrecogía cada vez que ésta se rasgaba.

Una intensa emoción embargó todos mis sentidos. Jamás me hubiese imaginado que vería algo así. Ni siquiera cuando decidimos subir había sospechado la magnitud de lo que íbamos a presenciar. Sólo había sido una idea como otra cualquiera para no pasar la noche tiradas en cualquier rincón de aquella isla. Enmudecimos, dejándonos embargar de esa naturaleza viva y salvaje durante la media hora que duró el espectáculo.

Desde lo alto de aquella cima, rodeadas de una oscuridad inmensa salpicada por miles de estrellas, donde la negrura del mar y la del cielo se confundían, y las luces de los brazos y las estrellas también, nos pareció estar sobre un pequeño planeta en erupción que flota en algún lugar del firmamento, en un universo lejano.

“Qué suerte”. “Qué suerte que hayamos perdido el barco”.

La bajada se nos hizo muy corta, de hecho en menos de una hora habíamos alcanzado el comienzo de la primera calle del pueblo, donde un

perro ya había empezado a desperezarse y rebuscaba en la basura algo para desayunar.

Devolvimos el equipamiento, nos despedimos y nos dirigimos a la primera cafetería que levantaba el cierre una hora antes de que llegara la luz del alba para los pescadores y los muy madrugadores.

Nos sentamos en silencio, todavía inundadas de la fuerza y la belleza de la que habíamos sido testigos. Nos tomamos un café caliente y a duras penas le pedimos al camarero que nos despertara a las siete y media antes de caer dormidas en los incómodos asientos del bar.

El ferry de las ocho de la mañana nos llevó directamente a Sicilia mientras dormíamos. Al entrar en el puerto de Palermo vimos con gran entusiasmo que la nave flotante en la que viajábamos se encontraba allí amarrada, irguiéndose soberbia sobre las demás embarcaciones. A pesar de lo cansadas que estábamos, nos fuimos a dar una vuelta por la ciudad. No queríamos perdernos nada. Dos horas antes de que el barco abandonara Sicilia ya estábamos en nuestros camarotes, echándonos una siesta antes de ir a cenar.

Un marinero llamó a nuestras puertas, quería cerciorarse de que ya habíamos llegado. Al vernos sanas y salvas respiró tranquilo. Nos dio la bienvenida de nuevo de parte del capitán y nos trasladó la preocupación que habían tenido por nuestra pérdida. Nos comunicó que de no encontrarnos ahí, el crucero se hubiese tenido que quedar un día más en Sicilia hasta lograr recuperarnos.

Repetimos un sinfín de veces que sentíamos muchísimo no habernos informado bien de la hora de partida de Nápoles y los trastornos causados por el tremendo despiste. El marinero se fue de buen ánimo a darle la noticia al capitán.

—Pero bueno, ¡menudo susto nos habéis dado! —dijo Damián al vernos entrar en el restaurante. Se levantó de la mesa para hablar con nosotras—. Nos dimos cuenta ya muy tarde, cuando vimos que no veníais a cenar, pero el barco ya estaba lejos de Nápoles. Fuimos a hablar con el capitán, y por lo visto os han estado buscando. ¡Me alegro de que os hayan encontrado!

Se sentaron todos en la mesa y animadamente nos contaron cómo nos habían buscado y los movimientos que por lo visto había realizado el capitán. Damián les dijo que la madrugada anterior el capitán había hablado por radio con el hombre que les había vendido los primeros billetes a Isquia, y que por eso conocía el recorrido que pensábamos hacer. Esa noche ya nos esperaban.

Nosotras también les narramos nuestra pequeña aventura hasta llegar a

Sicilia.

—Ayer os perdisteis la cena del capitán, de súper-gala —dijo la chica que les acompañaba— ¡Estuvo fenomenal! Estos iban de punta en blanco —. Señaló a sus amigos —. Y las mujeres, ¡con unos vestidos impresionantes!

—Ya, no me lo cuentes —dijo María—. Tenía un vestido precioso preparado para esa cena. Pero tengo que reconocer que lo que hemos hecho esta noche ha superado con creces cualquier cena de gala, eso seguro —dijo recordando el volcán.

Bajamos al bar de la piscina a tomarnos una copa. José ya casi no se me acercaba. A mí me pareció una actitud muy derrotista, cosa que no me gustó nada de él, y ahora intentaba que María le hiciera caso, pero ella se había fijado en un hombre algo más maduro y de una excesiva elegancia, que prácticamente no se había percatado de nuestra presencia en el barco. No quería darse cuenta de que su misterioso caballero estaba completamente obnubilado por su acompañante, una explosiva rubia teñida, operada de prácticamente todos sus órganos visibles, a excepción, por los juanetes que sobresalían de las carísimas sandalias, de los pies.

—Creí que ya no te volvería a ver —me dijo Damián acercándose con su copa.

—¡Qué exagerado! Sólo nos hemos perdido durante una noche.

—Ya, pero podíamos no haber vuelto a encontraros. Imagínate que no hubieseis sabido cual era la siguiente escala...

—Bueno, pues ya ves que sí —recordé que en realidad el ir a Sicilia había sido más una intuición que un acto basado en el prudente e inteligente hábito de informarse bien.

—Y yo aún no te había pedido el teléfono —dijo Damián mirándome a los ojos—. Estaba esperando a la última noche, pero visto lo visto me lo voy a ir apuntando ya, que tenéis un peligro... si te parece bien. Y sonrió.

Eran las tres de la mañana. Acabábamos de retirarnos a nuestros camarotes tras una partida de cartas en la que José había ganado casi todas las bazas. Ya estaba preparada para irme a la cama, y estaba leyendo un rato para conciliar el sueño cuando mi móvil hizo un silencioso movimiento mientras sonaba el tono de un mensaje.

“¿Te das un paseo nocturno conmigo? Te espero en la puerta de la bolera. Dami”

Resoplé mientras se lo pensaba. Estaba muy cansada, había dormido muy poco la noche anterior, eso sin contar con que además había escalado una

montaña. Ya era tarde. Sin embargo, no quería que él pensara que no estaba interesada. Unos años antes le hubiese dicho de aplazar la cita al día siguiente, pero como empezaba a estar convencida de que todas las relaciones me salían mal por una especie de fuerza maligna inexplicable, decidí decirle que sí.

Tras resoplar por segunda vez, y a pesar de que no me apetecía mucho volver a salir de la cama, cogí el móvil para contestarle que ahí nos veríamos. Me vestí y fui a su encuentro en el punto señalado.

Cuando salí del camarote, las luces del barco ya se habían apagado, y sólo quedaban las necesarias para navegar y las de emergencia. Me desplazé cautelosamente por la cubierta bañada en sombras y ruidos que me resultaron desconocidos. Al llegar al punto señalado, pude vislumbrar la silueta de Damián, que en ese momento inhalaba el humo de un cigarro apoyado en la barandilla.

Aquella fue la primera de las numerosas veces que furtivamente nos vimos durante el viaje.

Cuando todos se habían ido a dormir, durante las noches que pasamos en Grecia, Italia y Francia de vuelta a España, buscábamos rincones nuevos del barco donde encontrarnos.

La última velada, antes de llegar a Alicante donde nosotras nos apeábamos poniendo fin al viaje, tras la expedición nocturna por los pasadizos y barandillas del barco ya apagado, decidimos ir a mi camarote a pasar las últimas horas que nos quedaban juntos entre las sábanas de mi cama, hasta que el sol nos despertara.

Antes de caer dormidos definitivamente, Damián pareció ponerse muy nervioso.

—Raquel—empezó a frotarse una oreja como un niño que tiene sueño, y empezó a poner la cara esa cara de cordero degollado que tanto detesto—, es que tengo que decirte algo, pero me da muchísima vergüenza.

Estaba tan nervioso que esperé, como siempre. La cara de cordero degollado le estaba funcionando porque yo aún no había saltado a su yugular exigiéndole lo que me tenía que contar. “Tiene novia, porque éste a cura desde luego no creo que vaya a meterse...”. Tampoco es que me importara mucho, yo aún no tenía muy claro que quisiera continuar esta historia fuera del barco, pero que me estuviese toreando desde el principio ya me estaba molestando.

—Venga, Damián, no te pongas tan nervioso y dime de una vez lo que me tengas que decir —o te hago salir de mi camarote con una patada en el culo, me faltó decirle para ser totalmente sincera con él.

—Verás, es que... —titubeó —no sé, no puedo decírtelo, te vas a enfadar mucho conmigo.

—Venga Damián, como sigas así sí que me voy a enfadar, de verdad —me puse un poco más firme, y me senté cruzando las piernas sobre la cama, ya no aguantaba más la situación. Le hubiese zarandeado: “¡Qué tienes que decirme!”. Finalmente, Damián se decidió a hablar.

—Bueno, en realidad es una tontería, espero que no te moleste mucho. Es que... es que en realidad no tengo veintiocho años...

—¿No? —dije, asombrada por lo insignificante de la confesión.

—No, tengo veinticinco, pero no quería que pensarán que soy muy joven para ti...

Una carcajada interrumpió su disertación.

—¡Menuda tontería Damián, por favor! ¡Casi me da un síncope! Pensaba que me ibas a decir que tienes novia o algo así —seguí riéndome aliviada—. Además, para ser sinceros, vivimos muy lejos. Me hubiese molestado que la tuvieras por la mentira, pero en realidad...—y levantando mucho las cejas puse cara de que el tema no iba a seguir adelante.

—Yo sí quiero seguir viéndote. Creo que me he enamorado.

Me quedé de una pieza, y estando en ese estado empecé a razonar para mis adentros: “Bueno, si el chico se ha enamorado, y a mí no me parece mal, podríamos seguir viéndonos”. Pasados unos minutos seguía razonando, sin encontrar ningún impedimento para alargar la situación. Tampoco encontraba nada para seguir adelante, estaba hecha un lío. Al final la razón que se impuso fue algo así como ¿por qué no? No fue porque el chico fuese un monumento, también era gracioso, y era tan... Tengo que reconocer que no encontré muchas razones más, solo ¿por qué no?

Mil quinientos euros llevaba ya invertidos en una terapia con la que intentaba entender qué me pasaba con los hombres, para que efectivamente me pasara lo que os voy a contar que me pasó. No quiero decir con esto que los psicólogos no sirvan para nada, ojo, que yo desde que iba al psicólogo me sentía como más motivada con la vida (si es que alguna vez estuve desmotivada), y sobre todo más capaz, no sé para qué, pero más capaz. La conclusión que barajaba mi terapeuta era que elegía mal a los hombres (mil quinientos euros), por no sé qué rollos de un trauma sin resolver con mi padre, el pobre, que vivía en la más absoluta inopia de todo. Según la psicóloga, ese justamente era el quid de la cuestión. Para mí, la forma que yo tenía de tomar decisiones en aquel momento sí que sigue siendo un misterio, porque si hay

algo que no tiene ningún sentido, es lo que dije a continuación:

—Bueno, Damián, ¿por qué no? Podemos seguir viéndonos si quieres.

Ahora que las cosas estaban claras (sobre todo para él) y que se había quitado ese peso de encima pudo dormir tranquilamente las tres horas que nos quedaban sin que nada le perturbara.

Antes de separarnos definitivamente prometió llamarme, y en cuanto puse un pie en Alicante cumplió su promesa.

El caso es que aún no habían subido al coche para poner rumbo a Madrid, cuando la sinfonía de mi móvil sonó. Era Damián, que quería desearme buen viaje y decirme que el próximo fin de semana vendría a verme a la capital. En realidad, hacía sólo media hora que nos habíamos separado.

Al rato de comenzar el viaje, cuando íbamos comentando por enésima vez cada una de las anécdotas del viaje, recibí el primer mensaje.

Damián: *“S.O.S. este barco es muy grande, sin ti no puedo poner orden”*.

Yo: *“¿Qué pasa, capitán, se hunde? Ya encontrarás quién te ayude”*.

Damián: *“Aún parece que flota. No te preocupes por mi fidelidad, por lo menos durante tres días. Aquí las griegas no bajan de los cincuenta”*.

Y: *“Hay mujeres de cincuenta que están de muy buen ver”*.

D: *“Sí, pero han debido subir a otro barco”*.

Y: *“...Y no estaba preocupada por eso”*.

D: *“Ya, ya, celosilla”*.

Contesté de muy buena gana los tres primeros. Los dos siguientes los escribí con más prisa, empezaba a marearme de tanto mirar al móvil en el coche. Para cuando empezaron a llegar los demás mensajes estaba sobrepasada por el exceso de comunicación, pero pensé que si dejaba de contestar, Damián se sentiría mal. Por ello seguí respondiendo sin dar ningún tipo de señal de cansancio, ni poner punto y final a lo que a mí me parecieron miles de mensajes.

Al día siguiente amanecí tras dos semanas de ausencia en mi pequeño apartamento. No es que lo estuviera deseando, pero estaba contenta de estar ahí otra vez. Aún me quedaban unos días de vacaciones. Las tostadas seguían calientes cuando mi móvil empezó a sonar de nuevo.

D: *“Buenos días mi amor. Hoy he soñado contigo. Que el barco se hundía y que yo te salvaba. Soy tu hombre”*.

Y: *“Buenos días hombre mío. Gracias por salvarme, de verdad”*.

D: *“De nada. Me debes una”*.

Y: “Qué cara tienes. Esta noche en mis sueños te rescataré de algo y en paz”.

D: “Desde luego, qué ingrata. Si lo sé no te salvo”.

En total recibí esa mañana otros mil mensajes más, que contestaba interrumpiendo cualquier cosa que estuviese haciendo en ese momento: deshacer la maleta, poner la lavadora, tenderla, sentarme a descansar, hablar con mi madre, hacer la compra, fumarme un cigarro... Tampoco es que tuviese que hacer nada del otro mundo, pensaba para justificar mi absurdo comportamiento.

A las diez de la noche más o menos, cuando me disponía a ver una película tumbada en el sofá con un cuenco repleto de palomitas recibí una llamada.

—¿Me echas de menos? —La ñoña voz me llegó nítidamente—. El barco sin ti ya no es igual. Está como vacío —. Me reí. Era gracioso, eso sí. Y me agasajaba, lo cual en principio se supone que no está mal.

—Anda, con lo que daría yo por seguir de vacaciones en ese barco tan maravilloso, ¿no te quejes! ¿Cuándo llegáis a Barcelona?

—Mañana. La verdad es que da pena volver, pero desde que os fuisteis es un poco más rollo. Y creo que todos piensan lo mismo ¿eh? No soy yo el único por haberme enamorado locamente de ti —dijo en tono de broma.

La conversación duró algo más de una hora, hasta que decidí agotarla.

—¿Entonces vendrás a verme este fin de semana?

—Sí, sin duda. No podría dejar pasar más días sin estar contigo. Mi coche está un poco cascado, pero no me importa tardar diez horas si es para verte. El viernes por la noche sin falta estoy ahí.

Antes de que llegara el fin de semana, ya había recibido otros mil mensajes en total y una llamada como mínimo al día.

Estaba algo abrumada. Mejor dicho, estaba algo más que abrumada, estaba realmente agobiada, y la sensación de tener que estar a la altura del galanteo no me estaba gustando nada. En el fondo no me parecía muy normal tanto interés y tan repentino, pero qué puedo decir, era mi oportunidad para vivir mi propia historia romántica en la que un chico de película me agasajaba con todo tipo de piropos y detalles.

Tal y como habíamos quedado, a las diez de la noche del viernes recibí una llamada de Damián diciéndome que ya había llegado a Madrid.

Según me dijo estaba en Avenida de América. Al entrar en la ciudad se había bloqueado con tanto tráfico y había decidido llamarme para decirme que

fuese a recogerle. Le daba miedo perderse por las calles abarrotadas de tráfico.

Cuando llegué, lo encontré de pié en Príncipe de Vergara esperándome. No le recordaba tan apuesto. Al verle, me volví a sorprender de que un chico como él se hubiese fijado en mí. Nos acercamos efusivamente el uno al otro para saludarnos con un buen beso y un largo abrazo.

—¿Y el coche? —pregunté.

—Ah, sí, se lo he dejado a mi hermana para que me lo aparcara para todo el fin de semana, y de paso que lo utilice si quiere.

—¿A tu hermana? No sabía que tu hermana estuviera en Madrid. En realidad no sabía que tuvieses una hermana —dije extrañada, era la primera noticia que tenía sobre una supuesta hermana.

—¿No te lo conté? Pues sí, somos dos. Ella lleva un año en Madrid, vive por aquí, por eso le he dejado el coche. Es que cuando he llegado me he agobiado mucho, no estoy acostumbrado a conducir en una ciudad tan grande, y después de llamarte se me ha ocurrido llamarla también a ella para pedirle ayuda —. Se rió.

Le comenté que podía haber conducido yo el coche hasta mi casa sin darle más importancia a la situación.

Aquel fin de semana llegué a la conclusión de que ya que la mejor cualidad que tenía Damián era ese romanticismo descontrolado y bromista, lo mejor que podía hacer era disfrutar de él. Al principio me costó un poco entrar en el papel de pareja muy enamorada, pero una vez que me propuse seguirle el rollo, creo que no lo hice tan mal. Así que nos pasamos todo el fin de semana paseando por las calles de Madrid como si fuésemos muy felices, haciéndonos todo tipo de arrumacos y riéndonos mucho. Cualquiera que pasara por nuestro lado hubiese jurado que éramos la pareja del año.

El sábado fuimos a visitar el parque de El Capricho.

El jardín propiciaba bastante este teatro romántico de culebrón de verano con sus rosas, su vegetación, y esa cantidad de bancos escondidos en rincones recónditos y apartados de los demás paseantes, donde nos parábamos a besarnos como si no hubiese mañana.

Estando en el tercer banco que habíamos encontrado aislado y libre, Damián de repente, empezó a ponerse muy nervioso. Reconocería ese tic pueril de frotarse la oreja hasta debajo del agua. Tic que por supuesto acompañaba con la cara. Esa cara de cordero degollado que tanto detesto, al preguntarle comenzó a balbucear.

—Bueno, es que mis amigos del crucero vienen a Madrid, y van a llamarte para quedar...

—¡Genial!

—Ya, pero hay algo que tengo que decirte. No me gustaría que te enteraras por alguno de ellos... —se calló, no sabía cómo empezar. Si seguía así corría el riesgo de que se le pelara la oreja como un altramuz—. El caso es que hice una apuesta con la chica que venía con nosotros en el crucero la noche que nos conocimos. De camino al segundo bar en el que estuvimos, me comentó que te había gustado más José que yo, y sinceramente, me piqué mucho. Le dije que contigo lo tenía muy fácil, y que en cuanto empezara a hacerte caso pasarías de José —Sentí cómo una llamarada me subía por pecho—. Ella insistió en que yo no tenía nada que hacer, y por eso hicimos una apuesta. Yo dije que entre José y yo te quedarías conmigo. —Su voz iba haciéndose cada vez más imperceptible—. El caso es que al final me acabaste gustando... y ahora no quería que te enteraras por ahí y que pensaras que sigues siendo parte de una... apuesta.

¡Lo sabía! Sabía que definitivamente yo misma había insultado mi inteligencia femenina cuando me decidí por él en aquella estúpida batalla. ¿No estaba diciendo él mismo que sabía que conmigo lo tenía muy fácil? Será que lo tengo escrito en la cara: “Ven a tomarme un poco el pelo”. Pero claro, yo es que en ese momento no lo pude evitar. Damián era tan... sí, un monumento de chico, y además tan... bueno, era tan gracioso y tan... qué puedo decir a mi favor, simplemente decidí que ¿por qué no?

El caso es que me quedé inmóvil, sin palabras, me salía humo por las orejas y se me debía notar bastante. No sabía si mi enfado era mayor que el sentimiento de vergüenza que invadía mi pensamiento. Además, la verdad es que el otro chico me había caído especialmente bien, pero decidí que había sido derrotista demasiado pronto, y por eso lo deseché. Pasaron unos cuantos minutos hasta que Damián volvió a romper el silencio.

—De verdad, Raquel, que si ahora estoy aquí es porque quiero. La apuesta terminaba en el barco.

—Ya, ¿y con qué terminaba, con que tú y yo acabábamos en el camarote?

—No, no. Te lo prometo. Gané el primer día que viniste conmigo a dar un paseo por el barco, y sólo gané una copa, nada más. Si era una tontería... En la apuesta no entraba nada más... quiero decir, que no tenía que acostarme contigo para ganarla. Te lo prometo.

Algo dentro de mí se rompió en el momento en que entendí lo que había ocurrido. No estaba segura de creerle sobre el final de su apuesta. Pero quise darle una oportunidad al pobre chico que, apoyando su rodilla en el césped, me suplicaba perdón.

La sensación de estar delante de alguien de quien no sabía nada vino a mi cabeza, pero se esfumó en cuanto él se levantó para comprarme una rosa a un muchacho que pasaba vendiéndolas. Supongo que le perdoné, y seguimos nuestro fin de semana romántico como si nada.

A la semana siguiente me incorporé al trabajo. Hacía demasiado calor y el barrio por el que tenía que pasear haciendo entrevistas y reportajes estaba medio muerto. Lo único interesante para contar era que habían comenzado la limpieza de un local donde antes había una tienda de ropa, y que ahora iba a ser un enorme supermercado. Entré con el fotógrafo, y realizamos unas cuantas instantáneas entre los escombros. Saludamos a los obreros y nos fuimos.

Damián siguió escribiéndome una retahíla de sms a los que intentaba contestar entre línea y línea de cada artículo. Cada noche recibía una llamada interminable.

Hacía ya dos meses que nos conocíamos. Venía a visitarme cada dos fines de semana, a excepción de uno de ellos que tuvieron que operar a su padre de un cáncer de próstata, que gracias a un examen médico rutinario de la empresa donde trabajaba le habían localizado antes de tiempo por casualidad, pero por lo visto había sido bastante grave. Damián me llamó con la voz quebrada y casi a punto de echarse a llorar. Menos mal que todo había salido bien.

El otoño hizo su entrada con un octubre oscuro y húmedo, pero no muy frío. Empezamos a quedarnos en mi piso viendo películas al calor de la calefacción y de las sábanas que casi siempre se nos quedaban pegadas. Antes de conocerle, tenía el hábito de no perdonar un solo día de salir por quedarme en casa. Las pocas veces que lo había hecho, el edificio entero se me caía encima, me sentía más sola que nunca. No conocía nada peor que un viernes sin un plan. Me recordaba que la mayoría de mis amigas ya tenían pareja y su vida echa, y me sentía más vacía que nunca.

Pero eso había cambiado. Ahora, con Damián a mi lado, no me importaba quedarme entre las cuatro paredes de mi pequeño apartamento de viernes a domingo, comiendo palomitas y dormitando en el sofá. No llegué nunca al nivel de romanticismo exacerbado que tenía él, que aunque fuese en broma, hacía que nuestras conversaciones a veces fuesen un poco extrañas.

Pero me había contagiado bastante, y empezaba a parecerme casi normal que nos hablásemos como si fuésemos los protagonistas de una telenovela de sobremesa.

—Si un día dejaras de amarme creo que me tirarías por una ventana.

—No, mi amor, no me digas esas cosas que es a mí a quien le entran ganas de tirarme por una ventana si tú no estás.

—Sufro mucho de lunes a viernes por no ver tu carita de amapola, y creo que mi vida no tiene sentido si no es a tu lado, bomboncito de chocolate.

—Yo también sufro, mi amor, y cuento los días en que pueda volver a besarte, empanadita de atún.

Así eran muchas de nuestras conversaciones, que aparte de dar vergüenza ajena, me parecían raras por muy en broma que fuesen. Pero bueno, yo había entrado lo mejor que podía en ese papel, porque creía que podría merecer la pena, él era tan... bueno, ¿por qué no?

Una tarde, a la salida del trabajo y camino de la casa de mis padres donde había quedado con mi hermana para vernos un rato, recibí una llamada de Damián a una hora mucho más temprana de lo habitual.

—Hola, mi amor, no me dices nada, estoy aquí desesperado pensando en ti, y tú no me quieres nada. Si me quisieras me llamarías a todas horas —. Me eché a reír. A su sentimentalismo exagerado le gustaba añadirle reclamos y reproches en plan chantaje emocional a los que no logré contestar nunca, no sabía qué decir, sólo me reía.

—Hola, Dami. ¿Qué tal llevas el día?

—Estoy resfriado, y me encuentro muy mal. Como además no me cuidas, estoy muy triste —puso voz de niño pequeño.

—¡Ya quisiera yo poder cuidarte! Si es que estás muy lejos...

—Ya, claro, excusas —terminamos con la broma—. Oye, Raquel... este fin de semana no voy a poder ir a verte.

—¡Oooh! —dije desilusionada, era la segunda vez que me fallaba—. Pero, ¿por qué?

—Es que van a operar a Michu, mi gato, y tengo que quedarme a cuidarlo, ¡lo siento!

—Pobrecito, ¿qué le pasa?

—Nada grave, pero le intervienen el viernes sin falta...

—Bueno, ya me contarás qué tal va.

Pasaron dos días sin tener noticias, cosa que en cualquier otra persona no es extraño, pero viniendo de él me parecía realmente grave, y el domingo

por la tarde empecé a ponerme nerviosa. Decidí salir del piso, de nuevo parecía ahogarme entre sus muros. Me fui dando un paseo por el Campo del Moro. Una vez llegué al parque, me senté en un banco, y saqué el teléfono del bolso para ver si tenía alguna llamada perdida. La pantalla seguía en blanco y empezaba a estar preocupada. Decidí enviarle un sms:

“Hola, Dami. ¿Pasa algo? ¿Está bien Michu?”.

Ni esa tarde, ni unos cuantos días después, obtuve respuesta alguna. Comencé a llamarle compulsivamente sin éxito.

Finalmente, al cabo de los días, la voz de Damián volvió a sonar clara y cercana al otro lado del auricular.

—Perdona, Raquel, es que he estado muy enfermo —. Hablaba en un susurro, como intentando no molestar a alguien que pudiera estar a su lado —. Al final llevé a Michu a operar el viernes, ¿te acuerdas?

—Sí, claro que me acuerdo, pero ya no supe nada más ni de ti ni de Michu hasta hoy. ¿Te ha pasado algo? ¿Por qué hablas tan bajito?

—Es que estoy en el hospital. Cuando volvía del veterinario, a eso de las cinco de la tarde, me empecé a encontrar fatal y acabaron ingresándome.

—¿No me digas! ¿Pero ha sido algo grave?

—No, no. No te preocupes, de llevar al gato en volandas y escayolado, debe ser que me acabé de joder una lesión que tenía en la espalda, y han tenido que hacerme unas infiltraciones en los hombros, y claro, no he podido mover los brazos para coger el teléfono hasta ahora.

—¿En los dos hombros?

—Si, en los dos. De todas formas llevaba ya tiempo con dolores en la espalda y los brazos.

Le ofrecí ser yo la que fuese a verle, pero se negó en rotundo, y prometió venir a verme lo antes posible. Después de este episodio pareció que el agua volvía a su cauce, porque volvió a agobiarme con todo tipo de mensajes, llamadas y reclamos, pero en realidad ya nunca nada volvió a ser lo mismo, seguía desapareciendo de vez en cuando sin dar explicaciones. Cuando aparecía lo hacía como si nada hubiese pasado y no tuviese diez llamadas perdidas más, y me seguía hablando como si estuviésemos en una telenovela.

—Hola mi amor, te hecho tanto de menos que estoy por subirme al Tibidabo y tirarme de cabeza, no puedo más con esta separación.—Me decía con voz de estar sufriendo mucho.

Al principio, con estas bromas lograba calmar mis humos, porque no paraba hasta que conseguía que me riera.

Los pocos fines de semana que venía a verme, y que cada vez espaciaba más con múltiples excusas, los dedicaba a templar gaitas, ya que yo estaba empezando a perder la paciencia. Mis enfados por no atender las llamadas y mensajes que le enviaba de vez en cuando iban en aumento, pero cuando estaba conmigo era tan cariñoso que yo hacía borrón y cuenta nueva.

Todo esto fue yendo a más, hasta llegar al punto en que creí volverme loca de verdad y en el que volví a entrar en un estado de enajenación mental transitoria.

Logró tenerme absolutamente histérica mirando el teléfono cada dos por tres durante meses cada vez que me prometía volver a llamarme al día siguiente. Yo mientras tanto me hinchaba a donuts, y pasé a fumarme una cajetilla entera de tabaco al día. Llamaba a mis amigas y les pedía por favor que me llamasen para comprobar que mi teléfono funcionaba a la perfección, y no atendía a nada ni nadie cuando ellas intentaban hacerme entrar en razón.

Lola se ponía de los nervios conmigo.

—¡Pero vamos a ver, deja de mirar el puñetero teléfono! No va a llamar hasta que a él se le ponga en la punta. Si esto te lo ha hecho ya mil veces, ¿por qué hoy iba a ser diferente?

—Porque me lo prometió, ayer lo hablamos muy seriamente y me prometió que no iba a volver a hacerlo.

—¿Y cuántas veces te lo ha prometido? ¿Mil, dos mil? Vamos a ver, Raquel, ¿por qué sigues con él? ¿Te hace feliz?

—Sí, claro.

—¿Qué pasa? ¿Que al ataque de nervios ahora se le denomina felicidad, o es que nos hemos vuelto locos? Vamos a ver si nos aclaramos de una vez por todas. ¿Qué te gusta de él? ¿Por qué continúas con un rollo que era a todas luces de verano?

—Porque... era muy divertido y... bueno, y... no sé, podía haber salido bien, ¿por qué no?

—¡Por qué no! ¡Joder tía, porque no! Porque uno no se me mete en una historia más seria con alguien si no tiene razones de peso.

—Le quiero—dije, totalmente convencida. El culebrón había empezado a hacer mella en mí — ¿Qué otra razón de peso quieres que te dé?

—¡Apaga y vámonos! ¡Mira el estado de ansiedad en que te encuentras! Si eso es amor, ¡que baje Dios y lo vea!

Así estuve una temporada que se me hizo eterna, sufriendo mucho, como sólo se sufre en las telenovelas, y confundiendo ese sufrimiento con amor.

Me gustaría decir que se trató de una historia desgarradora, porque sé que esas son el tipo de historia que llegan al alma, pero mentiría si lo hiciera, porque la verdad es que Damián no tenía absolutamente nada especial que me hiciera quererle de verdad, y en el fondo, y a pesar de mi sufrimiento, yo lo sabía. Supongo que era porque todo él era de mentira, como la casita de paja del primer cerdito del cuento: que si la soplas se desarma, y quererle de verdad hubiese sido el mayor fracaso de mi vida.

Pero ya por aquel entonces, aunque aún no había tocado fondo, empezaba a necesitar desesperadamente que alguien quisiera estar conmigo aunque eso le supusiera tener que realizar la actuación estelar de su vida. Quién fuese el susodicho, me empezaba a dar igual, todo valía para conseguir no sentirme la última mota del polvo del desierto. Ya ni siquiera buscaba sentirme diferente y maravillosa, porque eso no lo da quien quiere, sino quien puede, y definitivamente él no podía. Yo a estas alturas de la historia, sólo buscaba sentir que, al menos, existía.

Pero hubo una cosa que no tuve en cuenta en mi camino hacia la búsqueda de identidad: una actuación estelar fuera de un escenario, nunca tiene como fin que el espectador sienta la mínima condición de la existencia. Al menos, no la de Damián.

Un fin de semana de diciembre que habíamos quedado en que vendría a verme, me llamó, diciéndome que no podría acudir a nuestra cita debido a que su madre, aquejada de una fuerte depresión, llevaba tres días sin levantarse de la cama y él se estaba empezando a preocupar.

Primera noticia de la depresión de su madre.

Me contó que su padre se había ido de casa la noche anterior y que no había vuelto, por lo que la depresión de su madre iba en aumento. Lógicamente temía que ella pudiese cometer alguna locura, no sería la primera vez.

Primera noticia de los impulsos suicidas de su madre.

Su voz se quebraba mientras me contaba estos padecimientos. De vez en cuando se callaba, para poder sorber sus lágrimas o contener el llanto. De repente, no sé por qué, al escuchar la historia de la madre suicida, después de meses y meses de no querer ver la realidad y de tragarme todas las tonterías que Damián me soltaba sin ningún tipo de vergüenza, mi mente se abrió, y tuve una especie de revelación.

En ese momento me hice la muy comprensiva y le dije que, por supuesto, que se quedara buscando a su padre, no fuese a ser que su madre en un momento dado se pegara un tiro. Pero en el fondo lo único que quería hacer

era mandarle a freír puñetas porque, por fin, esa mandanga me sonaba a mentira cochina de principio a fin. Pero como no estaba segura, me tragué la bilis para seguirle el juego tal y como llevaba haciendo sin ningún tipo de razón convincente desde que le conocí. Además, si su madre realmente estaba al borde del colapso mental, ¿cómo quedaría yo en toda esta historia si no me la creía? La vida y salud de una madre depresiva está por delante de los devaneos amorosos de cualquier hijo que se precie, eso lo sabemos todos. Y él lo tenía meridiano.

Tras esta preocupante y melodramática explicación, tuvo que pasar otra semana hasta que volviera a dar señales de vida. En esta ocasión me contó que todo iba mejor, que su padre por fin había aparecido después de que él hubiese estado toda la semana patrullando por la ciudad buscándole con el coche.

Repentinamente, me hizo una terrible confesión: su padre era alcohólico desde su más tierna infancia, y aunque hacía años que había logrado mantenerse completamente abstemio, hacía ya dos meses que había entrado en un bache que le había llevado a una recaída, que poco a poco se fue haciendo más grave hasta llevarle a desaparecer durante varios días. Finalmente le había encontrado en uno de sus bares preferidos, cuando ya casi estaba besando el suelo, después de beberse todas las copas que le cabían en el cuerpo. Desde que había llevado a su padre de vuelta a casa, y éste había reaccionado ante el lamentable estado en el que había encontrado a su mujer, todo parecía ir mejor. Su madre había vuelto a levantarse, ya iba a la compra (cosa que le debía parecer muy buen síntoma cuando le dio tanto énfasis) y esto hacía que él estuviese más tranquilo.

Está bien, ahí la tenía: mi actuación estelar. De haber estado en el carnaval de Venecia, le hubiese aplaudido hasta dejarme las manos en carne viva, pero esto era la jodida vida real, y antes de poder decir algo de lo que pudiera arrepentirme (por si, casualidades de la vida, resultaba que todo este melodrama era real) decidí colgarle diciéndole que llamaban a la puerta, y que ya le llamaría más tarde para ver qué tal andaban su padre, su gato, su abuela, y la madre que le trajo a este mundo para hacer el gilipollas de esa manera y, ya de paso, obligándonoslo a hacer a los demás.

Antes de colgar, me prometió volver a llamar al día siguiente para seguir contándome cómo iba todo, pero por supuesto ni le creí, ni lo hizo.

—A ver, a ver, que me entere yo de todo lo que nos estás contando —me dijo Lola cuando quedamos a cenar las tres—. Desde que le conoces han:

operado a su padre, a su gato y a él, ¿no? —Asentí. Yo el veredicto ya lo tenía claro, sólo quería corroborar que ellas lo veían como yo.

—Vale —continuó mi amiga—. También su madre se ha deprimido y su padre se ha ido de casa, ¿no? Que por cierto es alcohólico —. Volví a asentir—. Y no te deja ir a verle a Barcelona por nada del mundo. —Hice un gesto de negar con la cabeza que apoyaba la negativa de Damián a mi visita—. Se supone que viene en un coche que nunca has visto, y que tiene una hermana viviendo en Madrid a la que no conoces.

Nos quedamos las tres en silencio unos instantes. Supongo que ellas no sabían cómo darme la mala noticia, y yo estaba ahí plantada esperando que me la dieran. Lola rompió el silencio, como sólo sabe hacerlo ella cuando las cosas necesitan ser estampadas en la cara del que no quiere verlas: sin concederle un espacio a la clemencia.

—Raquel, creo que estás ante un mitómano de los de verdad— sentenció con bastante solemnidad —Me sorprendió que utilizara un apelativo tan aséptico, pero agradecí que por fin alguien me lo dijera. Yo lo tenía claro, pero a veces me cuesta darle la razón a esa parte de mí que en el fondo se da cuenta de todo. Desde el principio.

—Un mito ¿qué?— preguntó María.

—Un mentiroso de mierda—le aclaré. Ese apelativo me encajaba mucho más—. Si yo en el fondo lo sabía, pero es difícil creer que alguien te está mintiendo, porque no tiene sentido. Y también es muy complicado decirle, cuando te acaba de contar una desgracia, que no te cuente cuentos, porque entonces parece que no tienes corazón. Con ese tipo de mentiras te pone entre la espada y la pared —. Me quedé pensativa—. No lo entiendo, ¿por qué hará eso? Si no quiere estar conmigo que me lo diga, ¿no?

—Mira —dijo Lola convencida de lo que decía—, no intentes comprender las razones por las que la gente hace cosas raras, de verdad, porque si intentas entender, primero —sacó un dedo—: no lo vas a conseguir nunca. Segundo —sacó otro dedo—: te puedes volver loca de pensar “si esto o si aquello”. Y tercero: si acabas entendiéndolo es casi peor, porque cuando entiendes a la gente, la justificas más, y yo creo que en muchos casos (y en este sobre todo) la gente hace lo que hace porque hay mucho impresentable por ahí suelto —. Paró para retomar el aliento—. Y lo que hay que hacer no es entenderles, sino ¡mandarles a la mierda! ¿Me entiendes?

Asentimos mientras sorbíamos hasta el último trago de nuestras copas.

Sonó el teléfono. Ya ni lo esperaba, hacía meses que ya no sabía qué

esperar. Había intentado varias veces llamarle para poner fin a esta larga lista de despropósitos y sinsentidos, pero, por supuesto, no me lo había cogido. Me estaba haciendo la cena, preparándome para el ritual del descanso en el sofá antes de irme a la cama.

“*Dami*”.

Podía ver su nombre aparecer de forma intermitente en la pantalla verde del móvil. Tardé en cogerlo, no me apetecía nada dar el bocinazo final. Puede que, por primera vez en mi vida, hubiese sido capaz de dejarlo desaparecer de mi vida sin más.

—Hola —dijo él con voz mimosa—. Que ya ni me llamas ni nada de nada. Desde luego, qué descastada eres. ¿Qué pasa, es que te has olvidado de mí? —Me quedé callada un rato, no sabía cómo seguir la broma ante una situación tan extraña como aquella.

—¿Raquel? ¿Estás ahí? —Su voz seguía siendo melosa.

—Sí, sí —dije—, te estoy oyendo, pero es que no sé qué decirte.

—Oye —dijo cambiando el tono repentinamente— no empieces, ¿eh? Que ya te dije que no puedo llamarte todos los días, y ya conoces mi situación. ¿No habíamos quedado en eso?

—Sí, pero ya sabes que si te mando algún mensaje me gusta que me contestes. No es por nada, pero al principio estaba hasta las narices de contestar mensajitos, y ahí estaba yo, para que tú no te sintieses mal, contestando unos cien por hora.

—Pues no haberlo hecho si tanto te molestaba —dijo enfadado. Nos quedamos en silencio un breve instante—. Bueno, como veo que no estás de humor, mejor te llamo mañana y hablamos.

Ni de broma iba a dejar que me colgara ahora que lo tenía ahí, al otro lado de la línea. Era ahora, o ya no sabría cuándo. Así que relajé el tono.

—¿Qué tal está tu madre? ¿Ya se encuentra mejor?

—Sí, sí, ya está mejor...

—Ah. ¿Ha salido hoy a hacer la compra la pobrecita?

—Sí, creo que sí...

—Qué bien. Si mal no recuerdo ése era un buen síntoma, ¿no? Ir a hacer la comprita sola. Entonces supongo que ya que tu madre se levanta para hacer sus cosas, podrás venir a verme este fin de semana, ¿no?

—Aún no sé cómo estarán las cosas por aquí... pero bueno, mañana te llamo y te cuento, que te noto algo tensa.

—Ya. ¿Sabes que hace tiempo que nunca cumples lo que dices? Seamos

sinceros: No creo que me vayas a llamar mañana.

—Venga, Raquel, no hagas de esto un drama, ya sabes que los numeritos no me gustan nada, y si sigues así no lo haré.

—¡Ah! Vamos, que si no me llamas no será porque mientes cuando dices que lo vas a hacer, sino por mí, por ponerme así. Ahora resulta que va a ser culpa mía que me estés tomando el pelo, ¿no?

—¡Ya te he dicho que como te pongas así no te llamo!

—¡Y ya te dicho yo que en ningún caso me vas a llamar mañana! ¡Y no será porque yo me ponga de ninguna manera, sino porque simplemente nunca haces lo que dices! —Noté cómo una furia incontenible se apoderaba de mí, y alcé la voz irascible.

—¡Pues ala, no te llamo! ¡Ya está! ¡Ya lo has conseguido, mañana no te llamo y punto!

—¡Pues ala! —grité victoriosa— ¡Por fin lo he conseguido! ¡He conseguido que me digas una puñetera verdad por primera vez desde que nos conocemos! ¡Porque efectivamente: mañana, no me vas a llamar! ¡Pero ya te digo yo que ni mañana, ni nunca más!

—¡Pero qué dices Raquel! ¡Qué pasa! ¿Es qué quieres que lo dejemos y sólo sabes decírmelo a gritos?

—No, lo que pasa es que no sé porqué te inventas tantas historias. Y que estoy hasta la coronilla. —Se quedó callado, sin saber qué decir—. ¿Sabes lo que te digo, Damián?

Ahora había bajado la voz. Aunque no estaba calmada, quería que él escuchase muy bien lo último que tenía que decirle, que no pareciera un arrebató histérico, sino un adiós definitivo.

—¿Qué? —dijo él desafiante.

—Que ojalá —y repetí para darle aún más énfasis—, ojalá, que todas tus mentiras se cumplan.

Y colgué.

Pasaron unos segundos de confusión en mi cabeza.

Cuando repasé mentalmente lo que le había dicho, sentí unas pequeñas punzadas de remordimientos por la última frase pronunciada. No sabía hasta qué punto los padres de Damián (principales enfermos, alcohólicos, depresivos y sufridores en sus fantasías) eran también víctimas de la compulsión de su hijo a deformar la realidad, o si por el contrario habían sido ellos quienes habían creado a semejante monstruo, y por lo tanto, se merecían aquel maleficio.

Del gato no me preocupé mucho. Tampoco sabía si existía.

Pero el sentimiento de remordimiento se esfumó enseguida. Si sus mentiras se cumplían, desde luego no sería culpa mía, no era yo quien las invocaba en cada momento. Recuerdo una sola vez de pequeña, en que pensé poner de excusa a mi abuela para no ir a un sitio que ni recuerdo, pero el simple pensamiento de que a mi abuela le podía pasar algo por haberlo yo fantaseado, me echó atrás.

Ése fue mi último pensamiento antes de irme a la cama y dejar que mi cuerpo se sumergiera en lo más profundo de la inconsciencia. No tardé mucho en abandonarme a un agradable sueño en el que me veía ataviada con un suave vestido de raso rojo despampanante. Ingrávidamente volaba sobre unas verdes montañas sintiendo el alivio de haber soltado un lastre que llevaba tirando de mí con fuerza, oprimiéndome y arrastrándome hacia las profundidades desde hacía ya demasiado tiempo.

—¿Sabes? Me sorprende bastante—dijo María con su carita de niña buena el fin de semana siguiente.

—¿El qué? —le pregunté yo dando un sorbo a mi refresco.

—Que con la mala leche que tienes, te tomen tanto el pelo—. Me quedé pegada. Lola, por supuesto, soltó una estridente carcajada.

13. Severiano

Madrid, 23 de mayo de 2010.
3 meses hospitalizado.

Cuando entramos en el coche finalizada la inauguración eran ya las diez y media. Sin embargo, no refrescaba, todo lo contrario. El asfalto se desprendía del calor plastificado que había ido acumulando a lo largo del día, dotando a la noche de una atmósfera apretada e incómoda.

Nos colocamos en los asientos, y Rodolfo me dijo que prefería que fuésemos directamente a su casa para dejar a la niña y poder hablar tranquilamente sin que se encontrara delante. Nos dirigimos hacia su barrio y encontramos aparcamiento más pronto de lo habitual.

El piso de Rodolfo hablaba a gritos de su dueño, separado desde hacía años, y algo dejado para según qué cosas. Carecía de algún elemento decorativo hasta rayar lo extraño. La entrada se mostraba en un primer paso desangelada, a no ser por un pequeño mueble en el que dejaba las llaves y las cartas acumuladas. En el salón, la mesa de centro estaba destartalada y desnuda, sin un cenicero o cuenco que la decorara. Sobre el sofá había colocado una especie de manta estampada con unos cuadros escoceses verdes, que, creo, se daba de patadas con las cortinas.

Sin embargo era espaciosa, y desde que la niña había hecho su aparición en ella, Rodolfo se había esmerado más de lo normal, siendo ésta la razón por la que olía a limpio.

—Olimpia, vete a tu cuarto a prepararte para ir a dormir, ¿vale? ¿Has comido suficiente en la galería o tienes hambre?

—¡Quiero ver la tele! —dijo la niña a gritos y con una autoridad que rayaba lo impositivo. No tengo hambre, ¡sólo quiero ver la tele!

—Es tarde —dijo Rodolfo —y no me hables así.

—Te hablaré como me dé la gana, y mamá me dejaba ver la tele hasta que me diera la gana —. Contestó de nuevo desafiante, con la coleta torcida y el vestido lleno de manchas de comida.

—Ya, con tu madre todo era muy como te diera la gana, por lo que veo. Bueno, pues aquí eso se ha terminado, ya lo sabes, y ya hablaremos mañana de

las peleas de esta tarde.

El conflicto se alargó bastante más de lo que me hubiese gustado porque era tarde, pero finalmente Rodolfo consiguió que Olimpia se fuese a su habitación entre gritos y portazos por parte de la niña, y explicaciones de Rodolfo a las que hacía caso omiso.

Nos sentamos en el sofá, le miré expectante. Me podía imaginar de qué quería hablar conmigo.

—¿Cómo la ves? A la niña, me refiero —me preguntó sin ningún rodeo.

—Bueno, yo no soy quién...

—Ya, ya. Pero no sé ¿No te parece que está un poco revuelta? Te lo pregunto porque yo no sé si la veo bien, la verdad —hizo una pausa—. Ya la has visto cómo está aquí conmigo, y hoy en la galería ha montado follón un par de veces...

—Bueno, Rodolfo —dije, intentando quitar hierro al asunto—, todos los niños son revoltosos, y el hijo de Lola también se las trae...

—Sí, pero ¿has visto la somanta de palos que le ha dado? El niño se las puede traer, pero me estaba dando pena. No quiso jugar con ella de primeras por ser una niña, y mira, eso le pasa por machito. ¡Parecía que Olimpia acababa de salir de la jungla! A veces me parece un poco salvaje. — Me reí, Rodolfo tenía razón, la niña estaba completamente metida en la pelea cuando llegué. La coleta toda revuelta, peor que recién levantada de la cama, y se estaba pisando el lazo del vestido mientras agarraba a Pablito de los pelos. Había en ella una rabia que iba mucho más allá de la ofensa de Pablito.

—La verdad es que los insultos no son de una niña de nueve años —me atreví a decir.

—¿Le insultó?

—Un poco solo. Le llamó “hijo puta”. —No pude contener la risa, aunque entendía que no era gracioso.

—Madre mía —. Meneó Rodolfo la cabeza— ¡Y eso es lo más suave que podía haberle dicho, no creas! El otro día me dijo su profesora que le había dicho a unos de sus compañeros que era “un poquito cabrón”.

—Bueno, por lo menos le añadió el “poquito”. Creo que lo de hoy ha sido “a pelo”.

—Esto es fruto de su madre, que tiene una boquita... no sé cómo acabé con ella después de todo —. No dije nada.

—La verdad es que como no tengo hijos no sé qué decirte. Entiendo que debe ser muy difícil...

—Pues yo no creo que sea tan difícil, si no ya nos hubiésemos extinguido, ¿no crees? El verdadero problema viene cuando uno de los padres no es una persona equilibrada, como es el caso. Creo que su madre bebe. Lo sé por cosas que me ha dicho Olimpia, y ha debido verla bebida bastantes veces. También sé que ha sido testigo de un buen desfile de hombres entrando y saliendo de casa, y no me quiero ni imaginar qué mas ha visto, porque su madre pasa de todo. El otro día me dijo que muchos días se quedaba sola en casa viendo la tele mientras mamá se iba de paseo. Es una mujerzuela, la verdad, no sé cómo pude... ¡Qué mala elección hice! ¿Verdad? —No dije nada, no era una pregunta, era una respuesta. Ciertamente la pobre Olimpia, que parecía sacada de una película de despropósitos, era claramente la consecuencia de una muy mala tarde. Rodolfo era de los míos, de los que tardan en decidir con los pies en la tierra, pero lo suyo había llegado más lejos.

—Pero claro, la arpía se metió al juez en el bolsillo y consiguió la tutela, con esa carita que pone cuando quiere. Me hizo quedar casi como un maltratador. Sólo la he visto en mi vida con la blusa cerrada hasta arriba en el día del juicio.

Levanté las cejas asintiendo. Sabía de lo que hablaba, su ex mujer se la había jugado bien, y en realidad no era una mujer preparada para cuidar de una niña. De repente una inquietud me sobresaltó.

—¿Has hecho algo para asegurarte de que no se la pueda volver a llevar si decide volver?

—Por supuesto, porque de hecho volverá, y pronto. Ningún ligue le dura más de dos telediarios. Así que al día siguiente de traerme a la niña llamé a mi abogado para que se pusiera en contacto con el suyo para pedir la renuncia de la tutela. Su contestación fue que ya no estaba en contacto “con esa señora” y que no pensaba buscarla, que sólo traía problemas. No me extraña. Así que me aconsejó poner una denuncia por abandono. Mira, la puse ayer. La tengo aquí —. Sacó un papel de un cajón del mueble del salón—. También me dijo que me había hecho ese favor, pero que en realidad él ya está jubilado, y que si el tema se liaba mucho era mejor que me buscara otro abogado.

—Vale, si quieres le pregunto a María qué tienes que hacer ahora.

—¿María es abogada?

—Sí, y creo que se dedica a estos casos de separaciones, divorcios, tutelas... por lo que me cuenta de vez en cuando.

—Entonces no te preocupes que la llamaré yo para preguntarle, le he

pedido el teléfono.

—Ah —dije divertida —así que... se lo has pedido.

—Sí. Si llego a saber que esperaba a un tipo más alto y más guapo que yo (y evidentemente más forrado) no lo hubiese hecho, pero bueno, me puede venir bien para esto de Olimpia —. Se sonrió.

—Bueno, y no te preocupes, Rodolfo. Yo de verdad que creo que es un amor de niña. Mira, cuando le he pedido un favor con Pepín, me lo ha hecho sin rechistar. Ya verás cómo poco a poco va mejorando. También es verdad que ahora notará la ausencia de su madre, y su abandono... pero irá calmándose.

Llegué a mi casa a las once y media. Pura estaba sentada en el sofá haciendo punto con la televisión encendida, en pijama, y una bata de guatín. Casi me da un soponcio. No me acordaba de lo sucedido la pasada noche y de que la había acogido en mi casa, y del susto creo que hasta pegué un grito.

Cuando me repuse, la saludé lo más jovialmente posible, que era poco. Intentaba disimular el hecho de que hacía unos segundos, subiendo las escaleras, se me había vuelto a caer todo mi mundo encima. Antes de entrar en el salón, hice con mis lágrimas lo mismo que hacía de pequeña con las golosinas para no compartirlas con mi hermana: comérmelas en la puerta.

La anciana se levantó con ánimo para saludarme, yo le hice volver a sentarse y miré a su alrededor.

Alguien había colocado las revistas en el revistero, y había recogido la mesa del salón, antes llena de tazas usadas y cubiertos esparcidos sobre el mantel. Los muebles de madera volvían a lucir con su brillo habitual, y las plantas habían sido limpiadas de las hojas amarillas y marrones, que empezaban a representar a la muerte más de lo que me hubiese gustado.

—Pura, ¿y las cortinas?

—Las he echado a lavar. Creo que ese repulsivo olor a tabaco que no se iba por más que ventilara y fregara el suelo provenía de ellas —dijo con determinación—. A ver, ven, acércate. No, así no —me dio la vuelta—, ponte ahí. A ver...—sacó la lengua mientras me ponía la labor que colgaba de sus agujas de tejer en la espalda—. Mmm.. Te queda un poco pequeño, voy a tener que añadir puntos. —Miró absorta su labor y, sin pensárselo dos veces, empezó a deshacer tirando de un lado.

—¡No!

—¿Qué pasa, hija? Ni que hubiese caído un rayo de repente. ¡Por dios! Cada vez que digo esa expresión se me ponen los pelos de punta de acordarme

de mi Francisco. ¡No sé por qué la sigo diciendo!

—No, Pura —dije con unas ganas incontenibles de echarme a reír sin parar. Todo me parecía realmente surrealista, y con las emociones a flor de piel lo mismo podía darme por reír que por llorar—, digo que no lo deshaga, mujer, que me da mucha pena. Está quedándole muy bonito.

—¡Pues vaya tontería! ¿Por esto —señaló la labor—te pones así? Pues si es para ti, digo yo que tendré que hacerla a tu medida, ¿no? Si no, ¡menudo negocio estoy haciendo!

Miré la labor. Un trozo hecho a ganchillo rosa chicle con diferentes tipos de puntos, uno de ellos tenía una especie de bolitas que me recordó al encaje de bolillos. Estremecedor.

—Ya, mujer, pero digo que podía seguir con ello, y no sé, regalárselo a otra persona...

—Sí, se lo doy a un pobre por la calle. ¡No te digo! El caso es que —se puso las gafas de cerca que llevaba colgadas sobre el pecho y que le quedaban agarradas por un tope invisible a la punta de la nariz— hubiese jurado que estabas más delgada. Me parece a mí que tú tienes que empezar a comer mejor, ¿eh?, que tanta comida basura y tanta pizza de ésa, de mentira, no te hace ningún bien. Tenías la cocina llena de envoltorios de chocolatinas y no sé qué más por ahí tirados. ¡Hay que comer más sano!

—Tiene razón, Pura, pero es que cuando tengo ansiedad, me da por comer lo primero que pillo...

—Nada, eso lo solucionamos en un plis. Ya verás, yo te voy a hacer unas comiditas de chuparse los dedos. A ver —Miró por encima de sus gafas al televisor. —¿Subes un poquito el volumen? Estoy viendo un programa que me está dejando patidifusa.

Subí el volumen e hice amago de salir del salón para prepararme para ir a dormir. No quería ni pensar en tener que ponerme ese jersey alguna vez en mi vida.

—Por cierto —dijo Pura— he hablado con mi hijo. Me ha dicho que ahora está hasta arriba de trabajo, pero que en cuanto pueda viene sin falta para ayudarme con lo de mi piso. A comprar nuevos electrodomésticos y eso. Ya puestos, a lo mejor lo pinto y todo. Voy a hacer una mini reforma. Ya verás ya, lo guapísimo que es mi chico, ¡y es de listo! Fíjate, trabaja para un banco allí, en Albacete, y él decide si da o no los créditos a la gente. ¡Imagínate! Es “el manda más”.

—Vaya, ¡no sabía yo que su hijo fuese tan importante! Menuda suerte

tiene ¿eh?

—Sí, la verdad es que sí —dijo expulsando un resoplido de evidente satisfacción. Y volvió a poner su atención sobre las agujas de punto que se movían rítmicamente.

—Por cierto, doña Pura, muchas gracias por la limpieza...no hacía falta. Es que últimamente no tengo tiempo, ya sabe, con lo del hospital, el trabajo...

—Anda, anda —interrumpió mi vecina—, si no ha sido nada. Claro, es que los jóvenes de hoy en día vais como locos, de aquí para allá, y no os da tiempo a nada —dijo disimulando—. Si ya me conozco yo esa historia.

Al día siguiente, cuando me levanté para ir a trabajar después de conseguir dormir cuatro horas seguidas, doña Pura ya estaba en pie, con todas las ventanas abiertas, la radio encendida y, tal y como había amenazado la noche anterior, preparándose el desayuno.

—Siéntate y tómate esto. —Me puso una taza humeante llena hasta los topes de café con leche y unos bollos que tenían una pinta deliciosa.

—Muchas gracias, Pura, pero no creo que unos bollos sean lo mejor para empezar a comer más sano...

—Eso es si son industriales. Pero los caseros son mano de santo. Venga, siéntate y verás qué bien te sientan. Se los compré a la Juani en el mercado, están rellenos de crema, también casera. Esa mujer lo hace todo muy bien. ¿Conoces ese puesto?

Me di cuenta de que iba a ser imposible luchar contra mi vecina que había decidido, sin comunicármelo, darle un empujón a mi deprimente vida. Pensé que me podría venir bien que alguien cuidara de mí. Me senté y empecé a degustar el desayuno más elaborado que había tomado desde el domingo anterior al fatídico día.

Me pasé el día entero haciendo la digestión del desayuno. No pude comer nada a mediodía porque seguía llena de los bollos de la Juani, que debe de hacerlos con cemento o algo así, y acabé vomitando. Pobre Pura, pero sus bollos me habían sentado fatal. Decidí hacer algo de ayuno a ver si se me pasaba el mal cuerpo, y al final del día los rugidos de mi estómago me hacían parecer el león de la Metro-Goldwyn Mayer.

A las seis en punto, se me cayó el lápiz de la mano, y entonces me di cuenta de que no podía ir a mi piso a regodearme en mi propia miseria debido a que probablemente estuviese Pura decidida a animarme. Espantoso. Así que decidí pasarme por casa de mi hermana, donde podría seguir elaborando mi depresión post-estallido sin llegar a un estado de auto aniquilación total.

Depresión y autodestrucción en su justa medida.

Ahí, rodeada de mis sobrinos y cuñado, no tenía que hablar de nada ni tenía que estar de visita. Podía echar pestes de la vida al aire, o encender la tele y sentarme haciendo caso omiso de ellos. Era como estar en mi propia casa, solo que acompañada. En cierta forma me recordaba a mi infancia, cuando nos apoyábamos la una a la otra por el mero hecho de estar en el cuarto de al lado, aunque no nos dijéramos nada.

Y arrastrándome por los rincones conseguí que fuesen pasando los días, aunque yo, incansable, nunca faltaba a mi cita diaria en el hospital. Ahora no me las voy a dar de muy positiva y motivada, porque la verdad es que iba todos los días como el que va a la morgue.

Una de esas tardes el autobús iba congestionado de viajeros. Hacía calor y el olor a humanidad se introducía en mis sentidos sin que pudiera hacer nada para remediarlo. La gente, agolpada, levantaba sus brazos (dejando los cercos de sudor al aire) para poder asirse bien a cualquier barra y no caer aplastados sobre la persona que tuvieran al lado. El conductor parecía tener prisa por llegar a algún sitio. Arrancaba con demasiado ímpetu antes de que las puertas quedaran bien cerradas, tras frenar impulsivamente en cada parada.

En ese momento pensé que sería irónico que, después de todo, yo muriese antes que él, arrollada por esa multitud anónima que hacía lo posible por no salir volando. El autobús se mecía de un lado a otro cada vez que tomaba una curva, y a pesar de que no soy muy religiosa, me vi en tan mala situación que deseé en varias ocasiones poder santiguarme sin éxito, debido a la estrechez en la que me encontraba que no me permitía ni mover un dedo, con lo que de levantar una mano ya ni hablamos.

Me fijé en un hombre mayor al que podía ver por un hueco entre la gente. Sus fuerzas no le daban para agarrarse bien a la barra, y un chaval con el pelo largo y rastas que iba a su lado le sujetaba con una mano, mientras con la otra intentaba que una guitarra llegara intacta a su destino. Me dio pena ver al anciano en esa situación, parecía quebradizo. Pensé muy seriamente poner una reclamación a la empresa de transporte por aquello, pero se me pasó en seguida solo de pensar en todos los trámites que tendría que realizar. Era mejor morir en aquel autobús, que ahogada en la burocracia de las reclamaciones.

Volví a fijarme en aquel hombre al que tenían que sujetar para que no se cayera. Me parecía que le conocía de algo, pero era incapaz de averiguar dónde lo había visto antes. Al intentar recordar de qué podría conocerle, me

despisté tanto que estuve a punto de abalanzarse sobre la mujer que estaba delante de mí. Llevaba un insolente moño que se topaba con mi nariz cada vez que el autobús saltaba un poco, y en cierto modo no me hubiese importado caer encima de ella para que se percatara de que estaba demasiado cerca.

Tuve que dar unos cuantos codazos y empujones para poder salir por la estrecha puerta antes de que se cerrara. Me imaginé que un parto debía ser algo parecido. A mi lado, el anciano en el que había reparado, hacía esfuerzos por apearse en mi misma parada. Descendió con bastante más agilidad de lo que me esperaba.

Claramente divertido con la situación, hizo un comentario mientras me recolocaba los refajos y la camiseta que se me había quedado girada. Le dio tiempo a hacer dos comentarios más mientras me peinaba y me ataba los zapatos.

—¡Por fin! Tierra firme —. Y soltó una risotada traviesa que me contagió.

—Pues sí, no tenía yo muy claro que fuésemos a llegar sanos y salvos.

El hombre se rio aún más. Estábamos de pie, esperando para cruzar el semáforo que había junto a la parada del autobús. Frente a nosotros el hospital elevaba su impersonal estructura, diseñada para albergar el mayor número de pacientes posibles.

Para mi sorpresa, el hombre empezó a caminar con prontitud y bastante agilidad una vez el semáforo se hubo puesto en verde para los peatones. Observé cómo se iba acercando al hospital unos cuantos pasos por delante de mí. Entramos en el hall. Llegué unos segundos más tarde a las puertas de los ascensores, donde el anciano esperaba pacientemente.

Entraron tres personas más en el amplio elevador con capacidad para camillas. El hombre, al percatarse de mi presencia, me sonrió, a modo de saludo. En la segunda planta se apearon dos de las personas que hablaban más alto de lo normal, para que todo el mundo se enterara de su drama. En la planta cuarta nos bajamos los dos.

Él se adelantó con su paso decidido, cogió el mismo pasillo por el que tenía que ir yo, y dobló la misma esquina que más tarde yo también doblaría. Finalmente, llamó a la puerta de una habitación y se coló rápidamente antes de que pudiera alcanzarle. Segundos más tarde pasé por delante de aquella puerta ya cerrada, volví a torcer a la izquierda, y al fondo del nuevo pasillo que se encontraba tras girar, entré en la habitación.

Pasada alguna semana de aquello, me llamó María, para contarme que

había quedado con Rodolfo. En seguida me dijo que aunque lo había hecho por el tema de su hija, también creía que era porque se había fijado en ella. Puse los ojos en blanco.

—Es posible, pero lo de su hija es muy importante, no creo que se dedique a hacer el tonto con esas cosas.

—No, no, claro. De hecho cada vez que nos vemos estamos casi todo el tiempo hablando de la niña, y de cómo arreglar la situación que tiene con ella... Pero hoy me ha llevado a la sierra a comer, a Navacerrada, y después hemos dado un paseo por el campo. No sé, a mí me parece que para hablar de cosas puramente legales, como mucho te tomas un café, ¿no crees? —No supe qué contestar, sabía que tenía razón, pero también sabía que Rodolfo estaba preocupado por su hija.

—Bueno, ¿y qué tal?

—Muy bien, la verdad, no te voy a negar que Rodolfo no me gustara el día de la exposición. Un poquito más y consigue hacerme olvidar que estaba esperando a que llegara Hommer. De hecho cuando llegó, ya casi estaba empezando a desear que no lo hiciera...pero cuando le vi en mitad de la sala, tan apuesto, con su traje de chaqueta y ese porte de hombre importante que tiene, volví a la realidad...Me vuelve loca...

—Pero bueno, María, ¿entonces? ¿En qué quedamos? ¿Rodolfo o Hommer?

—¡Ay! ¡No lo sé!... aún no lo tengo decidido. No sabía si decírtelo, pero estoy viendo a los dos.

Y empezó a contarme un rollo de que si con Rodolfo se encontraba muy bien porque es muy fácil estar con él, pero que el tal Hommer (que a mí me cayó como una patada el culo el día de la exposición) era muy apuesto y elegante, y que tenía un puestazo, y una casa en Menorca... Más de lo mismo.

Suspiré, esperaba que esta vez eligiera de una vez por todas a un hombre normal, sin tantas pretensiones y que sólo quisiera hacerla feliz. Volví al tema de Rodolfo.

—¿Cómo ves el tema de su hija?

—Bien, ya le he explicado lo que vamos a hacer con eso, no te preocupes, está todo bajo control. Oye, ¿tú sabes lo qué ocurrió entre él y su mujer?

—¿No te lo ha contado?

—No. Le he tenido que preguntar, para tener todos los elementos sobre lo de su hija controlados, claro, y me ha sorprendido que no quisiera hablarme

de ella. Lo único que me ha contado es que, por lo visto, cambia de novio como de chaqueta, así que le he preguntado que si siempre fue así, y me ha contestado: “¿Que si siempre fue un putón verbenero? Pues sí” —. Se echó a reír—. A veces es demasiado directo... Bueno, y también me ha dicho que fue tonto, porque creyó que por él había cambiado, pero que en un joven es normal, porque tiran más dos tetas que dos carretas —. Sonreí, él siempre explicaba con esa sencilla frase un episodio que había sido bastante más complicado que dos carretas. María continuó—: y que se dejó embaucar porque su ex es la mujer más impresionante que ha conocido —hizo una pausa—. Reconozco que cuando dijo eso sentí envidia de aquella mujer, pero como me lo debió leer en la cara, acto seguido comentó que ésa era una de sus debilidades: fijarse en mujeres especialmente guapas, y me pareció que lo decía por mí... Pero bueno, ¿tú sabes lo que pasó con su mujer?

—Ya te lo contaré, no le des más importancia. Espero que te decidas por él, es un tío genial.

Lo que hiciera María con la situación ya se iría aclarando. En esos momentos era algo que me importaba bastante poco, aunque por lo menos cuando me llamaba y me contaba sus historias, me distraía bastante. El calor de los días se sucedía una y otra vez con cada salida del sol sobre las azoteas de Madrid. Yo no me percataba de su luz como lo hacía antes, ni disfrutaba de ella. Sólo sentía la asfixia de su combustión y meneaba la camiseta que llevaba puesta intentando que algo de aire aliviara esa sensación sin conseguirlo.

Desde el autobús veía cómo la gente iba caminando por las calles buscando la sombra con parsimonia, sumergidos en la fuerza paralizante del bochorno. “Parecemos cucarachas”, pensó. En ese momento una voz que provenía del asiento de atrás me saludó.

—De vuelta al hospital, ¿eh?

Aquel hombre, que iba a visitar a alguien a mi misma planta, me sonreía sentado con un periódico en la mano y con evidentes ganas de charlar. Al principio no le reconocí. Hacía días que no le veía, y visto tan de cerca me pareció más joven, pero aún así no bajaba de los setenta y muchos años. Le devolví el saludo haciendo un esfuerzo por sonreír.

—Sí, otra vez de vuelta —contesté haciendo amago de girarme de nuevo y poner fin a la conversación.

—Menuda lata.

—Sí, la verdad es que no es muy agradable que digamos...

—¿Quieres un chicle? —Sacó del bolsillo de su camisa un paquete abierto—. Son de menta.

—No, gracias —le volví a sonreír, después me giré dándole de nuevo la espalda y abrí el libro que llevaba.

—Hace un calor de mil demonios, ¿eh? Como para estar de aquí para allá. —Soltó esa risita traviesa que ya había escuchado antes, y me di cuenta de que el hombre, definitivamente quería entablar una conversación. Me dio pena dejarle ahí, con su periódico y su buen intento. Haría el esfuerzo. Volví a girarme, pero esta vez abrí más el ángulo para verle mejor.

—Pues sí, estaba mirando a la gente que va por la calle desde la ventana. ¡Y me está dando una pena! Aquí al menos tenemos el aire...

—¿De verdad no quieres un chicle? Estos están riquísimos, me los compra mi nieto.

—Vale. Gracias.

—¿Vas a la misma sección que yo, verdad? Cuarta planta al fondo a la izquierda.

—Sí, ahí voy.

—Te he visto más veces por el pasillo, sentada en esa especie de sala de visitas que tiene una máquina expendedora.

—Ah, sí, a veces salgo un rato, para despejarme.

—No parece que te despeje mucho.

—Ya, no siempre lo consigo.

—Tus ojos te delatan. Revelan sufrimiento —. Me quedé callada. Jamás pesé que alguien que se metiera tan de lleno en mis asuntos no llegara a molestarme. Todo lo contrario, me hizo sentir mejor.

—Se te pasará, ya lo verás —meneé la cabeza asintiendo y haciendo un gran esfuerzo por no romper a llorar. Cuando alguien te entiende tanto, es difícil esconderse.

—Al principio no te lo quieres creer. Yo me decía a mí mismo: “Severiano, esto no te puede estar sucediendo a ti”. Después te enfadas y te cabreas contra todo y contra todos. Más tarde llega el momento en el que a uno no le quedan fuerzas ni para moverse. Te quedas como sin vida, ¿verdad? Pero después se te pasa. Ya lo verás —repitió con una sonrisa.

—¿Cuánto tiempo lleva usted viniendo? —No me atreví a preguntar por la causa, le pregunté como si hablara de ir al gimnasio, o a un bar.

—Llevo ya casi un año. Tú eres nueva, ¿no?

—Bueno, llevo ya más de tres meses.

—Sí, a eso me refería. Hay gente que se viene y se va enseguida. Otros estamos ahí como perennes. Depende del tipo de coma y de lo que dure. En general la gente sale, o se muere. Lo que es muy raro (por lo menos que yo haya visto) es que se aguante tanto como mi mujer. Tú aún estás a tiempo, no tengo ni idea de lo que le pasa a tu... familiar.

—Mi marido.

—Ah.

Puso cara de pena. Quizá esperaba que fuese alguien más mayor, o con un vínculo menos esencial en mi vida.

—No soy médico, y no tengo ni idea de las razones del coma de la gente que he ido conociendo y que va pasando por la misma sección, pero me gusta mucho hacer estadísticas, ¿sabe? Y por lo que he visto, tres meses aún es una buena media. Un año, es demasiado.

—Buena media ¿para qué...?

—Para que se resuelva...en cualquier caso. ¿Quieres una naranja? —sacó de una bolsa de plástico que colgaba de un lateral una pieza redonda y apetitosa—. Yo siempre traigo algo de fruta. Las vitaminas son buenísimas para el estado de ánimo. ¿Lo sabías?

Nos apeamos juntos del autobús, y fuimos acercándonos al hospital hablando de otras cosas. Era un hombre muy alegre, y con ganas de vivir. Se le notaba en su forma de hablar, de mirarme, de reírse. A partir de aquel día, si nos encontrábamos en el autobús nos sentábamos juntos e íbamos contándonos la vida. Me hacía sentirme bien poder hablar con alguien que estuviese en mi misma situación, y sobre todo, que parecía feliz. También le hablaba de mis amigos, y cualquier cosa que se me ocurriera.

“Esa Rita”, me dijo el día que le hablé de ella, “esa Rita tendría que darle matarile a su marido”. Y así, iba soltando sus frescas sobre todo lo que le contaba. El día que me dijo “A la María ésa le daba yo un meneo que la espabilaba”, le conté mi teoría del “meneador de gente en coma”, y decidimos que la profesión de “meneador” en general podría serle de gran utilidad a la humanidad.

Al cabo de los días de compartir descansos con Severiano, y hablar con él, me di cuenta de que encontrármelo me había abierto una puerta a la esperanza. No a la esperanza a la que hasta ahora me agarraba: la de que un día el bello durmiente abriera sus ojos, me cogiera de la mano, y volviera conmigo a casa. Ésa era una esperanza que podía venirse abajo en cualquier momento. Que de hecho, cada noche, antes de acostarme sola en mi cama, veía

cómo se esfumaba, para aparecer de nuevo renovada con la luz del día.

El tipo de esperanza que Severiano trajo a mi vida fue otra. La de verdad. La que trascendía el hecho de su despertar, la que estaba más allá de los pies de esa cama. La que me decía que algún día, podría volver a ser feliz, aún incluso cuando él se apagara para siempre.

14. Hugo

Madrid, un mes cualquiera, 2003.
32 años.

Agarrarse a un clavo ardiendo.

Eso es algo que nadie piensa que vaya a acabar haciendo alguna vez en su vida. Y, sin embargo, tarde o temprano, casi todo el mundo acaba asiendo con fuerza su propio clavo, aunque al agarrarlo éste le abra la mano, dejándole en su palma la imborrable huella del hierro incandescente.

Para cuando cumplí los treinta y dos años, aparte de “el loquito”, el prepotente, el infantil, el meapilas, y el mitómano (comúnmente conocido como mentiroso compulsivo), ya había salido con unos cuantos más que habían engrosado la nefasta lista.

Como todas las historias se me torcían, desesperé. No entendía qué hacía mal, por qué todo se acababa yendo siempre al garete. Y así fue como llegué al momento cumbre: el momento de agarrarme a un clavo ardiendo.

Mi clavo se llamó Hugo. Nos vimos por primera vez en un lugar de cuyo nombre no quiero acordarme, parafraseando a Cervantes, porque el cómo le conocí dejó de tener importancia en el momento en que nuestra historia se convirtió en una historia amarga.

¿Que qué me gustó de él? No lo sé. Pudo haber sido su manera de moverse: lenta y pausada, como el que tiene todo el tiempo del mundo bajo sus pies; o pudo ser cómo me miraba cuando hablábamos, como si hubiese encontrado en mí a su auténtica alma gemela. Pero por desgracia no fue nada de eso. Cualquiera de esas cosas podría haber sido mucho más atinada que la cruda realidad.

Lo que realmente me atrajo de él fue el misterio, avivado en mi cabeza, de la triste historia de su vida que alguien me contó cuando me lo presentaron. Por lo visto, su padre abandonó a su madre siendo él un niño, y su madre, una pobre adolescente, decidió a su vez dejar la educación de su hijo en manos de su propia progenitora. Así fue cómo me imaginé a un pobre niño sólo, con una gorra y una maleta, en el hall de la casa de su abuela.

Supongo que hay muchas personas con una historia familiar de ese tipo,

buenas personas que han salido adelante gracias al cariño de los que les han acogido, pero en aquel momento pensé que ese debería ser un trauma difícil de superar.

En principio era un chico muy atractivo, que tenía una forma de fumar como de lado, guiñando un ojo, lo que le hacía mirar a lo James Dean. Desaliñado y amable con todo el mundo, parecía un espíritu libre con una gran necesidad de consuelo, y ahí estaba yo para dárselo. Eso fue lo que me gustó de él: su necesidad, su carencia, su dejadez.

Pero ahora, con el paso del tiempo, si tuviese que describir a Hugo lo haría diciendo que era “un lobo en la piel de un cordero”. Todos sus amigos decían de él que era un buen hombre, tranquilo y ecuánime. Incluso él mismo lo creía. Se mostraba extremadamente manso de puertas para afuera, y así fue durante los primeros meses: Un remanso de paz y amor. Pero cuando fue pasando el tiempo, y las puertas se cerraban dejando fuera una realidad ajena, en la intimidad de casa donde no había testigos presenciales, poco a poco empezó a ser pasivamente agresivo, de una manera sorda, firme y sutil.

Jamás me levantó la voz, es más: me hablaba como en un susurro. Y pasado el primer momento de amor, que duró menos de lo que a mí me hubiese gustado, jamás volvió a decirme nada que no fuese hiriente con esa voz de ir a cantarme una nana. Sólo me destrozó por dentro, paso a paso, a base de insultos disfrazados de consejos, de peticiones humillantes que automáticamente le convertían a él en una débil víctima si no las veía realizadas al instante.

Como siempre, me había dado cuenta de que algo no funcionaba bien en la cabeza de mi nueva conquista prácticamente desde el primer fin de semana en el que quedamos, después de una corta fase de acercamiento. Pero no quise verlo. Tenía que conseguir que alguna historia me saliera bien. A los treinta y dos años había vislumbrado un incandescente clavo en medio de la nada, y no pensaba dejarlo escapar.

Hablamos de irnos de excursión a la sierra. Él me recogió en su viejo Renault 5, y en menos de una hora nos encontrábamos sentados sobre el césped al lado de una pequeña cascada. Mientras yo sacaba la comida, él se abalanzó sobre mí, besándome apasionadamente por la cara, cuello y escote. Yo también sentí unas punzadas de pasión, que quedaron súbitamente congeladas como estalactitas en el aire por unas palabras arrebatadoras que llegaron a mis oídos.

— ¡Te quiero! —oí sin llegar a creérmelo— ¡Te quiero, te quiero! —Me

quedé sin palabras, sólo hacía tres semanas que nos conocíamos y no supe qué decir—. ¿No dices nada? —exclamó con pasional frustración—. ¿Te digo que te quiero y no dices nada?

Recordé lo mal que me había ido con Damián, al intentar complacerle desde el principio, contestando sin querer hacerlo a tanto mensajito y tanta monserga. Me había propuesto ser fiel a mí misma la próxima vez que me encontrara en una situación similar.

—Bueno, Hugo, es que nos acabamos de conocer, me gustas mucho, de verdad, pero aún no puedo decirte que te quiero —contesté consternada—. Es posible que llegue a hacerlo algún día, ¿no crees?

Al decir estas palabras sonreí, pero él me apartó bruscamente de su lado, y bajó la mirada. Quedó como profundamente herido, víctima de una crueldad sin nombre. Se notaba que en su cabeza no había silencio a pesar de su mudez.

Me di cuenta de que para él estaba siendo demasiado importante, y me dije una vez más: “Qué más da Raquel, qué te cuesta hacerle feliz, seguro que él no es como Damián. Además, ha tenido que sufrir mucho, y sólo necesita que le reconforten”. Le cogí de la mano.

—Perdona, claro que te quiero —mentí por no perderle—. Es que me cuesta mucho hablar de mis sentimientos—me justifiqué falsamente—. ¿Crees que podrás perdonarme?

—Bueno, está bien, pero quiero que sepas que esto me parece muy fuerte. Si no eres capaz de expresar tus sentimientos a lo mejor tienes un problema, y no quiero que lo pagues conmigo. Me he quedado destrozado al ver que te quedabas callada. Ha sido muy cruel por tu parte —dijo él casi sin mirarme del dolor que aún sentía. Asentí deshaciéndome en disculpas.

Aquel fue mi primer acto de sumisión.

Más tarde, cuando todo se acabó, pensé que si hubiese sido sincera, y el miedo a quedarme sola no hubiese sido más fuerte que el sentido común, le hubiese respondido que evidentemente el problema lo tenía él por hablarme de esa manera, ya que el amor no es algo que se pueda exigir, y que no iba a ser yo quien lo aguantara. Probablemente de esta manera la historia hubiese quedado ahí en lugar de avanzar de forma artificial, y me hubiese ahorrado muchos improperios futuros.

Pero no fue eso lo que dije, yo sólo veía a un pobre niño solitario, con una gorra y una maleta en el hall de la casa de su abuela, y no podía recriminarle reaccionar así. A cambio, me quedé callada, otorgando que había

algo torcido en mí que me hacía ser despiadada con él. Al fin y al cabo, se trataba de un hombre que me estaba diciendo que me quería, ¿no era eso lo que buscaba?, ¿no era de agradecer?

A parte de este episodio, realmente revelador y que hubiese podido poner punto y final a la situación, tengo que decir que las cosas fueron muy bien durante una temporada.

Hasta que, poco a poco, empezaron a desmoronarse.

El primer mes me resultó agradable, y por qué no, incluso prometedor, pero el principio del fin hizo su aparición un día cualquiera, en el que estábamos tomando una cerveza mientras le hablaba de una celebración familiar que estábamos organizándole Sara y yo a mis padres.

De repente empezó a quedarse muy callado, como inmensamente apenado, y dejó de contestar a mis preguntas sobre el restaurante que estábamos eligiendo. Él no ponía esa cara de cordero degollado que tanto detesto. Él ponía otra cara, indefinible y extraña; de víctima radical; de león enjaulado y amansado. Una cara que realmente llegaba a preocuparme.

—Hugo, ¿te pasa algo? ¿Te encuentras mal?

—No, no, estoy bien—bajó la mirada aún más.

—Anda, cuéntame.

—Si no te das cuenta de lo que me pasa, es que a lo mejor no eres la persona indicada para estar conmigo.—Me quedé callada, no tenía ni idea de qué hablaba—. Tú estás aquí, hablándome de tu familia, y no te estás dando cuenta de que haces que me sienta fatal. Qué te crees ¿Qué eres mejor que yo por tener una familia tan perfecta?

Si tenemos de nuevo en cuenta la maleta en casa de su abuela, creo que es comprensible que yo no me enfadara, es más, creí oportuno pedir perdón, y por supuesto explicarle que no había tenido ninguna intención de hacerle sentir mal. Él pareció entenderlo, y volvimos a estar bien. Empezó a contarme chistes, y volvimos a reírnos durante todo el tiempo que nos tomamos para terminarnos la caña. Decidí no volver a hablarle de mi familia nunca más, no quería que el pobre se acordara de sus padres y su abandono. De esta manera, las semanas siguientes fueron bastante buenas.

Sin embargo, lo mismo ocurrió otro día en que le estaba contando mis viajes con Lola y María. Esa cara de león enjaulado que tanto me preocupaba volvió a hacer su aparición, y acabó confesándome que no se sentía bien por no tener amigos como los míos. Se mantenía tranquilo, pero emanaba rabia contenida por todos los poros de su piel. Esta vez era león el que hablaba,

queriendo agarrar con sus garras al que le mira desde fuera de su jaula, y en este caso, la maleta en casa de su abuela, no me sirve como excusa cuando reconozco que volví a asentir y callar.

Otro tanto pasó una tarde en que se me ocurrió hablarle de la redacción de la revista. Si le contaba tanto lo bueno como lo malo, daba igual. Él tenía un buen trabajo, pero no había podido terminar la carrera, así que se sentía inferior si le recordaba que yo sí.

—Raquel—acabó diciéndome un día en el que no sabía qué tema abordar por miedo a sus represalias—. ¿Te has dado cuenta de que no tenemos temas de conversación? Al principio parecías tan habladora y alegre, y mira ahora, nunca dices nada.

Entre pulla y pulla, nos lo pasábamos bien, siempre y cuando yo no cruzara esos límites impuestos para que él se sintiera mejor. Reconozco que a mí me costaba hacer como si toda mi vida, aparte de él, no existiera, pero si no mencionaba absolutamente nada que pudiese herir sus sentimientos, todo iba más o menos bien.

Sin saber por qué, acabé durmiendo al lado de todo aquello que representaba lo más opuesto a mi persona. Todo lo que me había prometido no aguantar jamás de nadie cuando lo escuchaba en boca ajena; todo lo que me repelía, lo que despreciaba, lo que no quería. Y todo aquello lo reunía Hugo en su retorcida cabeza, y me lo mostraba siempre que podía, en cualquier momento y situación.

Sin embargo, lo peor no fue que mi nuevo “compañero” fuese vil y rastrero. Al fin y al cabo una vez desapareciera de mi vida, dejaría de ser mi problema. Lo peor fue que yo lo toleraba, porque ése sí se convirtió en mi problema.

Las pocas veces que me acuerdo de él, pienso que de lo único de lo que me arrepiento en toda mi vida es de haber llegado al punto de consentir que alguien me trate así. Sé que mi forma de actuar, contra mí misma, fue lo peor de todo.

Una noche de enero las calles estaban heladas. La nieve había sacudido a la ciudad con tal ímpetu, que los locutores, de nuevo, comunicaron que hacía más de veinte años que la ciudad no era testigo de un evento climatológico de esas dimensiones. Recuerdo aquella noche porque como quien no quiere la cosa, Hugo dejó caer un comentario sobre algo de experimentar con prácticas sadomasoquistas, comentario al que alegremente le contesté que esas prácticas no eran de mi interés. Intenté por todos los medios que no se percatara de mi

estupor, podría sentarle mal.

No había pasado mucho tiempo de aquello, cuando me sorprendió en la ducha con una cámara de vídeo. Yo me tapé como pude con la cortina del baño riéndome bastante de la situación. Creo que le dije algo así como: “A quién le van a interesar mis hábitos de higiene”, para quitarle hierro a mi negativa a ser gravada en semejante situación.

Pero el día que cogió un plato de macarrones con atún que le había preparado, y lo tiró a la basura mientras sentenciaba “Ya te he dicho que a mí los macarrones sólo me gustan con chorizo” fue cuando comencé a darme cuenta de la dinámica en la que me encontraba envuelta, porque aunque yo le dije con bastante buen humor que tomaba nota para la próxima vez, él me retiró la palabra durante horas, y volvió a abrir la boca para quejarse de mi comportamiento.

—A veces no sé por qué estás siempre tan alegre, me da la sensación de que te hace mucha gracia no hacerme ni caso. Creo que no eres nada empática conmigo y con mis necesidades— me dijo.

Por unos macarrones con chorizo, eso fue lo que me dijo. Cuando te dicen algo así por no querer hacer algo de mayor envergadura, puedes llegar a dudar de ti misma, pero cuando te dicen algo así por unos macarrones con chorizo, la cosa queda clara.

El caso es que nadie se había quejado nunca de mi alegría, ni de mi falta de empatía. Ahora parecía ser que dos de mis mejores virtudes se habían convertido en defectos insoportables. No supe qué decir.

Poco a poco, nos fuimos metiendo en esta tóxica dinámica, en la que cuando yo me negaba a hacer o decir algo que me pedía, él se veía con el derecho a hacerse la víctima hasta conseguir que yo pidiera perdón. Él me lo concedía sin privarse de lanzar su consiguiente bofetada verbal. “Está bien, te perdono, pero no me gusta que seas tan mala persona”. “Está bien, te perdono, pero la próxima vez me gustaría que te comportaras como es debido”.

Pero lo que él realmente no podía soportar, era que aunque yo le pidiera perdón, no hacía lo que “se me pedía”, y eso lo consideraba intolerable. En esos casos, era muy posible que tras un largo silencio, yo acabara preguntándole qué pasaba, y que su contestación fuese toda una retahíla de insultos revestidos de quejas lícitas de un pobre hombre maltratado por su pareja.

No estoy segura de si llegué a poner en duda mis cualidades, pero lo que sí que tengo claro es que intentaba a toda costa que no le molestaran. A los

cuatro meses de estar juntos, ya no podía hablarle de mi familia, ni de mis amigos, ni de mi trabajo. Hacía grandes esfuerzos por no reírme mucho, y ser muy comprensiva con todo lo que él quisiera, aunque no siempre lo conseguía, ya que muchas de sus peticiones me parecían abusivas, sinceramente.

Cuando conseguí tener todo esto bajo control, entonces surgió otro problema. Ahora lo que no le gustaba es que yo opinara sobre nada. Lo último que me quedaba para dejar de ser yo misma. Tras varios incidentes, tuve que llegar a la penosa conclusión de que “opinar”, era algo que también tendría que dejar de hacer si quería que aquello funcionara. Aprendí que una animada e interesante conversación, de repente y sin saber por qué, podía convertirse en un juicio contra mi persona por decir las cosas que decía.

Una noche en la que me llevó a conocer un restaurante, sentados a la luz de una vela, Hugo me contó que había sido infiel varias veces a su anterior pareja. Yo lo tomé como un acto de confesión y de querer cambiar, por lo que haciendo alarde de un gran entendimiento (ya que ya había interiorizado muy bien la lección de la comprensión incondicional hacia su persona) le dije que eso no me hacía dudar de él, y menos después de haber sido completamente sincero conmigo al contármelo.

Sin embargo, a pesar de creer tenerlo todo bajo control y tras media hora de total benevolencia hacia las historias del pasado de Hugo, incluidas orgías y otro tipo de relaciones que se escapan de mi radio de acción, sin querer hacerle de menos, acabé pronunciando unas palabras que lograron encender su silenciosa ira.

—Pues para mí —le dije — la fidelidad es muy importante. Creo que si llega un momento en que otra persona me gusta más que mi pareja, primero dejaría a mi pareja, y después ya me dedicaría a la otra persona. No podría ser infiel, aunque sólo sea por miedo a que me pillen —dije esto último creyendo que esta confesión no hablaba demasiado bien de mí, y así él no tendría que sentirse culpable. Pero no lo conseguí.

—¿Me estás juzgando? —dijo de repente poniendo una de sus peores caras.

—¡No, qué va! —contesté muy sinceramente—. Es muy fácil hablar. Después igual soy incapaz de dejar a mi pareja y acabo siendo infiel. Uno nunca sabe cómo se va a comportar hasta que no se ve en la situación.

—Ya, pero lo que pasa es que si dices que para ti la fidelidad es muy importante, ahora yo me siento mal.

—¿Por qué? —empecé a intuir cierto tono de irritación en él— ¿Has

estado con otra persona desde que estamos juntos?

—No, pero ¿y si un día ocurre? Si yo sé que tú serías incapaz de serme infiel, creo que yo no puedo sentirme bien contigo —. Ahora estaba realmente enfadado, me miraba como si quisiera abofetearme. Aún así no levantó la voz. Yo no entendía nada de lo que estaba ocurriendo.

—No entiendo lo que me estás queriendo decir. ¿Quieres que podamos estar con otras personas mientras salimos? —pregunté extrañada.

—No, no es eso. Pero si ya desde el principio dices tajantemente que tú serías incapaz de serle infiel a tu pareja, pues yo, que soy más débil, me siento culpable antes de hacer nada. Estoy muy incómodo con esta conversación porque me parece que eres muy intolerante e inflexible conmigo, y me está resultando asfixiante.

Soltó los cubiertos sobre de la mesa, se limpió con la servilleta y se levantó para dirigirse al baño. Intuí que ahora era el león el que se alejaba por no darme un bocado y arrancarme la cabeza.

Cuando terminó su paseo por el restaurante y se sentó frente a mí, ocurrieron dos cosas bastante sorprendentes. La primera y más sorprendente de todas, fue que yo siguiera ahí sentada; y la segunda, que me acusó de no tener ni compasión ni escrúpulos, ya que le había hecho quedar fatal diciéndole que yo sería fiel después de lo que me había contado.

¿Cómo es posible que en ese preciso instante me diese cuenta de que en realidad lo único que él quería era tener la cama de su casa caliente, y las camas de otras casas calientes también, sin además (¡además!) sentirse culpable, y no levantarme y largarme?

Pues creo que la única razón por la que no lo hice, fue la que en el fondo ha movido la mayoría de mis razones al elegir pareja. La más peregrina de todas ellas, la de pensar: “Cambiaré. Yo le haré cambiar, y llegará a quererme tanto, que me empezará a tratar bien”.

Durante los diez meses que duró la envenenada convivencia, Hugo siempre encontraba algún motivo para reprenderme. Lo que yo hiciera o dijera y mis intenciones, todo, daba igual. Si decía que la chica que me había ayudado con la limpieza en mi anterior casa era dominicana, era tildada de racista; si proponía dar una vuelta por el Pardo y sus alrededores porque me apetecía disfrutar de la naturaleza, era tachada de fascista; si le comentaba a alguien que tuviese cuidado con otra persona que a mí le había hecho algún desarreglo, me llamaba imprudente y crítica. Si decía que sería fiel, entonces le resultaba intolerante e inflexible.

—Me daría vergüenza que alguien te oyera hablar así, de verdad —me dijo un día que había elogiado la actuación de una persona a la que conocimos en una cena, y que contó que trabajaba con enfermos de sida—. Los enfermos son como tú y como yo, no sé por qué le das tanta importancia a que alguien les ayude. Se lo merecen como seres humanos que son.

Vaya por Dios. ¡Con el trabajo que me había costado a mí ser capaz de reconocer el mérito a la gente que ayuda a los demás, y ahora va éste y me lo tira por tierra!

Llegó un momento en que entendí que lo mejor era no expresar ningún tipo de opinión, ni siquiera para hablar bien de nadie, ya que todas ellas eran susceptibles de ser mal interpretadas, y por supuesto, de convertirse inmediatamente en un juicio de valor contra mi persona.

Si no me reía, si le comprendía en todo, si hacía lo que él quería, y no decía lo que pensaba, entonces todo iría bien. Tenía que funcionar. Él había sido absolutamente encantador cuando me conoció. La maleta en casa de su abuela ya quedaba muy lejos de mis razones, aunque siempre le excusé diciendo que si superaba ese trauma, conseguiría quererme. El caso es que yo seguía sin dar mi brazo a torcer en muchas situaciones, esperando que él lo entendiese, y cambiara.

Pero nada más lejos de la realidad. Bajo la apariencia de hombre torturado, misterioso y cariñoso, se escondía un ser frío y efectivo, que sabía lo que quería y lo que no. En seguida se dio cuenta de que lo que él quería, no era definitivamente lo que yo le ofrecía, y que por mucho que me esforzara, mi verdadera forma de ser iba a salir a la luz.

Y lo peor de todo es que tenía razón. No, yo no quería callarme porque él no quisiera oírme, ni opinar lo mismo que él opinaba sobre política, sexo o religión. Tampoco quería pasearme desnuda por la casa en pleno invierno; ni mucho menos hacer un trío, ni con conocido, ni con un desconocido.

Me encantaría poder decir que, finalmente, un día se me inflaron tanto las narices que le dejé, diciéndole algo así como “¡Me importáis un comino tú, la gorra, la maleta y la madre que te parió! ¡Si no sabes querer a la gente, te lo haces ver, pero a mí déjame en paz! ¡Pienso hablar de lo que me dé la gana, pienso descojonarme de todo lo que me parezca, y sobre todo, no me da la gana de satisfacer tus deseos sexuales como si fuera un trozo de carne que ni siente ni padece ni tiene opinión ni familia ni amigos! ¡Que te den!”.

Pero no fue así, la verdad es que el punto y final lo puso él. No podía soportar ni un segundo más mi condición de rebelde, fascista, racista,

insensible, tajante, inflexible, vergonzante, poco empática, mujer con ideas propias, familia amigos y trabajo, aunque sólo tuviera razón en la mitad de todas ellas.

Por supuesto lo que me dijo fue que yo me merecía otra cosa, y tenía, de nuevo, toda la razón. Aunque en realidad él no pensaba eso ni por el forro. Al final resultó que eso fue lo único que teníamos en común: él también se volvía mediocre cuando dejaba a alguien.

En realidad, éste es el único punto en el que, a día de hoy, le entiendo. Ya lo había intentado varias veces (dejarme), pero yo siempre le preguntaba la razón, pero claro, él no quería decir la verdad, es decir: “Te dejo porque no haces en todo momento y sin rechistar, todo lo que a mí me place. Tú estás aquí sólo para complacerme, y no me complaces. Ah, y porque en realidad me quiero tirar a una compañera mía de trabajo, y tú, mujer insensible y poco empática, me juzgarías mal y no lo entenderías”. Es en este punto en el que ahora, realmente, le comprendo, y no en la dichosa maleta en casa de su abuela que me trae al paio, porque reconocer eso supongo que era demasiado incluso para él, que a pesar de que no creo que tuviese un solo remordimiento, era lo suficientemente listo como para saber que decir eso, es de auténtico cabronazo. Y a nadie nos gusta quedar mal.

Pero lo que voy a contar a continuación creo que fue muy bueno para mi reconstrucción tras la demolición, porque después de saborear durante dos meses las mieles de la libertad, sí estuve totalmente preparada para cerrarle con la puerta en las narices el día que decidió venir a mi casa, ahora sí, con carita de cordero degollado, a pedirme que volviera con él. ¡A tomar por saco! Literalmente: la puerta en las narices.

Al soltar el clavo, la marca en la palma de mi mano se me quedó tan grabada en la conciencia (a veces me parecía que pudiera verla, en la piel de mi mano tatuada) que desde entonces, no volví a buscar lo que todo el mundo anhela en cualquier parte y de cualquier manera. Algo me quedó muy claro: no todo vale para paliar el dolor de la soledad, ni siquiera intentar sacar a alguien de su propio abandono, que aunque a veces pueda funcionar, en mi caso no fue la mejor razón para seguir adelante.

En realidad le agradezco, simbólicamente hablando, claro, porque a una persona así no se le puede agradecer absolutamente nada, haber sido el revulsivo que puso freno a esa compulsiva búsqueda de compañía y de amor que me había llevado a esa situación.

Con esta historia poco nos reímos, la verdad, de hecho Lola y María

tuvieron que hacer muy buen trabajo para conseguir que yo volviera a sonreír, opinar y charlar, sin sentir que estaba haciendo algo mal.

15. Rodolfo

Madrid, 21 de junio de 2010.

3 meses y una semana hospitalizado.

Aquel fin de semana decidí llamar a Rodolfo, necesitaba salir a cenar con alguien, airearme y pasear. Me dijo que había quedado con María, pero insistió en que me uniera a ellos.

—De verdad, me apetece mucho que vengas, y seguro que a María no le importa, todo lo contrario. ¡Venga! Que no es una cita, sólo es una cena...

Yo sabía que habían quedado ya varias veces, y parecía que aquello podía ir bien, si María se decidía finalmente por él.

María con Rodolfo se sentía libre como nunca se había sentido antes: libre para decir claramente lo que pensaba; para vestir como le viniera en gana; para expresar abiertamente y sin tapujos que en realidad le encantaba ir a la playa con un tupper de tortilla, por muy poco glamuroso que esto fuera.

Y a Rodolfo sencillamente ella le fascinaba. Lo que él no sabía es que ella aún no había terminado con el otro hombre, aquél que con la cabeza rapada se la había arrebatado de su lado el día que la conoció con un sonoro beso y aires de grandeza.

Creo que sólo yo conocía la lucha interna que se lidiaba en el interior de mi amiga, en la que los contrincantes nada tenían que ver con los dos hombres con los que salía; sino con esas dos partes internas que convivían en ella sin acabar de reconciliarse.

Rodolfo aún no se había decidido a contarle la historia de su matrimonio fracasado, lo que hinchaba ese halo de misterio que le rodeaba y que le hacía tan atractivo a los ojos de María.

—¿Nunca me vas a contar lo que te ocurrió con tu ex? —le preguntó aquella noche poniéndole cara de pena. Conmigo a su lado se sentía más respaldada a la hora de abordar el tema—. Me vas a hacer pensar que fue peor de lo que realmente fue sólo por darle tanta importancia. ¡Seguro que no fue para tanto!

Estuve a punto de decir que no fue para tanto, si no que fue peor, pero me contuve. Él estuvo callado un rato.

—Déjalo, no quiero que te sientas obligado... —dijo sin mucho convencimiento—, entiendo que hay cosas que...

—Es que no me resulta fácil. La historia no fue una historia bonita, que digamos...—dijo al fin, y después de pensárselo durante unos segundos decidió seguir hablando—. Era amiga de Raquel. Compañera suya del colegio. La conocí un día que hicimos una fiesta en el piso que compartía con unos amigos ¿Vinisteis las tres, verdad? —asentí—. Una era Rita, no sé si la conoces...

—Sí —se sorprendió María, y me miró para corroborar que se trataba de aquella mujer cuyo marido habíamos pillado hacía un tiempo con otra—, de Rita sí me has hablado, y de hecho creo que la he visto alguna vez, pero no recuerdo que me hayas hablado de ninguna otra amiga tuya del colegio.

—Patricia. La otra era Patricia —le dije.

Hizo memoria durante un breve momento.

—No, no recuerdo que me hayas hablado nunca de ninguna Patricia...

—Pues no te has perdido nada —continuó Rodolfo—. No es una buena persona, Raquel intentó advertirme, pero yo creí que estaba celosa de su amiga. Sé que entre Raquel y yo sólo ha habido una buena amistad, y que ha sido siempre así, pero cuando le dije que estaba enamorado de Patricia y que lo nuestro iba en serio, no se me olvidará nunca la cara que puso. —Puse de nuevo la cara de espanto, con los ojos muy abiertos y la boca abierta.

Calló por un momento, y aprovechó para pedir otra caña. Estábamos sentados en la mesa alta de una taberna.

—Recuerdo que antes de que me dijera nada, yo ya me había enfadado con ella por mirarme con esa mueca tan extraña. Era algo así como de susto y desaprobación. La recuerdo perfectamente: arqueaste las cejas y abriste la boca como el que ve cómo atropellan a alguien, o algo así. Lo peor es que te salió del alma. Intentaste disimular, pero no pudiste, y antes de que pudieras decir nada te dije resentido “No te hace ninguna ilusión que esté con ella ¿verdad?” —asentí— y sólo me contestaste que no era eso, sino que pensabas que aún no nos conocíamos bien, que me estaba precipitando... —volvió a dirigirse a María. —Me irritó tanto, que empecé a pensar que estaba celosa de su amiga. No me podía creer que las mujeres pudieran ser así de arpías, pensaba que no era capaz de alegrarse por mí y por su amiga del colegio de toda la vida.

—Sí, la verdad es que te pillaste un buen mosqueo...

—Pero al final el tiempo acabó dándote la razón, ya ves. Estuvimos dos

años sin hablarnos por aquello.

—Perdona, estuviste dos años sin hablarme por aquello. Y sí que me hablabas, lo que hacías era no tener nunca tiempo para quedar conmigo...

—Ya, bueno. Ahora en broma, lo llamo: “El día de la profecía”...—Se rió como para quitarle hierro.

—Pero bueno, ¿qué ocurrió? No sería para tanto —dijo María de nuevo en tono de broma. Rodolfo vaciló si seguir contándole su historia. No acababa de sentirse cómodo dejando ver a una chica que le gustaba sus debilidades y equivocaciones, y más todavía si éstas tenían que ver con un asunto de faldas, y amistades traicionadas por una pasión absurda.

—Sí, en realidad sí fue para tanto —. Dejó en el cenicero el palillo que mordisqueaba y con el que jugueteaba. Se hizo un contundente silencio, y sonrió con una tristeza llena de recuerdos y arrepentimiento.

—Bueno, no... no hace falta que me cuentes más, si no quieres. Estoy siendo un poco indiscreta, yo...

—No, no te preocupes —se repuso—. Preguntar es normal, lo que no es normal es que lo que haya que contar a uno le cueste tanto. Voy a necesitar otra caña para ponerme a tono.

Pidió otra ronda al camarero junto con unas patatas bravas, una ración de ibéricos y una tabla de patés, y comenzó su relato con un tono más bajo del que solía utilizar.

—Ella en realidad estaba saliendo con uno de mis mejores amigos, Pedro, un compañero de piso. Se conocieron en la misma fiesta, y esa noche ya la pasaron juntos. Recuerdo que yo me moría de la envidia al ver que el atontado de Pedro se había llevado a semejante chica. Sinceramente, después de aquella noche creí que ella no volvería a fijarse en él, ni a tenerle en cuenta. Pensé que no pasaría de ser un simple rollo de una noche. La verdad es que el pobre no era gran cosa...

—Es cierto, yo pensé lo mismo cuando les vi juntos. ¡Con lo que era Patricia eligiendo chicos! La verdad es que no pegaban ni con cola... —interrumpí.

—Sin embargo, cuando ella y yo nos liamos llevaban ya tres años saliendo. Desde que nos conocimos me miraba de una forma especial, buscaba excusas para verme, como que le prestara los apuntes para una amiga suya que estudiaba lo mismo que yo, o que tenía dos entradas para el cine y Pedro no podía ir... cosas así. Ella siempre intentaba quedar conmigo a solas. Tardé mucho en darme cuenta de lo que estaba ocurriendo, porque Pedro y yo éramos

buenos amigos, y aunque yo me moría por ella, consideraba que nuestra amistad estaba por encima de todo eso. Pero finalmente, a los tres años bajé la guardia, y no sé cómo, empezamos una relación paralela a la suya.

Me hizo creer que en realidad había estado enamorada de mí desde el principio, que yo, en aquella fiesta, le había parecido inalcanzable, que se había sentido intimidada, y que por eso se lió con Pedro, para poder estar cerca de mí. Me contó que con él todo se hacía muy difícil, incluso romper, ya que cada vez que intentaba cortar con él, él se presentaba en la puerta de su casa y se quedaba ahí durante horas, a veces la noche entera, esperando a que ella volviera a decirle que sí —. Bajó de nuevo la mirada—. Un día llegó a contarme que al intentar dejarle se había puesto un poco violento, y que incluso había llegado a tener miedo de él... —Suspiró mientras picaba algo de comida— ... Yo le conocía muy bien y sabía que era muy buen chico, así que al principio no me podía creer esa historia. Pero por otro lado estaba convencido de que ella también era una buena chica, y de que jamás me mentiría con algo así —. Al pronunciar estas palabras su tono volvió a hacerse más fuerte, y clavó su mirada en los ojos de María, que le escuchaba atentamente.

No sólo me contaba que le tenía miedo, también decía que le daba pena, que se deshacía en súplicas si algún día intentaba dejarle, o que le contaba mentiras para no dejarla ir... Poco a poco fui cayendo en sus historias, y convenciéndome de que Pedro tenía dos caras: una la que nos mostraba a nosotros, y otra muy distinta en la intimidad, en la que me parecía un manipulador asqueroso y despreciable.

Después, cuando ya fue demasiado tarde, me di cuenta de que todo lo que me había contado sobre Pedro no eran más que mentiras, pero yo me lo creía porque quería creérmelo, y empecé a odiarle con todas mis fuerzas. Para mí él era el único obstáculo a nuestra relación, que sin su presencia sería perfecta.

Llevábamos casi un año viéndonos cuando una tarde apareció pálida y consternada. Me contó que Pedro le había pedido que se casara con él, y que había sido incapaz de decirle que no. Yo no entendía por qué no podía rechazarle, pero ella seguía enredándose con sus historias, que si le daba miedo, o pena... Qué se yo...

Recuerdo aquella tarde como la peor de mi vida. Veía cómo mi chica iba a casarse inevitablemente con un tipo al que no amaba, y por lo tanto, a separarse de mí para siempre. Aún así, siguió insistiendo en que era a mí a

quien quería, y que jamás nada ni nadie nos separaría —. Llegado este punto Rodolfo se sonrió, casi riéndose de sí mismo. Era evidente que mirándolo con perspectiva le parecía increíble haber caído en semejante engaño.

Los preparativos para la boda duraron casi un año. Nosotros, mientras, seguíamos manteniendo nuestros pasionales encuentros. Ella, por supuesto, continuamente me prometía que se lo diría antes de casarse, que no me preocupara, que aquello no iba a seguir adelante... pero a un mes de la boda, aún no le había dicho nada.

Así que decidí hacer yo mismo lo que ella no se atrevía a hacer, porque según me contaba, Pedro no le permitía librarse de él. Le llamé y quedamos a tomar algo. El pobre ni se podía imaginar el jarro de agua fría que le iba a caer encima —. Puso cara de culpabilidad—. Recuerdo cómo empezó a temblarle todo el cuerpo cuando le dije, casi sin compasión, que llevaba con Patricia ya dos años. Tuvo que dejar la cerveza que sostenía con una mano para disimular los nervios que se apoderaron de él, y que hacían que se derramase fuera como una fuente. Cuando le espeté que era un malnacido por tratarla así y por no dejarla rehacer su vida tal y como ella quería, me miró entre asombrado y muy apenado, y sólo me preguntó “¿Ella te ha dicho eso?”, “Sí, —le dije yo—, así que no quiero que vuelvas a acercarte a ella en tu vida, ¿me entiendes? Y como me entere de que vuelves de nuevo a amenazarla o a intentar manipularla con esas artimañas, te las vas a tener que ver conmigo”. Se quedó un rato como ido, sin decir absolutamente nada. Tras unos minutos de silencio se levantó y se fue.

Esa misma tarde Patricia me llamó hecha una furia, y me dijo que no quería volver a verme jamás. Que acababa de arruinarle la vida. Yo no entendía nada, estaba convencido de que le había hecho un gran favor... y de que estaría encantada de poder estar al fin conmigo —suspiró profundamente y pidió otra cerveza.

Estuve unos días sin saber nada de nadie, y bastante confundido con todo lo que había ocurrido, pero enseguida el silencio cesó. A los quince días me llamó Pelayo —otro chico con el que Pedro y yo habíamos compartido piso— para decirme que Pedro acababa de fallecer en un accidente de tráfico. En ese momento sentí que mis rodillas flaqueaban, y pensé que iba a caerme al suelo, pero permanecí de pie, al lado del teléfono escuchando la historia que mi amigo, en estado de shock por la noticia, me narraba con pelos y señales junto con el final fatal: Por lo visto un hombre muy bebido y que conducía en dirección contraria había colisionado con el auto de Pedro al salir él de

trabajar.

Realmente lo sentí, habíamos sido grandes amigos durante muchos años, pero en ese momento mi sentimiento de culpabilidad era mucho mayor que el de tristeza. No sabía por qué, pero no acababa de creermelo la historia que le habían contado a Pelayo.

Me sentía incapaz, o más bien indigno, de ir a su entierro, así que me inventé una excusa y le dije a Pelayo que intentaría ir al funeral, al cual acudí una semana más tarde quedándome atrás del todo sin que nadie me viera. Me extrañó ver a Patricia sentada en el primer banco de la iglesia, vestida de negro junto a la madre de Pedro, a la cual abrazaba mientras lloraba desconsoladamente. Yo estaba convencido de que su familia estaría enfurecida con nosotros dos por todo lo ocurrido, pero ahí estaba ella, haciendo de viuda desolada. Al terminar la misa salí corriendo antes de tener que saludar a nadie.

Patricia tardó en ponerse en contacto conmigo un mes y medio más o menos. Me hablaba a través del teléfono con una voz desgastada, como si la energía que antes la impulsaba a actuar con viveza la hubiese abandonado a su suerte. Me dijo que me echaba muchísimo de menos, que lo de Pedro había sido un golpe muy duro para los dos, y que sería bueno que nos apoyásemos el uno en el otro. Insistió en verme de nuevo.

Aunque yo empezaba a sentir cierto resquemor hacia ella, quedamos para tomar un café. Llevaba sin poder pegar ojo desde el día que recibí la noticia del fallecimiento de mi amigo. El sentimiento de culpa me inundaba por completo, y no podía quitarme de la mente la cara incrédula y dolorida del pobre Pedro preguntándome “¿Ella te ha dicho eso?”. Esa había sido la última vez que le había mirado a la cara.

Cuando le conté a Patricia ese sentimiento que tanto me carcomía por dentro, ella me tranquilizó diciéndome que nada de lo ocurrido había tenido que ver conmigo ni con mi último encuentro con Pedro. Me comentó que antes del accidente se habían reconciliado, que los planes de boda seguían en pie, y que él había vuelto a estar radiante antes de fallecer —. En este punto Rodolfo hizo una pausa, y mirando la María afirmó—: Es lo único de lo que le estoy realmente agradecido a Patricia. No sé si será cierto o no, pero lo que sí es verdad es que me quitó una gran losa de encima.

—¿Y por qué no iba a ser cierto? Según todo lo que me estás contando esa mujer tiene la habilidad de hacer y deshacer a sus anchas, así que... Si el pobre estaba muy enamorado, con negar todo lo que tú le habías contado y

volver a seducirle bastaba, ¿no crees?, además, si estaba en el banco de la iglesia con su madre...

—Yo también creo que eso puede ser verdad —dije yo—. Patricia no es ni mucho menos de esas personas que dicen algo sólo para hacerte sentir bien. De hecho, más bien todo lo contrario...

—No lo sé, y ya nunca lo sabremos. A veces pienso que puede que se enterara de alguna otra infidelidad de ella...o algo peor. —Se quedó pensativo antes de proseguir con su relato—. Cuando Patricia me llamó ya estaba embarazada, de dos meses. Supongo que por eso me llamó realmente. Por supuesto me juró que el niño era mío, que con Pedro casi no tenía relaciones porque no estaba enamorada de él, que con él no había pasión, que sólo conmigo se sentía viva... Empezó con todo lo que me había estado diciendo siempre. A veces he pensado que si todo eso fuese verdad, puede que él se enterase de que estaba embarazada de otro y que a dos semanas de la boda no lo soportase, y decidiese hacer una tontería... no sé. Ella jamás me lo ha reconocido, así que no es más que una suposición.

Y esa es la historia —sentenció después de estar hablando durante más de una hora en la que las tapas ya se habían quedado frías. Del final de la historia pasó por encima, ya que era prácticamente lo conocido por todo el mundo: A los meses se casaron, al poco tiempo tuvieron a Olimpia, y finalizó haciendo una broma sobre la extraña relación que acababa de describir.

—Creo que en realidad nunca me ha sido fiel. O mejor dicho, creo que nunca he sido el único en estar con ella —. Se rió—. En seguida nos separamos.

—Bueno —suspiró María aún impactada por la historia que acababa de escuchar—. Por si te consuela, te diré que la niña es clavadita a ti, mucho más agraciada que tú, pero hija tuya sin lugar a dudas.

—Sí —se rió Rodolfo—, la verdad es que sí ¡Con lo guapa que es su madre y ha tenido que salir a mí!... Mejor así, prefiero que no sea tan despampanante y que sea buena persona.

—Pero qué raro, ¿no? ¿Por qué haría todo eso? —preguntó María. Yo puse cara de no saber qué decir.

—Pues no lo sé, la verdad —contestó finalmente Rodolfo— No sé si con Pedro estaba por su dinero (provenía de una buena familia), o si realmente le quería. Tampoco sé lo que ha podido sentir por mí, la verdad. Con ella nunca se sabe. Ni si quiera sé si es capaz de querer a alguien... lo que sí tengo claro es que no está capacitada para ser una buena madre.

—Yo creo que nunca estuvo muy bien de la azotea —intervine.

Rodolfo miró a su alrededor, como buscando algo. Ya no se sentía a gusto en aquel bar, necesitaba cambiar de lugar para poder retomar la noche sin todos esos pensamientos en su cabeza.

—¿Cambiamos de sitio? Conozco otra taberna por aquí cerca que os va a gustar...

Salimos acalorados, el restaurante estaba abarrotado, y caminamos por la carretera debido a la estrechez de las aceras de aquella callejuela. Una farola que sobresalía de una fachada nos iluminaba, y no pasó mucho tiempo para que la risa de María y la mía empezara a resonar entre los muros de las casas antiguas y el asfalto. Surgía por los comentarios que iba haciendo Rodolfo sobre el camarero. Según él, había estado poniendo la oreja todo el rato, pero ya se había hecho cargo él de que no se enterase de nada.

El martes siguiente tras realizar unas compras para la cena, cuando entré en mi piso no me extrañó el olor a limpio que despedía el salón, ni las flores frescas color naranja colocadas en un jarrón en mitad de la mesa del comedor. Me empezaba a acostumbrar a la presencia de mi vecina y a esos pequeños detalles que harían que la echara mucho de menos cuando, definitivamente, se fuera de mi hogar. A veces deseaba que ese hijo, del que tanto hablaba, tardara una semana más en llegar.

Me acerqué a la cocina y empecé a deshacer las bolsas que había traído. Abrí la nevera y me di cuenta de que casi no había un alfiler más ahí. Parecía que mi vecina se había decidido a pagarme el alojamiento con todo tipo de alimentos, flores y limpiezas. Intenté hacer un hueco en una balda para meter los yogures sin mucho éxito.

—Que pronto llegas hoy.

Una negra sombra con la cara verde, pelona e irreconocible apareció al fondo.

Solté un alarido de pavor a la vez que mi cuerpo se estiraba compulsivamente soltando de golpe los yogures que se estamparon contra las baldosas azules. Un líquido rosa y viscoso impregnó instantáneamente la totalidad de la pequeña cocina, desprendiendo un empalagoso olor a gominola de fresa.

—¡Joder! ¡Qué susto! —grité sin poder contenerme —. ¡Lo he puesto todo perdido!

—Mujer ¡Cómo te pones! Que soy yo ¿O acaso ya te has olvidado de esta vieja que albergas en tu casa?

—¡Pero Pura por Dios! ¿Qué le ha pasado? —Miraba incrédula una cara redonda con una masa verde cubriendo toda su extensión, a excepción de dos círculos por donde asomaban unos pequeños ojos castaños, y un orificio que se abría esperpénticamente bajo la nariz cada vez que quería hablar.

—Ah, esto. Nada, que me he pasado por el “belle bodi” ese y me han “recetado” una mascarilla contra las arrugas, que según la chica que atiende, que por cierto, es encantadora y por eso cada vez que paso me gusta entrar a saludar para que me alegre el día con esa sonrisa que tiene, ¡es maravillosa!

Se calló de golpe dando por terminada su explicación.

—Maravillosa ¿qué? —yo la miraba atónita.

—La mascarilla.

—¡Ah! Es que ya me había perdido... No sabía si era la chica la maravillosa o...

—Aunque dudo mucho que a mi edad esto pueda hacerme nada —. Mis ojos ahora subían sin querer hasta más arriba de la frente, donde unos pocos pelos blancos enmarañados se encaramaban rebeldes sobre la cabeza de la mujer hacia el techo.

—¿Ah? ¿Te referías a esto? —Se tocó el pelo—. Pensaba que me habías preguntado por la mascarilla...

—Me refería a todo Pura. No es por nada, pero es que parece usted una aparición.

—Sí, es que ¿sabes? —La anciana bajó la voz como para hacerme una confidencia—. No se lo digo nunca a nadie, pero llevo peluca.

—Ahhh —dije abriendo mucho la boca y los ojos como si no se hubiese dado cuenta para no ser grosera.

—Pero...se me ha quemado. ¡Tengo un disgusto! No creas, no, que las pelucas son bien caras, ¿eh?

—¿Se le ha quemado?

—Sí, verás, iba a hacer unos buñuelos esta tarde para animarte la cenita, ya sabes. El caso es que no sé cómo, al encender el fuego se me ha resbalado y ha caído sobre el fogón encendido... Cuando la he rescatado ya no estaba como para ser reutilizada. ¡Ya me dirás lo que voy a hacer ahora!

—Pero bueno Pura, ¿es que no la sujeta con nada cuando se la pone?

—Sí, con unas horquillas, pero se me debe haber olvidado ponérmelas esta mañana... Si es que la cabeza ya no responde como una quisiera...

—Yo creo que su cabeza está perfectamente. Bueno, usted no se preocupe, que ahora mismo bajo a la droguería, compro unos rulos y le hago

un peinado bien bonito, ya verá. Ese blanco que tiene su cabello es muy elegante

—¿De verdad? ¿no me hace muy mayor?

—No, le hace parecer una mujer con más clase. Además, así, “a pelo” (literalmente) ahora en verano estará más fresquita.

Las tres horas siguientes las dedicamos a lo que yo esperaba fuese una relajante sesión de belleza, aunque la verdad es que Pura estaba tan mandona con lo de los rulos que casi la dejo con media cabeza sin hacer. Al final le tuve que dejar las cosas claras: o me dejaba a mí hacer el trabajo, o se iba a comprar otra peluca. Finalmente Pura decidió portarse bien, y mientras yo intentaba que los rizos que le había marcado con los rulos le quedaran bien, ella se resignó a observarme desde su taburete con satisfacción.

—Te veo mejor—. Me dijo en un momento dado en el que yo tenía la boca llena de horquillas y no podía hablar—. Ya no te oigo llorar por las noches, aunque me da la sensación de que no paras de engordar.

—Ya Pura, es que no puedo evitar comer de más cuando me encuentro mal, ya se lo he explicado, ¡y no me haga sentirme culpable, por favor!

Cuando le quité los rulos, el exagerado rizo que había conseguido hizo que no pudiera evitar soltar una sonora carcajada. A Pura no le había importado parecer una africana albina si gracias a ello por fin yo me reía con ganas.

Finalmente, creo que conseguí que el peinado quedara “apañado”, como dijo ella al ver terminada la faena. Se levantó del taburete, se miró orgullosa al espejo, y decidió salir a dar un paseo para enseñar a todas sus amigas del barrio su nueva imagen.

Sonó el teléfono. Al otro lado del auricular pude reconocer enseguida a Rita, que comenzó la conversación con un tono muy animoso y entregado, con una retahíla de preguntas que parecían no tener fin: Se interesó por la salud de él, por mi ánimo, por las expectativas, las últimas noticias, si había hablado con los médicos, si estaba esperanzada, que qué tal estaba mi suegra, toda su familia, mi madre, mi hermana, su trabajo. Por cierto: ¿Le esperaban en el trabajo, o le habían despedido al conocer la situación ahora que el despido a quien está de baja era libre?

—¿Qué te pasa Rita? —pregunté de repente intuyendo que algo no iba bien. Siempre había sido muy solícita, pero esta cualidad se le disparaba cuando algo le preocupaba.

—Nada, nada ¿Por? Solo quería saber cómo estás, nada más.

—Ya. ¿Seguro? ¿Y tú? ¿Todo bien?

—Sí, sí, ya sabes...—Sí ya estaba al tanto de que su matrimonio era una farsa, y de que ella sentía haber perdido sus antiguas relaciones, pero había algo más en aquella extraña reacción de mi antigua compañera de clase que no me dejaba indiferente.

—Bueno, muchas gracias por llamar Rita, la verdad es que me encuentro mejor. Ahora me estaba preparando para ir al hospital...

—Raquel —dijo por fin la lejana voz del teléfono—: Carlos me ha dejado.

Permanecimos calladas durante un largo rato.

Me pareció extraño, pero no me pareció que su voz flaqueara en ningún momento. Aquella vez que había llorado por teléfono cuando se enteró de lo mío me pareció que estaba bastante más afectada que ahora, que era su propia vida la que se había derrumbado.

—Se ha ido con la otra mujer, la que viste aquel día.

—¿Te lo ha dicho él?

—Sí. Y la verdad es que se lo agradezco. Que me lo haya dicho, me refiero. Así no me estoy comiendo el tarro sobre lo que ha pasado y lo que no. Ha pasado que se ha ido con otra, y punto.

—¿Dónde estás? ¿En casa de tus padres?

—No. El que se ha ido ha sido él, y que no se le ocurra pedirme la casa familiar que entonces le desplumo. Ya he enviado un burofax por abandono de hogar.

Hacía veinticinco años que conocía a aquella mujer, y era la primera vez que le parecía que su voz sonaba dura, como la de un metal a punto de arremeter contra un enemigo. Curiosamente me gustó ese sonido.

—¿Qué tal se lo han tomado las niñas?

—Para ellas es un palo, la chiquitita ni se da cuenta de lo que pasa, y las demás no lo entienden, pero ya lo entenderán con el paso del tiempo. De todas formas le ven todos los días porque va a recogerlas al colegio.

—¿Y tú, Rita? ¿Qué tal estás?

—Bien —me cortó. Y esperó un poco para proseguir—. En realidad esto era algo que teníamos que hacer, pero yo no era capaz de tomar la decisión. Me alegro de que la haya tomado él de una vez por todas. Podría sentirme abandonada y rechazada, o podría sentir que encima de engañarme va y me deja en lugar de ser yo quien le haya dado la patada como se merecía. Pero es que creo que era él quien tenía que hacerlo. Ya estaba harta de tener

que hacer siempre el trabajo sucio... Se fue hace dos semanas, y al principio me derrumbé, pero hace unos días me he dado cuenta de que es lo mejor que me ha podido pasar. Por fin me siento libre, por fin nadie me engaña, ni tengo que mantener el tipo ante mis hijas, ante mi familia y mis amigos. Ni si quiera tengo que portarme bien con él para que no se vaya ¿Sabes lo que te quiero decir? Si le viera ahora por la calle creo que le escupiría en la cara. Si sigo tratándome con él es por mis niñas, pero nada más.

No me podía creer lo que estaba oyendo.

—Pero, aquella vez que hablamos del tema no decías eso... —me atreví a decir.

—Ya. Aquella vez yo estaba ciega, y lo he estado hasta que me dejó. No concebía mi vida sin él, aunque fuese una mierda. —Rita nunca decía palabras malsonantes, por eso la verdadera magnitud de la “mierda” a la que se refería se hizo tan patente—. Pero ya te digo, no sé por qué a la semana de abandonarme, de repente un mundo nuevo que jamás pensé que se abriría en mi mente apareció, y ahora creo que es lo mejor que me ha podido pasar. Ahora ya sé que mi vida sin él es mejor, y sólo me han hecho falta unos días para darme cuenta. —Respiró hondo—. Nada, quería comentártelo a ti, que eres la que más al tanto estabas de todo, aunque haya sido por casualidad. Ahora por fin podremos quedar de vez en cuando sin que nadie me confisque ni me diga nada al respecto —pude intuir una sonrisa al otro lado del teléfono—, así que estaremos en contacto, ¿vale?

—Por supuesto —contesté.

Severiano se encontraba sentado en la parte de atrás del autobús. Tenía una libreta entre sus manos, donde anotaba algo con un lápiz. Me acerqué sonriente.

—¿Qué? ¿Preparada de nuevo para la lucha? —me dijo el anciano devolviéndole la sonrisa y enroscando el cuadernillo con una goma de frutería para guardarlo.

—Sí —suspiré—. Preparada. ¿Y usted?

—¡Uy! yo ya llevo meses preparado... aunque uno no acabe de acostumbrarse nunca. —Me devolvió el suspiro—. Estaba haciendo ahora mismo la lista de la compra para mañana ¿A ti no te encanta hacer listas?

—No, realmente no...

—Yo hago listas para todo. Las que más me gustan son las listas de las cosas que tengo que hacer ¿sabes? Y después ir tachándolas una vez las he concluido ¡Me causa una satisfacción... increíble! —. Me hizo reír, entendía

lo que me quería decir—. Pero esta libreta en realidad empecé a llevarla hace un año, cuando mi mujer enfermó. Cada vez que veía algo que me gustaba: un café nuevo, un local, una tienda, algún teatro que me recordara a ella, un nuevo rincón de la ciudad que no había visto antes... cualquier cosa que pensara que a ella podría gustarle, lo apuntaba para acordarme de llevarla cuando despertase... Hace dos meses que dejé de escribir en esa lista. —Se quedó pensativo—. Ayer me dijo esa enfermera tan odiosa...

—¿La del pelo rizado y la nariz extraña?

—Sí esa.

—De verdad que es odiosa. Sólo el tono que utiliza ya es para matarla.

—Y que lo digas. Pues ayer me dijo que ya era hora de que dejase de ir todos los días y de que empezara a rehacer de nuevo mi vida ¡Imagínate! ¡A mi edad rehacer mi vida! —Soltó una sonrisilla traviesa—, que lo de mi mujer no tenía pinta de dar un giro y ¡que me estoy acartonando ahí sentado! Que si había alguna novedad ya me avisarían ellos. Pero me lo dijo como si mi sola presencia le molestara...

—A esa lo que le molesta es ver que una ha conseguido lo que seguro que ella no conseguiría ni en sus mejores sueños: que un buen mozo esté sentado a los pies de su cama durante más de un año. —Severiano se echó a reír abiertamente.

—Bueno, eso de buen mozo...

—¿Has traído hoy alguna mandarina? —Metió la mano en la bolsa que llevaba.

—También traigo manzanas.

Al apearnos del autobús, como cada tarde que nos encontrábamos, y de eso hacía ya más de un mes, nos acercamos juntos a la enorme caja de cemento que desde lejos parecía estremecerse con los quejidos y lamentos que albergaban sus paredes. Sin embargo, desde que le conocí, yo había dejado de vislumbrar los aullidos, para empezar a descubrir las alegrías, que aunque pudiese parecer imposible, también tenían cabida en ese recinto amurallado como en una eterna cuarentena.

16. Yo misma II

Madrid, febrero 2005.

34 años.

Miles de sábados, (estoy exagerando, porque en dos años creo que hay como mucho ciento y pocos sábados), miles de sábados pasaron sin pena ni gloria para mí desde que soltara el clavo ardiendo. Me había hecho la firme promesa de no volver a maltratarme de esa manera, y lo hacía de otra: aburriéndome como una ostra.

Me levantaba por las mañanas, y no tenía absolutamente nada qué hacer. Horrible. Recuerdo muy bien cómo entraba el sol a las once de la mañana de lleno en salón de mi piso de Puerta del Ángel, bañándolo en una luz alegre y anaranjada. El ventanal daba paso a una pequeña terraza desde la que se podía disfrutar de la vista parcial de la Catedral, y de los tejados rojos y desgastados de los pequeños edificios que se levantaban frente al mío en aquella tranquila calle.

Pero recuerdo un sábado en especial. Aunque el día estaba soleado, fuera hacía un frío gélido, de manera que hacía ya tiempo que no salía a desayunar a la terraza que tan cálidamente me acogía los meses de primavera y verano. Desde dentro, también se podía ver el cielo, cosa de la que estaba muy orgullosa tratándose de un piso en Madrid.

Me senté en el sofá con una taza de café en una mano, y el plato de las tostadas recién hechas en la otra. Aún no me había quitado el pijama. Para mí ese momento de la mañana era único: El momento en el que daba la bienvenida a un nuevo día libre de obligaciones. Y libre de absolutamente todo: diversión, compañía, una copita, un cine, no sé, algo. Esas mañanas, que tanto me gustaban, estaban empezando a parecerme auténticas torturas.

Todos mis amigos estaban ocupados con sus parejas, o sus hijos. Se habrían programado el sábado para no quedarse encerrados en casa y disfrutar del fin de semana. Estarían en un parque cercano a sus viviendas montando en bicicleta, o en un supermercado haciendo la compra de la semana. Por aquel entonces cualquiera de estas actividades me parecían un planazo, pero ahora me he dado cuenta de que me lo parecían en mi desesperación.

Me encendí un cigarro, “tengo que dejar de fumar” pensé, “debería hacer algo bueno por mí misma, como es llevar una vida más sana”, pero como siempre, lo pospuse, y observando las figuras del humo en el aire, se coló en mi cerebro la imagen de la niña que fui, (esa que sólo con cerrar los ojos puedo volver a ser), y volví a pasear con mi padre de la mano por la sierra de Madrid.

Le encantaba llevarnos por los campos de los alrededores (“de expedición” decía él) a buscar piedras mientras mi madre iba a la peluquería, o a hacer la compra. Nosotras íbamos recogiendo las que nos parecían más interesantes, que eran prácticamente todas: Unas por redondas, otras por planas, otras por rojizas, o blancas... siempre encontrábamos algo digno de admiración en cualquiera de ellas. Él llevaba un saquito para cada una, donde las iba guardando, asegurándonos a cada paso haber encontrado unas piedras excepcionales. Durante las pocas horas que duraban estas salidas, yo era la niña más feliz del mundo, no tanto por todo lo que las rodeaba: el paisaje, el refresco final, las enhorabuenas por nuestro buen ojo... sino por ser los únicos momentos en los que me sentía realmente unida a él.

Junto a este recuerdo llegó otro (la mala hierba), el del día que decidí dejar de acompañarles a esas salidas que tanto me gustaban. Ocurrió a mis doce o trece años, y los culpables fueron el aburrimiento y mi nula capacidad para soportarlo. Una tarde que no tenía nada que hacer en casa, comencé a repasar concienzudamente una a una todas las vitrinas de mi padre, y de repente caí en la cuenta de que en ellas no había expuesta ni una sola de nuestras adquisiciones. Me sentí tan engañada que empecé a preferir quedarme sola en casa cuando ellos se iban “de expedición”. Por más que me preguntaron (ambos intentaron varias veces sonsacarme) nunca les conté la razón, no quería que Sara también se sintiera mal.

Y ahora volvía a ser la niña que aquellos sábados de su infancia contaba las horas sentada sobre la desfasada colcha de flores rosas de su habitación, rodeada de muñequitas de ojos vidriosos y boquitas entreabiertas, mientras ellos, felices, paseaban al sol.

Acto seguido, como si se tratase de una enfermedad contagiosa y no de mi propia cabeza que llegado a ese punto no podía parar de pensar, me pareció ver ante mí una eternidad de días que desfilaban por mi existencia futura, en los que seguiría sin tener absolutamente nada que hacer. Innumerables fines de semanas vacíos, mañanas de sábados, tardes de domingos, noches de lunes a viernes sin nadie a quien ofrecérselos. Pasados

unos segundos tomé conciencia de una terrible verdad que nunca antes había aparecido ante mis ojos con tanto cuerpo, o al menos tan real como la veía en ese momento: si en ese mismo instante me cayera una maceta a la cabeza, o me atragantara con un trozo de tostada y desapareciera de la faz de la tierra, mucha gente lo sentiría, pero realmente a nadie le cambiaría la vida.

Unos cuantos llorarían mi desaparición: mis padres, mi hermana, y quizá cuatro amigas; las demás, sólo verían en ello la ocasión para ponerse sus pamelas negras que tan elegantes quedan, y llorar un poquito, que nunca viene mal para desestresarse, pero más tarde volverían a sus casas a seguir con sus vidas (sus paseos en bicicleta, sus partidos de fútbol, sus magdalenas en el desayuno...) las cuales seguirían intactas tras asumir la tragedia. Una tragedia casi lateral, que desaparecería de soslayo llevándose un mordisco de sus vidas, pero no la esencia de las mismas. Lo sé. Sé que me estoy poniendo melodramática, pero es que yo lo viví así, si no, no recordaría tan bien aquel sábado.

Me levanté del sofá repentinamente, decidida a encontrar alguna actividad que me sacara de esos pensamientos de macetas cayendo y pamelas negras sobre elegantes moños. Además, en España no se llevan nada las pamelas para los entierros. Por lo menos no en los de mi clase. Regocijarme en mi victimismo no me ayudaría nada.

Decidí vestirme y dejar que el día se fuese presentando ante mí sorprendiéndome. Me dirigí al cuarto de baño, un pequeño cubículo que tenía la particularidad de que te pusieras donde te pusieras podías: bien sentarte en el baño, bien entrar en la ducha, o bien lavarte las manos. El cubículo mágico. Me senté en el váter, he de decir que con la tapa puesta, ya que ahí situada también podía observar la imagen que me devolvía de misma que el espejo del lavabo. “Váter – tocador”, el último grito en decoración de baños minúsculos. Me quedé mirando mi propia imagen fijamente. Tenía ya treinta y cuatro años, y un sinfín de fracasos amorosos a mis espaldas.

Observé mis ojos. Las patas de gallo aún incipientes, no habían logrado acampar a sus anchas como surcos ajando la mirada juvenil que desprendían. Alegres cuando sonreía, tristes y solemnes si dejaba caer la falsa sonrisa que acababa de dedicarle al espejo, mi sonrisa torcida, esa que me hace parecer más traviesa de lo que soy. Hice unas cuantas muecas, como si riera, como si llorara, como si estuviese asombrada... tonterías. Lo que una llega a hacer cuando no tiene nada que hacer.

Me levanté y me quedé de pie en el cuadradito de suelo del baño (tres

baldosas de derecha a izquierda, otras tres de la puerta a la pared). Me desnudé lentamente. A pesar de que me haría la liposucción en las cartucheras, puedo decir que tengo un cuerpo bonito, aunque soy consciente de que para llegar a esa conclusión hay que fijarse bastante en él, ya que soy más bien bajita y poca cosa.

“Qué desperdicio”, pensé al tener ante mí la imagen de mi cuerpo desnudo. No es que sintiera que nadie se parara a mirarlo, o no lo deseara. Ni siquiera que yo no lo disfrutara. No era eso. Tampoco sabía muy bien qué había querido decirme a sí misma cuando me dije “qué desperdicio”, porque a veces, lo que realmente sienten nuestras entrañas sale fundido en un profundo suspiro sin pasar por nuestro cerebro racional.

Supongo que me refería a algo más profundo que un revolcón, que si quería no me faltaban. Me refería a mi persona al completo. A toda mi existencia, a mi cuerpo y mi mente, a mi capacidad de amar y ser amada, de tener hijos, de quererlos y amamantarlos, de abrazarlos. Pero de eso no me da cuenta, porque tengo que decir una cosa: jamás he sentido la llamada del instinto maternal.

Lo que sí capté al ver mi imagen desnuda reflejada ante mí fue esa necesidad frustrada de darme, y de que alguien me correspondiera. Y toda una vida por delante... ¿Sería siempre así?

Volví a levantarme de prisa, como queriendo espantar de nuevo esos pensamientos que no me hacían ningún bien, y con el ánimo forzosamente recobrado me metí en la ducha, y giré la llave haciendo salir el agua que se llevaría la pesadez de la noche por el sumidero.

A las doce y media ya me encontraba de paseo por el Retiro con cara de estar disfrutando mucho del paseo.

Al salir del parque, seguí caminando hasta llegar a Serrano. De vez en cuando me paraba en cualquier escaparate para observar lo que ahí se exhibía, y los precios que alguien sin ningún tipo de vergüenza había tenido a bien colocar en pequeños y elegantes cartelitos. Así mantenía mi mente ocupada en el sinsentido de pagar mil euros en un abrigo que ni siquiera me parecía bonito, o cuatrocientos cincuenta en unas botas de piel de serpiente. “María seguro que se conoce estas tiendas de pe a pa, aunque lo niegue”, pensé en un momento dado divertida.

Decidí salir de aquel barrio prohibitivo, y en ese preciso momento, cuando estaba a punto de hacerlo, me quedé petrificada. No me podía creer lo que estaban viendo mis ojos. Efectivamente, esa era yo, colgando de una de

las paredes de una galería de arte, también prohibitiva. “¿Pero qué es esto?”. Me acerqué y pegué mi nariz al escaparate. La chica de la galería, al verme, abrió la puerta y me invitó a entrar.

—Está genial en este retrato, cómo se nota que el artista la conoce bien.

—Este... sí.

—Se acaba de ir, si quiere le llamo, que seguro que aún está cerca. No la vi por aquí el día de la inauguración, y supongo que querrá saludarle...

—No, no, gracias.

Debía de tener tal cara de perplejidad, que la chica se dio cuenta de que algo no iba bien.

—¿Está bien?

Me di un paseo por la galería sin contestar. “Miradas y retratos. Tomás R.H.” “Para pintar tan bien, desde luego, qué poca creatividad tiene poniéndole nombre a las exposiciones”. Cuando terminé, me quedé observando el cuadro que presidía la exposición. Era, sin duda alguna, de los mejores. “Pero ¿será posible?, mi careto ahí colgado y yo sin saberlo” pensé mientras lo observaba.

—¿Qué precio tiene?

La chica miró una lista que tenía en el mostrador, y poniendo cara de no entender nada contestó.

—Lo siento, ese no está a la venta. Pero tratándose de usted, es posible que el artista haga una excepción, porque claro... quiero decir...es usted. Por qué... es usted ¿no? —La pobre no entendía nada.

—Sí. Soy yo, no se está volviendo loca, y no tenía ni idea de que mi retrato estuviese aquí expuesto.

La chica puso cara de por fin entender mi perplejidad, y de no querer meterse mucho más. Me ofreció una tarjeta de Tomás, donde venían sus datos y forma de localizarle, y me despedí agradeciéndoselo, sin tener la más mínima intención de llamarle. Estaría por ahí, con aquella rubia con la que se fue la última vez que le vi, y no me apetecía nada plantearme si fui tonta al dejarle escapar, cosa que haría seguro si le volvía a ver.

Crucé la espina dorsal de Madrid, y pasada la plaza de Colón volví a encontrarme en una realidad más asequible. Me paré en el escaparate de una peluquería, donde dos muchachas trabajaban a destajo en sendas cabezas ya brillantes y casi terminadas de peinar. Sólo había una anciana esperando.

Saludé con brío, y me senté al lado de la mujer, que leía una revista en cuya portada se podía ver a una pareja de jóvenes cuyos rostros parecían

recién sacados de un congelador y encerados después a conciencia. Eran excesivamente guapos, inmensamente ricos, y posaban artificialmente sobre la idílica arena de una playa paradisíaca. “Ella es el amor de mi vida” rezaba el título. Título que una operación de cirugía estética, y unos cuantos cuernos después, cambió a: “El amor se acabó, pero nos seguimos respetando”. Lo sé porque esa noticia fue publicada al año siguiente.

—Buenos días —me contestó la mujer apartando sus ojos del folletín—. Hace un día maravilloso ¿no cree?

—Sí, sí —contesté complacida de que alguien me diese conversación—, de hecho vengo de darme un paseíto por el Retiro.

—¡Uh! ¿Estará a tope, no?

—Sí, y que usted lo diga. Casi no se podía ni caminar.

—Y al novio ¿dónde lo has dejado?

—¿Qué novio? Ya quisiera yo... —Me eché a reír por la imprudencia de la mujer, que evidentemente poco le importaba quedar de cotilla.

—¡Uh! —repitió en el mismo tono de antes—. No te preocupes hija ¡la verdad es que para qué ibas a querer tú un novio! ¡Con lo buena moza que eres! ¿No? Al final no hacen más que incordiar, que te lo digo yo...

—Bueno... A veces una lo echa de menos, no crea...

—Pues mira, yo soy soltera, y jamás lo he echado de menos, que quieres que te diga...

—¿Sí? —dije con algo de envidia.

—Sí, sí, y no creas que me quedé sola por falta de pretendientes, no. —Empezó a remover en su bolso hasta sacar de una cartera una foto en blanco y negro que ya lucía amarillenta. En la estampa se veía a cinco chicas, muy guapas y estilosas todas, sonriendo delante de algo que podía ser la lustrosa fuente de un parque de provincia (o de Madrid en los años cincuenta) — Fuimos cinco hermanas. Mira, esta soy yo. —Y sacó otra fotografía donde se podía ver una imagen más nítida en la que posaba de joven. Parecía la típica actriz de entonces: con un pelo largo y moreno cuidadosamente ondulado y unos labios carnosos que en un gris oscuro daban la sensación de estar pintados de rojo, a lo Rita Hayworth. No miraba de frente, sino que lucía una mirada perdida y exquisitamente retocada, que le daba un misterioso halo de importancia, y prosiguió—: De las cinco, sólo una se casó. Las demás, nada de nada.

—¿Y por qué no? —pregunté extrañada.

—Ah. Mira. Porque no quisimos —dijo absolutamente convencida y

plenamente orgullosa. Levanté las cejas, pero la anciana continuó—: Mi padre quiso darnos a todas una buena educación y un oficio ¿Me entiendes? Así que acudimos todas a la universidad, cosa que antes las mujeres no hacían. Yo, por ejemplo, soy médico. Y por eso no tuvimos la necesidad de casarnos.

—Ya, pero... ¿Y por amor?

—No, no ¿Para qué? Si ya te digo yo que al tener una buena profesión no necesitábamos casarnos.

—Y... ¿No lo ha echado nunca de menos? Quiero decir...

—Ya, ya sé lo que quieres decir —dijo con una sonrisa— Pues la verdad, es que yo he sido siempre tan feliz con mi trabajo, mi familia y amigos, que no he echado nada de menos...

Me pareció fascinante: alguien tan feliz y tan orgullosa de haber conseguido la felicidad por sí misma...ella siguió mirando la foto, y finalmente dijo:

—¿Cómo voy a echar de menos el amor si he estado rodeada de amor toda mi vida?

Una de las jóvenes peluqueras se acercó a llamar a la mujer, la cual se levantó de su asiento cediéndome la revista.

Tras una sesión de hora y media bajo las manos de una afanosa chica de cabellos rojo chillón (¿Eso se lo habría hecho una compañera peluquera que la odiaba a muerte?), la imagen que me devolvió el espejo me pareció bien. El corte de pelo me había quitado unos años de encima. La felicité de corazón, y antes de aconsejarla a ella también un cambio y tras pagar lo que debía, salí de nuevo al asfalto en busca de un sitio donde acallar las voces de mi estómago.

Comí algo en una terraza de Santa Engracia, compré un periódico donde pude comprobar que todavía quedaba gente mucho más desgraciada que yo, cosa que no me aliviaba en absoluto, (con esto no quiero decir que yo sea muy lista), y para animarme el día decidí ir al cine esa tarde.

Pasada la glorieta de Bilbao me topé con el escaparate de una librería, miré la hora, aún tenía tiempo para gastar hasta el pase de las ocho del cine. Me puse a merodear entre las distintas estanterías del apartado de “novela”. Una de las cosas que más me entretienen es leer las pequeñas sinopsis de las innumerables historias que se encuentran a la espera de ser descubiertas en esas tiendas cargadas de libros.

Elegí un libro ancho, con una fotografía de dos rosas y media (la otra media se veía caída en el suelo) en la portada. Le di la vuelta y comencé a

leer:

1934, en mitad de la noche un carruaje galopa dirección a la tenebrosa mansión de los Harper, situada en el bosque de Huge Hollow. Un hombre vestido de negro desciende de la carroza, asegurando conocer el secreto mejor guardado de la adinerada familia. Al día siguiente el hombre es encontrado degollado y mutilado...”

Dejé de leer, no estaba para mutilaciones.

Me decidí por un tomo más ancho, y de una edición evidentemente más cara. En la portada, la visión de una especie de armadura rodeaba al tomo por completo. “*Hazañas y leyendas de un conquistador*”, se leía en una especie de letras medievales. Busqué la sinopsis.

Sus dos últimos días se le hicieron eternos, tan eternos que se dio cuenta de que el resto de su vida no tenía ningún sentido“.

“Anda, mira, a éste le pasa como a mí”, pensé.

“Esta es la historia de cómo cuarenta y ocho horas en la vida de un personaje cambian la historia, no sólo de un país, sino de todo un continente“.

“No, esto no me pasa a mí, no creo que yo vaya a cambiar nada de Europa a este paso...” y sin ahondar más en la lectura del atractivo tomo, lo abandoné en el mismo sitio de dónde lo había sacado.

Seguí merodeando entre las estanterías en busca de algo que pudiera apetecerme más en ese momento, y en una de las múltiples vueltas que di me encontré con un libro escondido en una enorme pila que se amontonaba sobre una mesa con un cartel que decía “10% de descuento”. El ejemplar lucía una portada roja. El estilizado dibujo, parecido al de un diseñador de moda actual, mostraba a una atractiva mujer vestida con un conjunto moderno y con cara de traviesa. “Una parodia sobre la búsqueda (o huida) del amor” se podía leer en letras blancas sombreadas en gris sobre el rojo. Por Úrsula Quiromella. Le di la vuelta.

Las idas y venidas de Alejandra Pestino, una chica del siglo XXI que decide encontrar una pareja capaz de hacerla feliz tras una serie de relaciones frustradas, relatadas con un humor sarcástico e incisivo, llevarán al lector a vivir una serie de situaciones inverosímiles y a la vez eternamente repetidas en la sociedad y los jóvenes de hoy en día.

“Para que me cuenten mi vida no me gasto yo una pasta, la verdad.”

Abrí el libro por una de sus páginas, en la que parecía que la protagonista relataba una de esas historias que por lo visto no le habían funcionado:

El trompetista húngaro, era, como su propio nombre indica, un trompetista húngaro de aspecto bohemio, pelo largo y rizado, ojos azules y mono vaquero que no se quitaba ni para atrás. Pero, como todo en esta vida, lo que a un español no se le perdonaría ni de broma, a una persona de otro país, se le perdona por no saber si en su país eso es “también” una horterada, o no.

A mí me encantaba, independientemente de su mono vaquero. Probablemente, lo que más me gustaba de él, por orden de importancia era: primero que vivía en un barco; segundo que era húngaro; tercero que era trompetista; cuarto su pelo largo y sus inmensos ojos azules; y quinto que me hacía caso, como si yo fuese la leche.

El trompetista húngaro me invitó a pasar una semana a Hungría, donde nos alojábamos en un enorme caserón antiguo.

Si os dijera que no hay nada más romántico que despertarse y ver a tu amado al final de una amplia habitación de una antigua y decadente casa, sentado de espaldas, con el torso descubierto mientras ensaya sutilmente una melodía con la trompeta que suena como los ángeles..., os mentiría. Porque la verdad es que estar dormidita metida en la cama, y empezar de repente a escuchar una trompeta en tu habitación, es como para que te de un infarto (...)

Esta es de las mías, pensé, de las que se fijan en los chicos por razones realmente peregrinas. Me picó la curiosidad, y abrí el libro un poco más adelante, parecía ser el capítulo donde la protagonista llega a un tope que ya no puede soportar, y decide “encontrar una pareja capaz de hacerla feliz”, tal y como relataba la sinopsis:

“Era martes. Un martes cualquiera. No recuerdo la hora a la que me desperté... lo importante no es eso, lo importante es que ESE día me desperté y pensé: "Quiero un novio".

Fue como una especie de iluminación venida del inconsciente mundo de los sueños, ya que eso fue exactamente lo que pensé. De hecho, mi pensamiento no fue: "Me siento sola". Ni "cuánto me gustaría estar con alguien especial que me trajera el desayuno a la cama", no.

Ni siquiera había sido algo parecido a: "quiero sentir el amor

fluyendo por mis venas", o "cuánto me gustaría enamorarme y sentir el corazón palpar y tal y tal". No.

Lo único que pensé fue: "Quiero un novio".

Y es importante un pequeño detalle, lo que pensé tampoco fue "quiero tener novio", o "me gustaría tener novio"... Lo que pensé fue: "quiero UN novio", como cuando un niño dice "quiero un camión".

Y este pensamiento me gustó, y me gustó porque llegada a la edad en la que me encontraba, se trataba del pensamiento más práctico, realista y concreto que había llegado a tener en materia de hombres en toda mi vida."

Cerré el libro entre divertida y escandalizada (¿cómo podía alguien comparar un novio con un camión?), y lo devolví a su estantería. Jamás compraría algo capaz de gritar mis propios deseos de una manera tan explícita. No por miedo a que alguien me pillara, que también, sino por miedo a aceptar que de hecho esos eran mis deseos.

No queda bien decir que quieres tener novio, porque das la sensación de mujer desesperada, y reconocer estás desesperada es de pringada radical.

Lo que queda bien es decir que si llega bien y si no también. Eso es más guay, y en muchos casos más mentira que el ojo de cristal de un tuerto. No en el caso de la señora de la peluquería, que lo tenía clarísimo, pero en muchos otros, sí.

La diferencia entre lo primero y lo segundo es que lo primero es el deseo de lo que se quiere, y lo segundo es con lo que uno tiene que vivir quiera o no quiera. Y es diferente, vaya si es diferente. Porque al final, si viene bien, y si no, pues ya puede ser que también.

Me alejé aún sonriendo con la idea del camión en mi mente, pensando "desde luego, hay mucha gente por ahí desesperada de verdad", y me alegré de no sentirme parte de ese colectivo, porque en realidad formaba parte del colectivo de los guays, pero de los de mentira: De los autoengañosos, pero guays.

Y puedo decir que formaba parte de éstos últimos, porque de no ser así, no recordaría tan nítidamente que me acerqué a la ventanilla de los cines y dije algo tan original e inolvidable como:

—Para la sala tres. Una por favor.

—¿Qué tal vuestro sábado? —nos preguntó Lola mientras se llevaba un trozo de tarta de chocolate a la boca.

—Muy bien, muy romántico —Contestó María que por aquel entonces estaba saliendo con el hijo de un banquero, cuya máxima diversión era ir al

gimnasio cuatro horas al día —. Fuimos a ver al Real Madrid al Bernabeu, teníamos palco y no os podéis ni imaginar lo bien que te tratan ahí. ¡Nos sirvieron un champán de lujo!

—Ah, y ¿quién gana?

—Uy, ni idea. Yo sólo sé que el caviar estaba de muerte. Qué pena que al final Jorge lo estropeará todo diciéndome que tenía que largarse corriendo a no sé qué compromiso con sus padres... —Suspiró.

—¿Y por qué no fuiste con él?

—¿Tú sabes las pintas que yo llevaba? Como no me había dicho nada, no iba preparada para una cena con mis posibles futuros suegros. Además, ya sabéis cómo son de estiraos...

—¡Pero si seguro que tú al fútbol vas mejor que yo a una cena de postín!
—rió Lola.

—¿Qué dices? Te digo yo que si me llegan a ver de esa guisa, desheredan a su hijo si se empeña en seguir conmigo... de hecho él me lo reconoció...—añadió en voz baja.

—¿Él... qué? —preguntó Lola intuyendo la vergonzosa respuesta sin querer creérsela.

—Pues eso, que no estaba presentable. Me dijo que era mejor que no fuese así a ver a sus padres. Y yo le agradezco su sinceridad, la verdad. Aunque me molesté un poco con él por no habérmelo dicho antes y así haber podido ir más arreglada. Pero bueno —se animó—, me ha prometido compensarme el fin de semana que viene... ¡con creces!

—Ah, ya nos contarás ese maravilloso plan.

Hicimos un esfuerzo por no darle importancia a lo que acabábamos de oír. Con la estúpida historia que María acababa de contar ya sabíamos que aquello no prosperaría: él terminaría dejándola por no ser tan tonta como quisiera, o ella, que efectivamente no era tan tonta, acabaría siendo la que pusiera fin a esa sarta de sandeces. Así que centramos nuestra atención en la tarta de chocolate que iba menguando a marchas forzadas sobre la mesa de la cafetería en la que estábamos.

—¿Y tú Raquel?

—Súper-emocionante —mi tono no sonó convincente—, estuve por ahí, dando una vuelta, y después me fui al cine. De lujo, aunque me sentí un poco sola.

—Te has cortado el pelo ¿no? ¡Te queda estupendamente! —contestó Lola con energía, dejando a un lado mi comentario antes de que le saliera una

urticaria por escuchar algo que podía acabar siendo triste y personal.

—Ah, sí ¿os gusta? Ayer estaba tan desesperada con mi vida que decidí meterme en una peluquería que encontré de camino a ninguna parte, ¡y conocí a una señora que me dejó alucinada! Juraba y perjuraba que no se había casado porque no lo había necesitado, económicamente hablando —Meneé la cabeza subiendo las cejas con cara de asombro—. El caso es que parecía muy feliz, decía que nunca le había faltado el amor. Podíamos pedir otra porción, está buenísima.

—Bueno —intervino Lola—, es que lo del amor súper romántico es un invento actual, ¡y en algunos casos ha hecho más daño que otra cosa! Me parece a mí. Es cierto que antes muchas mujeres tenían que casarse para salir de casa y que alguien las mantuviera... y algunas tenían que soportar “carros y carretas”. Yo con Manuel soy feliz, pero las cosas no son como las pintan...

—Sí, pero había quien se enamoraba de verdad, no sé, mis abuelos por ejemplo... —dijo María—. Estaban colados el uno por el otro, ¡eran tan tiernos...! A mí me encantaría envejecer así... Yo ya no voy a comer más, ¡que si no voy a parecer un obús! —exclamó después de probar sólo medio bocado del primer trozo.

—Pero la cosa no acaba aquí—continué yo—, después de eso entré en una librería, y encontré un libro sobre una tía que una mañana se levanta y decide que quiere “un novio, como el niño que decide que quiere un camión”. —Volví a poner cara de asombro—. La gente está fatal —sentencié para finalizar mi periplo del domingo. Una sonora carcajada de Lola se oyó por todo el local.

—¿Cómo “el niño que decide que quiere un camión”? —preguntó para confirmar lo que acababa de oír.

—Desde luego, qué poco glamur —añadió María en un tono sarcásticamente fino.

—Sí, sí...ya, pero vosotras no sabéis cómo se puso el otro día Pablito con eso de que quería un camión —continuó Lola que ya había tenido su primer hijo—. Se empeñó en que lo quería rojo, con las puertas de abrir y cerrar, y de transporte de carga pesada. Primero lo intenté con el que ya tiene “¿Y el que te regaló la abuelita?” le pregunté, “ese no me gusta”, me dijo con firmeza. Oye, ¡no veas qué perra le entró! Y eso que el que le regaló mi suegra es una pasada de camión. Pues no le gusta porque no cumple con sus requisitos. A partir de ahí cualquier otro camión que le enseñara y que no fuese exactamente como él quería, nada, ¿eh? Y claro, acabamos de

peregrinación por todas las jugueterías del barrio hasta que encontró EL CAMIÓN.—Al mencionar el nombre del juguete levantó las dos manos a modo de presentación de algo impresionante—. Así que no me parece ninguna tontería eso del novio y el camión. Seguro que la autora tiene hijos y sabe perfectamente lo que dice —sonrió.

Reconozco que lo que me dijo Lola me hizo pensar. Si realmente las cosas eran así, en efecto Pablito podía ser más exigente buscando un camión que yo misma una pareja. A todas luces: inaudito.

—Ya, ¿Y si no encuentra el camión?

—Entonces —contestó Lola— seguro que prefiere jugar con Spiderman, que también le encanta. Te aseguro que para comprarle un camión que no le gusta y tenerlo ocupando un precioso espacio en la estantería, es mejor no comprarle nada.

—Bueno —dijo finalmente—, a lo mejor y todo al final vuelvo a la librería y me compro ese libro. Por favor, ¿nos pone otra porción de tarta de chocolate?

—Lo que pasa —dijo María que seguía pensando en el camión— es que si yo me propusiera tener un novio con todas las cosas que yo quiero, ¡no lo encontraría jamás! Chicas, ¡hay que bajar el listón!... Además, claro que me gustaría tener a alguien, pero en realidad yo no “busco pareja”, sino que si salgo con alguien y sale bien, genial, y si no, pues nada.

—Claro, claro, y por eso te dejas tomar tanto el pelo...

—Bueno Lola, a mí también me lo toman, y siempre me creo que por mí cambiaran y toda esa monserga, que ya nos sabemos de memoria que nunca ocurre.

—¡Pues buscaros uno que no necesite cambiar y no me deis tanto la matraca!

Salimos del café a las ocho de la tarde. Nos despedimos y decidí caminar un poco antes de entrar en el metro.

Antes he dicho una media verdad. Ya no me agarraba a un clavo ardiendo, pero no me aburría tanto. La verdad es que alguna que otra cita sí tuve a lo largo de estos dos años. Para hacer un pequeño resumen diré que conocí y salí quizá un par de veces con: un psicópata (a mí me lo pareció), con un tío normal, pero con menos sex appeal que un tarro; un friki, muy friki; un Peter Pan, que tenía pinta de chaval de quince años; uno que estaba segura de que estaba casado, (casi me engaña, pero le pillé a tiempo); y un divorciado con tres hijos... una gran familia, niños encantadores, pero

demasiado para mí...

Aunque parezcan un montón, en realidad sólo me habrían ocupado una docena fines de semana de los miles y miles que pasaba sola, porque a todos ellos tardé muy poco en darles puerta. Incluso a los majos, que si me pongo en plan remordimientos no acabo nunca. He de decir que ninguno me había gustado lo suficiente, si no, probablemente habría acabado de nuevo como el rosario de la aurora. Esto lo cuento porque cuando volvía dando un paseo, recibí un mensaje escrito del último chico con el que había tenido una historia de poca trascendencia. Habíamos quedado un par de veces o tres, nada importante.

O sí. Durante la última cena que estuvimos juntos sí ocurrió algo remarcable. Parecía un buen chico, y puede que hasta lo fuese, y a mí me encantaba. Era muy atractivo, y divertido. Pero a esas alturas todo me daba igual. Sólo recuerdo que esa cena, entre velas cargadas de romanticismo y de innumerables promesas, en un oscuro rincón impregnado de olor a orégano y queso fundido, él me propuso seguir quedando pero sin ningún tipo de compromiso. La propuesta en realidad había ido más allá: que cada uno se echase novio, novia, o pareja (si se daba el caso), pero sin dejar de vernos cuando las cosas fuesen mal. A modo de consolador.

En aquel momento yo no dije nada, estaba en las de siempre. No sabía si creer que a base de vernos acabaría colado por mí, y por lo tanto cambiando de opinión, (porque este sí me gustaba más), o no. Me inclinaba a pensar que no, ya estaba bastante escarmentada, pero corría peligro de auto engañarme, y caer de nuevo en el abismo, ya que a pesar de que la oferta me había parecido indignante, no había llegado a decírselo.

Ahora me requería desde un mensajito en el móvil.

“Hola guapa. Perdona no habert dicho nada ste finde, xo he stado muy liado. El finde k viene volveré a estar disponible para ti. Bss” decía el sms.

En ese preciso instante tomé una decisión: ese, desde luego, no era el camión que quería. Prefería no tener un camión ocupando un precioso espacio de mi estantería, a tener uno que (aunque lucía bien) no me valía.

“Hola, no te preocupes, creo que es mejor que no nos sigamos viendo. K t vaya muy bien. bss. Raquel”

Seguí caminando sin rumbo fijo, y sin esperar que mi mensaje pudiese haber tenido el efecto devastador que de hecho tuvo. Al minuto sonó el teléfono. Preferí no cogerlo, no tenía nada más que decir. A la primera llamada le siguió otra, y otra y otra. Al final contesté antes de que mi móvil empezara a

echar humor.

—Hola.

—Pero bueno —sonó la voz al otro lado del auricular—, ¿qué te pasa? ¿Qué es eso de que mejor que no nos sigamos viendo? ¿No será por lo que te dije el otro día, no? —Su voz sonó seductora y socarrona, intentando jugar con la verdad sin que lo pareciese. Dudé. Qué hago, ¿le digo la verdad y quedo de mujer desesperada? ¿O miento como una bellaca y así salvo mi imagen de mujer moderna capaz de vivir historias urbanas llenas de emoción? Está bien, quedaré de mujer desesperada, al fin y al cabo, hay una serie de televisión que se titula así, y ellas parecen de todo menos unas pringadas.

—Pues sí, la verdad es que sí —contesté—. Es que quiero encontrar a un buen hombre, que me cuide, me mime y me quiera con locura, y si no, pues nada.

—¡Uff! “Un buen hombre... que te mime...” Eso suena aburrido y muy poco apasionante ¿no crees?

—La verdad que no. De hecho me suena a algo totalmente desconocido y por lo tanto apasionante. Creo que es lo único realmente atractivo que se me puede ofrecer a estas alturas de la vida.

—¡Me acabas de decepcionar! Jamás pensé que serías “una de esas”.

—¡Por favor! Parece que hablas de una apestada o algo así. —Solté una carcajada—¿Una de cuáles?

—De las que quieren pescar a un hombre y esas cosas.

—¿Ah, no? Pues siento mucho haberte dado una impresión errónea. A ti ya te he dado una oportunidad, y como no has sabido aprovecharla, pues ala, nos despedimos y cada uno a lo suyo.

Sonó una risilla al otro lado del teléfono.

—¿Así que he desaprovechado mi oportunidad?

—Totalmente.

—Bueno —ahora la voz intentaba agarrarse a algo con la esperanza de poder restituir su orgullo masculino de alguna manera—, pero mientras encuentras a ese caballero que te va tratar como a una princesa, nosotros podríamos seguir divirtiéndonos, ¿no crees?

—Prefiero dedicarme a otros menesteres. Es que lo poco gusta, pero lo mucho cansa, y yo otra cosa no, pero relaciones vacías he tenido demasiadas. Eres un tío genial de verdad, y me lo he pasado muy bien contigo. Pero no eres lo que busco.

—Ale, así sin más “no eres lo que busco” —dijo desconcertado por el

ataque de sinceridad de quien él creía “su conquista”.

—Venga, no te hagas el dolido, si en el fondo te da igual.

—¿Y no podemos quedar como amigos? No sé, a tomar un café, o unas cañas...

La conversación siguió y siguió, y yo dije no, y no, unas cuantas veces más hasta que se dio por vencido. Por un día.

Siguió entrando a la carga durante mucho tiempo, dándome el rollo para quedar, y preguntándome qué había pasado entre nosotros... pero no bajé la guardia. Ya no me gustaba. No me gustaba un tío que me proponía eso, y punto. Mente clara, cosas claras.

Fue entonces cuando me di cuenta del enorme poder del “no”, que si lo llego a saber antes otro gallo me hubiera cantado. Y me refiero al “no” de verdad, no al farol que uno se echa para ganar, porque definitivamente, el que realmente lleva las de ganar, es al que no le importa nada perder.

17. Antonio

Madrid, 26 de Julio 2010.

4 meses y dos semanas hospitalizado.

Llevo dos semanas un poco movidas. No empecé con buen pie el fin de semana, que por cierto, quedé con María. Creo que se me fue de las manos, pero es que entre el hospital, el trabajo y sus tonterías no fui capaz de mantener el tipo.

Nos vimos hace un par de sábados. Cuando llegué se encontraba sentada, con un bitter repleto de hielos sobre la mesita redonda de la terraza donde habíamos quedado en vernos. El seto que la rodeaba y la radiante sombrilla blanca trasportaban la estampa a un lugar lejano, cercano al mar, creo que esa era la intención del que lo decoró, pero vamos, que Madrid es Madrid, y el mar es el mar, y yo no estaba de humor. El coma se estaba alargando, y no siempre se puede hacer como si nada.

Nos saludamos, y una breve conversación sobre la decoración de la terraza rompió el hielo de los primeros minutos.

—Ayer estuve con Lola —comentó María tras pedir al elegante camarero un granizado de limón para mí.

—¿Y qué tal? Siempre que empiezas así una conversación, miedo me das. —María sonrió, porque tenía razón, si las conoceré yo. Normalmente, un encuentro sin importancia no suele ser recalado, pero si ha resultado ser conflictivo, lo saca de inmediato a la luz para destriparlo.

—Pues nos molestamos un poco, la verdad. Lola siempre se está metiendo conmigo. Es como mi madre.

—¿En qué sentido?

—No sé, las dos son muy fuertes, y tienen mucho temperamento. A veces me dan envidia. Es evidente que son muy prácticas, y que han conseguido siempre todo lo que han querido. Pero por eso mismo no entienden a los demás. Para mí, son personas que de algún modo están incompletas. No sé... les falta algo. Les falta entendimiento, eso es. Es como un tipo de incapacidad, como el que no puede andar, o está sordo.

—Qué burra eres a veces.

—No, es verdad. Piénsalo. Son incapaces de entender a nadie. Y encima es una incapacidad que no las bloquea a ellas, sino que hace que bloqueen a los demás. Ellas en realidad siempre tiran para adelante. —Le dio un sorbo a su bitter—. Si volviera a nacer me gustaría tener la capacidad de no dar demasiada importancia a las cosas, y la incapacidad de meterme en la piel de los demás. Creo que así, en general, se es más feliz.

—Vamos, que te gustaría ser una psicópata —dije en tono de broma.

—Nooo. Me gustaría ser... ¡superficial! Y práctica hasta el aburrimiento.

—Pero bueno María, ¿a qué viene todo esto?

—Nada, pues a que ayer le dije a Lola que había decidido dejar de ver a tu amigo Rodolfo y quedarme con Borja... Hommer para ti. No puedo tirarme toda la vida con los dos ¿no? ¡Tendré que decidirme por alguno, digo yo!

—Reconozco que me molestó muchísimo esa decisión, de la que encima, me acababa de enterar. De repente me pareció realmente tonta, y mira que es mi amiga.

—¿Y eso cuándo lo has decidido? —Pregunté intentando no parecer borde.

—Ayer mismo. Me llamó Rodolfo por la mañana para vernos este fin de semana, y le dije que era mejor que no siguiésemos viéndonos. Así que he pasado su caso a un colega que es muy profesional —lo dijo sin darle ninguna importancia, contándolo de refilón y deseando volver a la historia que le ocupaba—. Pues eso, cuando se lo conté a Lola ¡Se cogió un cabreo conmigo! Pero bueno, ¡y qué le voy a hacer yo si el que me gusta es Borja por muy calvo que esté! Y va y me suelta que en realidad si estoy sola es porque quiero ¿te lo puedes creer?

—Ya —contesté deseando decirle que estaba completamente de acuerdo con Lola. Había llegado a creer que con Rodolfo las cosas funcionarían, y ella dejaría de ir de rubia bobalicona.

—Y ¿crees que no lo eliges? —dije al fin intentando no sonar desafiante.

—¿Yo? ¡Por supuesto que no! Yo lo que quiero es encontrar a alguien y ser feliz ¿Es que no se nota?

—Pues sabes perfectamente que eligiendo al Hommer ese, eliges estar sola tarde o temprano, por eso sigues en la brecha, si no, ya te digo yo que hubieses salido corriendo. —No sé lo que me pasó, pero seguí diciendo todo lo que pensaba. Estaba harta de oírla llorar por no encontrar a nadie. Yo siempre la he escuchado, porque en realidad me he sentido muy identificada con ella, pero en ese momento realmente dudé de que no nos estuviese

tomando el pelo a todos con todo este rollo.

—¿Estás enfadada conmigo por algo? ¿Dices eso porque no he querido seguir con Rodolfo? Entiendo que es amigo tuyo, pero bueno... Es que no me acaba de gustar. Ya sé que es muy buen chico, pero no sé, me falta algo para querer estar con él ¿Me entiendes? —”Si “pasta”, a Rodolfo lo que le falta es tener mucha “pasta”. ¡Ah!, y tratarte a patadas, porque si no, tampoco” pensé.

—No estoy enfadada, es que creo que Rodolfo realmente te gusta, que os he visto juntos, pero eres incapaz de reconocerlo porque sabes que con él tienes que dejar a un lado tu juego de “no tengo un duro, pero no llevo nada de menos de trescientos euros”, y “soy más alternativa que Alaska pero en el fondo soy más pija que la madre que me trajo”.

María me miraba fijamente, sin creerse lo que acababa de escuchar. Ella siempre pensó que yo sería infinitamente comprensiva, y que nuestras almas estaban prácticamente alineadas en la estela de las estrellas. Ahora veía que eso no era así, que podía juzgarla, incluso destriparla. No se atrevía a decir nada.

—Lo que quiero decir —quise arreglarlo, o al menos explicarlo—es que tienes que tomar una decisión: O decides que lo que te gusta es vivir bien, y que el dinero para ti es importante, sea con quien sea, aunque no te quiera; o bien tienes el otro camino: Decidir que eso no te va, y le das una oportunidad a otro tipo de hombre. E incluso hay una tercera opción, no sé ¡uno forrado y majo! ¿Por qué tienen que ser siempre unos gilipollas? Lo que no puedes hacer es seguir tomando las mismas decisiones de siempre, y después quejarte de lo sola que estás.

—Vale, si quieres deajo de quejarme —contestó María ariscamente habiendo salido por fin del shock inicial—. No sabía que te molestara tanto que te cuente mis cosas. Y Borja no es un gilipollas.

Abrió un monedero susceptible de ser robado por sí mismo aún estando vacío, y que ella juraba y perjuraba haber comprado en un mercadillo por dos duros, y dejando un billete de diez euros sobre la mesa, se levantó solemnemente dando a entender que la conversación se había terminado.

Pero antes de comenzar a caminar, haciendo que la cola de caballo que llevaba en la coronilla se meneara insolentemente de un lado para otro, se inclinó, dejando su escote a medio palmo de mi cara, puso una mano en la mesa, y acercándose aún más, me soltó a bocajarro:

—Puede, (a ver si os enteráis de una puñetera vez), puede que lo único que pasa es que realmente soy “más pija que la madre que me trajo” ¿vale? Y

si eso no os gusta, no es culpa mía.

Bueno, si es capaz de reconocer algo así y ser coherente con eso... algo es algo.

Al día siguiente llamaron al timbre.

Yo estaba en la cocina preparando la comida, Pura esa mañana había salido pronto para realizar “algunos recados”, según la misteriosa explicación que me había dado, y aún no había regresado.

Hacía calor. Los balcones del salón estaban abiertos para dejar entrar un poco de aire, como hacemos todos los ilusos madrileños cuando llega el verano, hasta que decidimos que lo mejor es cerrar a cal y canto como si estuviésemos en el desierto del Sáhara.

Me acerqué a la puerta mientras me limpiaba las manos en el trapo de cocina que llevaba colgado del bolsillo del delantal. Cuando abrí, un hombre algo mayor que yo, de unos cuarenta y pocos años, se encontraba en el rellano de mi casa. Llevaba un traje de chaqueta que delataba su inevitable condición de oficinista. En su cabeza, la cabellera brillaba por su ausencia, a excepción de una aureola que recorría todo su perímetro desde la parte superior de una oreja hasta llegar a la otra, lo que le hacía parecer algo mayor de lo que era. Su rostro era afable. Al sonreír, el extremo derecho de su labio temblaba visiblemente muy a su pesar, y no sin cierta timidez consiguió mirarme desde una altura algo inferior a la mía.

Saludó con una educación exquisita.

—Buenos días.

—Buenos días. —Como no decía nada, empecé a decir lo primero que se me pasó por la cabeza —: Este... no necesito nada, gracias, estoy contenta con mi internet y la tele por cable... —y como me seguía mirando como un pasmarote y llevaba un libraco debajo del brazo, cambié de tercio —no sé si creo en Dios, y ahora ese tema no me interesa, bueno... tengo muchas cosas que hacer —hice amago de cerrar.

—Me llamo Antonio —me tendió una mano blanda y caliente a modo de saludo. Le correspondí estrechándosela.

—Tengo las manos llenas de aceite de la cocina, lo siento pero tengo que cerrar...

El desconocido interrumpió mis excusas sin brusquedad.

—Tengo entendido que mi madre se aloja con usted.

—¿Su madre? —pregunté extrañada.

—Sí, María Purificación Tembleque.

—María Purific... ¡Ah, Doña Pura! ¡Así que usted es Antonio! Su Antonio. ¡Vaya! sí que se ha dado usted prisa en venir —mi tono amable y expectante cambió en un instante, de repente solo me apetecía ser irónica, cortante e incisiva—. Pase, pase, por favor, no vaya a ser que volvamos a perderle de vista sin darnos cuenta.

Le conduje hasta el salón, donde le ofrecí asiento en el sofá de tres plazas.

—Perdone ¿qué dice? —Me pareció que su carita rechoncha ahora parecía confundida.

—No, nada, nada. Sí, le estábamos esperando.

—Ya, he venido en cuanto he podido...tengo muchísimo trabajo pero...

—Desde luego, debe estar usted ocupadísimo para no poder prestarle una mínima atención a su madre.

—Perdóneme usted, no entiendo lo que me quiere decir. Recibí una llamada de mi madre ayer mismo por la noche, a eso de las diez y media, contándome que la noche anterior habían entrado a su piso a robar y que usted la había acogido en su casa. La verdad es que a esas horas ya me pareció un poco tarde para venir, y supuse que a usted no le importaría que mi madre se quedase una noche con usted mientras yo cogía el tren de las nueve de la mañana, para poder estar aquí como muy tarde a la hora del almuerzo... —Ahora estaba muy azorado—. Siento muchísimo lo ocurrido, entiendo que para usted es una molestia, pero...

—Perdone, ¿dice que Doña Pura le llamó a usted... ayer?

—Sí, sí, ayer mismo. Siento muchísimo las molestias de verdad...

—No, no se preocupe. Su madre no molesta en absoluto, todo lo contrario, me ha sido de gran ayuda y apoyo durante estos meses que ha estado aquí conmigo...

—¿Ha dicho meses? —Empezó a ponerse rojo como un tomate de la vergüenza.

—Sí, un par lo menos.

—¡Madre mía! —musitó—¡Cuánto lo siento! Debía usted estar deseando que llegara alguien para llevársela de una vez...—Sacó un pañuelo del bolsillo para limpiarse el sudor, que ahora caía a raudales por su frente.

—No, de verdad, no se preocupe. Pero vamos a tutearnos, ¿no crees? —Asintió, su cara seguía ruborizada, pero poco a poco el exuberante colorido iba remitiendo—. Veras, creo que tu madre nos ha estado engañando a los dos, pero ha sido por una buena causa, y yo la verdad es que se lo agradezco

mucho. Es una mujer estupenda...

El hombre me miraba sin comprender qué podía haber hecho una anciana especialmente metomentodo, y a veces demasiado activa, para ser tan bienvenida en una casa ajena durante más de dos meses.

La puerta de la entrada empezó a sonar, pero no fue hasta pasados unos cuantos segundos que empezó a moverse con pesadez hacia el interior del piso. Desde el sofá del salón sólo se podía ver una mano diminuta que comenzaba a meter un sinfín de bolsas dejándolas en la entrada de manera desordenada. Finalmente, y tras cinco bolsas, apareció el voluptuoso cuerpo de Pura, ajeno a nosotros, que observábamos desde el salón.

Entró en la penumbra del pequeño hall, se colocó la faja y la camiseta, y cuando empezó a hacer amago de retocarse su recién estrenado peinado, para comprobar que todo seguía en su sitio, advirtió que la mirábamos desde la otra punta del pasillo. Cerró un poco los ojos para agudizar la mirada.

—¡Antonio hijo! —El grito llenó la casa entera. Salió corriendo echándose al cuello de su primogénito y único retoño, con sus brazos cortos y rechonchos. La retahíla de besos que le siguieron por toda la cara hizo que él necesitara buscar de vez en cuando un hueco para tomar oxígeno —¡Antonio hijo! ¡Déjame que te vea! —Se separaba de él por momentos, para observar desde lejos, y volver a echarse a sus brazos—. Hijo ¿comes bien? Has adelgazado.

—No mamá, si acaso he engordado: seis kilos desde la última vez que te vi. —Parecía algo incómodo.

—Pues no sé, yo te veo más delgado ¿has visto? —Se giró hacia mí, que observaba la escena contagiada de la ilusión de la buena mujer —. ¿Has visto qué hijo más guapo tengo?

—Sí, guapísimo.

—Mamá por favor, que no tengo cinco años...—El color púrpura volvió a su rostro.

—¿Tenía, o no tenía yo razón al decirte que tengo un hijo estupendo? ¿Eh? ¿Eh?

—Pues no sé Pura, ya estaba empezando yo a creer que su hijo no la quería tanto como usted decía...como tardaba tanto en venir...

—¡Uy! ¡Qué cosas por Dios!, a mí mi hijo me adora, ¿verdad que sí cariño? Lo que pasa es que tiene muchísimo trabajo, y claro, fusión por aquí fusión por allá, pues claro, no ha podido venir hasta ahora...

—Sí, sí, muchísimas fusiones ¿no? —dije irónicamente.

—¡Uf! ¡Una barbaridad! —empezaba a intuir que algo no iba bien—. Yo siempre le digo que como nos sigamos fusionando de esta manera, al final vamos a tener sólo un par de empresas en toda España, pero enormes, claro...

—Mamá, déjalo. Si ya te hemos pillado.

Conseguimos que se callara. Sus ojos iban del rostro redondo y afable de su hijo, al irónico mío.

—¡Bueno! pues ahora que veo que ya os conocéis, ¡os voy a hacer unas lentejitas que os vais a chupar los dedos! —y girándose a modo de peonza hizo amago de dirigirse hacia la cocina.

—Pura —la llamé.

—¿Sí?—Volvió a girar temiendo que la cosa no fuese a quedar ahí.

—¿Unas lentejas? ¡Con el calor que hace!

—¡Ay! Es que a mi niño le encantan las lentejas ¿sabes? Pero las mías. Y claro, mucha ocasión de probarlas no tiene ¿verdad hijo?

—Sí, mamá, es verdad que me encantan tus lentejas, pero creo que hoy yo también preferiría otra cosa ¿un gazpacho quizá? El que tú haces también me encanta.

—Bueno, había salido a comprar todo lo necesario para prepararte unas lentejitas como a ti te gustan...—Su tono ahora sonaba algo apagado. Antonio la agarró de la cintura acercándola a él, y le dio un cariñoso beso en la mejilla.

—Ya lo sé mamá, siempre quieres prepararme lo mejor —Pura sonrió encantada con aquel gesto de su hijo. Decía más que mil palabras.

—¡Pues no se hable más! —recobró el tono—. La verdad hijo, es que estás sudando como un pollo... ¡os voy a hacer un gazpachito memorable! —y sin más dilaciones, entró en la cocina dispuesta a canturrear todo el repertorio de la Pantoja.

Una hora después, la mesa, que había tenido que ser desplazada desde su habitual rincón hasta el centro del salón, estaba dispuesta y preparada para la comida. Pura apareció con dos platos repletos de queso curado, que olía desde la cocina, y jamón de bellota, brillante y colorado cortado en finísimas láminas.

—Mamá, ¿Te has hecho algo en el pelo? te veo diferente.

—Hijo —comenzó Pura muy solemnemente tras un instante de silencio—, ya es hora de que conozcas una gran verdad sobre tu madre: he tenido canas desde los treinta años —me limpié con la servilleta intentando disimular mi risa ante tanta seriedad. Antonio levantó las cejas sin entender

semejante declaración. Pura continuó—. Lo que pasa es que siempre me he teñido, como todas. —Asentí en silencio—. Al morir tu padre ya no me quedaban ganas de tanta peluquería y tanta cosa, así que decidí ponerme peluca, de esta manera ni tenía que teñirme, ni que peinarme. —Ahora Antonio la miraba con los ojos aún más abiertos todavía—. Pero Raquel me ha convencido de que en verano (y tiene razón) sin nada voy más fresquita, y de que el blanco de mi cabello me hace parecer más distinguida, ¿a ti que te parece? —Le miró coqueta.

—Yo creo que estás guapísima de todas formas mamá.

—El día que Raquel bajó a la perfumería a por unos rulos para mí, y se tiró tres horas haciendo de peluquera para esta pobre vieja, supe que ya se encontraba mejor, y que a partir de entonces no iba a hacer si no estorbar. ¿Os gusta el gazpacho? Ahora hay filete con patatas, ¡así que dejad hueco!

—No se puede ni imaginar lo que la voy a echar de menos Pura.

—¡Pero qué dices! Anda, anda, si estoy aquí mismo. —Y haciendo aspavientos señaló el piso de abajo—. Además, ahora que te ha conocido mi Antonio seguro que quiere venir a verme más a menudo ¿no es así? Raquel tiene una amigas guapísimas, que las he conocido yo, tienes que venir más a menudo, y así...

—Mamá, no sigas por ahí...

—Nada, nada, ¡que si no te busco novia yo...!

—Mamá...—la incomodidad que le subía por los pies se podía leer en todo su cuerpo, hasta que finalmente escupió las palabras que tarde o temprano temía decirle a su madre—: ya tengo pareja.

Pura se quedó totalmente petrificada, con un filete recién pinchado en un tenedor que quedó colgando a la espera de ser servido en algún plato. Tras varios segundos de total mutismo e inmovilidad, estalló en un grito de júbilo:

—¡Por fin! ¡Voy a ser abuela! —Antonio abrió muchísimo los ojos ante semejante declaración—. Bueno, pues en cuanto arreglemos lo de mi piso tenemos que preparar un viaje a Albacete. ¡Yo tengo que conocer a esa muchacha!

—Mama, no he dicho que tenga novia... he dicho que tengo pareja.

—Novia, pareja, ¡qué más da! —Antonio hizo amago de que no era lo mismo, pero Pura no paraba de hablar. Así que el pobre me miró de reojo, meneando la cabeza sabiendo que le quedaba una buena batalla que librar. Finalmente resopló con resignación, sabiendo lo que se le venía encima.

Aquel día Pura, se fue de mi casa, con su hijo y muchas ganas de

arreglar su piso.

Al cabo de una semana decidí invitar a todos mis amigos a casa a pasar la tarde, hacía mucho tiempo que no preparaba una reunión social, y ahora me encontraba con fuerzas. Estaba ilusionada con la idea de prepararles algo. Me han apoyado mucho durante este duro periodo de mi vida.

El primero en llegar, con casi una hora de antelación, fue Rodolfo, de la mano de su niña, que ataviada en un blanco vestidito de verano parecía un ángel.

—Lo siento mucho Raquel —me dijo—, pero me ha surgido un imprevisto importante y no voy a poder quedarme a la merienda. Si acabo pronto vendré un rato, pero no te prometo nada. Lo que sí me gustaría, si no te importa, es que te quedaras con Olimpia... vienen los demás hijos de tus amigas, ¿verdad?

—Sí, sí, no te preocupes. Pasa bonita. —La niña entró y se dirigió al salón, donde se dejó caer con cara de aburrimiento en el sofá —¿Algún problema?

—No. Bueno, no lo sé. Patricia me ha llamado. Que se ha arrepentido de lo de la niña. Lo que ya sabíamos que ocurriría —añadió sin darle demasiada importancia—. Pero yo ya lo tengo todo preparado, no hay problema. Ahora he quedado con la abogada que me aconsejó María, que es la que se ha hecho cargo de todos los papeles, para que me explique qué tengo que decir y hacer en cada momento.

—Bueno, si lo tienes todo atado... al final María no te lleva esas cosas ¿no?

—No. Tampoco me hubiese importado, la verdad. Lo nuestro ha sido una tontería sin importancia, pero ella lo ha preferido así.

—¡Tienes que dejar de fijarte en mujeres que ya tienen pareja! —exclamé en un susurro— y tan guapas. Mira, mi amiga Rita se acaba de separar...

—¡Uf! Para el carro, para el carro. Que bastante tengo ahora con Olimpia. Venga, te mantengo informada, y gracias por quedártela.

Me dio un par de besos, y desapareció tras las puertas del ascensor que se cerraron de forma automática con un extraño chirrido. “Esperemos que no se quede ahí encerrado” pensé.

—¡No puede ser! —exclamó Lola con un horror fingido una hora después, cuando desde la entrada y recién llegada al piso, vio aparecer al fondo del pasillo a la niña vestidita como un ángel —¿Está aquí ese monstruo?

No he traído rodilleras ni casco para mis niños, y me preocupa lo que les pueda ocurrir...

—¡No seas mala! Esa niña es un amor, y yo la tengo mucho cariño, así que córtate un pelo ¿vale? —le susurré—. Olimpia cariño, mira, han llegado ya Pablito y Pepín. Una sonrisa torcida y traviesa adornó el rostro de la niña, que hasta entonces sólo había mostrado interés por una película de dibujos animados, mientras se aburría en una casa totalmente carente de juguetes.

—¡Pero qué llevas puesto! —me preguntó una vez se fue la niña

—Una “camiseta” que me ha hecho Pura de ganchillo.... Era hoy o nunca, porque no voy a salir, y porque además viene ella y así me la ve puesta.

—Desde luego ¡qué espanto! Es rosa chicle... ¿Hablaste por fin con María? Creo que tú también le cantaste las cuarenta...—me preguntó entrando en la cocina y sirviéndose un vaso de agua.

—Sí, hace ya más de una semana.

—¿Y se le había pasado el enfado?

—¿Cuál, el que tenía conmigo, o el que tenía contigo? —nos reímos.

—Los dos —dio un largo trago al agua.

—Sí, creo que sí. Ya sabes cómo es: más buena que el pan.

—Sí, y más tonta que “hecha a posta”. ¡Mira que dejar a tu amigo Rodolfo por el calvo fanfarrón ese! Cada vez que lo pienso es que me pongo mala... ¡Para un tío normal con el que sale, va y le da puerta!

Entre trago y trago empezó a realizar una larga perorata de todas las decisiones sinsentido que había tomado María desde que la conocía, y según las iba enumerando, se iba poniendo cada vez más nerviosa. Yo no sabía cómo pararla. Cuando Lola se pone: se pone. Estaba preocupada por María, y esa era su forma de demostrarlo. A veces me pregunto qué no habrá dicho de mí cuando haya sido el centro de sus males, pero prefiero no saberlo.

Sonó el timbre de nuevo, rescatándome de esta conversación que empezaba a no saber cómo manejar.

Hicieron su aparición Rita con dos de sus hijas, y María, que se habían encontrado en el portal. Tras una larga retahíla de saludos fueron entrando al salón, donde yo había colocado la merienda. Olía a café y puse unas pastas dispuestas en un platito, de todas las formas y colores inimaginables.

—También hay refrescos para quien prefiera, y emparedados en lugar de pastas —anuncié.

Comenzamos con la merienda de los niños. Llegada a su término, les enviamos a todos a la habitación que hacía las veces de oficina y acogida de

huéspedes esperando que los destrozos que pudieran causarle a la pequeña estancia fuesen aceptables.

Sonó el timbre de nuevo. Tras la puerta de la entrada se encontraba Pura con una enorme tarta de manzana que había preparado para el evento. Detrás de ella hizo aparición un coloradísimo Antonio, que se quedó petrificado al saber que el otro invitado masculino de la tarde había tenido que anular su confirmación a la reunión. Resultó tan evidente que lo único que aquel hombre deseaba era que se la tierra se abriera bajo sus pies.

Cuando todas mis amigas se levantaron para saludar, un sudor que era evidente le martirizaba los momentos menos indicados, hizo su aparición a chorros.

—Encantado... yo también estoy encantado de conoceros —y buscó asiento en una pequeña silla que había colocada alrededor de la mesa baja donde se encontraban.

Al cabo del rato, el pobre no hacía más que mirar de un lado a otro intentando seguir alguna de las tres conversaciones cruzadas que manteníamos las demás, y de vez en cuando decía cosas como “mamá, por favor, no preguntes esas cosas” o “mamá, por dios, no cuentes esas cosas”.

Un golpe extraño, seguido de unas risitas, interrumpieron nuestra conversación.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Lola—. De nuevo otras risitas, y cinco elementos que corrían pasillo arriba llamó su atención.

—¿No es esa tu habitación Raquel? —dijo señalando la primera estancia que se veía desde el salón.

—Sí.

—¡Niños! ¿Qué hacéis? —preguntó sin querer levantarse del todo—
¡Niños!

—Déjales Lola, de verdad, si no me importa que entren donde quieran...

—¡Qué! —las vocecitas sonaban en la lejanía, desde la habitación que en un principio les había sido asignada, acompañadas de un rumor de risas y correteos.

—¿Qué estáis haciendo? —continuó Lola con su interrogatorio.

De nuevo las voces ahogadas sonaban contra la colcha de alguna cama, intentando acallar unas carcajadas.

—¡Nada!

—¡Venid aquí ahora mismo! —bajando el tono les dijo a las demás—:
No me fío un pelo.

—¡He dicho que vengáis ahora mismo! —Esperó unos segundos—
¡Todos!

Uno a uno fueron saliendo y recorriendo el pasillo hasta llegar al salón con su mejor cara. Pablito llevaba la camisa medio fuera del pantalón, y las niñas, todas, se mostraban sonrientes como si nada. Ocultaban a alguien detrás de ellas.

—¿Dónde está Pepín?

—No sabemos —dijo Pablito sonriéndose.

—¿Cómo que no sabéis? ¿Dónde está Pepín?

Las risitas seguían ahogándose sin querer mostrar lo que ocultaban. Finalmente una figura, más pequeña que todas las demás, apareció de detrás de Olimpia y otra de las niñas que le escondían.

Una llamativa camisa de flores, que habían sustraído de algún rincón de mi habitación, ceñida a la cintura por un cinturón, hacía de vestido. Sobre el extraño atuendo, colgaban del diminuto cuello unos collares de colores sin ningún tipo de criterio. En sus pequeñas orejas unos enormes pendientes de pinzas que habían pertenecido a mi abuela, se balanceaban bruscamente. Como colofón, en su cabeza lucía una peluca medio chamuscada que habían rescatado de algún lugar de la habitación donde jugaban. Unas gafas antiquísimas de pasta oscura, que mi marido guardaba en recuerdo a sus primeras gafas, remataban el esperpéntico disfraz.

—¿Pero qué es eso? —exclamó Lola intentando contener la carcajada.

—Hola, soy Pepita —dijo finalmente el pequeño intentando poner voz de niña.

—¿Pero qué le habéis hecho al pobre niño? —Exclamó Rita a sus hijas que habían formado parte de aquello.

—¡Pero bueno! ¿De dónde habéis sacado todo eso? —prosiguió Lola—. Si le han pintado hasta los labios ¡miradle! ¿no le habréis estropeado nada a Raquel, no? ¡Anda, venga, “Pepita” y todos lo demás! Al cuarto otra vez, y no le perdáis nada ¿eh? ¡Y en su habitación no se entra!

—Adiós —exclamó la nueva “niña” del grupo con voz chillona, mientras desaparecía detrás de toda la tropa a pasitos cortos, debido a los zapatos de tacón que llevaba bajo la camisa.

En cuanto los cinco salieron por la puerta no pude controlar una buena carcajada, que parecía no tener fin, contagiándosela a todos los demás.

Era la primera vez, desde hacía casi cinco meses, que me reía de verdad, con ganas, y sin sentirme culpable. ¡Qué desahogo! Ya casi me había

olvidado de lo que era tener agujetas de tanto reír.

Madrid, 3 de Agosto de 2010

Cuatro meses y tres semanas hospitalizado.

Llevo ya dos semanas sola en mi casa, y creo que las he llevado bastante bien. Riego las plantas a menudo, y me cuido. Me he acostumbrado a comer sano gracias a Pura, además, no me conviene engordar demasiado. Me tengo que contener.

Ayer me acosté temprano, estaba muy cansada, últimamente me arrastro por los rincones, supongo que aparte de por lo evidente, es por el calor. Menudo veranito me espera.

Y esta mañana, a eso de las seis y media de la madrugada, ha sonado mi teléfono.

Era del hospital.

Tanto tiempo esperando esa llamada, y ahora me aterraba responder. Antes de contestar me han entrado unas ganas horribles de romper a llorar, creo que de la tensión contenida de tantos meses de espera. Pero conseguí sobreponerme.

—¿Sí? —contesté

—¿Raquel Daronte García?

—Sí, soy yo.

18. Tomás

Madrid, abril de 2006.
35 años.

La incipiente primavera hacía que las flores comenzaran a aparecer sin prisa, como un aviso de lo que estaba por venir. Y mi nariz me empezaba a despertar a un cosquilleo incesante, haciéndome moquear y estornudar sin tener en cuenta quien estuviese delante.

Hacía dos días que había recibido una llamada de mi hermana desde el despacho de arquitectos en el que trabajaba, para asegurarse de que ese fin de semana iría a la comida que mi madre había preparado para toda la familia.

—Sí, no te preocupes, ahí estaré. ¿A qué viene tanto interés por mí de repente?

—Ni que nunca me hubiese interesado por ti. No es por nada en especial, solo que me apetece verte. Veros a todos.

—¿A papá también? Digo, como es tan dicharachero...

—No seas tonta, ¿Te has dado cuenta que desde que se va haciendo mayor está más normal? Ya no se pone esos tirantes naranjas...

—No, no me he dado cuenta la verdad... dichosa tú.

Sin mucha convicción colgó el teléfono. Algo ocultaba: una sorpresa, una información... “¿Habrá conseguido ese ascenso? Hace tiempo que sueña con ese momento”, “o puede que se haya dado un golpe en la cabeza, y le haya dado por la morriña familiar”.

El sábado a las dos y media en puto estaba llamando al timbre de la casa de mis progenitores. Abrió la puerta mi madre, que se había arreglado un poco más de lo normal para lo que yo denominaría “una comida familiar de un sábado cualquiera”. De hecho, iba maquillada hasta las pestañas, cosa que solo hace en bodas, bautizos y comuniones. Me escamé.

Decidí esperar con paciencia lo que fuese que me iban a decir. Estaba claro que mi madre ya estaba informada, y también estaba claro que no pensaba soltar prenda antes de tiempo.

Por fin llegó Sara con Javier. Mi madre les recibió con una bienvenida estelar. Su saludo fue excesivamente agradable, e iba acompañado de la mejor

de sus sonrisas. Recogió con solicitud sus abrigos y chaquetas y les indicó que podían pasar al salón, como si nunca antes lo hubiesen hecho. Sara le devolvía los saludos orgullosamente, como si fuese digna merecedora de ellos, haciendo partícipe a Javier con una devoción especial. Parecía que se hubiesen tomado todos, la pócima del amor familiar. Terrible.

Después de un suculento aperitivo, en el que ni mi padre, ni sus pelos de profesor chiflado hicieron amago de presencia alguna, comenzaron los preparativos para sentarnos a la mesa.

—Un momento, voy a avisar a vuestro padre de que ya estamos todos y que podemos ir sentándonos.

Se alejó por el pasillo hasta llegar a la puerta del “laboratorio”, la abrió sigilosamente, y se inclinó metiendo un poco la cabeza en la estancia para decirle algo en un discreto tono de voz. “Menos mal que hay alguien que no ha perdido la cabeza. Parece que mi padre sigue siendo el mismo de siempre. Ahora bien, si se ha peinado, entonces sí que vamos mal”.

Hizo su aparición a los pocos minutos. Saludó calurosamente al novio de Sara con un apretón de manos extraño. Cosas suyas. Acto seguido se dirigió a nosotras desprendiendo cierta ilusión por volver a vernos. “Ni aunque le hubiese visto ayer se acordaría”, pensé.

La comida transcurría de una forma que intentaba ser “natural”, pero que en otras familias hubiese resultado demasiado ceremonial: sin grandes sobresaltos ni aspavientos, y sin pronunciar unas palabras por encima de otras pisándonos los unos a los otros. Raro. Todos participábamos cortésmente en la conversación, que en un principio se había centrado en Javier.

—Y ¿qué tal te va todo? —le había preguntado mi padre con más tono de hombre de negocios que de profesor de universidad, o de suegro. Hablaron de un supuesto ERE en su empresa, y de que su puesto parecía no peligrar.

—Lo que no llegará por ahora, me parece a mí —dijo Sara— es mi promoción. Ya sabéis que llevo esperándola más de un año, pero ya me han comunicado que dé las gracias si consigo permanecer en mi puesto. Menos mal que tenemos algunas obras públicas adjudicadas, si no...

“Vale, mi primera hipótesis ya está descartada. Supongo que tendré que seguir aguantando el paripé hasta que les dé por anunciar lo que sea...”

El toque de Sara sobre el cristal de una de las copas que había servido mi madre, me hizo ponerme en guardia. “Ahí va”.

—¡Atentos por favor! Quería daros las gracias a todos por estar aquí con nosotros. —Hizo un silencio formal—. Ya sabéis, o habréis intuido, que

os hemos querido reunir por algo. —Miró a Javier con ojos de amor eterno, de una manera que no solía hacer en público—. Bueno, mamá ya lo sabe, pero queríamos comunicároslo teniéndoos a todos juntos...

Tras una pausa, que alargó más de lo normal para aumentar el clímax de expectación creado, decidió proseguir.

—Tenemos dos noticias importantes que daros... —Se volvieron a mirar— ¿Por cuál empezamos cariño?

—Da igual, por la que tú quieras, mi amor.

—Si quieres dices tú una, y yo digo la otra...

“¡Bueno basta ya! ¿Se puede saber qué coño os pasa?” estuve a punto de decir, pero preferí no romper el ambiente de “familia feliz”. En lugar de eso sonreí poniendo cara de paciente hermana mayor, muy interesada en los asuntos de Sara.

—Está bien, empezaré según se han ido dado en el tiempo ¿Te parece bien cariño? —Él asintió—... y la primera noticia es... ¡Que estoy embarazada!

Me quedé petrificada. Había escuchado mil veces a mi hermana renegar de los niños, y también había soportado largas peroratas sobre lo mucho que pensaba esperar hasta decidirse por criar alguno, si es que se decidía.

Pasado el impacto inicial, sólo necesité un segundo para verme a mí misma paseando a ese futuro sobrino o sobrina, llevándole al cine, al parque, y respondiendo a su llamada cuando me llamara “tía Raquel”... la emoción me embargó. Me levantó de un salto y fui a darle un abrazo.

—¡Qué ilusión! ¡Enhorabuena! ¡Esto sí que es una sorpresa!

—¿Verdad que sí? —exclamó mi madre—. Hijas, ya pensaba yo que no me ibais a hacer abuela en ningún momento...—Mi padre le dio un buen apretón de manos a Javier, que parecía querer decir algo así como: “Bien hecho semental” o “así se hace machote”.

—Bueno ¿Y la otra noticia? —pregunté ya más desinhibida.

—¡Nos casamos! Queremos hacerlo antes de que nazca el bebé, así que habíamos pensado preparar una boda sencillita para septiembre o así...

Lo que empezó siendo una “boda sencillita”, a medida que mi madre y Sara fueron hablando a lo largo de la comida, se acabó convirtiendo en “el bodorrio del año”. Para la futura abuela, era inconcebible no invitar a sus más de setenta compromisos sociales, “¡Por dios, qué bochorno! Ellos nos invitaron a nosotros a tal o cual recepción” repetía a cada negativa de su hija.

Sara, cuya resistencia fue más que digna, terminó por abdicar cuando su

madre comenzó a enumerar el tipo de regalos que estos acomodados compromisos habían ido realizando a los hijos de otros amigos en bodas anteriores: “¡Un juego de dos sofás de cuero con chaise longue incluida!” “¡La vajilla entera de porcelana con las iniciales grabadas!” “¡Un comedor wengue de caerse de espaldas!”.

—Bueno, podríamos hacer algunas excepciones—. Terminó diciendo Sara.

“Todos tenemos un precio” pensé, convencida de que probablemente yo haría lo mismo.

Algunas excepciones acabaron siendo sesenta y cinco, y los otros cinco que estaban quedando fuera, finalmente fueron también invitados por deferencia.

Al término de la comida familiar, que finalmente Sara había conseguido que fuese una de las más caóticas en la historia de mi casa con sus dos explosivas noticias, todos quedamos contentos, a pesar de que Javier, a última hora, había optado por dejar de abrir la boca para intentar opinar. Dijese lo que dijese, ya estaba todo decidido.

Nos despedimos animosamente, pero antes de abandonar el salón, Sara se dirigió a mi padre.

—Papá, por cierto, me llevo mi caja de piedras.

Me quedé de una pieza.

—¿Tu caja de piedras?

—Sí... —dijo con cara de haber metido la pata.

—Lo siento Papi...—le susurró en bajito mientras le daba un beso de despedida.

Cuando la casa quedó tranquila, después de que todos se fueran, me dirigí al despacho donde mi padre había ido a encerrarse, como hace siempre. Me había quedado realmente intrigada.

—Papá, perdona... ¿Qué es eso de “su caja de piedras”?

Se levantó, y sacó de una estantería una vitrina de cristal portátil con los cantos que yo había recogido con él de pequeña. De algunos de ellos incluso podría decir el sitio donde los había encontrado. Estaban colocados sobre diminutos carteles cuidadosamente escritos.

—Son un recuerdo que he hecho para vosotras. A Sara se lo he desvelado hace un rato, después de darnos la noticia de su boda.

—Creía que las tirabas...

—¿Tirarlas? No... Estaba esperando a que tú también encontrases a

alguien... —no supo cómo denominarlo— ¿me entiendes? Me parecía el mejor regalo de boda... vuestra propia colección de piedras... pero si no te quieres casar te las puedes llevar cuando quieras, claro. Son tuyas.

—No es que no quiera papá...

Me dio vergüenza decirle que todas las relaciones me salían mal, nunca había hablado con mi padre de esas cosas. Además, seguro que pensaría que era culpa mía, por ser tan como soy, aunque no tengo ni idea de a qué me refiero, porque jamás he sabido qué opinión le merezco. Me quedé callada, esperando, toda ilusa, que me rescatara. A los pocos segundos entendí que le estaba pidiendo demasiado.

—Gracias papá, es un regalo muy bonito. Pero si no te importa me la llevaré un día de estos, que si tengo que esperar a casarme...

Asintió, observándome con esa mirada que solía tener perdida en un mundo desconocido para mí. Creo que intentaba entenderme, pero dudo mucho que siquiera lograra acercarse un poco a mis pensamientos. En ese momento sentí una gran ternura hacia él: realmente durante toda su vida (y la mía) lo había hecho lo mejor que había podido, y supuse que él no tenía la culpa de ser un perro verde. Le di un beso y salí de su casa de buen humor.

Empecé a caminar pensando en todo lo ocurrido: la inesperada conversación con mi padre, la boda, el futuro sobrino... las piedras. Esas piedras que yo daba por perdidas en algún vertedero del extrarradio de la ciudad, y que él había ido guardando en secreto como el mejor regalo que podía hacernos.

Me dirigí a la sala de exposiciones donde Manuel, el marido de Lola, presentaba sus últimos trabajos. Estaba contenta por Sara, pero la noticia que nos había dado, sin saber porqué, me había dejado un gran vacío dentro. La enana se me iba del todo, se independizaba ya de por vida para formar su propia familia, en la que yo sería un satélite, y no un eje fundamental.

Aunque sabía que aún no lo era, me sentí mayor.

La sala estaba llena de esculturas de mediano y pequeño tamaño. Todas ellas eran figuras legibles propias de una etapa aún primigenia: un toro y un torero; un árbol algo retorcido con cuervos en sus ramas “El árbol del ahorcado”, se titulaba; la barca de un pescador dejada las orillas de un mar... Años más tarde, al escultor le entrarían las ganas de “globalizar su arte”, y con ellas conseguiría también aumentar la necesidad del espectador de utilizar la imaginación para poder admirarlo.

—Menuda sorpresa...

La voz era tranquila y familiar, y se dirigía a mí desde atrás, al tiempo que contemplaba una hermosa pieza menos predecible que las demás. Me di la vuelta.

—¡Pero bueno! ¿Qué haces tú aquí? —Me acerqué a darle un par de besos acompañados de unas enérgicas palmadas en un hombro.

—No, perdona, ¿qué haces tú aquí? Yo fui compañero de Manuel de universidad, me dedico al arte, y no es por nada, pero somos buenos amigos.

—Es verdad, se me olvidaba... Como os conocí por vías diferentes, a veces no os relaciono. Yo soy amiga de Lola, su mujer. —El asintió sonriendo, se acordaba perfectamente.

—¿Qué tal te va todo?— me preguntó.

—Bien, muy bien —intenté resultar convincente. Y creo que casi lo consigo—. Estoy trabajando en una revista de decoración de casas y jardines... ¿Tú qué tal?

—No me quejo. Soy profesor de dibujo en una escuela de Bellas Artes privada, y a parte hago mis cosillas, ya sabes, para exponer y seguir en el candelero. Me gusta.

—Ah, qué bien. Ya te había perdido la pista...

Nos miramos algo incómodos, hacía demasiado tiempo que no nos veíamos, y no teníamos mucho más que decirnos. Acabé apartando la mirada, buscando algún tipo de rescate y simulando interesarme por alguna escultura.

—¡Ah, Raquel, estás aquí! Gracias por venir. —La liberación de la embarazosa situación llegó de manos de Lola —¡Hombre, Tomás, qué ilusión verte! Pero coged una copita de vino. ¡Camarero! ¿Ya os conocíais, verdad?

—Sí, él compartía piso con un compañero mío de la universidad.

—¡Ah! ya me acuerdo, es cierto. ¡Qué tiempos aquellos! ¿Verdad? Bueno chicos os dejo que tengo que seguir saludando ¡Odio estos saraos! —nos dijo en tono de confesión antes de alejarse con una copa de vino en la mano.

Empecé a estirar el cuello, haciendo como si intentara ver algunas esculturas, pero en ese momento las esculturas me traían al paio, la verdad. No sabía qué hacer ni qué decir.

—Creo que aún guardo el retrato que te hice ¿te acuerdas? —Asentí, y casi me mancho con un poco de vino que tiré de la copa—. En realidad guardo todos los trabajos de la universidad en un altillo, no creas...

—Claro —parecía muda, no me salían las palabras. Mi mente no reaccionaba, me había quedado en blanco, y era incapaz de decir nada

coherente o más allá de un monosílabo—. Perdona, es que estoy... no sé, un poco ida. Vengo de casa de mis padres. Mi hermana nos acaba de comunicar que está embarazada y que se casa, y aún estoy con el shock inicial...

—Pero son buenas noticias, ¿no? ¿Es tu hermana mayor?

—No. —Me bebí de un sorbo toda la copa. Él levantó mucho las cejas. Cuando pasó un camarero agarré otra copa—. Es menor que yo. Cinco años.—Tomás se sonrió abiertamente, casi riéndose.

—¡Lo que te pasa es que te sientes mayor!

—¿Pero qué dices? ¡Si yo soy una mujer joven, y tengo toda la vida por delante!... lo único es que no me lo esperaba... ¡Además!, ¿tú qué sabes si yo ya tengo marido, perro, coche familiar y dos hijos?

—Sí, ocho. ¡Si os conoceré yo a las mujeres! —levantó la mano derecha extendida, y escondiendo el pulgar dijo— Cuatro hermanas

—¿Tienes cuatro hermanas? No me acordaba yo de eso...Además, qué pasa, ¿es que tengo cara de solterona?

—Bueno —la tímida mirada contrastó con lo que iba a decir a continuación. En eso no había cambiado nada—. Con un poco de suerte, si.

Me eché a reír quitándole hierro a lo que acababa de oír, y de repente, el hielo se derritió, y volvimos a ser aquellos dos chavales que sentados en una habitación hablaban sin parar durante las innumerables tardes, más de las necesitadas, que Tomás tardó en plasmar mi retrato en un lienzo.

—Entonces si te parece bien— terminamos de dar una vuelta por toda la sala, comentando cada obra—, podríamos quedar un día de estos a cenar o lo que sea. Intentaré recuperar el retrato entre todo lo que hay en el altillo, y te lo llevo. Juraría que sigue ahí con todo lo demás, pero no te prometo nada, no sé lo que fue de él.

—No sigas disimulando, lo vi expuesto en una galería de arte hace un par de años. Desde luego, te parecerá bonito, poner mi careto en un sitio público sin pedirme permiso.

—Me has pillado—si le sorprendió lo que le dije, lo disimuló muy bien, y todavía tuvo la cara de decirme: —Como nadie lo quiso comprar, aun lo tengo en mi poder. Y es cierto que lo tengo en el altillo.

“No estaba a la venta” estuve a punto de decir, pero cambié de opinión en el último momento.

—Pues no entiendo cómo es posible que nadie lo quisiera adquirir, con lo guapa que salía.

Las dos semanas siguientes trascurrieron por mi vida sin mucha diferencia de las anteriores.

Tomás me llamó un par de veces para intentar ajustar nuestras apretadas agendas en cuestiones sociales, y saturadas de compromisos, que nos hicieron aplazar la cena más allá de los quince días del reencuentro.

Finalmente, el hueco llegó de forma inesperada al anularme unas compañeras del trabajo la cena de un viernes por la noche. Quedamos en vernos por el centro, en Chueca, en un pequeño restaurante de comida mediterránea donde hizo la reserva.

La noche de la cita hizo su aparición acompañada de tal aguacero, que prefirió dejar el retrato a buen recaudo en su casa, no se fuese a mojar.

—Lo he encontrado. Está bien enrollado y guardado. La próxima vez que nos veamos, si la cosa mejora, te lo traigo. Ahora que te he vuelto a ver, la verdad es que te pareces bastante, pero el gesto es diferente al que tienes ahora...

—Será que se me ha amargado con los disgustos. —Me sonreí.

—No, no es eso... aunque sí es verdad que en el retrato es más desenfadado, como despreocupado...

—Pues entonces será que no llegaste a captar mi verdadera esencia de mujer madura y preocupada por las cosas importantes de la vida...

—Sí claro, será eso, y no que aunque no queramos, algo hemos cambiado...

—O puede que seas tú el que ahora me mira de forma diferente. No tiene por qué ser cosa del modelo...

—Ahí has estado muy rápida. Te mereces otra copa de vino.

Brindamos primero con vino, y después de cenar con una copa por el segundo reencuentro. Quedamos en volver a vernos pronto.

Cuando salimos del último bar, la lluvia había hecho su reaparición casi con más fuerza que al principio de la noche. Yo no había cogido ningún paraguas, ya que el chaparrón no había dado señales de vida hasta estar prácticamente sobre la ciudad, y Tomás se quitó la chaqueta, para ponerla sobre nuestras cabezas, intentando protegernos del aguacero sin mucho éxito.

—Si corremos hasta el coche puede que no muramos en el intento de llegar a casa. Te llevo.

—Muchas gracias, la verdad es que tal y como está la noche no esperaba menos...

Tomás se rió.

—Me alegro de haber estado a la altura sin proponérmelo.

Llegamos a mi portal a las tres de la mañana. El escenario era distinto, no era la casa de mis padres, y ahora estábamos dentro de un coche, pero no pude evitar que la escena me pareciera la misma que años atrás se había quedado flotando en mi cabeza, la noche que nos despedimos después de ir al cine: Los dos, en un portal mirándonos por unos segundos, sin saber qué más decir ni cómo despedirnos.

Seguía lloviendo, y no me decidía a salir, no sabía cómo poner punto y final a la noche. Pasados unos instantes me acerqué a él, que me miraba desde su asiento, y le di dos amistosos besos, algo entrecortados por la duda de si esa era la despedida correcta, pero sin mucha más dilación.

De nuevo, como tantos años atrás, subiendo por el ascensor me pregunté si había hecho bien, y volví a intentar sacudirme la duda de la cabeza.

No me paré mucho más en pensar en el asunto las dos semanas que tardamos en volver a hablar. Supongo que intuía que tarde o temprano lo haríamos.

Lo bueno de ser tan alérgica, es que en primavera no necesitas de ningún barbitúrico o droga similar para andar todo el día como “puesto”. Yo personalmente, en primavera no ando, floto, rascándome la nariz, y estornudando. Además, me salen muchísimas ojeras, y a pesar de que empieza a salir el sol, estoy más pálida que en todo el año. Amarilla más bien. Sin embargo, y sabiendo que lo que voy a decir a continuación es extraño, me encanta pasear en primavera. Así que empecé con mi ritual de largos paseos por el parque, con el bolso lleno de clínex.

Cuando paseo es cuando más trabaja mi mente, no sé porqué, y empecé a recordar momentos puntuales vividos con Tomás hace muchos años. Como el día en que sobresaltado por mi aparición en la puerta de su habitación, tiró un bote de polvo de carboncillo al suelo. Terminé limpiándole la cara con un trapo mientras él me observaba de cerca. Durante aquel año, solía decirme a mí misma que me miraba así por el retrato, pero en el fondo siempre supe que no se trataba solo de eso.

También vino a mi memoria la tarde que decidimos salir del piso para ir a hacer los bocetos al aire libre porque hacía muy buen día. Nos sentamos en un banco de la Plaza de España, donde me estuvo dibujando a carboncillo en un enorme blog de papel.

O el día que entró en la habitación y me anunció que esa tarde no le apetecía trabajar, y que un amigo suyo actuaba en el teatro de la universidad.

Fuimos juntos a la función, que resultó ser excesivamente moderna y bastante incomprensible para los dos. “No me extraña que se hayan quedado todos desnudos en el escenario, ¡hacía un calor de mil demonios! De hecho, si se llega a alargar un poco más, yo también hubiese acabado en pelotas” me dijo a la salida. “No tienes tú mucha pinta de quedarte en pelotas delante de tanta gente...”, le contesté yo. “Bueno, eso es lo que tú te crees, que a mí el calor me trastorna...”

Y la tarde que aparecí con una docena de sándwiches a la sesión. Aquello había terminado con una batalla campal, en la que nos habíamos quedado uno encima del otro sobre la cama. Él alejándose los bocadillos lo máximo posible, y yo intentando recatarlos. Se comió el de queso con nueces, nunca se lo perdonaré.

Por último, pasaron por mi mente las veces que habíamos ido juntos al cine, y la primera despedida en el portal de mi casa, en la que no supe cómo reaccionar.

Pero sobre todo recordé aquella tarde, después de que aquel insensible me diese las peores calabazas de mi vida, en que fui a su piso, y le pedí que no me dejara sola. Nunca se me olvidará que entendí que ya no me miraba como antes, y que esa sensación, aunque quisiera negarlo, había conseguido que aquella tarde fuese más funesta de lo que ya de por sí fue.

La última vez que le había visto se iba con una rubia del brazo, y no le había preguntado qué fue de ella. No tenía la más mínima intención de remover el pasado, y tenía claro que esa chica ya no estaba en el horizonte de su vida, no necesitaba preguntárselo, de él me fiaba.

—¿Qué tal el otro día con el antiguo compañero de Manuel? —me preguntó Lola.

—¿Con quién, con Tomás? ¿Cuándo?

No le había comentado a nadie mi última cita con él. Estaba harta de contar las historias con hombres que aparecían de repente en mi vida, para salir unas semanas después dejándola patas arriba. Mis amigas siempre me decían que yo daba mucho juego en cualquier tertulia. Ya no quería dar más juego, claro que María tampoco me iba a la zaga...

—En la exposición ¿Cuándo va a ser? Ese chico siempre me ha encantado. Porque cuando le conocí yo ya estaba con Manu, que si no...no lo hubiese dejado escapar.

Leí entre líneas. Además Lola no sugiere ni cuando sugiere. Es siempre demasiado explícita.

—Ya. Nunca se sabe.

—¿Os vais a volver a ver?

—Quedamos el otro día.

María salió del letargo en el que parecía estar sumida esa tarde.

—Perdón, estaba pensando en mis cosas ¿con quién dices que has quedado?

—No lo conoces, es un antiguo compañero de Manuel de la facultad... ¿Pero a ti qué te pasa? Estás como en otro mundo.

—Nada, pensaba en cómo voy a decorar mi nuevo pisito. He visto unas alfombras maravillosas en *Decoración&Art*, pero se me salen de presupuesto... Esto de no tener un duro es un incordio ¿verdad chicas?

—Recordé el *pisito* en Arturo Soria que se acababa de comprar, y no me pareció que fuese exactamente el de una muerta de hambre—. Bueno, ¿qué me he perdido? ¿Qué decías de ese chico? ¿Te gusta? Por lo que dice Lola tiene que ser majo...

Como única respuesta emití un sonido gutural, con el que no les di a entender absolutamente nada.

Cuando Tomás volvió a dar señales de vida, me propuso ir al teleférico.

—Buena idea. Pero yo hoy tengo que volver pronto a casa, que el lunes tengo que entregar unas cosas en el curro y no he terminado todavía...

Fuimos a la calle Rosales, y bajamos las escaleras que nos llevaban al teleférico. Una vez dentro de la de la cabina, estuvimos disfrutando de las vistas de la casa de campo durante un buen rato, cada uno sentado frente al otro, sin tocarnos siquiera, ni hacer ningún amago de algo que pudiera malinterpretarse.

—¿Te acuerdas cuando nos sentábamos así, frente a frente, en tu cama a descansar?

—Sí. Qué buen año fue aquel. El de la calle Limón.

—Aún estuvisteis unos años más en ese piso ¿no?

—Sí, pero aquel fue el mejor. Por lo menos para mí —me miró con una sonrisa divertida—. Conseguí tenerte en mi cama tardes enteras...

Está bien, el doble sentido había tenido gracia, pero hice caso omiso...

—Sí, claro, ahora me vas a decir que lo hiciste por gusto ¿no? A mí me parecía que más bien estabas muy agobiado con el retrato y la nota que te iban a poner y todas esas cosas.

—Ya, bueno, eso es lo que tú te crees.

—Pero bueno, ¿qué ha sido de aquella mirada tímida que tanto me

gustaba?

—Ah, vaya ¿Te gustaba mi mirada? Y yo sin enterarme, pensando que sólo tenías ojos para el tío raro ese del que no parabas de hablar. Menudo gañán.

—Mira, el parque de atracciones.—Puse fin a la conversación, no quería invocar un recuerdo desagradable para ambos.

Cuando bajamos de la cabina me propuso ir a cenar. Yo estaba muy agobiada por el trabajo, pero bueno, una cena rápida tampoco me iba venir mal, algo tendría que comer. A la cena le siguió una copa, en un local cerca de la plaza de Alonso Martínez al que yo no había ido nunca. A las dos de la madrugada la copa se nos había quedado corta, y decidimos pedir otra.

A las cinco, finalmente, nos batimos en retirada. No me apetecía nada repetir de nuevo la escenita de los dos mirándonos sin saber qué hacer en el portal de mi casa y todo el rollo ese del que no sabíamos cómo salir airoso, así que levanté la mano corriendo, paré un taxi, le planté dos besos. “Cuídate, ya nos vemos”, le dije rápidamente, y me fui.

Cuando por fin, sobre las cinco y media de la madrugada, me senté a fumarme el último cigarro de la noche en la penumbra de mi sala de estar, me di cuenta de que se me habían pasado las horas como nunca. “Mañana voy a estar muerta para terminar todo lo que tengo que hacer. Pero bueno, ha merecido la pena” Sonreí acordándome de la conversación del teleférico.

Y no tengo ni idea del tiempo que pasó, hasta que pensé en llamarle una mañana cualquiera, sin más preámbulos, durante el descanso que hacía con mis compañeras de la revista para tomar un café. Con un poco de suerte no estaría en clase y le pillaría bien. La verdad, ni lo pensé. No había en mi ni resquicio de aquella chica que siempre se preguntaba qué pasaría si llamaba. Si le parecía bien, estupendo, y si no, también. Sólo me apetecía hablar un rato. Busqué su nombre en la agenda del móvil.

—Quiero que me des de una vez el retrato ese ¿Sabes lo que pienso? pienso que lo estás aplazando para poder verme más veces.

—¿Ah sí? —noté que la estocada le había resultado muy estimulante—. No sabía yo que eras tan creída. Te propongo una cosa: ya que me has llamado, (y por algo será)—¡Ha! —Exclamé desde el otro lado del auricular—, creo que lo mejor será que vengas a por él a mi casa. Yo te preparo una cena exquisita, y después te vuelves en taxi con él. Si lo llevo por ahí de paseo la próxima vez que nos veamos, se va a estropear... porque, no sé si te has dado cuenta, pero el paseo siempre se nos acaba alargando más de

lo normal.

Está bien, pude intuir a través del auricular su sonrisa de vencedor. Había conseguido que fuese a su casa sin ni siquiera haber marcado mi número de teléfono para invitarme. Él siempre me decía que era un tipo con suerte, y esta vez lo había corroborado.

Colgamos tras una corta conversación rodeada de compañeros y de horarios de trabajo apremiando la charla. Quedamos para el fin de semana siguiente.

Y como no aprendo, de nuevo fui pensando que iría para volver pronto. En realidad es que estaba empezando a hacer lo de siempre: asustarme si el chico merecía la pena, y lo sé porque a punto estuve de anular la cita. De hecho le llamé, pero cuando se puso, me arrepentí de arrepentirme, y le dije que llevaría el postre, así que tuve que salir corriendo a un sitio veinticuatro horas para comprar lo primero que pillara, que fue una tarrina de helado súper cutre. Creo que era de leche merengada, pero no lo llegué a saber ni cuando lo probé, el caso es que eso fue lo único a lo que podríamos llamar “postre” que pude encontrar.

Al llegar a su piso aún estaba en la cocina intentando preparar una cena mínimamente vistosa. Un lienzo enrollado encima de la mesa me esperaba. Miró el helado sin apartar las manos de lo que estaba haciendo.

—¡Mmmm! Un helado *Friguísimo* de...

—De leche merengada—contesté rauda y veloz—. Es el preferido de mi hermana.

—Ya. Gracias, déjalo en el congelador. Perdona, me pillas con la cena a medias y la mesa sin poner...soy un poco desastre para esto de preparar veladas románticas.

—No sabía que esto pretendía ser una velada romántica—”Y yo con mi tarrina. Está bien, no busques la puerta de atrás Raquel, y respira hondo”.

—¿Ah, no? Pues ya lo sabes. Y no te hagas la tonta, ¿no decías que estaba aplazando el momento de darte el retrato para verte más veces?

—Sí, bueno, era una broma...

Tomás me echó una mirada de refilón.

—¿Vino o cerveza? —preguntó.

—Vino por favor. ¿Puedo? —señalé el retrato.

—Claro, es todo tuyo.

Lo desenrollé, y al verlo, de nuevo un año entero de mi paso por la universidad cayó sobre mí. Resoplé.

—Ahora me gusta todavía más que cuando lo hiciste. Será verdad eso de que cualquier tiempo pasado nos parece mejor.

—¿Te vas a poner a cantar?

—Desde luego qué poco melancólico eres.

Me invitó a sentarme con una copa de vino en un cómodo butacón mientras él preparaba la mesa. Puso todo su empeño en que quedara más que apañada, cosa que me hizo mucha gracia. “No le pega nada tener un mantel tan elegante”, pensé. Como toque final añadió un par de velas que encendió antes de anunciar que ya estaba todo preparado. Seguía llevando el pelo algo largo más por dejadez que por moda, y esas gafitas de intelectual con las que a veces me miraba por encima de ellas. Estaba igual, a excepción de la barba que antes le salía barbilampiña, y ahora era una barba cerrada

Nos sentamos a cenar. Aunque él lo negara, la cena le había quedado exquisita. Acabó confesando que en realidad había ensayado un par de platos con antelación. Al terminar el postre, (el sucedáneo de helado con letras similares a las rusas en el recipiente), estábamos tan enfrascados en la conversación que la sobremesa de nuevo acabó por alargarse otras dos copas.

Me olvidé por completo de mi propósito de irme pronto para no dar lugar interpretaciones confusas. En realidad lo último que me apetecía era irme, pero eso era algo que siempre me había pasado con Tomás, que cuando estaba con él, nunca me apetecía irme. Desde la primera vez que me senté en su cama y me miró fijamente tomando notas, hasta ahora.

—No sabía si dártelo así mismo, o ponerle un bastidor —me dijo Tomás—. Lo clavé en un bastidor para la exposición, pero después ocupaba tanto que preferí quitarlo y enrollarlo, y al final he pensado que ya está bien con el retrato. Bastante he hecho pintándolo y haciendo todo lo demás después, así que lo he dejado tal y como está, para que hagas lo que quieras con él.

—Perdona, ¿cómo que “ya has hecho bastante”? Tú me pediste a mí que posara porque necesitabas a alguien para un trabajo de clase.

Tomás se sonrió.

—Sí, lo que pasa es que en realidad ningún profesor nos pidió que hiciésemos un retrato como trabajo.

—¿Qué? —dije sorprendida.

—Que no se me ocurrió nada mejor para ver si decidías que yo, (y no el imbécil aquel), sí que era un chico estupendo.

—¡No me lo puedo creer! ¡No me lo puedo...! —me quedé sin habla. Le miré con los ojos como platos— ¿Me estás queriendo decir que me tuviste

durante horas ahí sentada, posando y sin moverme, con un dolor de huesos y de músculos espantoso, así, porque sí?

—Efectivamente, eso es. Bueno, no exactamente. No fue “así porque sí”, sino para ver si así conseguía que te fijaras en mí. —Le dio un sorbo a su copa de vino— ¿Sabes? —dijo divertido—, siempre que alguien me pregunta qué es lo más tonto que he hecho por amor, yo contesto: “Pintar un retrato enterito diciendo que era un trabajo obligatorio para clase. No conseguí a la chica, pero sí que estuviese innumerables tardes en mi cama solo para mí... ¡Y lo peor es que después tuve que pasarme largas noches pintando lo que sí me habían pedido!” —Soltó una carcajada—. Con mucho menos, otros hubiesen conseguido mucho más ¿verdad?

—Impresionante. Me acabas de dejar alucinada...

—Sí, no me extraña. Ahora entenderás porque decidí exponerlo después de todo el trabajo realizado. He trabajado demasiado en él “así, porque sí”. Por lo menos que alguien lo admire. Tuvo mucho éxito, he de decir, y me salieron varios encargos de retratos gracias a él. Y desde entonces, me siguen saliendo.

Una vez logré salir de la sorpresa, empecé a reírme incrédula.

—Al final me tendrás que agradecer que te haya dejado hacerme el retrato, ¿eh? Tú mismo lo dijiste, el éxito también es de quién posa...

Tomás asintió con la cabeza a la vez que remataba su copa.

Al llegar a casa dejé el lienzo, aún enrollado, sobre la mesa de la salita de estar. No sabía qué hacer con él. No estaba segura de querer colgar un retrato mío en las paredes de mi casa como hacen las estrellas de cine. O como una compañera de trabajo, que había llevado una foto suya a un estudio de fotografía y la habían tuneado a lo Andy Warhol para colocarla sobre su moderno sofá morado.

—No sé, no sé.

Jugueteaba con una servilleta de papel donde aparecía la dirección y el teléfono del bar donde nos encontrábamos. Pensaba en la respuesta precisa, pero no la encontraba. Quizá no la tenía. Lola me había vuelto a preguntar por Tomás.

—Claro que me gusta, pero tampoco es que me muera por verle. Lo que sí me pasa es que cuando le veo ya no me puedo ir. Yo creo que cada vez que quedamos me echa un maleficio para que no me pueda mover de la silla.

—¿A qué te refieres con lo de que “no te mueres por verle”? —preguntó Lola, que prefirió pasar del comentario del maleficio.

—Pues que estoy tranquila, y yo sólo he sentido que me gusta un chico si la angustia me come por dentro si no me llama; me pongo hasta arriba de comida basura; y me pego el móvil a la oreja no vaya a ser que justo cuando quiera encontrarme, no lo oiga.

—Como yo —dijo María— A mí a veces me cuesta mucho darme cuenta de que un chico me gusta, y cuando ya pasa de mí, ¡es cuando caigo en lo mucho que me gustaba, porque es cuando empiezo a darle vueltas a la cabeza!

—¡Mira que sois complicadas!

—Por eso sólo nos gustan los malotes. Yo es que creo que no lo puedo evitar...—dijo María.

—Desde luego, ¡no me extraña que estéis solteras! —exclamó Lola—. Pues nada tía, ya sabes, cuanto antes le des puerta mejor, ¡que después se nos lían mucho las historias! —lo dijo mirándonos a las dos.

—¿Darle puerta? —pregunté, y me quedé pensando.

El sólo pensamiento en hacer eso hizo que empezara a echarle de menos. Se me debió notar mucho en la cara, porque acto seguido Lola volvió al ataque:

—Vaya, vaya... ¿Sabes lo que creo que te pasa, Raquel? Creo que estás acojonada. Sabes que merece la pena, y que no va a hacer el tonto contigo —María asintió enérgicamente ante estas palabras—, por eso te da miedo. —De repente puso cara de haber tenido una revelación —¡El cura! ¡Acuérdate del cura! ¿No te pasó lo mismo?

—No es cura—dije yo con tonillo de tener que tener mucha paciencia.

—Bueno, me da igual, acuérdate: Era majo, le diste puerta, y al final ¡menuda matraca nos diste! ¡Madre mía! ¡Acuérdate del verano del terrorismo psicológico! Yo no simulé perder el tren en Cracovia de milagro. Así que por favor, si quieres aclararle algo desde el principio, ¡no nos lo asustes para después arrepentirte! Que yo paso de aguantarte el rollo después. Y una cosa más te digo...tienes que tomar una decisión, y espero que esta vez tomes la decisión acertada, Raquel, porque en esta vida hay una cosa que está clara: la única responsable de tu felicidad eres tú, y si tú—dijo de nuevo poniendo mucho acento en la “u”— no haces lo posible por conseguirla, lo que está claro es que nadie lo hará por ti.

Pronto empezamos a distanciar menos las llamadas que habíamos tomado por costumbre hacernos para hablaren cualquier momento. Siempre teníamos algo que contarnos para estar un buen rato de conversación.

Volvimos a quedar. Esta vez fui yo quien eligió un pequeño restaurante

indio situado en el barrio de Lavapiés, muy cerca de la plaza, por una de las calles que trasladan a quienes pasan por ahí a un rincón del mundo lejano a la madrileña ciudad, subiendo hacia la plaza de Tirso de Molina.

Nos sentamos en una pequeña mesa vestida con un mantel de flores anticuado. Frente a nosotros, el cuadro de una mujer que parecía tener muchos brazos, y que lucía pendientes por todo el cuerpo, nos observaba fijamente. En seguida nos sirvieron la comida en pequeños boles repletos de salsas de colores y sabores exóticos. La cena nos pareció bastante aceptable, y económicamente hablando, se trataba de una auténtica ganga. Era nuestra cuarta cita.

Yo solía ir ahí con mis compañeros de trabajo y pensé que a Tomás le gustaría conocer mi rincón favorito de aquel barrio. Tras la condimentada cena, fuimos hacia la calle de Argumosa a tomarnos unos buenos mojitos en un pequeño bar de ambiente caribeño.

—Tomás.

Estábamos sentados en una mesita baja de madera, y sin quererlo, pronuncié su nombre con una solemnidad un poco ridícula.

—Raquel —contestó en el mismo tono con humor. No pude evitar reírme, aunque en realidad quería abordar un tema con la suficiente seriedad como para ser escuchado y aclarado, pero con Tomás a veces me resultaba difícil.

—No quiero hacerte daño —dije de repente, sin preámbulos que pudieran disuadirme de ir al grano—. Ya sabes que soy un auténtico desastre, y yo creo que tú, a pesar de esa pinta de hombre desenfadado...

—Oye, oye, qué le pasa a mi pinta.

—Que no, a mí tu pinta me encanta, pero que no es eso de lo que te quiero hablar. Lo que digo es que yo sé que tú eres un tipo serio, probablemente con menos pájaros en la cabeza que yo, y... No sé lo que quieres de mí, pero yo sí que te puedo decir que no tengo ni idea de qué es lo que quiero de ti. Me he pasado la vida culpando a los demás de mis errores, pero tengo que ser consecuente... y me da miedo hacerte daño... de nuevo, pero no quiero que pienses que no quiero... contigo...de hecho quiero, pero tengo miedo—me callé, ya no sabía por dónde iba.

No pareció que esta parrafada, sin ningún tipo de hilo conductor ni sentido, hiciera mella en su buen humor, que me miraba entre las dos pajitas de su mojito.

—A ver, a ver. Por partes: Tú a mí no me has hecho daño en ningún

momento. Sí, me gustabas. Bastante. Vale, mucho. Pero no me diste ninguna esperanza. Siento tener que decirte que no me rompiste el corazón, y que aquello se me pasó en dos telediarios. Más exactamente, con la primera chica que se me puso a tiro y que me pareció que estaba buena.

Me empecé a reír. Así se habla. No sabía si era cierto, pero como respuesta había estado muy acertada. Él se sonrió, sabía perfectamente que lo que acababa de decir era la pura verdad.

—Por otro lado, también es cierto que no le tengo miedo al compromiso, y que no me importaría tener pareja (si a eso te refieres cuando dices que soy “un tipo serio”) Pero no te preocupes, que aún no estoy seguro de que sea contigo con quien quiera algo. Por ahora me gusta quedar contigo. Ya te mandaré una carta certificada cuando me surja la necesidad de ser tu novio formal, si es que me surge algún día.

¡Cómo se me pudo haber olvidado esa forma de ser que me encantaba! Aquel sentido del humor con el que solía bañarlo todo y, sobre todo, esa firmeza escondida tras una tímida mirada.

Creo que fue en ese instante cuando empecé a aceptar que, de llegar de nuevo a quererme, me querría otra vez tal y como soy; tal y como me captó para plasmarme en su lienzo: sin tapujos, clavada, real, una de los millones de chicas que pueblan una gran ciudad.

Sin embargo, había conseguido que fuera un retrato especial, de esos que te hipnotizan cuando los miras sin saber por qué y te preguntas si es por todo lo que no está pintado, y acabas admirando al creador, que es capaz de expresar más con lo implícito que con lo explícito. Aquel retrato decía tanto de mí, tantas cosas buenas, malas, medianas, meridianas, vulgares, especiales y ciertas, terriblemente ciertas, con tal entendimiento, que ni yo misma en un principio fui capaz de aceptarlo. Era benevolente, y bonito, muy bonito, y al contemplarlo, te entraban ganas de conocer a esa chica de sonrisa torcida.

Así que por fin conseguí que aquello me pareciera bien, porque me di cuenta de que a mí él también me bastaba, y me sobraba, tal y como es. Que no es poco.

Es curioso que sea tan difícil aceptar que alguien te quiera sin hacerte muchas más preguntas al respecto. Así es el amor, está lleno de razones: de las buenas, de las malas, y de las peregrinas, pero cuando en cuestión de amores te toca algo así como la lotería, es mejor no hacerse demasiadas preguntas, no vaya a ser que te acabe llegando la parálisis por el análisis, o lo acabes desvirtuando de tanto manosearlo, y todo esto él lo tenía muy claro.

—Y ya que estamos hablando “de lo nuestro”, vamos a estrenarlo de una vez. ¿No crees? —terminó diciendo.

No voy a explicar cómo besa Tomas porque eso es algo entre él y yo, pero lo que sí voy a decir es que jamás pensé que me iba a gustar tanto. A partir de ese momento ya no pude dejar de hacerlo durante toda la noche, y los días, semanas y años siguientes. Y aún sigo sin poder. Aunque él ahora no sea capaz de responder a mis besos, yo se los sigo dando, a ver si un día hay suerte y hace como hacen las princesas de los cuentos de Walt Disney: despertar con un beso de amor.

Y volviendo a aquella noche, la que le pone fecha a nuestro aniversario como pareja, me di cuenta de que había estado reprimiendo ese impulso durante trece años atrás, cuando nos miramos por primera vez ante el portalón de la casa de mis padres, él con sus ojos deseando besarme, yo con mis pensamientos puestos en otro mientras era consciente de estar perdiendo algo, y los dos sin saber bien a qué gesto recurrir para una despedida apropiada.

Aquella velada la terminamos en mi casa, donde pasamos la noche entre las sábanas que había comprado aquella misma semana en unos grandes almacenes tras decidir que las antiguas estaban hechas una pena. “Mira qué bien, qué oportuna” pensé, mientras nos quitábamos la ropa con la pasión reprimida de años.

Al día siguiente me levanté feliz, me desperecé e intenté caminar descalza hasta la cocina para preparar el desayuno. Mis pantuflas son de todo menos sexys, pero se me congelaban los pies. “¡A la porra!”, pensé tras cinco minutos de suplicio. Me las enchufé sin más dilaciones, y ya de paso me enrosqué el albornoz que utilizo a modo de bata.

Cuando Tomás entró en la cocina, me miró alucinado, y echándose a reír me dijo:

—Estás preciosa.

—Vete a la porra. Es que tenía frío. ¿Unas tostadas?

—No, en serio —se acercó, me abrazó por la cintura y me besó en el cuello—: Estás preciosa.

Qué bien. Por fin en casa.

Madrid, Junio de 2008

El vestido blanco caía sobre la alfombra de la casa de mis padres. Yo personalmente hubiese elegido un rojo, o un verde, sobre todo teniendo en cuenta mi edad, pero a mi madre le hubiese dado un infarto, así que tampoco

nos vamos a disgustar por tonterías tratándose de uno de los días más importantes de mi vida. O eso dicen. El luminoso salón rebosaba de ramos de flores enviados por mensajeros que hacían su aparición tras los enormes bouquets de colores.

—Mamá ¿no soy demasiado mayor para ir vestida de novia?

—¡Qué tonterías dices hija! Estás radiante.

19. Tú

HOY

Madrid. 3 de agosto de 2010.

Cuatro meses y tres semanas hospitalizado.

Esta mañana, a eso de las siete, Severiano se encontraba sentado en la parte trasera del autobús cuando subí.

Sé por qué me miró tan extrañado: Hoy es lunes, y yo los lunes a esas horas tan tempranas suelo estar preparándome para ir a trabajar. Al verle, le he saludado con la mano desde la cabina del conductor mientras mi billete subía y bajaba haciendo un sonido metálico. Segundos después me he acercado a él con energía, sentándome en el asiento que permanecía libre a su lado, y por primera vez desde aquel día en que le vi hace ya tiempo, en un autobús abarrotado de gente, me he dado cuenta de que no se encontraba muy bien.

—¿Ocurre algo Seve? —le he preguntado mientras dejaba mi bolso a un lado del estrecho asiento. El ha suspirado.

—Qué cantidad de desgracias. Ya sabes que a mí me gusta ver la cara positiva de la vida, pero esta mañana he estado hablando con uno de mis hijos, el que te comenté que está atravesando por un momento muy duro, y tengo que reconocer que ha conseguido contagiarme algo de su desazón.—Se quedó pensativo—. El mundo entero a veces parece confabularse para gritarle a uno a la cara que no merece la pena luchar, que no merece la pena seguir adelante. Pero yo nunca he dado mi brazo a torcer ante semejantes declaraciones, que parecen querer arrastrarnos. Yo no creo, y no quiero creer, en la desesperación, aunque tenga que convivir con ella de vez en cuando. No sé, debe haberme pillado con la guardia bajada, porque ya sabes que yo no suelo darme por vencido así como así.

No he sabido qué decirle, pero sé que tiene razón. La mayor prueba de su capacidad para renacer la tiene en los últimos ocho meses de su vida, en el que no ha habido un solo día en que no haya hecho algo para sentirse bien y soltar una buena risotada, a pesar de las circunstancias.

Sin embargo hoy, quizá porque justo hace un año y un mes que una tarde

lluviosa de sonidos de ambulancia y estrés en bata blanca le arrebataron a su mujer para dejarla postrada de por vida, se estaba dejando llevar por la fuerza negativa de quien no quiere ver las cosas de otra manera. Al quedarme tan callada, él ha seguido hablando:

—Y entonces me he detenido a analizar mi propia realidad. Verás: tengo cuatro hijos, de los cuales uno está separado; otros dos parecen más o menos satisfechos con sus parejas y sus trabajos; y la más pequeña se encuentra, según ella, “felizmente soltera” y tiene la suerte de poder hacer siempre lo que le da la gana. Pues bien, esta mañana he estado hablando con mi hijo, el separado. Ha quedado tan destrozado por el abandono de su esposa, que ha conseguido desestabilizarme de verdad.

Lo único que podía hacer era escucharle atentamente, es la primera vez que veo a Severiano tan abatido.

—Está realmente destrozado, su mujer se ha fugado con su peluquera. ¡Quince años le ha hecho esperar para casarse con él! Ahora todos lo entendemos, la chica no era de las que se casan con hombres...tú ya me entiendes. Él siente que ha desperdiciado gran parte de su vida, lógicamente. Llevo pensando en eso desde que he subido al autobús, y me he puesto a hacer unas listas...

—Tú y tus listas—he bromeado intentando sonsacarle una sonrisa, pero me he dado cuenta de que esta mañana, para conseguirlo iba a tener que sacar la artillería pesada.

—Sí. Primero empecé pensando que mi pobre hijo no es feliz, y que eso hace un desgraciado en mi familia. Después continué repasando a todos los miembros de mi familia, y empecé conmigo mismo, que tengo a Enriqueta en coma. La verdad es que mi vida es un tormento. Se resume en ir de casa al hospital, y del hospital a casa. Tantos años trabajando esperando la jubilación para poder disfrutar de nuestros días juntos, y mira. Así que eso hace dos desgraciados en mi familia... pero si sigo, me encuentro con Enriqueta. Un año ya en coma, ¡con la vitalidad y las ganas de hacer cosas que tenía! No digo que esté sufriendo, dicen que no, pero dormir profundamente no me parece forma de disfrutar de la vida... así que ya van tres. Tres de seis. ¿Te das cuenta Raquel? Eso es un cincuenta por ciento de desgraciados en mi familia.

No me ha quedado otra que sonreír sin saber bien qué decir ante semejante conclusión.

—¿No te parece mucho un cincuenta por ciento de desgraciados?

—Pues no se Seve... está en el límite ¿no crees? Es como un cinco sobre diez...

—Pues yo creo que un cinco sobre diez de desgracias son muchas. Igual que cinco aciertos de diez me parecen pocos. De hecho, nunca he entendido por qué en la escuela se aprueba con un cinco. Es como aprobar literatura sabiendo quién es Calderón de la Barca pero sin saber quién es Unamuno, vamos, una aberración. O casi peor, aprobar matemáticas en primaria sabiendo sumar pero no restar. O como saber escribir pero no leer...He oído de casos así...

—Hombre, así visto, desde luego, el cincuenta por ciento de desgraciados es mucho, pero es mejor que no lo pienses...

—Pues después de darme cuenta de lo del cincuenta por ciento de mi familia, no solo no he dejado de pensarlo, sino que además he querido ver si esta regla del cincuenta-cincuenta es extensible al resto de las personas, y es entonces cuando me he dedicado a hacer estas dos listas. Mira.

Sacó su libreta, le fue quitando una a una las cuatro vueltas que daba la goma sobre sus tapas y la abrió por una página donde había trazado una línea vertical que dividía en dos la página. En un apartado había escrito: “*Gente desgraciada*” y en el otro: “*Gente satisfecha*” (no se había atrevido a escribir “feliz”). Y había comenzado sus anotaciones debajo de cada epígrafe, rellenando de esta manera las dos columnas que formaban las listas.

—Cuando terminé con mi familia comencé con los conocidos de toda la vida. Al terminar con mi círculo más cercano decidí pasar a los conocidos del barrio. Después le he dado un buen repaso a los amigos de mis hijos, los de los veranos, los del pueblo, la piscina municipal y el centro cultural. He intentado no olvidarme de nadie, para que mi investigación sea lo más fidedigna posible ¿eh?

— ¿Y bien? ¿Cuál ha sido el resultado de semejante investigación?

—Pues...no sabría decirte. Creo que he anotado cincuenta y tres personas en la lista de *Gente desgraciada*, y a unas setenta y tantas en la de *Gente satisfecha*...

—No está mal, pero creo que se te olvida algo.

— ¿Ah, sí?

—Sí, se te olvida que un día me dijiste que a pesar de lo que le había ocurrido a Enriqueta, te considerabas un hombre afortunado, que habías tenido una vida estupenda, y que tenías la suerte de ser capaz de hacerte cada día y de apreciar lo que la vida te había ido dando, en lugar de quedarte estancado

llorando por lo que te había arrebatado.

Al decirle esto creo que he conseguido que lo pensara un rato. Sí, recordaba el día que me había dicho eso, y entonces, ha reconocido que efectivamente, para realizar su estudio, quizá debería preguntarle a la gente si se siente feliz, en lugar de dar por hecho quien lo es y quien no, según el número de gracias o desgracias de su vida.

Yo creo que no estaba siendo consciente de que él es un fiel defensor de la idea tan popularmente extendida en los libros de autoayuda (que ya me confirmó que jamás ha leído), de que la felicidad es una cuestión de actitud más que un cúmulo de hechos objetivos y enumerables.

Al acordarse de esto algo se ha iluminado en su cara de nuevo, y ha sido capaz de posar, por fin, sus ojos en mí.

—Pero bueno, ¿y tú? ¿Dónde vas tan guapa?

Le he mirado fijamente durante un buen rato sin mediar palabra, no sabía cómo decírselo, y he hecho lo primero que se me ha ocurrido: Coger su cara con ambas manos, y plantarle dos enérgicos besos. Uno en cada mejilla.

—Eso mismo te pregunto yo Seve ¿Y yo? ¿Qué me dices de mí? ¿Estoy en alguna de esas listas?

Él también ha sonreído, creo que lo estaba captando, y ha vuelto a abrir su libreta. Ahí estaba mi nombre, “*Raquel*”, escrito en azul engrosando la lista de la “*Gente desgraciada*”.

Al verme ahí, catalogada, no he podido evitar lanzarle una sonrisa, de esas que quieren decir un millón de cosas, y le preguntado:

— ¿Tienes por ahí un lápiz?

—Si, aquí lo tengo— Creo que le he contagiado, porque mientras rebuscaba en su bolsillo ya empezaba a medio reírse nervioso y expectante. Y por fin lo encontró.

—Pues entonces Seve, ya puedes ir tachándome, definitivamente, de esa horrible lista.

Y como si yo hubiese pronunciado las palabras mágicas que necesitaba escuchar aquel día, el primer día en que necesitaba de un milagro para recuperar el aliento, ha echado la cabeza hacia atrás y ha soltado una enorme risotada mientras agarraba mi cabeza y la espachurraba contra su pecho como si fuese un melón.

20. Mi despedida:

De este jubiloso abrazo hace sólo tres días, así que creo que ha llegado el momento de despedirme, y lo haré diciendo que ésta es una de esas cartas que se escriben para no ser enviadas jamás, porque si existe la persona delante de la cual me gustaría guardar la compostura, esa persona eres tú.

Empecé a escribir hará cosa de dos meses, cuando me enteré de que ni mis faltas, ni las vomitonas (¡ni mi apetito voraz!) eran consecuencia del disgusto que me había dado tu padre al quedarse eternamente dormido, si no de tu presencia en mis entrañas. Así que podría decir que la he escrito por ti, pero también lo he hecho por mí ahora que realmente tengo que empezar a ser responsable, porque la memoria tiene las patas muy largas, al contrario que la mentira, y sé que todavía corro el riesgo de seguir tomando decisiones vitales por las más peregrinas razones.

Bueno, también la he escrito por pasar el tiempo, la verdad sea dicha. Nunca se me dio bien ser profunda, y mucho menos se me dio bien aburrirme como una ostra, porque feliz, lo que se dice ser feliz, puede que no lo haya sido hasta ahora, pero que nadie me discuta que me lo he pasado en grande. Y, digan lo que digan, estar horas con una persona en coma, no da para mucho. Claro que le hablaba y esas cosas que salen en las películas, no creas que tu madre es tan insensible. Pero hazte cargo, hablo de horas y horas, días y días, meses y meses, delante de un bello durmiente.

Ahora ya no tendré tiempo de seguir con esto. Entre el trabajo, tu padre en el hospital con la rehabilitación, y el embarazo, no doy abasto, aunque le había cogido el gustillo. Sé que es raro, ya que en realidad ni ya te vas, ni aún has llegado, pero te voy a echar de menos, porque no sé si alguna vez en la vida podré llegar a ser contigo tan sincera como lo he sido mientras te escribía esto.

Llegará un día en que pienses que tus anodinos padres no tuvieron vida antes de conocerse, y me preguntarás cómo lo hicimos. Yo te contestaré que en el destartalado piso de Rodolfo, mi amigo de la carrera, pero que tuvieron que pasar muchos años antes de dame cuenta de que él era el hombre de mi vida. Fin de la historia. Así de insulsos nos volvemos cuando queremos quedar bien.

Pero si pasa el tiempo, y por desgracia descubro que te pareces más a mí que a él, y que corres el riesgo de dar vueltas como una peonza para acabar agarrándote a un indeseable clavo ardiendo, entonces supongo que tendré que anteponer tu felicidad a mi compostura, y es posible, no seguro, pero sí posible, que saque este fajo de hojas arrugadas y mal escritas, con el membrete de un hospital, y te las entregue.

También es posible que lo haga si algún día te empeñas en alcanzar un libro subiéndote a una silla plegable, que me parece a mí que yo no soy la única descerebrada de la familia, que si tu padre me vuelve a hacer una de éstas, te juro que soy yo la que voy, y lo mato. Bueno, ya iré pensando con más tranquilidad las razones por las que un día podría entregarte este tostón.

Eso sí, tú le pones nombre a este último capítulo, aún nos quedan cuatro meses para llegar a un acuerdo en este punto. Aunque tu padre está muy bien atendido, creo que aún no ha logrado recuperar del todo la cabeza, porque está empeñado en ponerte el nombre de su madre, pero no te preocupes, hija, que no tú no te llamas Ramona ni de coña.

Agradecimientos

Gracias a

Pilar por ser la primera lectora y por tus ánimos.

Mar, escritora y contadora de cuentos empedernida (www.enmarabierto.com), por leer y creer en mi novela, apoyándome y persiguiéndome para que la publique desde hace años.

Maca, periodista y escritora, gracias por editarla y corregirla con todo tu cariño.

Clara por leerla y darme puntos de vista muy interesantes.

Santi, por todo tu apoyo.

Gracias a vuestras revisiones, comentarios, edición y diseño he sido capaz de sacar a la luz esta novela. ¡Habéis sido mi mejor equipo!

La portada está realizada por Lola López Patau, una gran profesional del diseño gráfico: www.lolapatau.com

Ana Cardona Patau

Psicóloga, terapeuta, pintora...

Hija, hermana, amiga...

Pero sobre todo mujer, madre y pareja, nació en Zaragoza el 26 de septiembre de 1972.

Ha vivido gran parte de su vida en Madrid, aunque también ha residido en Liverpool, Londres y Roma.

Tras escribir varios libros y artículos sobre liderazgo, área en la que ha estado trabajando durante años, decidió escribir esta novela de ficción, sobre relaciones personales, amor y amistad, lejos de los negocios.

Actualmente está escribiendo un libro desde su propia experiencia de la superación de un cáncer de mama, que será publicado en 2019.



Podrás encontrarla y ponerte en contacto con ella en su blog:

www.anacardonapatau.com